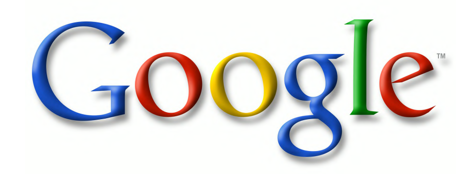
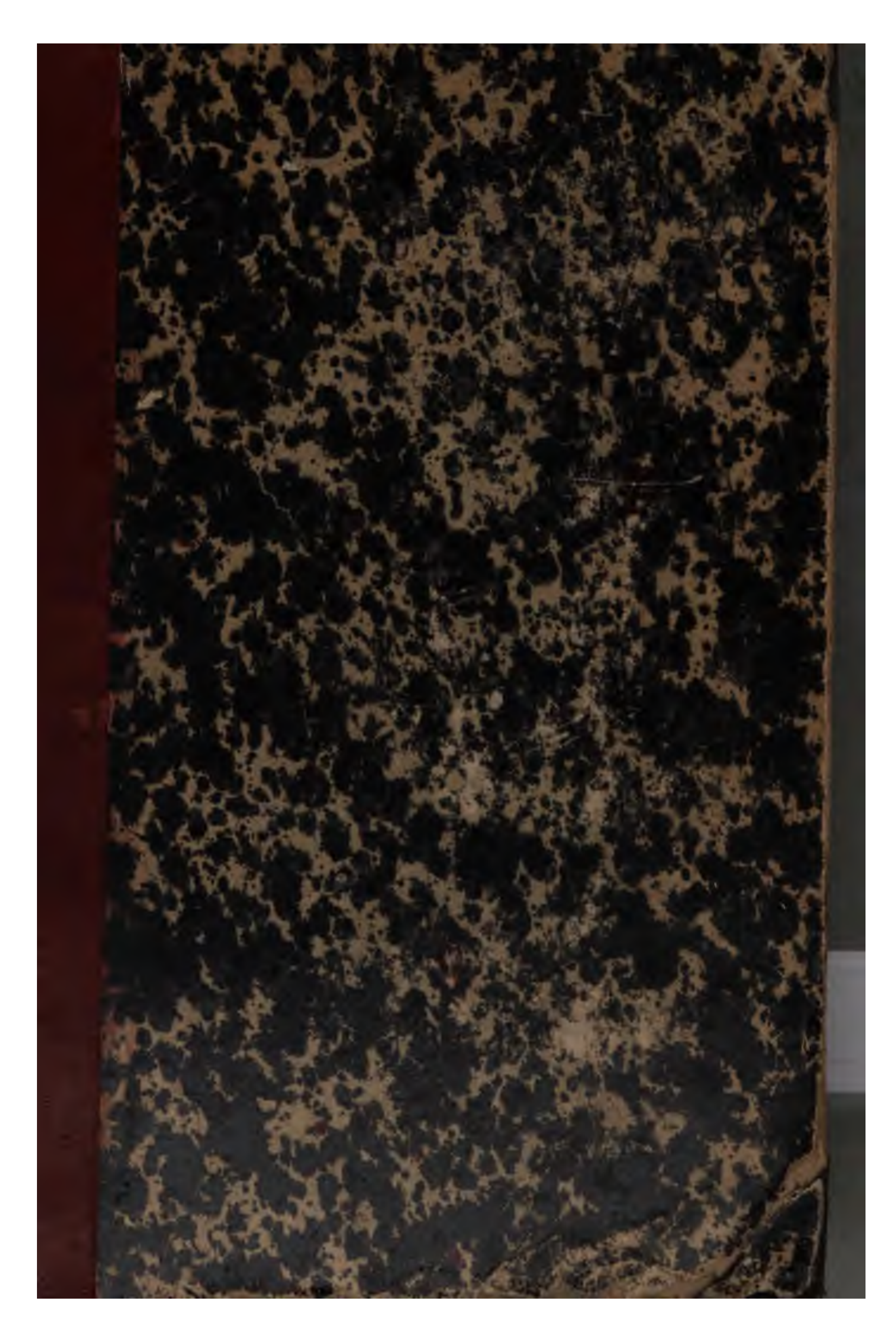






PRINTED IN MEXICO

EPISODIOS MILITARES
MEXICANOS

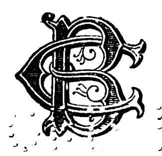
HERIBERTO FRÍAS

EPISODIOS MILITARES MEXICANOS

PRINCIPALES CAMPAÑAS, JORNADAS, BATALLAS,
COMBATES Y ACTOS HEROICOS
QUE ILUSTRAN LA HISTORIA DEL EJÉRCITO NACIONAL
DESDE LA INDEPENDENCIA HASTA
EL TRIUNFO DEFINITIVO DE LA REPÚBLICA

PRIMERA PARTE
GUERRA DE INDEPENDENCIA

« Las guerras nacionales rechazan, por su propia índole, toda idea de plan preconcebido, de ejecución metódica, de resultado probable. — Escapan á todo cálculo, regla, precepto y doctrina. »
« JOMINI. »



LIBRERÍA DE LA V^DA DE CH. BOURET
PARÍS — 23, RUE VISCONTI, 23
MÉXICO — 14, CINCO DE MAYO, 14

1901

AL SEÑOR

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA MEXICANA

CIUDADANO

GENERAL DON PORFIRIO DÍAZ

HOMENAJE Á SUS CAMPAÑAS

POR LA PAZ DEFINITIVA, QUE ES EL PROGRESO

AL SENOR

SECRETARIO DE GUERRA Y MARINA

GENERAL DON BERNARDO REYES

TRIBUTO Á SUS LÚCIDAS ENERGÍAS

POR EL BRILLO

DE NUESTRO BRAVO EJÉRCITO NACIONAL

El autor : HERIBERTO FRÍAS.

EPISODIOS MILITARES
MEXICANOS

Al ejército nacional y á la sociedad mexicana.

México, desde la explosión que inicia su independencia convirtiéndolo en nación libre y soberana, vive durante setenta años con terrible vida militar que es larga y fulgurante epopeya, preñada de hazañas, jornadas admirables y actos del más alto y puro heroísmo... ¡Apenas habrá pueblo en la Historia que en el mismo lapso tenga tantos y tan sangrientos episodios guerreros! Durante ese período la sombría deidad de la Guerra se complace en la gran tragedia y se transfigura, ennobleciéndose ó acanallándose, alta y grande á veces, ruin y execrable en ocasiones, —cuando combaten los hermanos en contiendas civiles...

Suprema y augustamente resignada en los desastres, cuando lidian los mexicanos con enemigos extranjeros poderosísimos; luminosa, irisada en tricolores radia-

ciones al vencerse á los ejércitos que fulminan los déspotas... siempre terrible y sacrificadora de abnegaciones, derramando sangre, pródiga en catástrofes... llenando páginas y páginas con líneas de fuego... ¡y todo eso en menos de un siglo! ¡ Oh! sí: la historia militar de México es una constante campaña donde cada día se aglomeran cataclismos, batallas; épicas resistencias; hábiles retiradas; sitios angustiosos; ataques desesperados; escaramuzas que logran éxitos campales; emboscadas de guerrillas que tienen más estrategia que un ejército; y tiroteos en selvas y montañas que resuelven toda una red de operaciones; energías y habilidades que chocan, obscuras, para evadir una batalla cuando es preciso, ó para precipitarla cuando es necesario: todo lo que puede contener la historia de una guerra encarnizada un año ó diez de lucha en pueblos ó naciones, todo lo presenta la historia guerrera de nuestra patria en cada página!...

¡ Durante ochenta años no hay un solo instante en que no corra sangre sobre el país!... y hay que consignarlo : en las perpetuas lides esplende, como rojo ampo de gloria, el valor del pueblo bajo, el heroísmo inquebrantablemente firme del soldado, que desde la *Independencia* hubo de surgir, — con Hidalgo, enbrionario, y con el gran Morelos, inaudito y fulminante. Entonces se principia á bosquejar el perfil del soldado mexicano, que bien conducido y alentado, va, sobrio y tranquilo, valiente y audaz, hasta donde lo llevan sus jefes; ¡la victoria ó la muerte!...; o ambas glorias tal vez!.. y entonces es cuando confusamente se adivina lo que había de ser el ejército de una República de tan altos destinos...

[illegible]os se alza como el soberbio paladin de la insur-

gencia; como el firme y terrible caudillo que sabe transformar hordas en legiones... y más aún : en legiones victoriosas... ¡Él sí supo lo que valen estos criollos ó estos indios que ansían sacudir viejos yugos, vergonzosos y abominados!

Buena dirección; jefes aptos y dignos; amor por la causa y por la patria, y allá irán vencedoras las huestes mexicanas en todos los combates y batallas!

Desde entonces así lo demostraron, con sus huestes, Rayón, Morelos, Mina, Guerrero, Matamoros, los Bravo y Galeana... y tantos otros héroes militares.

¡ Oh! las guerras de México independiente!... ¡Cuántas páginas inéditas guarda la historia, de tantas glorias!...

Luego desfila la terrible guerra de Texas, la invasión norteamericana, las contiendas feroces y épicas de las luchas por la República reformada y los heroísmos de las tropas mexicanas durante la *Intervención francesa* — ejecutada por el *Pequeño Napoleón*, — hasta Querétaro y la toma de México. Son desarrollos magnos de jornadas y actos excelsos que ilustran nuestra epopeya nacional militar.

¡ Cuántos sacrificios, cuántas hecatombes, batallas y pugnas ignoradas!

Hoy vemos que después de tan borrascosas etapas, ahora que el país se encuentra levantado poderosamente por la paz y el orden, en plena prosperidad material, vemos que pocos ciudadanos conocen bien esos episodios marciales, esos heroísmos y esas batallas!

Casi todos ignoran los grandes sacrificios de jefes, oficiales y soldados de los que no conocen ni el nombre!

¿Quién comprende algo acerca de lo que fueron los primeros esfuerzos por la patria libre, ni los empeños de los que pelearon por la República respetada y apta, ni las supremas lides por conseguir en los campos de batalla la tranquila prosperidad de que disfruta la patria, después de tantas hecatombes y de tan horrendos duelos, gracias á ignoradas abnegaciones?

¿No es ello triste?... ¿No es verdad que ya es hora de que sepamos cómo se verificó esa serie de acciones guerreras... cómo se iniciaron y por qué causa, cuál fué el éxito, — triunfo ó derrota — y las consecuencias fatales de los hechos... enalteciendo las virtudes de jefes y subalternos — amigos ó enemigos, — como un culto al honor y al cumplimiento del deber?...

Preciso es, conforme á riguroso método, ir enlazando unas con otras las acciones de armas, comentándolas, analizando en unos cuantos rasgos la conducta de los caudillos y el influjo de ellos en sus masas ó ejércitos, siguiendo siempre las inexorables leyes sociales. ¿No es verdad que es indispensable, útil, hermoso y ameno ese conocimiento de nuestra historia militar fraccionada, para solaz, holgura y descanso del lector, en sus principales episodios; que es un deber su conocimiento para el soldado, al par que aliciente, estímulo y goce?

Aseguramos, y con razón y pruebas, que no conocemos nada de nuestras batallas, ni combates, sitios ó memorables actos marciales mexicanos! ¡Cuánta gloria inédita!

Seamos francos: apenas de memoria se sabe que *hubo un tal sitio de Cuautla en que Morelos hizo prodigios de valor*; nadie ignora que *allá en el Sur, Guerrero sostuvo combates legendarios*; luego... dirán que *vinieron los americanos y que hubo una batalla de Palo*

Alto; otra de la *Resaca*; y después, asalto en *Molino del Rey*; en *Chapultepec* y *Churubusco*... en seguida, otra vez las *Invasiones; el cinco de Mayo*... y *sic de cæteris*... ¡ Y es mucha erudición!..

Preguntad ¿ por qué y en qué circunstancias llegó Morelos á Cuautla, con qué elementos contaba, cómo se fortificó y cómo y en qué estado de fuerzas llegaron sus perseguidores?... ¿ Cuáles fueron los méritos de la resistencia y por qué Calleja no logró en dos meses tomar la plaza?... Mas aún : que se explique el desarrollo de la guerra de Independencia; la causa de su extensión victoriosa, no obstante los desastres;... interrogad por qué se perdieron las batallas contra los norte-americanos y quién fué el vencedor en las terribles jornadas de « La Angostura », y veréis que aun los más ilustrados mexicanos, los letrados, profesionalistas y todos los que se llaman cultos... ¡ no sabrán responder!

En cambio... ¡ qué bien conocemos la historia militar extranjera!... ¿ Qué estudiantillo de primer año de estudios preparatorios no sabe de memoria toda la relación de *Waterloo*?... ¿ Quién no admira los lauros de *Austerlitz*, y quién no se lamenta con los desastres de *Sedan* y *Metz*, ó no discute el asedio de *Ladysmith* en estos últimos tiempos?

Noble es el despertar de la afición por la Literatura Militar, hoy que el mundo en este Fin de Siglo se prepara á presenciar quién sabe qué formidables campañas... pero, fuerza es confesar que en México debemos conocer ante todo : *lo nuestro*, — nuestras acciones bélicas, batallas y combates, escaramuzas, retiradas, sitios y campañas de guerrillas, en su orden lógico, sin ofuscar la imaginación, ni fatigar el espíritu con ociosos detalles, ni abrumarlo con fechas y nombres que nada prue-

ban; — sino exponiendo con precisión en su gran belleza, las causas de los acontecimientos de nuestras grandes glorias, — porque las tenemos, y fuerza es conocerlas para comprenderlas y amarlas!

En ningún país de Europa hay niño de quince años que ignore las dignas empresas marciales de su patria, ó sus tristes desastres, con sus detalles más salientes, comprendiendo todo el mérito y la gloria que significan. Preguntad á un niño francés por *Azincourt* ó Poitiers, y por Valmy ó Lens, y solicitad de un letrado mexicano una explicación del fuerte de los Remedios, el Veladero ó el Venadito; de la retirada de Rayón, ó del sitio de Huajuapam... ¡ Y comparad y deducid!

*
* *

Hemos escrito esta obra en que desfilan los principales episodios militares de nuestra patria desde que se inició su Independencia, con el objeto de que la juventud batalladora en las luchas del trabajo, en esta época de progreso y de paz, comprenda lo que ha sido el valor y el heroísmo del soldado mexicano y de sus jefes, — á cuyo abnegado y altivo Ejército la dedicamos con orgullo, — ya que nuestros comentarios no son sino el eco de prudentes advertencias y sabias apreciaciones de veteranos dignos y de aptos y valientes capitanes, quienes nos han facilitado elementos para dar cima á la ardua empresa de perfilar en nuestra historia patria sus más esplendentes hechos de armas.

Procuramos darle amenidad literaria, sin hacerla pesada con enumeraciones insulsas é inútiles, de nombres y fechas, generalizando los grandes acontecimientos y exaltando con brío el sentimiento patrio que

tan altamente vibra á través de tantas victorias y catástrofes.

¡Ojalá que algunas páginas de esta Epopeya sean explicadas á nuestros bravos soldados, por sus oficiales, en las horas de descanso, para que sepan cómo se batieron no ha mucho, sus padres, en los campos de batalla, por la Independencia y la Libertad de México! ¡Y ojalá también que los padres y maestros mexicanos lean á los niños estos relatos de heroísmo patrio, para que sepan toda la gloriosa tragedia de nuestro valiente Ejército, tan pródigo de su sangre!

HERIBERTO FRÍAS.

México, Octubre, 1900.





San Miguel el Grande. (Hoy San Miguel de Allende.)
Primera población ocupada por Hidalgo. (Septiembre 1810.)

I

LA EXPLOSIÓN INICIAL

La terrible y súbita explosión de Dolores estalló, no directamente por obra y genio de un hombre en momento determinado: fué resultante de los acontecimientos anteriores; fué el sufrimiento de la oprimida y vejada raza que formaban los verdaderos mexicanos de entonces — la clase media, el pueblo — la que tras de la constante acumulación de sus miserias, de su abatimiento y ultrajes, sintiéndose, no sin protesta inconsciente, esclava aún en su hogar — hizo sacudir en la hora fatal los viejos grillos, encarnando el Numen de *Independencia* en un intrépido cura de pueblo!...

¡ Instantánea explosión! — Inaudita campaña que se inicia de súbito, sin ejército, sin plan, sin jefes, sin aprestos. No había ideas, no había orden, ni proyecto, ni cálculos, ni proclamas...

La inmensa Opresión que ahoga, aplasta y empieza á hacer crujir una nueva raza que se va sintiendo dueña de su patrimonio nacional, hace vibrar en virtud de infinitas circunstancias históricas, su angustia y su desesperación en los labios del cura Miguel Hidalgo.

Todo fué sentimiento, sensación, pasión; grandes estremecimientos de cólera, de desesperación contra la Pesadumbre tiránica... Todas las amarguras y expoliaciones del pueblo que sufre, tomaron trágicas resonancias en el grito de Independencia del sacerdote, del humilde amigo de los oprimidos, que, hijo también de ese mismo pueblo, sufría con sus desgracias que conocía en todo su horror!...

No. No hubo preparación sistemática. El cálculo, la previsión, el orden, el método, el objetivo; en suma todos los elementos que integran un proyecto de insurrección, estaban ausentes... Germinaba en forma de cólera é indignaciones secretas en todos los americanos el anhelo de ser libres en su patria, comprendiendo vagamente que era inicuo é indigno que los españoles venidos de lejanas tierras, insolentes y déspotas, tuviesen todos los frutos de la madre tierra que aquéllos ultrajaban, lo mismo que á sus hijos criollos...

Por todas partes surgían sordos murmullos..... y por la atmósfera cargada de nubes tempestuosas pasaban estremecimientos de luz, relámpagos que rasgaban las tinieblas, para extinguirse de pronto, trágicamente...

Eran las palabras que osaban hablar de *Libertad!...* ¡las primeras palabras!

Hidalgo sabe de todo ese Mal que padece su patria; recoge los ecos de esos dolores, los anhelos de los que han sucumbido... mira en torno, y creyendo que va á sonar la hora, entusiasmado por las ardientes frases de un joven mexicano — Allende — gallardo militar que anhela entrar al combate en lid gloriosa — se decide á ser el clarín de *llamada á las armas*, para la lucha por la *Independencia!*

Y cuando nada hay resuelto aún acerca de la ejecución de la formidable empresa, cuando ni se sueña cómo se principiará semejante campaña; cuando falta todo, desde dinero y caudillos aptos, hasta soldados, descúbrese la conspiración en Querétaro y Guanajuato. ¡ La saña del gobierno virreinal va á desfogarse... principian las prisiones, y corren las órdenes, terribles contra el audaz cura y los suyos!... ¡ Todo abortaba tristemente!... ¿ Era el fin?

¡ Mas no!... ¡ He aquí que surge en tal conflicto el hombre épico que engendrará los grandes acontecimientos! ¡ el decisivo, el fulminante, el improvisado caudillo!

Súbitamente el cura inteligente y bueno, industrioso y reflexivo — pero al fin cura humilde — se transforma en el general de los ejércitos de América que declara la guerra á los reyes españoles, gritando solemnemente en la madrugada del domingo 16 de Septiembre :

— *¡ Viva la América ! ¡ Viva la Independencia! ¡ Mueran los gachupines!*

Este grito concentra un inmenso anhelo y un gran odio estallando en cólera.

Ya desde este instante que debe ser marcado con un punto-sol en nuestra historia patria, porque de allí arrancan nuestras luchas por la Libertad, desaparece el Sacerdote y se alza el Héroe iniciador de la gran idea, el que encarnó todas las aspiraciones de los buenos mexicanos, desafiando el colosal poder de los privilegiados del Gobierno, del alto Clero, de los ricos y de los grandes propietarios territoriales.

Abortado el plan de Hidalgo y los suyos, que proyectaban hacer erguir su levantamiento hasta Octubre, el cura se transforma en general, y desde la madrugada

del día 16 de Septiembre de 1810, obra como militar de inspiración, sin reglas, ni conocimiento alguno, no sólo para poder dirigir grupos de miles de hombres, pero ni siquiera para hacer marchar una escuadra.

Mas precisamente eso lo hace más singularmente grande... comprende con rara intuición los axiomas de la estrategia... se deja abandonar por la corriente de los acontecimientos después del reto á todo el Reino, á sus señores y á su ejército.

Él apenas se daba cuenta de los valiosos elementos de guerra que tenía á su disposición el gobierno virreinal, enormes relativamente, si se considera la inmensa extensión del territorio, habiendo siempre gozado de absoluta paz secular... Por todas las principales poblaciones estaban desparramados los regimientos y batallones provinciales, cuyo personal se integraba por gente robusta y brava, hija de los campos, mezcla de dos razas, mexicanos educados en la disciplina y obediencia al Señor español... mexicanos *realistas* que hasta muy tarde se unirían con sus hermanos los *independientes*. Los jefes y oficiales eran en su mayoría españoles que tenían á gran orgullo servir en las filas...

Hidalgo, sin fijarse en los obstáculos, se abandona á la corriente, después de romper, al eco de su voz, el dique...

Ocho ó diez hombres, veinte sables y lanzas improvisadas, viejos fusiles, unos cuantos machetes y montón de cuchillos, son su núcleo veterano y su armamento... Pero es ya un estratégico; ante todo va á inutilizar, á desarmar al enemigo, aniquilando sin compasión todo lo que sea hostil, aprovechándose de los mismos elementos del contrario.

Va á todas las casas de españoles; los prende y les toma sus armas y caudales en nombre del nuevo gobierno... Faltan brazos y los toma donde los halla al punto, dispuestos para servirle: en la cárcel. Arma á los presos y á los *rancheros* que van llegando de sus haciendas... Manda tocar « á misa », temprano, y cuando se aglomeran en el atrio de la parroquia infinidad de campesinos que idolatran al cura, — arrieros, mineros y peones, — les arenga, diciéndoles que van á conquistar la gloria y la felicidad en la patria de la que son dueños, debiendo arrojar á los duros é injustos amos, los españoles... y como el vehemente cura ya es un caudillo inspirado que se dirige á los que más sufren y son más asolados por el látigo del Señor, removiendo antiguas cóleras en pechos de nobles labriegos... todos le aclaman entusiastas... ¡ y toman las armas! otros montan en sus pequeños caballos... Allende, el único militar, con unos cuantos dragones del Regimiento de la Reina, de los que se encontraban dispersos por las poblaciones de la provincia de Guanajuato, intenta dar jefes y orden á aquellas masas de *plebe* y *rancherada*, á cuyo frente, sin pérdida de tiempo, se ponen los caudillos, emprendiendo el rumbo de San Miguel el Grande, en pos de gente, armas y dinero para la guerra de la Santa Insurrección.

Apenas es creíble que en semejantes condiciones, tan pobre, tan aislado, tan viejo, haya podido un cura de aldea, engendrar el colosal ataque contra el tres veces secular Poderío español, levantando ejércitos, haciéndose de recursos enormes, improvisándose él en general, convirtiendo en jefes victoriosos sobre las tropas hispanas á los mayordomos de las haciendas,

arrieros de los caminos y curas de los pueblos... ¡ Apenas puede concebirse tal prodigio...!

Pero hay que advertir factores antes ignorados: el malestar general del pueblo oprimido, la justa cólera latente en los pechos de los americanos, por su humillación ejecutada por los privilegios y honores dados á los advenedizos europeos, y todas las ansias comprimidas, de ser libres y soberanos en la tierra que trabaaron sus padres para provecho y lujo del extranjero que los denigra.

Nadie se atrevía á expresar aquella palpitación humana y social... Cuando hubo un caudillo osado, todos los oprimidos volaron á él engrosando su ejército... Llamémosle así aun cuando estaba muy lejos de serlo... No era sino muchedumbre alborotadora, inocente en su tumulto grandioso, pueril, — creyendo ir con sus viejos sables, palos con cuchillos, hondas y lanzas, llevando como jefes *rancheros* ricachos en malos caballejos, — *á conquistar México, de cuyo trono arrojarían al virrey, para ser gobernados sólo por Hidalgo, echando á los tiranos españoles.*

Es preciso caer sobre las poblaciones más ricas y más cercanas, sorprenderlas audazmente sin dar tiempo á resistencia alguna, apresando á los europeos que significaban enemigos, que no darían cuartel, tomándoles sus recursos y armas para el ejército insurgente, cortando los caminos y deteniendo los convoyes al mismo tiempo que se llama á las filas de la insurgencia á todos los que quieran ir á batirse contra los opresores.

Por los caminos la marcha del caudillo es soberbia y triunfal... Ha cundido ya por rancherías, poblachos ...iendas la noticia fabulosa de que todo un mundo

de valientes corre hacia la capital de la Nueva España para arrojar á los españoles... y se unen á las primeras masas, verdaderas muchedumbres delirantes de entusiasmo! Ingenuos rancheros á pie ó á caballo, unos con simples garrotes ú hondas, otros armados de machetes, tranchetes, hoces ó cuchillos de campo; creyendo sencillamente que por su extraordinario número arrollarían las breves y delgadas tropas realistas!

En vano desde un principio intentó Allende, educado en la severa disciplina militar en el Regimiento de Dragones de la Reina, del que era capitán, dar alguna organización jerárquica y cierta disposición para las más simples maniobras, previendo que cualquier grupo de tropas realistas podía desbaratar con una descarga y unos cuantos sablazos aquel enjambre... en vano quiso que hubiese desde luego subordinación y espíritu militar; ¡fueron tareas imposibles á las que tuvo que renunciar por lo pronto!

¿Qué iba á poder hacerse con aquellos labriegos, hijos de generaciones esclavas, embrutecidas en el trabajo mecánico bajo la eterna obediencia ciega y dogmática al amo, por quien hacían fecunda la tierra?

¡Apenas si aquellos hombres que iban con Hidalgo á emprender la más sangrienta y feroz de las campañas, apenas si habían olido la pólvora en las fiestas religiosas, cuando se lanzaban cohetes al aire, cuyo estallido no obstante hacía temblar los sencillos pechos!...

Sin embargo, esos hombres fueron los primeros soldados mexicanos... y pronto ellos mismos ó sus hermanos, — sus hijos ó amigos más tarde, — perdido el estupor del fuego, hicieron prodigios de valor y muchos fueron valientes jefes que hostilizaron á los rea-

listas ó cayeron en los combates, dando su vida á muy alto precio de sangre!

Entre esos primeros soldados mexicanos no debemos olvidar al indio, entonces tan envilecido como hoy por la política de los españoles que lo aislaron considerándolo fuera del linaje humano, embruteciéndole hasta lo último, agregando á sus fanatismos de raza nuevas supersticiones; pero que, no obstante, odiando á su opresor, alentado por la voz de Hidalgo, marchó contento, aunque en numerosas bandas desordenadas, tumultuosas y sin armas.

Comprendió el caudillo con sagaz penetración que era preciso un estandarte, cuya enseña pusiese en conmoción aquellas hordas, para poder llevarlas al combate y á la muerte, y encontró al punto el lábaro que desde entonces fué el emblema de los insurgentes, la augusta y épica Bandera por la que pelearon once años.

En el santuario de Atotonilco vió Hidalgo la imagen de la Virgen de Guadalupe, la Gran Protectora del humilde mexicano, en un estandarte que servía en las pompas religiosas... El jefe insurgente lo tomó colocándolo en la punta de una larga lanza, y enarbolando con brío el lienzo, arengó á las multitudes, diciéndoles que la Divina Reina del Cielo aparecida en el Tepeyac para consuelo de los mexicanos, amante de los oprimidos, Amparo de los que tenían valor en la adversidad, les iba á dar su patria llevándolos á la Victoria!...

—¡Ella estará con nosotros siempre que vayamos con valor á las batallas contra los que nos han quitado nuestra patria!...¡Siempre triunfaremos, y las balas nos respetarán si gritamos con toda el alma: ¡Viva la Virgen de Guadalupe!

Aquello electrizó las muchedumbres hasta el delirio...

un griterío atronador estremeció los ámbitos, y desde esa jornada, fué al frente de las masas el estandarte de la sagrada imagen, — símbolo sencillamente augusto, — atrayendo más y más voluntarios á la Nueva Causa.

Hidalgo obtuvo con su clara inspiración inmensas ventajas haciéndose de una bandera que habría de respetar todo el pueblo y todas las *castas* é indios, la gran masa que soportaba todas las cargas y trabajos impuestos para extraer las riquezas de la Colonia en ventaja de sus ingratos y duros señores extranjeros...

La egregia sombra de la Imagen, en lo alto de una lanza insurgente, dió un prestigio supremo á la causa de la Insurrección que al instante contaba con el apoyo de la Virgen del Tepeyac, — la dulce Reina protectora del pueblo que sufre, de la raza esclava tanto tiempo... Mas ahora que Ella quería que sus hijos fuesen libres, que se cumpliera su sacra divina voluntad. ¡Al combate!...

Desde ese momento Hidalgo no se apartó del sublime estandarte que le dió magna autoridad cual si fuese el elegido para levantarlo en las batallas!

En San Miguel las autoridades y los españoles propietarios y comerciantes, sabiendo la aproximación de Hidalgo, se reunen para acordar el plan de defensa contando con las dos compañías allí acantonadas del Regimiento Dragones de la Reina; pero su coronel La Canal indica que no cuenta con su tropa, toda mexicana, amante de los capitanes Allende y Aldama, que vienen con Hidalgo y que con él se pasarán. Faltos de este apoyo los españoles, huyen unos y se esconden otros, en tanto que al grito de *¡ Viva la Virgen de Guadalupe! ¡ Muera el mal gobierno!* entran las masas adue-

ñándose de la población, en la que es imposible contener un principio de fatal saqueo.

Inocentes comentadores de la guerra de Independencia, — aun los que más admiran á Hidalgo, — se indignan beatíficamente contra las atrocidades de sus chusmas, y aun contra él, porque no impedía tales excesos.

¡Qué ingenuidad pretender que aquellas masas de seres, que traían una larga herencia de dolores y vejaciones, se condujeran con perfecta cortesía para con sus verdugos!... ¡Cómo!... Una terrible Revolución que estalla al fin en el pueblo contra los insolentes y privilegiados, — poderosos amos, — una Revolución que principiaba la campaña sin elementos, — sin nada, contra los que todo lo tienen, — había de hacer que los desnudos plebeyos y los miserables *rancheros* obrasen con dulzura!... ¡Oh! no... ¡Sonaba la hora de las justas venganzas, era el instante de las represalias y éstas debían ser atroces!... Todo español era necesariamente un enemigo que había que prender decomisándole sus armas y bienes... No podía ser de otro modo.

Hidalgo en San Miguel aumentó considerablemente sus recursos, armamento y fuerza; entrando como valiosísima adquisición, las dos compañías del Regimiento de la Reina, cuyos soldados se encargaron de dar nociones militares á los voluntarios mejor armados.

Mandó construir armas, lanzas sobre todo, las que se improvisaban con un palo con un hierro aguzado en el extremo.

Decomisó un buen número de barriles de pólvora destinados á las minas de Guanajuato y cargas de comestibles con igual destino.

Durante los días 17 y 18 arregla el gobierno civil de su primera población conquistada, y pomposamente, rápido, dirígese por los caminos que conducen á Querétaro, al frente de cerca de diez mil hombres. Iba primero la compacta infantería, — unos dos ó tres mil indios con hondas, provisiones de piedras, flechas y garrotes con hierros á guisa de lanzas ó picas, — en seguida la caballería, más numerosa y heterogénea, *rancheros* y *peones*, arrieros y aventureros de los caminos, armados de machetes y lanzas más largas y perfectas.

Los principales y más inteligentes jefes seguían á la caballería; cerrando la retaguardia, como sólida reserva dispuesta á defender ágilmente aquellas enormes masas incapaces de maniobrar aún, — fácil presa del enemigo que pudiera presentarse, — las dos compañías del Regimiento de la Reina; no obstante que muchos de sus dragones habían sido hechos jefes de improvisadas secciones en el grueso de aquellas huestes.

El plan de Hidalgo por el momento era embestir Querétaro con un golpe de mano que le sorprendiera antes de que recibiese fuerzas para defenderse. Excelente idea si se hubiera podido efectuar con rapidez. Querétaro es la llave de todas las puertas del *Interior*; es un centro estratégico de primer orden. Ciudad que rebosaba elementos cuantiosos, situada en el cruce de todos los caminos que surcan el vasto territorio; punto en que se cortan infinitas vías de comunicación, populosa villa levítica, ostentando sus cien templos y sus cien conventos erizados de hermosas y fuertes torres.

Tomar Querétaro era iniciar con maravilloso golpe de audacia la mortal campaña, apoderándose de millones de pesos, una ciudadela y almacenes, ce-

rrando todas las comunicaciones hacia México y el Interior!

En Chamacuero sabe Hidalgo los aprestos de resistencia que hace la rica ciudad; comprende que el virrey haya enviado cuantas tropas tuviera al instante á mano... y con loable prudencia descabeza su columna, cada vez más numerosa, rumbo á Celaya, para dirigirse hacia una presa más fácil: Guanajuato.

Ya contando con veinte mil hombres, el caudillo insurgente intima rendición á Celaya, amenazando con pasar á cuchillo á los setenta y ocho españoles prisioneros que lleva, si los de esa villa no abren sus puertas... En vano como en San Miguel hubo un proyecto de defensa; todos anonadados ante las enormes masas cedieron, y el ejército de la Independencia entró solemnemente en Celaya el 21 de Septiembre, ante la gritería de la plebe aclamando á los jefes de la revolución, victoreando la Virgen de Guadalupe.

Las muchedumbres se desbordaron por calles y plazas, sin freno, en el vértigo que les producía verse dueños y vencedores de los amos españoles, sobre cuyas casas cayeron, ejerciendo sus venganzas, abandonándose al pillaje. Y fué necesaria la terrible energía de Allende para contener aquellos infelices que principiaban con ferocidad la campaña nacional, dando pretexto á las horrendas represalias de los realistas....

En Celaya llegó á ser ya imponente el ejército, teniendo más armas, pólvora, carros, provisiones, caballos y plata acuñada y en barras, contando también con los nuevos jefes y empleados de importancia, que siendo americanos se le habían agregado.

Ante su ejército, el nuevo ayuntamiento y una muchedumbre inmensa de pueblo fué aclamado Hidalgo como

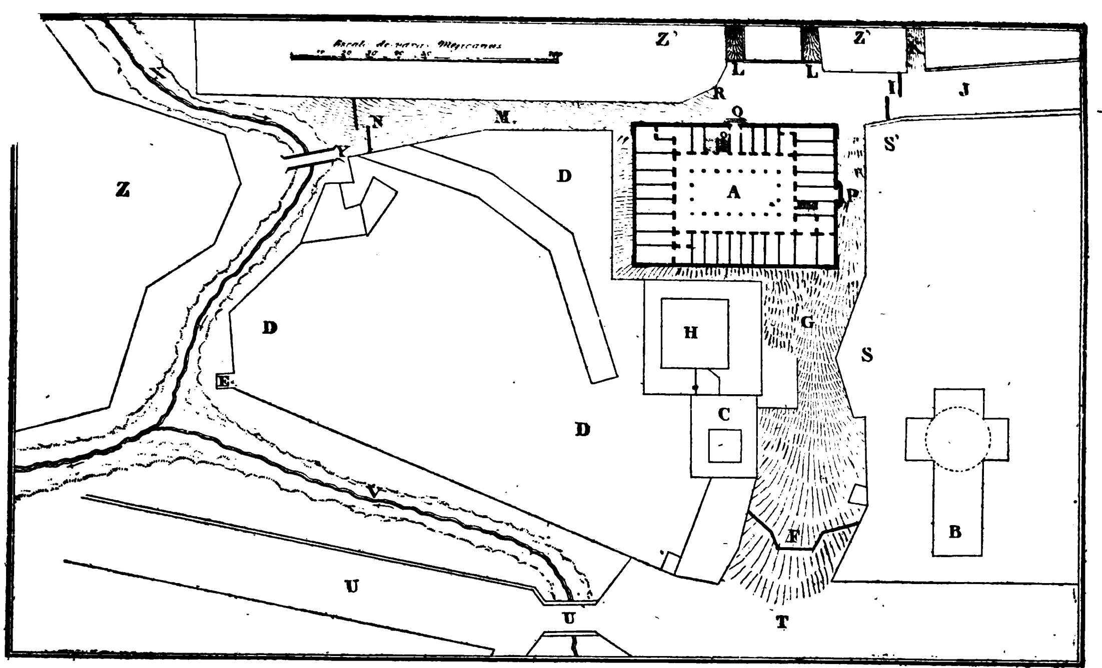
Capitán general de los ejércitos de América, siendo Allende Teniente general.

Semiorganizado aquel inmenso enjambre de gente entusiasta, más ó menos mal armada, dispuesta en grupos, con jefes nominales apenas, rodeado el conjunto de unos centenares de verdaderos soldados, arrastrando carros pesados y conduciendo en montón, víveres botín y parque, parten de Celaya el 23, recibiendo cada instante más numeroso contingente humano, llegando á acantonarse en Salamanca é Irapuato, donde Allende trabaja por hacer el milagro de convertir en Ejército las masas tumultuosas y febriles.

Hidalgo, más fatalista, confiado en la majestad de su causa y en su triunfo definitivo, hacía demasiado con levantar el estandarte de la Virgen de Guadalupe, llamando á las armas, contra los opresores, á los mexicanos que quisieran ser libres!

Las compañías del Regimiento del Príncipe, de guarnición en aquellas villas, pasaron al ejército de la Independencia, que majestuosamente acampó el día 28 en la hacienda de Burras, á seis leguas de la opulenta Guanajuato, una de las capitales más ricas y pobladas del reino de la Nueva España.

Del 16 al 28 el cura Hidalgo había recorrido triunfal etapa en el mismo corazón del país, en son de guerra, haciendo surgir de la nada miles de hombres armados, que á la sombra de venerando Estandarte irían á las batallas.... Aún no se había disparado un solo tiro en combate alguno... ¡Aún no corría la sangre en aquella campaña!...



Plano de la Alhóndiga de Granaditas en Guanajuato y de sus inmediaciones
relativo al ataque del 28 de Septiembre de 1810.

Explicación del Plano de la Alhóndiga de Granaditas y sus inmediaciones en la Ciudad de Guanajuato.

A. — Edificio de la Alhóndiga.
B. — Convento de Belem.
C. — Casa de la Hacienda de Dolores.
D. D. D. — Patio y oficinas de esta Hacienda.
E. — Noria de la misma, situada en el confluente de los dos ríos.
F. — Trinchera situada al pie de la cuesta de Mendizábal.
G. — Esta cuesta.
H. — Casa que fué de Mendizábal, que dió nombre á la cuesta.
I. — Trinchera de la calle de los Pocitos.
J. — Esta calle.
K. — Subida á las minas, ó de los Mandamientos
L. L. — Diversas bocacalles que se tapiaron.
M. — Bajada al río de Cata.
N. — Trinchera que la defendía.
O. — Puerta principal de la Alhóndiga, única que quedó abierta.
P. — Puerta lateral que se cerró con mampostería.
Q. — Salida á la azotea de la Alhóndiga.
R. — Ventana desde la cual un soldado de Celaya mató al intendente.
S. — Campo santo de Belem.
S. S'. — Callejones llamados los cañitos de Belem.
T. — Calle de Belem.
U. — Puente y Calzada de Nuestra Señora de Guanajuato.
V. — Río de Guanajuato que baja del Monte de San Nicolás.
X. — Río de la Cata.
Y. — Puente que se llamaba de palo y que después se ha construído de piedra, comenzando en él el camino nuevo de Marfil, sobre los cerros á la derecha del río.
Z. — Hacienda de Granaditas y barrio de Tepetapa.
Z. Z'. — Cerro del Cuarto cubierto de casas, que dominan á la Alhóndiga.
* — Lugar en que murió el mayor Berzabal.

II

LA TOMA DE GRANADITAS

Guanajuato era en la época colonial un centro de riqueza, importantísimo; depósito de infinidad de elementos vitales para todas las poblaciones que la circundaban aun para la misma capital de la colonia; opulenta ciudad muy orgullosa con sus célebres minas de plata, que se enlazaban por entre los cerros abruptos, bajo tierra allá en el fondo de las rocas argentíferas, uniendo sus veneros de inagotable prosperidad... Guanajuato era entonces una feliz Cipango, llena de vida y trabajo, poblada por setenta mil habitantes entre los que había ricos propietarios territoriales, opulentos mineros y comerciantes enriquecidos.

¡Va á ser asaltada por enormes chusmas de devastación y muerte! Inmenso pánico introduce la funesta nueva en aquella población, de suyo tan pacífica y tranquila, donde se respetaba desde hacía siglos al Gobierno virreinal.

Desde el día 18 supo el Intendente Riaño la marcha rápida y prestigiosa de Hidalgo, y comprendiendo el valiente y digno militar lo que significaba semejante



alzamiento, adivinó que la intención del nuevo caudillo sería caer sobre Guanajuato.

Entonces observa, medita, manda espías y avanzadas para mejorar sus informes, y cuando no le queda duda alguna, se resuelve á defenderse valientemente hasta la muerte.

Ordena tocar *Generala*, convoca al Ayuntamiento, invita á los principales vecinos españoles y criollos acaudalados — muy raros éstos — á reunirse para resolver lo más conducente á la defensa de la ciudad, en tanto que al pueblo, — mineros, arrieros, comerciantes en pequeño y artesanos, — se le arenga para que resista á los enemigos del Rey, de la Religión y del Orden.

Riaño con entereza manifiesta su resolución heroica de resistir, advirtiendo, como lo hizo, que enviaba correos al Virrey Venegas, á Félix Calleja, jefe de las armas realistas en San Luis y al presidente de la Audiencia de Guadalajara, manifestando lo alarmante de la situación de Guanajuato, expuesta á las hordas del cura de Dolores, urgiendo auxilios para batirlas.

Poco ó nada se resolvió, en suma, en aquellas reuniones, en las que dominaba á la mayoría de los concurrentes — ricos hacendados y opulentos mineros y comerciantes — un inmenso pavor, por temer por sus riquezas y sus personas...

Hubo un digno militar, — el mayor del Batallón Provincial, Don Diego Barzábal, — que protestó y siguió protestando siempre hasta morir, contra la rendición de la plaza á los enemigos.

¡ Era un militar filiado con honor en las banderas que había jurado defender — ¡ no discutía ! — y por ello no hizo sino cumplir con su juramento ! Y tan cumplió ese bravo español que el día 28 murió en la *Alhóndiga*,

acribillado á balazos y hecho trizas á golpes, rojo de sangre, envolviéndose en las banderas de su Regimiento, fiel á su consigna y á la orden de su patria...

¡Nosotros que amamos la nuestra, admiremos y consagremos la memoria de ese paladín de Granaditas, que, enemigo de los nuestros como Riaño, supo morir en su puesto!

Mientras Hidalgo, con sus veinticinco mil hombres, rodeaba la Sierra de Guanajuato, aclamado como un magno jefe, enriqueciendo la tesorería de su *Ejército*, llevando á cuestas de peones, hierro, acero, leños, yunques, forjas y carbón para fabricar pertrechos de guerra, sin plan militar fijo, es cierto, pero yendo hacia donde lo impelía la fatalidad de los acontecimientos, como un inspirado *Mahoma* de la religión de la patria, el correcto y noble Riaño se fortificaba sabiamente en la capital de la Provincia.

Primero intentó defender el perímetro de la plaza central, cerrando con trincheras y barricadas las bocacalles, aspillerando casas y reforzando paredes, en tanto que enviaba destacamentos hacia las barrancas, desfiladeros y cuestas de los alrededores, con la intención de librar combate á los insurgentes fuera de la población; pero noticias de última hora le hicieron saber que la fuerza de Hidalgo pasaba ya de veinte mil hombres. Entonces cambió de resolución y convino con el Ayuntamiento y notables de la ciudad en reconcentrarse con sus escasas fuerzas, los Archivos, los caudales reales y municipales, riquezas particulares de cuantía y los más respetables vecinos y empleados, en la Alhóndiga de Granaditas, — amplio y fuerte edificio, construído sólidamente por orden suya; de anchos murallones y estrechas ventanas que le daban

semejanza entre los abruptos cerros, con un castillo pesado y monótono, por lo que el pueblo le llamaba *El Castillo.*

Rudos ataques y acres censuras se hicieron á semejante determinación y, en efecto, desde el punto de vista militar, ir á encerrar tesoros de armas, gente y dinero en un cubo de piedra dominado por alto cerro — el del Cuarto — era perderse sin poder siquiera combatir. Pero Riaño, que esperaba el pronto auxilio de Calleja, quien el día 24 escribía prometiéndole llegar inmediatamente, creyó sostenerse algunos días, confiado en el valor del Batallón Provincial y del Regimiento del Príncipe, y en los españoles armados que juraban defenderse hasta la muerte.

El pueblo miró sombrío aquellos preparativos, no sabiendo á punto fijo la causa de semejante consternación; pero pronto entre los mineros, especialmente los de la rica Valenciana, arengados por el Administrador Chowell, cundió la nueva de que eran gentes que peleaban contra la tiranía de los amos españoles, las que pronto llegarían á Guanajuato, lo que hizo que aumentase el recelo de Riaño y los demás jefes, para con la plebe.

El día 27 había hasta tres millones de pesos en la Alhóndiga; maíz, granos y otras especies en la trojes, así como todo lo que se creyó digno de salvarse del próximo naufragio, encerrándose el edificio entre las manzanas que lo circundan, por tres trincheras.

La puerta que da al Oriente se tapió con mampostería, quedando abierta la principal, rumbo al Norte. Se situaron en la azotea secciones del Batallón Provincial y de la fuerza de españoles, en observación; otras como reserva se situaron en el patio; en la puerta lo mejor

de la guardia con gente decidida á morir, — todos acaudalados españoles; — apostándose en las trincheras, tras los infantes, dispuestos á hacer fuego, algunos jinetes del Regimiento del Príncipe mandados en aquel momento por Don Gilberto Riaño, hijo del intendente.

Total: seiscientos hombres, número reducido de combatientes, pero relativamente bien armados, bravos, dispuestos á vender caras sus vidas y sus caudales, bien dirigidos y encerrados en una posición fuerte, si se tiene en cuenta que no la iba á atacar un conjunto de tropas regulares, sino una gran chusma sin fracciones constituídas, ni jefes subalternos, ni guías, ni armas... Bien es que llevaban el aliento del genio iniciador de la Gran Explosión libertadora!...

Esto no lo comprendían, ni se lo hubieran imaginado nunca, los defensores de Granaditas...

*
* *

La intimación de Hidalgo á Riaño en la mañana del día 28 es concisa y enérgica: declárase aquél Capitán General de los ejércitos de América, por voluntad del pueblo, aclamado delante de cincuenta mil personas en Celaya; invitando á rendirse á los europeos fortificados en la Alhóndiga; prometiéndoles toda clase de garantías.

El bravo intendente celebra consejo en la azotea del edificio, y unánimes gritan todos los españoles, contestando al grito de su patriotismo:

—¡ Moriremos antes de aceptar nuestra vergüenza!

Los soldados que mandaba el mayor Berzábal prorrumpieron:

—¡ Moriremos! ¡ Viva el Rey!



Vista de la Alhóndiga de Granaditas en Guanajuato.

Tomada por el lado del Sur, que es la parte posterior del edificio que mira á la calle de Belem.

Hubo un entusiasmo tiernísimo entre aquellos hombres que no podían comprender que sus enemigos defendían una causa noble y justa, la misma que sostuvieron sus abuelos durante novecientos años allá en las montañas de la patria española, contra el moro invasor.

En apretadas masas y en gran desorden avanzaban las gentes del caudillo, serpenteando por la cañada de Marfil, la que se va ensanchando hasta convertirse en estrecho valle que desemboca en Guanajuato. Ya los cerros que cercan á la ciudad se habían coronado de millares de insurrectos... Hidalgo á caballo, marchaba tras del estandarte de la Virgen de Guadalupe que llevaba, altivo y ufano, un robusto indio... la música del Regimiento de Dragones de la Reina tocaba con estruendo y por todas las barrancas, cuestas, cerros y colinas truena una tempestad de gritos, silbidos, cantos de guerra, maldiciones y anatemas hacia el lejano cubo de piedra de la Alhóndiga que alojaba tantas riquezas y tantos próceres.

¡Las venganzas y las santas cóleras estallaban; y lo mismo que en un minuto de 1789 en París, la hecatombe de las grandes y necesarias vindictas de los oprimidos anunciaba su explosión en amenazas trágicas para ir á abrebar su sed roja en los charcos del patio de la siniestra Alhóndiga!...

Cuando supo Hidalgo la tenaz resolución del Intendente Riaño, consultó de nuevo con Allende, Aldama y los demás jefes principales el definitivo plan de ataque. ¡Vanas tentativas por querer triunfar como ejército sobre Granaditas!...

Se optó por concentrar la mayor parte de la gente apta en el cerro del Cuarto introduciendo en las casas á los más diestros tiradores, pues el cerro, como ya dijimos,

domina la Alhóndiga... desde allí debían molestar á los defensores de la azotea con piedras lanzadas con hondas y con buenos tiros de fusil.

La caballería debía cargar en masa sobre la trinchera de la hacienda de Dolores y Belem y por la cuesta Méndizábal para llamar la atención del enemigo.

La trinchera del río de la Cata que cubría la calle que es continuación de la fachada principal, — centro del reducto, — fué atacada también por masas gruesas que bajaban en verdaderos torrentes, sin formación, sin voces de mando, oyéndose tan sólo en los ámbitos los gritos de :

—¡ Viva la Independencia! ¡ Viva nuestra Señora de Guadalupe! ¡ Muera el mal Gobierno!

Cuando estuvieron á tiro de fusil, los disciplinados soldados españoles, diestros en el tiro, y teniendo masas compactas ante sí, dispararon enfilando á la muchedumbre, sin errar bala alguna.

Rabia, desorden y principio de pánico produjeron en aquellas masas, que jamás habían visto el fuego de los combates, las primeras descargas..... Riaño, el hijo del Intendente, animaba á su tropa con sus vivas, en tanto que por las lomas que cercan el perímetro, Hidalgo cabalgaba gritando...

—¡ Adentro, hijitos, adentro! ¡ Viva la Virgen de Guadalupe! ¡ Muera el mal Gobierno!

¡ Á Granaditas, muchachos, á Granadítas! ¡ Allí están!... y animaba á las turbas que cejaban ante las descargas, dejando cadáveres y heridos... ¿conque atraverse á llegar al pie de las trincheras? Allende se multiplicaba y su pericia militar resolvió muchos conflictos.

Logró hacer que la gente no se expusiera en el ataque, indicando cómo debían marchar, aprovechando los accidentes de terreno, prescribiendo la calma y no la furia ciega y tonta que convierte, á veces, al temerario sin necesidad en un estúpido suicida, que hace perder á la patria una existencia que bien dirigida hubiera sido preciosa. Volvieron á la carga las masas que habían cejado... la avalancha se hizo irresistible y entonces el Intendente Riaño, que dirigía la contienda desde el patio y la azotea, subiendo y bajando, incansable, corrió á reforzar las trincheras en peligro de ser arrolladas, llevando veinte hombres hábiles del Regimiento del Príncipe, aumentando el número de los tiradores que hacen estragos en las filas. En el momento de regresar el valiente jefe de la Alhóndiga, al poner el pie en un peldaño de la entrada principal, recibe en un ojo certera bala, dirigida por un cabo insurgente del Regimiento de Celaya, situado en una ventana sobre la dominante loma del Cuarto... ¡ Riaño expiró cuando más entusiasmo había en la Alhóndiga por su regreso, después de infundir valor y entereza en las trincheras, reforzándolas! ¡ cayó de cara al enemigo como buen soldado, en su puesto, digno y épico!

¡ Culto á su memoria, — fué un valiente!

La muerte de Riaño causó un pavor terrible en los defensores... Hubo choques entre los principales españoles, muchos de ellos dispuestos á la capitulación, mientras otros optaban por morir bajo los escombros de la Alhóndíga, como el mayor Berzábal, quien tomó el mando en jefe; pero ya sus órdenes no se obedecieron... intentaba una enérgica salida á fuerza de metralla, entusiasmo, valor, y desesperación... mas

ya de las trincheras volvían á todo correr, arrollados y diezmados los de los puestos avanzados, dejando aislado el de la hacienda de Dolores, cuyo capitán muere como un valiente lo mismo que todos los suyos, muchos de los cuales en su desesperación se arrojan á profundos pozos.

Riaño, hijo, entra á seguir la defensa, — furioso, anhelando vengar la muerte de su padre, — en el edificio desde cuyas azoteas hace certerísimo fuego sobre las chusmas que aullan y llenan el espacio con piedras, flechas y gritos, — sinfonía tremenda dominada por la lúgubre y seca nota de la fusilería española, que abría brechas de carne insurgente. Botes de metralla hechos con frascos de hierro, brea encendida, blocs de enormes piedras, plomo derretido, vigas y balas llovían desde las azoteas á las muchedumbres ensangrentadas, que chocan contra los muros de granito de la Alhóndiga, impulsadas por irresistible fuerza.

¡ Rabia fulgurante y frenética la de los defensores que se baten y encarnizan en el paroxismo de una desesperación inaudita!

¡ Y qué sorda y formidable cólera también impetuosísima y ciega, la de los que asaltan y se estrellan, sintiéndose abrir en feroces claras por el azogue, la pólvora, la metralla y el diluvio de piedras y vigas que bajan retumbando!

— ¡ Traigan barretas! ¡ Barretas! ¡ Barretas!.. ¡ Abajo la puerta! — gritan los mineros, temblando de ira al ver la carnicería y notar que el ferrado portón de la recia Alhóndiga resiste sonoramente á los golpes de ariete y á las rocas que entre veinte ó treinta arrojan contra el recio maderamen.....

— ¡ Á poner barrenos! ¡ Á socavar los cimientos!

—¡ Barrenos! Barrenos! — gritan unos.

—¡ Á volar el castillo! — claman los presos que han salido de la cárcel, abierta desde un principio por las hordas.

—¡ Barretas! ¡ Barretas! — rugen los mineros.

Y en tanto el clamoreo es espantosísimo y colosal; y angustiosa la gritería de los sitiados en la azotea que vomitan fuego, muerte, injurias, heroísmo y plomo, mientras de abajo suben oleadas de piedras, flechas y espumarajos de rabia á cada estallido de un bote de metralla, de una roca ó de una enorme viga que se precipita rebotando con retumbos de cataclismo, abriendo cráneos y vientres en aquella densa masa humana!...

Y fué entonces un diablo de jovenzuelo que trabajaba en la mina de Mellado, á quien llamaban *Pípila*, el que dijo de repente, contestando á Hidalgo:

—¡ Yo, Señor! —¡ Yo, Señor Cura!...

—¿ Cómo? —¿ Tú?...

Ahora verá su mercé... ¡ Brea y aceite!... ¡ Ocotes!... ahora verá su mercé... Y cuenta la tradición y la leyenda que el pilluelo aquel desapareció entre la multitud y que momentos después, Hidalgo estupefacto veía cómo, corriéndose por los muros, encorvada la espalda, — cubierta por amplia losa donde rebotaban las balas, el plomo y las piedras que le arrojaban los sitiados, — y en una mano un ocote encendido, se aproximaba Pípila á la puerta sobre cuyos batientes arrojó la brea y aceite prendiéndoles fuego.

¡ Ardió el portón en unos cuantos minutos, y el humo que subió lamiendo las paredes hasta las azoteas, hizo comprender á los defensores, que llegaba la hora de la muerte!...

— ¡ Á morir matando!... ¡ Á morir matando! — rugían algunos españoles.

— ¡ Viva el Rey! — gritaban los valientes, haciendo fuego.

Otros arrojaban á la muchedumbre cajones de dinero en oro y plata, mientras los demás, aterrorizados, oraban de rodillas, demandando la absolución de sus pecados á los sacerdotes que allí se encontraban.

— ¡ Viva la Virgen de Guadalupe y viva la Independencia! — ¡ Muera el mal Gobierno! — ¡ Mueran los gachupines! — rugían las hordas ebrias, delirantes de furor y ansia de exterminio... Una inaudita sed de venganza impulsaba á las masas. — ¡ Tres siglos de opresión reaccionaban inexorablemente sobre aquellos amos!

En el patio se trabó un combate atroz entre los últimos valientes que bajaron de la azotea á esperar á los enemigos y éstos que los embistieron locos de rabia por sus muertos...

El mayor Berzábal, que acaudillaba á un grupo de soldados de su regimiento, los formó en fila como un dique humano que fué arrollado trabando un combate horrible con una veintena de mineros y soldados insurgentes... los abanderados de su batallón cayeron muertos á su lado y el bravo jefe tomó entonces las banderas hechas pedazos y ensangrentadas, y envolviéndose con ellas, arrinconado en un ángulo del patio, murió épicamente!...

Luego fué la matanza sin misericordia, ni cuartel... Las turbas vengáronse, en una hora, de tres siglos de

afrenta y matanza á la sordina, de hambre... y de opresión! —¡ siniestras represalias de los esclavos triunfadores contra los amos vencidos!

Era un triste espectáculo imposible de evitar, que el caudillo de la Independencia contempló en el fondo de su alma generosa con infinita tristeza, pero aceptándola en toda su fatalidad.

¡ Era preciso!

¡ Oh sí! aun desde el punto de vista militar, frío y terrible, tenía que ser tolerado aquel arranque, para herir en el corazón, en sus entrañas más ricas y palpitantes, al enemigo, debilitándole hasta que expirante cayera rendido ó muerto!

Y así fué... El saqueo de Guanajuato dejó exánime el corazón de la Provincia, sacudiendo con pavoroso estrépito el vetusto letargo de la dominación ibérica.

Por eso la toma de Granaditas es un martillazo rojo y fulgurante sobre el poder virreinal.

No es en realidad triunfo de un ejército, sino cataclismo fatal, reacción de las masas sufridas y explotadas.

Más de tres mil hombres costó la memorable jornada; pereciendo casi todos los defensores de la Alhóndiga, unos en el combate, otros asesinados por las turbas ebrias, y muchos buscando ellos mismos la muerte en el fondo de los pozos y de los barrancos, huyendo de la cólera del pueblo.

Á la hora del crepúsculo principió el saqueo de Gua- [illegible].. las chusmas desenfrenadas recorren las

calles y arrasan tiendas y casas de ricos españoles, con un frenesí de devastación pavoroso, en un huracán de locura furiosísima, incontenible, que duró tres días, hasta que Hidalgo y Allende lograron contenerla con severos y mortales castigos.



PLANO
de la batalla de
LAS CRUCES

Señales para todos los planos

- Infantería del ejército real
- Idem del ejército insurgente
- Caballería del ejército real
- Idem del ejército insurgente
- Tropas reales en marcha
- Tropas insurgentes en retirada

Ixtlahuaca

Puente de S. Bernabé

TOLUCA

Camino Real

Lerma

Tianguistengo

Venta de Cuajimalpa

Santa Fe

Mejico



III

LA BATALLA DEL MONTE DE LAS CRUCES

El Virrey Don Francisco Javier Venegas, que acababa de llegar á la Nueva España, supo atónito que la *insignificante* conjuración de Querétaro había estallado con tal ímpetu en Dolores, y tomado tales creces en San Miguel el Grande — donde dos compañías del Regimiento de Dragones de la Reina se unieran á las masas de Hidalgo, con entusiasmo, formando compactas columnas que sorprendieran Celaya, amenazando Querétaro, — que tuvo que expedir proclamas furibundas y poner á precio las cabezas de los principales caudillos: Hidalgo, Aldama, el terrible Allende y Abasolo, ofreciendo por cada una de ellas diez mil pesos, distinciones y honores...

Nada más bárbaro é impolítico que semejante bando en la primera autoridad del reino, quien sancionaba el asesinato, la traición y todos los crímenes, pagándolos con honores, con tal de obtener esas *despreciadas y fementidas cabezas*, que venían á trastornar la paz y la quietud de tres siglos de dominación española.

El clero se desató en anatemas y excomuniones contra Hidalgo y los suyos, y la Inquisición reanudó el proceso que le iniciara en secreto años antes. Rabia colosal se produjo también entre los españoles ricos y nobles, los grandes propietarios, el clero alto y los empleados del Gobierno virreinal... Sólo el pueblo que sufría y trabajaba, siguió impávido esperando el instante de obrar, no conociendo aún en México la magnitud y alcance de la sublevación.

El virrey se preparó á la lucha ordenando el levantamiento de las milicias provinciales, formando planes de ataque y defensa, mostrando actividad suma y suma torpeza también.

Envió á Querétaro una división compuesta de las tropas que guarnecían la capital, el regimiento de Infantería de la Corona, fuerte de dos batallones y cuatro piezas de artillería, la columna de Granaderos de dos batallones también con siete compañías cada uno, cuatro cañones, Regimiento de Dragones de México y el Regimiento Provincial de Puebla al mando del coronel Don Manuel Flon, conde de la Cadena, rudo y bravo jefe realista, que debía de entrar en campaña uniéndose con la brigada de tropas de caballería que levantaba prontamente en San Luis el brigadier Don Félix María Calleja del Rey.

Venegas hizo venir á la capital otras tropas cercanas, como el Regimiento de Tres Villas, los Regimientos provinciales de Puebla, así como la marinería de la fragata « Atocha » que trajo el Virrey de España.

*
* *

Hidalgo después de instalarse en Guanajuato donde tomó cuantiosos recursos en plata, oro, valores diversos particulares, confiscando cuanto pudiera servir para fabricar armas, fundiendo cuatro pequeños cañones muy toscos y deficientes, requiriendo caballos, mulas y asnos para equipajes y conducción de parque y municiones, nombró ayuntamiento, incorporó á su fuerza innumerables voluntarios y las compañías provinciales que le habían resistido en un principio.

En suma, con menos mal armamento, regular numerario para gastos, y sesenta mil hombres, se dirige prontamente, sabiendo que la prontitud en sus maniobras era el triunfo, hacia Valladolid, en tanto que Allende con una división selecta expediciona por pueblecillos y ranchos del Bajío en solicitud de más hombres y elementos, paseando triunfal la nueva bandera de Independencia.

Allende, que era verdadero militar, hizo comprender al improvisado Capitán General que debía rehuir combates y batallas campales, las que sólo pueden aceptar tropas disciplinadas é instruídas, — dirigiéndose sobre poblaciones fuera del alcance del ejército realista, para tomar en aquéllas recursos y propagar la idea luminosa, aprisionando á los españoles y sacando el mejor provecho de sus riquezas, mientras se iba educando su ejército para la guerra en espera de las recias campañas que habían de dar el triunfo definitivo á la Revolución.

Hidalgo se encontraba amenazado entre la división

del Conde de la Cadena, que ya había llegado á Querétaro y se preparaba á perseguirlo, y la brigada de Calleja que con aguerrido ejército, con la seguridad de una fácil victoria, iría á despedazarlo entre San Luis y Guanajuato ó Querétaro.

Así es que, con toda precipitación y en medio del mayor entusiasmo del pueblo, abandonó el caudillo la abatida y exangüe ciudad, días antes tan rica y tranquila durmiendo sobre sus tesoros...

Tomó por el Valle de Santiago llevando siempre á vanguardia el estandarte de la Virgen de Guadalupe y á retaguardía los prisioneros españoles que iba haciendo en el camino, habiendo dejado cerca de trescientos custodiados en la Alhóndiga de Granaditas.

Siguió hacia Salvatierra, continuando por Acámbaro, Zinapécuaro é Indaparapeo, apoximándose á Valladolid sin ningún tropiezo y sí con la satisfacción de que Aldama cerca de Celaya levantaba pueblos, haciendas y rancherías, robusteciendo su división expedicionaria... ¡Las llanuras del Bajío repetían los gritos de libertad é independencia que durante años y años hacían correr la sangre de los valientes hijos de sus campos!

* * *

En la ciudad de Valladolid, al saberse la rápida y avasalladora marcha de aquel cura, á quien el Obispo Abad y Queipo de aquella misma Diócesis había excomulgado furibundamente, hubo igual consternación á la de Guanajuato, no obstante contar la ciudad con mejores elementos de defensa.

El Obispo se pone al frente de ésta y forma ocho compañías de defensores, cuyo mando entrega al canónigo Ledos; hace maniobrar al Regimiento Provincial y llama á los *Dragones de Pátzcuaro*, al mismo tiempo que manda bajar el esquilón mayor de catedral para fundir cañones, asesorado por el teniente Iturbide, dispuesto á batir á los insurgentes en guerra sin cuartel, con todo el odio de su corazón y toda la inteligencia de su espíritu.

Mas he aquí que sucedía lo de siempre :.. arriba, en las clases altas, en los que poseían riquezas ó empleos con pingües ganancias, el más profundo egoísmo ó el miedo... el pánico en las señoras... y en el pueblo, fría y taciturna actitud, un dejo de hostilidad para con sus señores y secreta simpatía para los que llegaban sin darse cuenta aún qué objeto traían y qué estandarte enarbolaban.

De suerte que, no obstante tan belicosos aprestos del Obispo, cuando Hidalgo intimó rendición á la plaza el 15 de Octubre, divididas las opiniones de los notables, el Ayuntamiento, las milicias y el Clero, hubo de optarse por dar entrada al Capitán General Don Miguel Hidalgo, yendo una comisión del Ayuntamiento hasta su cuartel general, á seis leguas delante de la ciudad, para ofrecerle su rendición, en tanto que por otro rumbo partían á escape para México los principales personajes de aquélla, entre ellos el Obispo, Iturbide y el canónigo Ledos.

El 16, 17 y 18 de Octubre fueron días memorables... en que entraron lentamente á la célebre Valladolid los sesenta mil hombres de Hidalgo, quien con toda pompa mandó abrir las puertas de la catedral para dar gracias al Señor de los cielos por el éxito de la Santa Causa...

4

Infinitas ventajas obtuvo el bravo caudillo de su entrada á una ciudad de tan grande importancia como Valladolid, hoy Morelia. Nuevos caudales y nuevos regimientos fortalecieron aquello que ingenuamente llamaba *su ejército*... ¡ Era sin embargo un pálido esbozo de lo que había de ser el ejército mexicano después de crueles etapas de miseria, sangre y fatal desorden, falto de cerebro y de fijos ideales para sus grandes sacrificios y abnegaciones!

Las fuerzas que aprestara el obispo para resistir, se incorporaron todas con las del Libertador, que mandó proceder á fundir artillería y armas, pues aún el grueso de su gente estaba inerme... ¡ Apenas garrotes y piedras llevaban sus indios!

Nombrados los nuevos empleos civiles y eclesiásticos, después de que el canónigo Lizana hubo levantado la excomunión general, salió el humano torrente para dirigirse á todo impulso hacia la capital de la Nueva España... ¡ Era urgentísimo no dejarse alcanzar por el ejército realista del Conde de la Cadena y de Calleja que ya le buscaban de cerca...

¡ Hacia México! ¡ Hacia México!

Las turbas iban frenéticas de alegría, entonando cantos de triunfo, prometiéndose enarbolar en el lejano y para ellos maravilloso México, — capital del Reino, ciudad de príncipes, condes y marqueses, — su humilde estandarte con la aparecida Reina del Tepeyac.

Vuelve Hidalgo por el mismo camino y en Acámbaro pasa una gran revista á sus muchedumbres, donde es aclamado por más de ochenta mil hombres.

Allí decide con Allende — alma de las operaciones y maniobras seudo-militares — dividir la fuerza en regimientos de mil individuos al mando de coroneles...

Hidalgo quedó nombrado Generalísimo de los ejércitos; Allende, capitán general, y Aldama, Abasolo, Balleza y Jiménez tenientes generales.

Redactaron reglamentos militares y de policía, y los jefes eligieron uniformes, optando el caudillo por usar casaca azul con collarín, vueltas y solapas rojas con bordados de oro y plata, tahalí negro bordado también, y sobre el pecho un medallón de oro con la imagen de la Virgen de Guadalupe.

En compactas columnas aclamadas en pueblos y ranchos, tras el enhiesto estandarte de la Independencia con ensordecedor vocerío y coros de cantos delirantes, aquella masa gigantesca, desordenada, inerme y frenética va rebosando por los valles, desbordándose de los estrechos caminos... acampando al aire libre bajo el cielo benigno en las noches, para levantarse antes del alba al toque de los tambores, y oyendo después la misa que celebra su amado cura y admirado general. Se dirigieron hacia Toluca por Maravatío, Tepetongo é Ixtlahuaca.

*
* *

Hubo un incidente en Indaparapeo. Un noble y robusto cura se aproximó al Capitán General solicitando hablar con él.... conversan y de pronto Hidalgo ante su fulgurante mirada y su profundo y tierno discurso vibrando patriotismo y ciencia tiene un arrebato y nombra á aquel cura Coronel, diciéndole :

— Te he comprendido... Sé quién eres. Tienes razón; ve al Sur; levanta á los hijos de las sierras que son

inmensos baluartes; toma Acapulco y apóyate en el Gran Océano!

¡Así sucedería!... El cura partió y no se vieron más. Era el genio de la guerra de Independencia. Era Don José María Morelos y Pavón, el águila del Sur. Ya lo encontraremos en sus grandiosas campañas...

* * *

¡Jamás en México se había experimentado tan horrenda aflicción, y nunca como entonces se creía en el fin del mundo!...

¡Las hordas de aquel ogro, las chusmas de fieras y bandidos de aquel abominable ser fuera de la ley humana y de la justicia divina entrarían á la buena y muy sumisa y leal ciudad de México!

— ¿Será posible semejante cataclismo?... ¿Será esto castigo del cielo por nuestros pecados? se preguntaban prelados y ricos-homes, comerciantes, empleados y frailes, yendo á enterrar sus tesoros aun á los mismos sepulcros de sus padres.

Era que Venegas había sabido la entrada de los insurgentes á Valladolid, por boca de los mismos fugitivos, el Obispo Queipo, Iturbide y demás próceres, quienes naturalmente exageraban en sus narraciones.

El virrey, como pudo, reunió una fuerte y selecta división de dos mil y tantos hombres, poniéndola al mando del joven Coronel Don Torcuato Trujillo, bravo militar, pero ignorante, orgulloso y sobre todo muy poco práctico.

Componían su fuerza el Regimiento « Tres Villas » con dos batallones al mando del coronel José Mendíbil

y los Dragones del Regimiento « España ». Debía esta división fortificarse en Toluca, defendiendo tan importante ciudad, mientras del interior llegaban Flon y Calleja á pulverizar las hordas de Hidalgo.

En México quedó de guarnición el Regimiento Urbano de Comercio y un ridículo cuerpo diz que de voluntarios aristócratas, denominado « Regimiento de *Patriotas distinguidos de Fernando VII* », formado de ricos que pagaban á pobres diablos porque sirviesen en su lugar cuando era necesario.

Trujillo sale de Toluca á reconocer el camino del norte el día 28 de Octubre, encontrándose con que un fuerte destacamento que había colocado en la cabeza del puente de San Bernabé, sobre el río Lerma, ha sido arrollado por los independientes que avanzan como tromba sobre Toluca.

Débil y sin conocer nada del enemigo á que debe resistir, el joven coronel abandona Toluca, y se retira á Lerma, población donde se fortifica cerrando con fosos y trincheras la calzada que de aquélla conduce á ésta, interceptando el camino de México.

El día 29, un cura de las cercanías le advierte que el enemigo puede ir á pasar por el puente de Atengo, hacia el Sur, para tomar el camino de Tianguistengo á Cuajimalpa, rodeando el monte, cortar la retirada á los realistas, y caer sobre la Capital por sorpresa, llegando como después de un paseo.

Alarmado Trujillo manda un destacamento á Tianguistengo al Sur de su posición, ordenando previamente que se destruya el puente... ¡ Tardía disposición que lo perdió ! Ya una división enemiga, con el bravo Jiménez á la cabeza, ha pasado desbaratando las avanzadas del realista, dirigiéndose por el camino que, flanqueando

el monte de las Cruces va á dar á Cuajimalpa, tras esta Sierra, ya en pleno Valle de México.

Mientras esto se ejecuta, el grueso del ejército de Hidalgo llama la atención de Trujillo á su frente por la calzada de Toluca; mas habiendo sabido él que otras tropas enemigas se adelantan para situarse á su retaguardia entre México y las fuerzas del frente, envolviéndolo, comprende aunque tarde sus faltas, y dejando destacamentos y grandes guardias en Lerma y otros puntos escalonados, parte al terminar el día á tomar posición en lo alto del monte de las Cruces, á donde llegó Allende media hora después.

Ejecuta Trujillo con rapidez este movimiento que es toda una retirada, casi una fuga, dejando comprometido en Lerma á Mendíbil con el Regimiento « Tres Villas » que se bate en retirada con brío y discreción, hacia la columna central internada en el Monte, haciendo nutrido y certero fuego en las desordenadas filas insurgentes donde no hay bala española que no siembre la muerte.

En la noche del 29, los dos ejércitos acampan uno enfrente de otro, habiendo escogido el coronel realista el fondo pedregoso y selvático de una estrecha meseta, inepta disposición del hispano jefe, pues estaba dominada á los flancos por diversas alturas cubiertas de cedros, pinos y malezas.

El plan de Hidalgo, mejor dicho, de Allende, había sido combinado con toda habilidad, y era sencillo, si se lograba — como en parte se hizo — obrar con la suficiente rapidez para sorprender ó adelantarse al enemigo.

Debía Jiménez seguir continuando su movimiento de flanquear y envolver al adversario cerrándole la retirada

en Cuajimalpa mientras Hidalgo lo perseguía de frente con todas sus fuerzas, no sin llamarle falsamente la atención por el Norte.

Muy imperfectamente se ejecutó este plan, mas siquiera fué lo suficiente para haber ganado la terrible jornada.

En la mañana del 30 de Octubre los realistas se parapetan tras las rocas y los pinos, atrincherándose sólidamente, teniendo ante sí un gran claro donde sus fusiles abatirán las masas enemigas. Á éstas las anima el intrépido Abasolo que manda una carga á vanguardia para reconocer la fuerza de resistencia del enemigo perfectamente oculto en el bosque.... Escúchanse algunos disparos de una á otra parte... Hidalgo arenga y de pronto al grito formidable de *¡Viva nuestra Señora de Guadalupe! ¡Viva la Independencia!* se lanza la apretada falange que atraviesa la meseta del monte, llevando á los flancos la caballería.

— ¡Viva el Rey! ¡Viva Su Majestad Fernando Séptimo! contestan los españoles, —y tremenda granizada dobla las primeras filas, y sus dragones abren claros sangrientos en las masas que vacilan y cejan, aullando.... Pero resuenan nuevos gritos, los de atrás empujan á los de adelante... no hay que cejar... y continúa el impulso, pasando sobre los cadáveres... mas al llegar ya á las trincheras españolas, la segunda fila dispara sus fusiles á quemarropa sobre la avalancha humana que vuelve á oscilar y á aclararse entre feroz gritería, rugidos, ayes é injurias... ¡Adelante! muchachos... arriba... sobre esos... ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe! grita Abasolo, pistola en mano. — Las trincheras son sólidas, bien cubiertas y en sus puestos los soldados que han logrado cargar de nuevo y que hacen nueva

descarga horrenda... mientras apenas los insurgentes con sus lanzas y malos fusiles han abatido uno que otro muerto... Allá en lo alto de la gigantesca arboleda se oyen crujidos de terrible lluvia... son las piedras de las hondas insurgentes que no causan en ese momento gran daño...

Hubo que retroceder para preparar tras sus posiciones de la noche un nuevo y formal asalto á fondo y con todas las masas... Eran las ocho y media de la mañana...

En esos momentos Trujillo recibe un buen socorro... Venegas le ha enviado dos cañones de á cuatro, servidos por un teniente de artillería de Marina, Ustoris, cincuenta jinetes lanceros de las haciendas del rico español Yermo y trescientos treinta mulatos bien armados... Esto hizo cobrar gran ánimo al jefe español y su gente que temían un ataque decisivo... y que no podían tomar la ofensiva, pues sería correr á pronta é inútil muerte...

Allende no desespera, en tanto, y forma su columna... Á la izquierda cinco compañías de lo mejor del Regimiento de Celaya, el Regimiento Provincial de Valladolid y el batallón de voluntarios de Guanajuato; á la derecha el Regimiento de caballería de Pátzcuaro y Regimiento de la Reina... en el centro los más bravos y mejor armados rancheros á caballo y á pie... Á retaguardia el regimiento del Príncipe, como de reserva, lo mismo que un buen núcleo de jefes dispuestos á impulsar el ataque, animando á los de vanguardia á dar la carga á fondo... y por fin, diseminados por los flancos, sin orden, abandonados casi á sí mismos, nada más para que formaran grupos y masas amenazadoras y aullantes... los inermes, los últimos y más pobres

peones unidos en las últimas jornadas, multitud inútil y embarazosa.

Hidalgo se multiplicaba, entusiasmando al tremolar el estandarte con la Virgen. Allende, inteligente y vivo, daba órdenes precisas, severo y terrible, y Abasolo se ponía al frente de la ancha y honda columna...

Por su parte Trujillo ya animado con sus bocas de fuego y sus cuatrocientos hombres de refuerzo y de refresco, ocultaba los temibles cañones entre la espesura, con ramajes y malezas, abocados al centro de la meseta para despedazar y barrer con las masas asaltantes...

Sonó la voz terrible del ataque... y más tremenda y formidable que antes tronó la gritería... ochenta mil voces rugieron en el grandioso monte: —¡ Viva nuestra Señora de Guadalupe!

—¡ Viva el Rey! —contestaron solemnemente dos mil realistas en el instante en que se oyó la descarga nutrida de la fusilería... y luego estallaron los estampidos de los traidores cañones...

Hubo algo como estupor, y la enorme columna pareció vacilar... mas después con mayor energía reaccionando en su rabia, fué á chocar contra las trincheras, frenética, tumultuosa, infernal y sublime...

Ya no hubo entonces quien cejara, todos siguieron adelante... y empezó la carnicería cuerpo á cuerpo, y los españoles fueron rodando abrazados á los indios... en una refriega inaudita y feroz... Tronaban los cañones abriendo largos surcos de fuego y carnaza humana en un huracán desenfrenado; rompiéronse las trincheras... y derrepente... hubo un flaqueo por parte de los realistas. Allá á su izquierda, desde lo alto de unas lomas el bravo Jiménez con tres mil indios y un cañón lo flanqueaba de súbito haciendo acallar

uno de los cañones realistas, dominando completamente el núcleo de sus fuerzas.

Trujillo cambió entonces su orden de batalla, puso á su izquierda al capitán Bringas con los lanceros de Yermo y compañías del Regimiento « Tres Villas », en la derecha que se replegó, á Iturbide con las otras compañías del mismo cuerpo, y en el centro lo mejor de las tropas sobre el camino de México, al mando del mayor Mendívil, quien se encontraba herido lo mismo que el capitán Bringas. La reserva á las órdenes del mismo Trujillo fué á contener á las fuerzas flanqueadoras de Jiménez, cuyo cañón hacía un fuego certero sobre los realistas, que á medida que disminuían se iban estrechando sin retroceder, acometidos con furia á sus flancos y en su frente.

En ese instante se luchó con más desesperación por ambas partes, con un encarnizamiento profundo. El inmenso bosque retemblaba al estruendo de las desordenadas descargas que dominaban los aullidos de cincuenta mil indios en un formidable coro de desolación y muerte.

Momentos después los oficiales insurgentes llamaban á gritos á los mexicanos realistas, enemigos del momento, ofreciéndoles garantías y puestos en sus filas, haciendo ondear al mismo tiempo una bandera parlamentaria para ver de entrar en arreglos.

El fuego realista cesó entonces paulatinamente... ¿Trujillo aceptaba parlamentar? ¿se iba á rendir por fin?

Así lo creyeron los jefes insurgentes é hicieron volver á sus puestos á los rabiosos luchadores. Después enviaron en buen orden una columna con emisarios en son de paz para dar y recibir las proposiciones del armisticio ó de la rendición; mas he aquí... que al

llegar cerca del enemigo, éste rompe un fuego repentino sobre los confiados insurgentes que rodaron cadáveres...

¡ Aquello fué inauditamente infame!... indigno de la legendaria caballerosidad hispana... ¡ Vil traición que habría de manchar para siempre el nombre del jefe realista, ante sus mismos compatriotas!...

Una tempestad de indignación se desató en el campo insurgente donde la cólera hizo arrebatar, sin esperar órdenes, á las destrozadas muchedumbres, sedientas de venganza, precipitándolas sobre sus felones enemigos que se habían rehecho y vuelto á sus posiciones, durante la tregua del combate, obtenida tan indignamente.

Ya los dos cañones antes tan furiosos han callado... Un grupo de valientes con lanzas y reatas, precedidos de pelotones de indios con troncos de árboles que formaban parapetos ambulantes, se había precipitado arrollando obstáculos hasta el cañón que aun respondía y barría filas enteras de asaltantes, logrando arrancarlo de sus afustes y llevárselo al campo insurgente donde fué recibido con inmenso júbilo, reanimando á todos...

En vano el teniente Iturbide, loco de rabia, agotaba sus fuerzas dirigiendo un pelotón de audaces del Regimiento de «Tres Villas» á recuperar, el cañón, que fué entonces asestado contra sus antiguos poseedores...

Media hora después, por entre el monte huían jadeantes, perseguidos por la caballería de los insurgentes, los últimos realistas del coronel Trujillo.

¡ La derrota había sido completa! Dos mil valientes mexicanos realistas, mártires de su deber y fieles á su juramento, yacían sobre el lomo inmenso de la gran Sierra, mezclados con cerca de tres mil mexicanos insur-

gentes que habían sucumbido por la libertad y ya dormían besados por la gloria de un hermoso triunfo!...

Trujillo se abre paso con denuedo entre la caballería enemiga, acompañado de Iturbide y cosa de cincuenta fugitivos resto de sus granadas tropas; llega á Cuajimalpa donde se hace fuerte; pero acometido rudamente tiene que abandonar la Venta y seguir hasta el pueblo de Santa Fé, llevando en el alma la vergüenza de la derrota y la firme convicción de que al siguiente día arderá la capital de la Nueva España, presa de los horrores de espantoso saqueo, ocupada por las hordas de Hidalgo.

IV

EL COMBATE DE ACULCO

Después de la decisiva derrota de las fuerzas realistas en el *Monte de las Cruces* frente á la poderosa capital del virreinato, después de ese magno triunfo de las huestes insurgentes que lograron de pronto y con el mayor éxito abrirse el camino de México, á una jornada apenas de esta ciudad, el más bisoño teniente hubiera seguido hacia adelante para aprovechar la victoria, sabiendo que en la plaza reinaba el mayor pánico y estaba casi inerme.

Pero tras de las jornadas de Toluca, Lerma y las Cruces tan bien dirigidas hacia el objetivo de tomar México, tras marcha arrolladora y sangrienta, en el momento en que la gran selva repercutía las dianas y los cantos de victoria de las multitudes insurgentes que se encaramaban en las próximas alturas hasta dominar el grandioso lejano Valle donde se asentaba la codiciada capital, Hidalgo, sombrío y taciturno, vacila, titubea como siempre, y cuando Allende el intrépido vencedor le habla de seguir y caer sobre la gran ciudad, el Generalísimo mueve la venerable cabeza

como diciendo : *No mas allá*. No... no quiso descender sobre la regia presa tan fácil de conquistar...

Refiere la leyenda que hubo esa noche de triunfo, mientras se levantaba el campo de batalla del *Monte de las Cruces*, á los fulgores de las rojas luminarias, al son de los cantos de los vencedores ahitos de gloria, un grave altercado entre el Generalísimo Hidalgo y el Capitán General Allende.

Éste optaba por caer sobre el Valle, sin vacilaciones, dirigiéndose hasta el centro, aprovisionándose en los pueblecillos de los alrededores de México, aprovechando la profunda consternación de aquel vecindario de ricos y nobles, magníficos funcionarios y clérigos, incapaces de defenderse en una ciudad entonces fácil para cualquier golpe de mano.

En efecto, se imponía semejante plan y era preciso ejecutarlo sin pérdida de tiempo... ¡ Aprovechar, aprovechar el triunfo! No dejar rehacerse al enemigo... y dado el pánico de la ciudad, tras de la rota de la división de Trujillo, atacar la capital á todo estruendo, tomando las cuantiosísimas riquezas que encerraba, hiriendo en el corazón al poder colonial con el saqueo, el incendio y la decomisación de provisiones de todo género, haciéndose de caudales y atrayendo gente del pueblo, que se entusiasmaría por la causa de la libertad en cuanto se le hablara!

¡ Ah! no había que perder un minuto!... ¡ La gran ciudad brindaba con su servilismo indolente y su pompa oficial inútil y cobarde, su posesión al enemigo.

— ¡ Sobre México, sobre esa capital riquísima, señor!... ¿ Á qué hemos venido?... ¿ Por qué atacamos en difícil campaña en lo alto de este monte un ene-
·an superior en calidad; un verdadero ejército,

sino para abrirnos paso hacia el centro y núcleo de la Nueva España?... ¡Á México, señor! .. No dudemos un instante. ¡Sobre ella!

Así se expresaba Allende ante el caudillo de la Independencia, escuchando sus entusiastas palabras los principales jefes, comprendiendo toda la razón que le asistía.

Hidalgo — ya lo hemos dicho — no era guerrero, ni comprendía el peso de las frases de un militar inteligente y firme como Allende... El buen cura tenía sus escrúpulos; se alarmaba al pensar en los estragos de un saqueo cien veces más atroz y tremendo que el de Guanajuato... y se veía luego acosado en el Valle ó en las mismas calles de México por las tropas realistas de Calleja y Flon que del Norte avanzaban sobre él... Agregaba, por otra parte, para apoyar su contramarcha, que estaba escaso de municiones y temía no poder forzar las tropas que el Virrey Venegas colocaría en los puntos de ataque.

Siempre fueron esas vacilaciones las que perdieron á Hidalgo y los suyos, y los llevaron á los tristes desastres y hecatombes que un buen jefe táctico hubiese evitado...

No escuchó ni quiso secundar á los buenos militares... y sin plan fijo, sin objetivo de campaña, sin fin hacia el que dirigirse, normando sus operaciones, fluctuó lamentablemente en sus proyectos, rehuyendo un asalto cuando era preciso y de éxito fácil, ignorando las maravillas de la estrategia.

Innumerables autores defienden su actitud al no querer entrar á México; mas es seguro que Morelos, Guerrero, Mina y otros bravos y aptos capitanes hubieran ejecutado esa entrada. ¡Qué golpe para el

virreinato! ¡ Qué pasmo por todas partes! ¡ Qué debilitamiento de las fuerzas realistas!

Al aproximarse al Valle Flon y Calleja, podría él evitar su encuentro saliendo de México, internándose en los laberintos del Sur, fraccionando su ejército en guerrillas ricas y contentas, que irían á llevar la antorcha purificadora y siniestra de la guerra y del incendio...

Así se expresan otros autores respecto á la contramarcha de Hidalgo al Interior cuando tenía abierto el camino de la capital de la colonia para dar golpe de maza al poderoso enemigo.

Hemos consultado veteranos y tácticos conocedores de esas tragedias épicas, y la mayor parte optan por dar la razón á Allende, que urgía por aprovechar el triunfo y caer sobre México, opinión que está con la nuestra por ser la que impusieron los acontecimientos de aquella guerra desigual y atroz ¡ pero gloriosa para todos los mexicanos!

En efecto, en la gran ciudad de los virreyes hubo *procesiones*, *rogativas*, *tedeums* y una actividad medrosa por ocultarse y esconder caudales, teniendo por seguro que los insurgentes atacarían el 1° de Noviembre incendiando, saqueando y profanando casas, palacios y templos...

El Virrey mandó situar tropas por las calzadas del Poniente, — tropas improvisadas y medrosas, — cañones en Chapultepec y patrullas avanzadas para que diesen la fatídica señal de la aproximación del formidable ejército *de los vándalos de Hidalgo,* — *monstruo demoníaco, como se lo imaginaban todos los españolizados*. Se nombró *Generala* del Reino *á la Virgen de los Remedios* y el mismo Virrey le confirió el bastón

de mando, con gran pompa y solemnes manifestaciones oficiales ridículas.

El derrotado Trujillo, sabiendo desde Chapultepec que Hidalgo se dispone á levantar el campo y á contramarchar, rinde de acuerdo con el Virrey Venegas un parte triunfal por el que había de ser considerado este torpe jefe, ¡oh triste sarcasmo! como el Leónidas del monte de las Cruces!

Alejado el peligro volvió la alegría á la buena ciudad virreinal, en tanto que allá en los llanos del Norte se aproximaban las fuertes divisiones de Félix Calleja y del Conde de la Cadena, tipos sanguinarios que iban á entrar bien pronto en escena en el vastísimo teatro de aquella guerra.

*
* *

Guarnecía San Luis el brigadier Don Félix Calleja del Rey, quien según rápidas órdenes de Venegas y por propia iniciativa, organizó tropas al instante, requiriendo hombres, acémilas, equipo y tesoros, suministrado todo ello por ricos propietarios de inmensas haciendas, que eran los más amenazados, naturalmente, en aquella revolución que proclamaba en el fondo *Libertad é Independencia.* Los representantes de la Iglesia, riquísimos aún más que los hacendados, también pusieron gente, bestiaje, armas, provisiones, equipo y dinero á disposición del brigadier Calleja...

Este jefe forma una división de cinco mil caballos, seiscientos infantes y ocho piezas de artillería, distribuídas en dragones, compañías ligeras, lanceros y regimientos provisionales.

En la hacienda de la Pila, muy cerca de San Luis, establació un gran campamento donde estuvo recibiendo los hombres y caballos que le enviaban de todas las fincas; dando instrucción á los cuerpos que se iban integrando, educándolos en la más severa disciplina. Entre ellos se había de distinguir bien pronto el que organizó con el nombre de *Patriotas del Potosí*, al que vulgarmente llamaron después de *Los tamarindos* por estar sus individuos uniformados de gamuza, en vez de paño, que estaba muy escaso.

Abandona á Riaño quien desde Guanajuato le pide auxilio angustiosamente en vísperas de ser atacado por Hidalgo, y sale del campamento de la Pila el 24 de Octubre, rumbo á Dolores, donde habrá de reunirse con las fuerzas del Conde de la Cadena.

El día 22 partió de Querétaro este veterano con las tropas con que salió de México, amenazando á los habitantes de aquella ciudad en una abominable arenga, con hacer derramar ríos de sangre en sus calles si sabe que muestran simpatía á los *rebeldes bandidos*, á quienes, asegura, va á hacer polvo.

Al pasar por San Miguel el Grande manda que sus tropas entren á saco en las casas de Aldama, de Allende, del Coronel la Canal, y otras... y la fuerza realista, que representa el orden, da el ejemplo, con el saqueo, de un bandidaje indigno, inexcusable en fuerzas bien pagadas, instruídas y educadas en la disciplina más severa, tropas que representando el gobierno, el orden y la ley son lanzadas oficialmente al pillaje y al asesinato. Cuando se reunieron en Dolores las dos divisiones, se repitieron las mismas escenas de saqueo en las casas de Hidalgo y en las de todos sus adictos.

Desde ese momento, ante este ejemplo de atroces represalias, se cerraba la puerta á todo acto de nobleza y de caballerosidad por parte de los insurgentes. ¿ Qué extraño que la guerra fuese ya sin cuartel, implacable y bárbara?...

¿Qué misericordia, ni qué estipulaciones de caballerosidad y honor podrían pactarse, si los mismos Señores Brigadieres, nobles que ostentaban viejos blasones, se igualaban en sus arrebatos de venganza con los *plebeyos bandidos de reata, tranchete y honda, que formaban las chusmas del fementido Hidalgo?...*

Calleja, en Dolores, toma el mando del cuerpo de ejército que forman las dos divisiones unidas y al frente de dos mil infantes, siete mil caballos y doce piezas de artillería de á cuatro, atraviesa todo Guanajuato, recibido por las corporaciones municipales, los eclesiásticos y propietarios — todos españoles por supuesto — como un salvador *contra las incursiones del bandidaje de los que se llamaban independientes.*

Va á dirigirse por Celaya y Acámbaro ; pero sabe que nuevos insurgentes de San Juan del Río excursionan, unidos con otros de Michoacán, levantados al eco del grito de Dolores, — y entonces endereza hacia Querétaro, donde antes se librara un combate entre las guerrillas improvisadas y la fuerza escasa de la ciudad, haciendo ésta retroceder á aquéllas, que iban casi inermes, pero que bien podrían cargar de nuevo, amagando el Bajío.

Dejando Calleja bien guarnecido Querétaro, sale en auxilio de la Capital de la Colonia amenazada por los rebeldes, según noticias terribles; llega á Arroyo-Zarco el 6 de Noviembre y allí recibe estupefacto la nueva de que Hidalgo está cerca con multitud de gente

indisciplinada, sin armas, y en informes grupos que parodian columnas, ocupando Aculco.

En ese mismo instante el Generalísimo sabía por su parte, sobresaltado, que Calleja unido al Conde de la Cadena, le saldría al encuentro, sobre el camino de México.

Ni uno ni otro caudillo esperaban encontrarse tan pronto ni tan cerca, y los dos adversarios debieron estremecerse al propio tiempo, por diversas emociones!

¿ Podría asemejarse á algo que pareciese ejército el conjunto de hombres que conducía con su aliento y anhelo de libertad el cura de Dolores, cuando ni el más rudimentario servicio de avanzadas, grandes guardias, exploradores, escuchas y centinelas podía establecer con seguridad?

Y lo que no quiso ejecutar en *Las Cruces*, descendiendo sobre México, presa del pánico y de la angustia, — conquista asegurada, — se propuso cometer y perpetrar ante el pueblo de Aculco : ¡ Resistir al cuerpo de ejército de Calleja y Flon, divisiones perfectamente fuertes, aguerridas, armadas, instruídas y con oficiales inteligentes y numerosos, amén de buena artillería!

¡ Llevó el inmortal Padre de la Independencia sus huestes á la dispersión y á la muerte en esa primera tristísima derrota de Aculco!

Soñó en poder resistir con brío y éxito un ejército disciplinado — ¡ un verdadero ejército ! — sin más ciencia Hidalgo que una falsa idea de lo que pueden las masas en el primer impulso.... y los mismos que le aconsejaron bajar al Valle y acometer México, le suplicaron evitase el encuentro con Calleja.

Vaciló de nuevo... perdióse el tiempo... y ya no fué

hora sino de conducir sus cuarenta mil hombres hacia una loma cuadrangular cerca del pueblo.

Allí formó tres líneas, frente al camino por donde se extendían los frentes de las fuerzas de Calleja... Entre las líneas en batalla, constituídas por gentes semi-armadas, puso á los que no tenían sino garrotes y piedras.

En la reserva colocó rancheros bravos y fieles lo mismo que en los extremos de los flancos... En el centro de la segunda línea de batalla, en el labio saliente de la loma, su pobre artillería, apenas malamente atrincherada con los cañones quitados al Coronel Trujillo, dispuesta á disparar sobre el fondo del enemigo al aparecer en el llano atacando la eminencia.

Pero esta artillería estaba tan mal servida y en tal estado de destrozo, que una vez apuntadas las piezas no podía cambiarse la puntería, la que estaba sumamente alta, cosa que comprendió al instante Calleja, por lo que la despreció completamente, avanzando con sus columnas en masa, al paso, bajo el inofensivo fuego de aquellos pobres cañones.

Agréguese á esto que aun los más ignorantes de los indios que llevaba Hidalgo comprendieron la mala disposición del frente de batalla, demasiado extenso, flojo, inmovilizado y sin reservas sólidas para proteger la retirada.

Triste mañana fué la del 7 de Octubre, preñada de fatales presentimientos, bien fundados por desgracia!

Calleja se dispuso al ataque con toda la seguridad de un triunfo facilísimo. Formó cinco columnas llevando dos piezas de artillería cada una, precedidas por extensa vanguardia de tropas ligeras de á caballo — escopeteros — en orden abierto... Á retaguardia un escuadrón de lanceros en masa, y como reserva dos

líneas de fuerzas paralelas... Los mejores jinetes, — armados de lanzas, — de las divisiones fueron escogidos para integrar una sección que envolviera por su derecha la posición enemiga, que exponía su retaguardia impunemente.

Al avistarse las columnas realistas rompió el fuego la artillería insurgente, pero no tenían las piezas la necesaria precisión y alcance y, además, la puntería era muy alta, y muy pocos tiros se aprovecharon.

Sin embargo, debió ser el daño de su fusilería y de sus honderos mayor del que se lo había imaginado Calleja, porque mandó suspender el avance y ordenó el pase de las columnas profundas á extensas líneas de batalla — *línea desplegada* — extendiendo el frente y disminuyendo el fondo de ataque, buena disposición táctica que contribuyó además á permitir que la caballería flanqueara por la derecha, yendo á tomar la retaguardia.

El centro realista, — tres columnas, — avanzó al asalto sobre la colina, disparando escalonadamente sus cañones... Hubo descargas de fusilería sobre los asaltantes, así como lluvias, — verdaderas tempestades — de piedras que lanzaban con sus hondas los innúmeros indios... Hizo tal estrago la artillería de los españoles, que hubo de cejar en desorden la primera línea insurgente arrastrando á la segunda...

Pronto faltó cohesión, y principió la desbandada á retaguardía ¡ huyendo todos por la espalda de la loma cuando apareció la caballería flanqueadora, que acuchilló á su gusto á las muchedumbres de indios... Y, digámoslo de una vez, ante la sorpresa del desastre, llegó el pánico, el terrible pánico que saben conocer todos los soldados del mundo...

La retirada se hizo en desorden, abandonando trenes, cañones, equipajes y prisioneros en una dispersión fatal incontenible!

Ese triste combate de Aculço que Hidalgo debió haber rehuído á toda costa, aun dejando al enemigo, de escalón en escalón, guerrillas con carros de bagajes para entretenerlo y dividirlo, retardando la persecución hasta poner en salvo el grueso de las tropas con sus recursos principales, sus banderas y sus estados mayores y cuadros de valientes, que serían, como sucedió más tarde — núcleos de fuerzas constituídas — ese triste encuentro aunque costó cuantiosos recursos, vidas y momentáneos conflictos, no fué como lo creyeron los jefes realistas, un golpe mortal á la insurrección. ¡Acaso esa derrota engendraría los futuros triunfos para las armas de la libertad!

Se perdieron en el choque de Aculco ocho cañones, once cajas de pólvora, cuarenta botes de metralla, cincuenta balas de hierro, diez racimos de metralla, trescientos fusiles, dos banderas, un carro con víveres, mil trescientas reses, mil seiscientos carneros, doscientos caballos y mulas, varios carros de equipos y heridos, diez y seis carruajes para jefes principales y prisioneros, y lo que es peor, seiscientos hombres apresados y doscientos entre muertos y heridos. Veinte y seis soldados de regimientos Provinciales de los insurgentes prisioneros fueron *quintados* ¡y fusilados por Calleja los que obtuvieron el siniestro número!

¡En cambio los hombres de la Independencia habían respetado las vidas de los coroneles prisioneros Rul y García Conde y del subdelegado Merino, quienes iban en coches, bien tratados y que obtuvieron su libertad á la hora del desastre!

¡Y aun así el historiador Alamán, eterno impugnador de la gloria de Independencia, reprocha á los libertadores las ejecuciones fatales que tenían que ordenar en el momento de las venganzas y las represalias, caliente aún la sangre del combate!

Ochenta y cinco muertos y cincuenta heridos tuvieron los realistas y no uno, como asienta el brigadier Calleja en su parte oficial al Virrey Venegas.

Parece que el desastre fué atróz por sus efectos morales casi irreparables, y mas aún si se tienen en cuenta las deserciones y dispersiones consecuentes á la fatal derrota; mas tal es el vigor de los grandes ideales de los pueblos oprimidos, que este revés no minó la causa insurgente, pues mientras se reunían nuevas fuerzas vivas en torno de los estandartes de Hidalgo, y otros jefes y caudillos proclamaban las mismas ideas de independencia y libertad, levantándose súbitamente y como por encanto multitudes ávidas de lanzarse á las mismas nobles aventuras...

Además, el gran Morelos había empezado á cumplir su palabra al cura de Dolores... ¡marchaba sobre el montañoso país del Sur con todo el poder de un genio marcial!

Afirmamos todavía más. Fué utilísima á la causa de la Independencia la desgraciada acción de Aculco... ¡fué un ejemplo dolorosamente fecundo que no dejarían de olvidar los caudillos del porvenir!

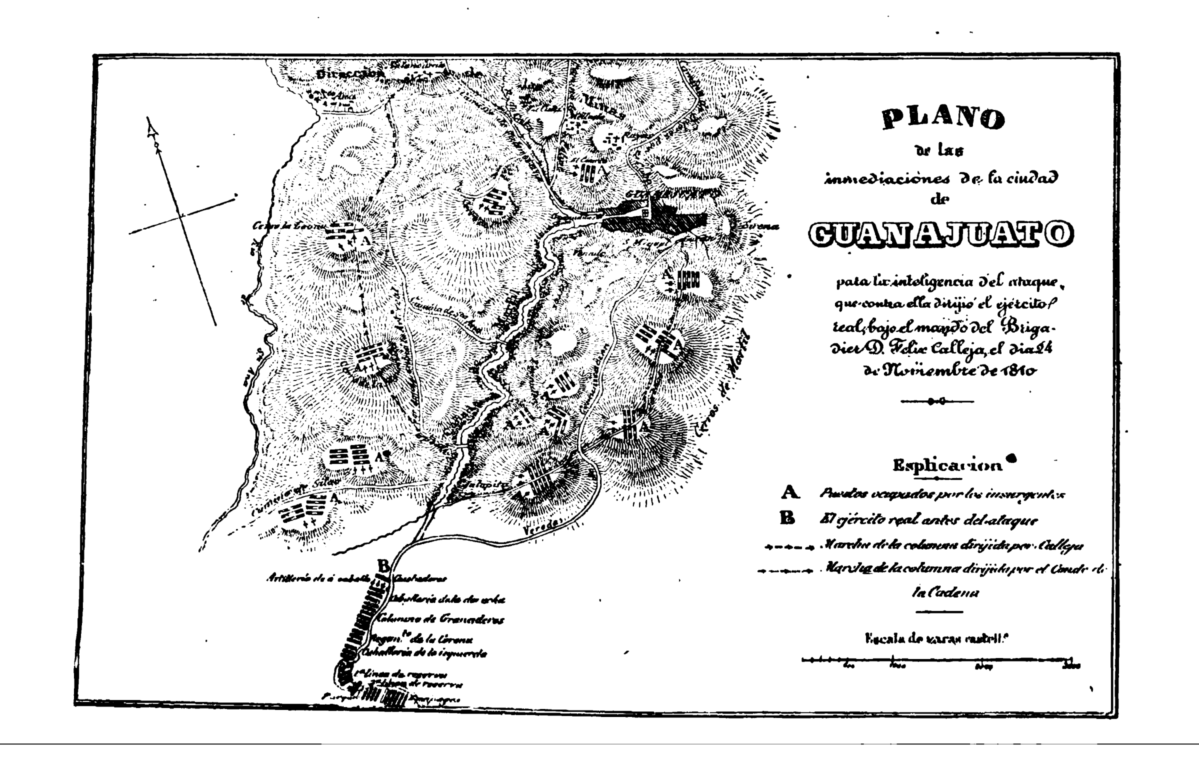
Calleja dió una buena lección de táctica que había de enseñar á combatir contra los hábiles jefes hispanos, á las pobres huestes insurgentes.

La Guerra de guerrillas y escaramuzas, en los bosques y en las montañas, era la única posible, mientras no hubiese organización, disciplina y elementos propios.

Ya iban á brotar por cien puntos á la vez los jinetes bravíos, los hábiles y gallardos charros, tendiendo el lazo de sus reatas terribles; ya tras las últimas derrotas de las masas independientes, iban surgiendo las pequeñas y rápidas bandas, las guerrillas que con alas de condor se multiplicarían en las sierras, entonando el mismo cántico de libertad!

Toda una nueva táctica formidaría á los realistas después de las tristes lecciones, de las que aun faltaba la más terrible para las armas libertadoras!




PLANO
de las
inmediaciones de la ciudad
de
GUANAJUATO
para la inteligencia del ataque,
que contra ella dirijió el ejército
real, bajo el mando del Brigadier D. Felix Calleja, el dia 24
de Noviembre de 1810
Esplicacion
A Puntos ocupados por los insurgentes
B El ejército real antes del ataque
Marcha de la columna dirijida por Calleja
Marcha de la columna dirijida por el Conde de la Cadena
Escala de varas castell.s
Guanajuato
Marfil
Cerros de Marfil
Veredas
B
Columna de Granaderos
Caballeria de la izquierda
Dirección

V

LA TOMA DE GUANAJUATO

La triste y lógica derrota de las fuerzas independientes sobre la loma de Aculco, entre el pueblo de este nombre y el de Arroyo Zarco, fué el primer golpe que recibieron las huestes de Hidalgo después de su feliz y relativamente rápida campaña contra las posiciones del Virrey y sus ciudades, rota que desde el punto de vista militar era precisa consecuencia del pésimo sistema que para hacer la guerra se había propuesto nuestro venerable Hidalgo...

Su inmenso error, tenemos que repetirlo, fué siempre creer sacar partido de las masas ignorantes y envilecidas... y por eso desoyó las prudentes, mas aún, sabias advertencias y consejos del ínclito y marcial Allende.

Este desde el triunfo magnífico de las Cruces auguró con toda su energía y su talento, con persuasiones y arrebatos enérgicos propios del caudillo que prevé que la victoria definitiva, término de una audaz y peligrosísima campaña, va á escapar si no se aprovechan pasajeras ventajas y triunfos del instante, cuando se tiene abierto el camino de una regia y riquísima Metrópoli,

cabeza y corazón de todo un gran reino, presa del más innoble pánico; este guerrero que sabía con toda conciencia su oficio, como era notorio entre los mismos españoles, desde las maniobras de 1808 en el campamento del Encero en Jalapa, [1] auguró desastres terribles si no se abalanzaban sobre México... Y no habiéndose dado ese paso que era como el rayo... la retirada del ejército que tan bravísimamente atacara en el Monte de las Cruces, tenía que ser una desastrosa serie de derrotas... como la de Aculco, prólogo fatal de las subsecuentes.

Tenía que suceder. Reanimada la capital del Reino, otorgados falsamente los laureles del triunfo de la batalla de las Cruces al fugitivo Trujillo, — quien llegó á Santa Fé con Iturbide y otros prófugos con un tambor que tocaba diana; — precipitado en violenta contramarcha Hidalgo hacia el Valle de Toluca, sufriendo escandalosas dispersiones de indios, rancheros y gentes de las plebes de villas y ciudades, quienes esperaban el saqueo de México, todas las ventajas obtenidas á tan alto y sangriento precio por los insurgentes, se pierden y hacen atraer sobre el inepto generalísimo de las tropas de América interminable serie de catástrofes.

Insistimos, ya que consideramos la narración de esos acontecimientos de nuestra historia desde el punto de vista militar: si la voz táctica de Allende hubiese sido escuchada ¡quién sabe cuántos sacrificios y cuánta efusión de sangre se hubiera evitado!

Evidentemente, que no porque se entrase en triunfo á México y se obligara al Virrey á firmar quién sabe

1. Se esperaban por aquella época órdenes de levantar ejércitos en la colonia para resistir una invasión inglesa que se temía por la guerra entre España é Inglaterra.

cuántos documentos, se habría de triunfar. Claro era que Calleja pasaría los montes y bajaría al Valle dispuesto á escarmentar las hordas victoriosas de Allende; pero el golpe dado á la Colonia le impediría rehacerse en mucho tiempo, durante el cual los vencedores en retirada prudente y sistemática se disciplinarían, dispersados por todos los rumbos, sobre todo hacia el Sur, entre cuyas agrias sierras tomarían inexpugnables posiciones.

Hidalgo no supo comprender la sabia indicación de la estrategia que le aconsejaba en está guerra de insurrección de masas sin armas, sin recursos y sin disciplina, ¡lo que es peor mil veces! una actitud defensiva, pero activísima, de perpetua retirada, en constante movimiento para evadir batallas campales contra tropas aguerridas y veteranas.

Así pues, apenas baja de las montañas cuando le vemos maltrecho en Aculco, abandonando una muy buena porción de bagajes, artillería y parque, consternando los campos del interior del país con el abatimiento de los fugitivos.

Pero el ánimo del caudillo anciano no desmaya, ni mucho menos el del bravo joven, verdadero militar, que con tanto interés dirigiera la batalla de las Cruces.

Semi-reorganizadas las rotas divisiones de indios rancherosy criollos que formaban los núcleos y cuadros, y rehechos los estados mayores de aquéllas, resuelven Hidalgo y Allende fraccionarse y dirigirse el primero hacia la espléndida Valladolid, rica en bastimentos y dispuesta con todo entusiasmo á unirse á la causa de la independencia, después de tomar la fuerte y hermosa ciudad de Querétaro, cuya adquisición era importantísima como punto estratégico de primer orden por

miles de circunstancias, políticas, administrativas, geográficas, generales y locales, por sus elementos y vitalidad, como puerta de toda la red de caminos que se tiende hacia el interior y Norte del país.

Pero hasta en la codicia por tomar á toda costa Querétaro, sin recursos, ni base de operaciones, ni conocimientos del estado de resistencia de una plaza de tan decisiva importancia, se advierte la nula pericia militar de Hidalgo.

Allende se lo hizo comprender y al fin tuvo que desistir aquél y resignarse á dirigirse á Valladolid, mientras con toda actividad y precisión, engrosando sus divisiones, instruyéndolas en las tardes de las duras jornadas, Allende iba á sostener Guanajuato, hacia donde le seguiría más tarde lentamente, y exterminando á los sospechosos de *Americanismo* el terrible Calleja.

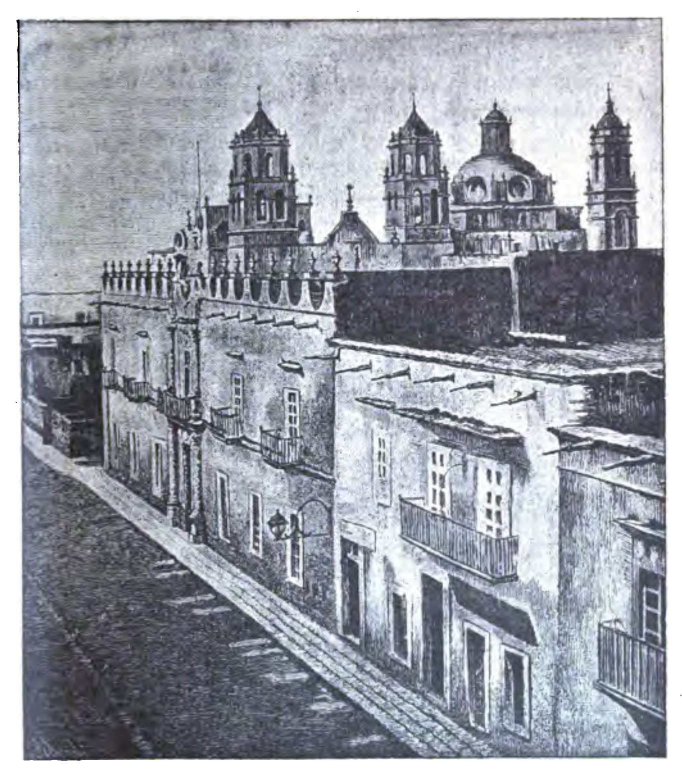
Allende fué recibido pomposamente por el Ayuntamiento y notables de Guanajuato que habían abrazado la causa de la Independencia el 13 de Noviembre, disponiendo al punto con organizadora actividad y pericia la fortificación de la plaza.

Advirtamos que la insurrección había estallado simultáneamente en muy distantes localidades por el efecto moral que produce siempre la primera victoria, tratándose de dos ejércitos enemigos de los que no se tienen antecedentes y miden sus armas por primera vez.

Zacatecas, Guadalajara, San Luis, Aguascalientes y otras ciudades del Interior y del Norte, lejanas de México, se declaraban por la independencia, al mismo tiempo que Morelos maniobraba ya victorioso y con gente denodada hacia el Sur, amagando Acapulco, puerto del Pacífico, importantísimo.

El cuadro de la sublevación se presenta, dos meses

después de iniciada por un cura humilde, admirablemente grandioso. ¡Los criollos en su inocencia, en su



Vista del colegio de San Nicolás de Valladolid (hoy Morelia), del que fué rector don Miguel Hidalgo.
Tal como se hallaba á fines del siglo XVIII.

pueril iniciación política, en aquel incierto albor crepuscular, sin práctica, sin antecedentes ni historia, los buenos criollos y los ignorantes y embrutecidos

indios creen que todo está ya hecho : que Hidalgo y los suyos han vencido y han plantado victoriosos las guadalupanas banderas en todos los edificios virreinales, y que nada más falta su voto poderoso para consumar la empresa, la magna empresa cuyas finalidades no conciben aun ni los mismos caudillos!

¡ Qué sarcasmo!... Faltaba mucha sangre, mucho fuego y tremendas catástrofes y miserias, violencias, venganzas, saqueos, ejecuciones en masa, loterías *de la muerte* y represalias atroces entre sitios, combates y batallas, hambres y epidemias!

Faltaba todo esto para poner en escena, sobre el teatro de la guerra de Independencia, á su término, vencedora la tricolor insignia que había de ser el símbolo de la patria independienté y libre!

El país tenía que sufrir durante once años el peso glorioso de una verdadera guerra, no de grandes campañas estratégicas y episodios tácticos ejecutados sabiamente por expertos veteranos, movilizando cuerpos con magistral acierto, sino la más encarnizada y hondamente trágica de las campañas, la que exige más energía, previsión, saber, entereza, salud y ánimo en los jefes y soldados... ¡ La guerra de guerrillas!...

Es ella terriblemente sanguinaria, vivísima, cruel, implacable... y sin embargo, con el fraccionamiento de las muchedumbres, teniendo por doquiera el mismo espíritu, sintiendo el mismo y fijo impulso hacia el objetivo único, conduce al triunfo.

El arte de esta pequeña guerra en detalle es mucho más complicado y exige más ingenio, vigilancia, inspiración, astucia, valor y conocimientos y constancia, que el de la gran guerra que se hace combinando

cuerpos de ejército sobre firmes bases de operaciones con todo su apresto imponente y costosísimo.

Debemos decirlo : militarmente hablando, durante el primer período de la independencia, del 15 de Septiembre á la muerte de sus iniciadores, no hay operaciones que puedan llamarse militares... Valeroso, inteligente empuje, y combinación de masas, acertadísima y bien secundada por jefes de profunda instrucción y noble valor, fué lo que arrollara á las tropas de Trujillo. Luego... ¿á qué repetirlo más?... derrotas parciales... ocupación de plazas indefensas... y para colmo la desavenencia que llegó al enojo, á la cólera irritante, entre Hidalgo y Allende cuando éste en Guanajuato, mientras se fortifica con tino, pide justamente la cooperación de su venerable colega para resistir ambos en esa plaza las tropas sólidas de Calleja y de Flon.

Vemos al fin de 1810 una gloriosa insurrección, una enérgica protesta que tiene que vencer fatal y seguramente al yugo de viejos y altaneros reyes castellanos, pero no encontramos teatro de guerra... apenas si multitudes mal armadas dirigidas por algunos valientes que se desesperan, van de aquí para allí, sin cohesión, ni armonía en sus planes... aparentando obedecer... y obedeciendo á veces — ¡y entonces por desgracia! — al Generalísimo Don Miguel Hidalgo, que es un cura que se improvisa general... Allende, el gran Allende, es el que reorganiza las masas, en lo que es posible dicta órdenes y planes para cuadros militares é intenta una sombra de reglamento de maniobras é instrucción de reclutas... hace publicar bandos contra los desmanes y crueldades que esta clase de guerras trae aparejada... pero la corriente de los sucesos arrastra á él y á su llamado ejército, y no obstante prodigios

de ingenio, de destreza, entusiasmo y valor del pueblo y algunos buenos milicias y pobres mexicanos! sin esperanza de que Hidalgo le ayude en el trance apuradísimo, llega á fortificar el fiel Guanajuato, nada propicio para defensa alguna á causa de las eminentes cumbres que lo rodean dominándolo por completo por todas partes.

Hidalgo, triunfante y aclamado justamente por la audacia de su iniciativa, deja Valladolid sabiendo que Don José Antonio Torres, bravo, tenaz y astuto ranchero de Piedra Gorda, se había lanzado con audacia y éxito sobre Guadalajara cuyas puertas se le abrieron después de su feliz golpe de mano.

Fué esta la iniciación brillante del egregio Torres en la carrera de triunfos militares que había de seguir para bien de la causa de la Independencia.

El cura Mercado, de Ahualulco, entusiasta como buen hijo de México por la causa noble, con gran ascendiente en las rancherías del Oeste de la entonces Nueva Galicia, alzó sus multitudes, las armó en huestes, y hostilizando aquí, retirándose por allá, entre lomas, ranchos, nopaleras y peñascales, logra apoderarse, al fin, del Puerto de San Blas, sorprendiéndolo. La provincia, con aquel punto hacia el mar, podía ser un excelente teatro de operaciones si los insurgentes formaran ejército.

No obstante, y en ello está la gloria de los caudillos, éstos aprovecharon esas masas, siguiendo sus ideales, sin más objeto que el bien nacional por el que habían jurado sacrificarse hasta la muerte, como lo habrían de cumplir bien pronto.

En esos mismos instantes surgía un jefe organizador, estratégico y táctico, que habría de ser alma y médula

de la insurrección armada; el que habría de constituir en ejército las chusmas y en unos cuantos meses tendría que transformarse ante la estupefacción de mexicanos y españoles, de simple abogado en ilustre campeón de la Independencia.

Entonces principiaba á hacerse notable como secretario particular de Hidalgo y como ministro de Estado y del despacho del gobierno insurgente Ignacio Rayón.

Estaba sin carácter militar alguno entonces, y bien pronto se le habría de admirar como jefe que acomete y lleva á cumplido, honroso y ventajosísimo término una de las retiradas más hermosas y audaces que registra nuestra historia militar : la del Saltillo á Zacatecas por el desierto, sin agua, perseguido y abriéndose paso á través de guerrillas enemigas bien abastecidas... acallando las conspiraciones de la ambición, del miedo y del hambre, triunfando de la naturaleza y de los hombres...

Hidalgo se encuentra en plena gloria en Guadalajara, unido á las fuerzas de Torres y de una infinidad de caudillos leales unos, los más ambiciosos y criminales, obteniendo grandes recursos, formando planes y reclutando por centenares y miles, indios que llegaban de todas partes al olor del botín, con la esperanza de enaltecerse ó impulsados por secreto arranque de cólera contra el legendario invasor... los más por todos esos múltiples determinantes, gente indisciplinada si no se la educaba y si se la abandonaba como lo hizo Hidalgo, involuntariamente; pero que si se la instruía, atendiéndola como hicieron Rayón y Morelos, resultaba heroica, firme, tenaz, inquebrantable al fuego, al hambre y á la sed...

En México cunde nuevamente el pavor, el virrey

hostiga á Calleja para que vaya sobre Guanajuato y, después de aniquilar á Allende, pase á pulverizar en Guadalajara á Hidalgo y compañeros.

* * *

Mientras éste en aquella ciudad intenta organizar la revolución, fundiendo cañones, construyendo armas, acopiando víveres y municiones, instruyendo á las hordas acostumbradas al saqueo y publicando manifiestos y bandos, — entre ellos citemos la sublime abolición de la esclavitud, una de sus más legítimas glórias, — enviando emisarios al norte y un plenipotenciario á los Estados Unidos, Allende, más práctico, se mantiene en Guanajuato, ciudad importantísima por la adhesión de sus habitantes y los recursos de sus minas riquísimas y de su casa de moneda.

Entre tanto el brigadier Calleja, á marchas forzadas unido con las divisiones de Flon, se aproxima.

Un traidor le vende el secreto de las defensas de Allende, que consistían en diversos barrenos de pólvora practicados en la cañada de Marfil, por donde suponía que llegarían las columnas realistas. Al entrar á los barrancos deberían hacer explosión, despedazando las rocas que caerían en lluvia terrible sobre las masas enemigas.

El 24 de Noviembre principió el ataque sobre Guanajuato, en dos columnas, la primera al mando de Flon, quien avanzó por el camino llamado de la *Yerba Buena* hasta llegar á las Carreras, y el brigadier Ca-

lleja, con la segunda, por el camino nuevo de Santa Ana hasta la Valenciana, evitando entrar por el Marfil y forzando las alturas por los puntos más débiles, *volteando* la posición, no sin que en el cerro del Tumulto se librara un reñidísimo combate.

Allende, desesperado, se multiplica en los puntos de más peligro y vuelve á la carga, reanimando á sus tropas que soñaban en una victoria fácil; pero ya las recias y bien armadas fuerzas de Calleja y Flon, ocupando los cerros dominantes, abren un fuego certerísimo sobre el centro de la plaza completamente cercada.

Allende, para minorar el desastre, recoge lo mejor de las tropas insurgentes y las hace emprender fatal retirada; en tanto que la plebe furiosa, sedienta de venganza, se ensaña con los infelices europeos prisioneros en la Alhóndiga de Granaditas, haciendo en ellos abominable carnicería, sabiendo que si quedan con vida, aumentarán las fuerzas de Calleja...

Allende se fortifica en la mina de Chichindaro donde pasa la noche, y al día siguiente, 25 de Noviembre, cubre la retirada de su ejército haciendo fuego con una pieza bien apuntada desde el cerro del Cuarto sobre las posiciones de Calleja, á cuyas tropas contiene un tanto hasta que, lejano ya el ejército insurgente, se le incorporó rumbo á San Felipe, donde encontró una división de Iriarte que venía á reforzarlos. Ambos reunidos siguieron hacia Aguascalientes donde entraron sin resistencia.

Aquí debemos observar que perdió á Allende su falta de previsión al creer ingenuamente que un veterano

como Calleja había de ponerse en movimiento sin reconocer antes la plaza y tomar, por todos los medios posibles, todos los datos acerca de su estado de defensa y situación de las tropas que la guarnecían, para atacar por el punto más débil... ¡Duras son las lecciones de la práctica militar y terrible la responsabilidad de un jefe que así compromete las vidas de los hijos de la patria, retardando su triunfo!

No exijamos sin embargo á los primeros augustos iniciadores de nuestra Independencia una pericia militar que sólo se obtiene tras largas bregas en los campos de batalla y en la práctica de los campamentos... ¡Demasiado hicieron con ser tan audaces!

Otra de las faltas militares que se reprochan á Allende y á Hidalgo es la absoluta carencia de concierto y armonía en sus operaciones : se dividieron, debilitándose sin apoyarse recíprocamente, ni acordar sus planes según los del colega, divergiendo en todas sus disposiciones del modo más lamentable, falta de la que el hábil Calleja se aprovechó siempre con el mejor éxito, como sagaz jefe que saca partido de todas las flaquezas de sus enemigos.

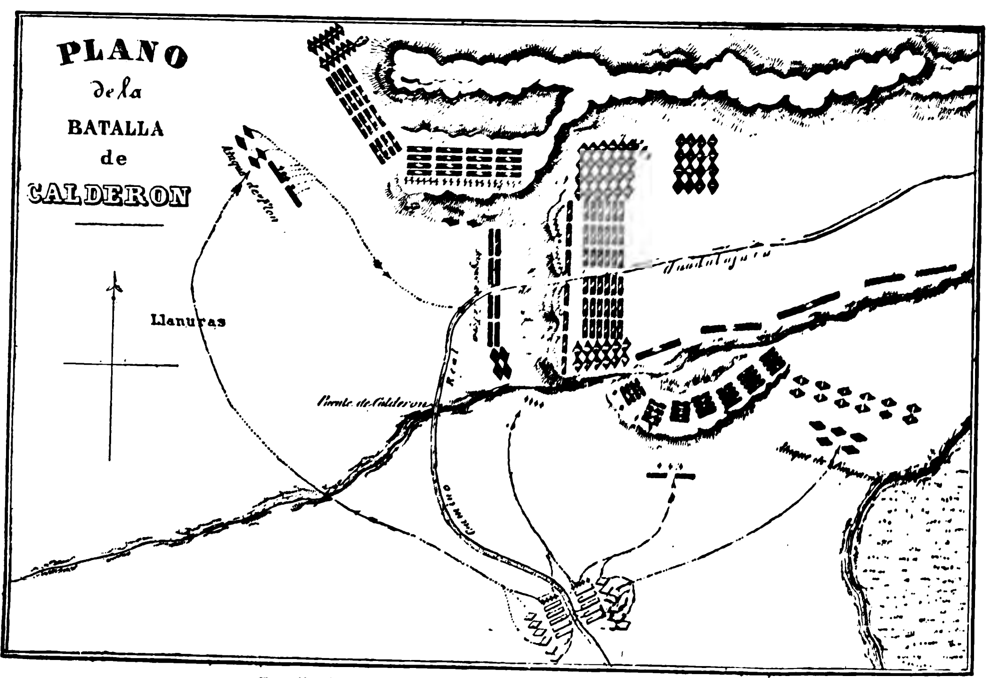
El vencedor cometió las más atroces iniquidades con una crueldad innoble y bárbara, excediendo en su sistema de terror al mismo duque de Alba en sus campañas de Flandes.

Mandó fusilar por la espalda á los más bravos y nobles jefes insurgentes de Guanajuato que no pudieron retirarse con Allende, y en la noche tenebrosa se erizaron de horcas las calles y plazas, donde á la luz de siniestros hachones, se colgaron á innumerables hijos

del pueblo que fueron sorteados para el suplicio que les impuso el *generoso militar* español.

¡Qué extraño que una vez en el camino de semejantes horrores no fuesen más y más atroces las represalias!





Batalla del Puente de Calderón. 17 de Enero de 1811.

VI

LA BATALLA DE CALDERÓN

En Aguascalientes, después de la pérdida de Guanajuato, Allende moraliza sus mermadas tropas, intentando instruírlas en el servicio y arte militar, seleccionando lo mejor que tuvo mientras allegaba recursos y armas para dirigirse á Zacatecas, combinando en lo posible futuros planes con los de Hidalgo, que se fortalecía más y más en Guadalajara.

La revolución, no obstante el golpe de Guanajuato que volvió la moral á los realistas de México por las exageraciones de Calleja y la efectiva importancia de la reconquista de esa plaza, la revolución, decimos, no se resintió tanto como era de temerse, aunque las pérdidas fueron terribles para los insurgentes, pues ya iban dos derrotas serias después de los primeros éxitos.

Vamos á contemplar con tristeza la repetición de los mismos errores en lo subsecuente, ocasionando, por supuesto, más y más serios desastres.

Sabiendo Allende que las tropas de Calleja y Cruz se van á reunir con el objeto de atacar Guadalajara,

cambia de itinerario y corre hacia esta plaza para reforzar á Hidalgo y evitar una segunda derrota, tanto más probable cuanto que el general realista Cruz habia tomado ya Valladolid desbaratando las guerrillas insurgentes, indisciplinadas y mal armadas que intentaban detenerle en su marcha.

Había mandado Hidalgo las tropas del coronel Ruperto Mier, antiguo capitán del Regimiento de Valladolid, á contener las fuerzas de Cruz, siendo derrotadas en el puente de Urepétiro. Sin embargo, se logró impedir la reunión de las tropas de Calleja con las del Brigadier Cruz.

El 12 de Diciembre entra Allende en Guadalajara, recibido con grandes agasajos y honores por Hidalgo y sus tropas, el Ayuntamiento y el pueblo.

Más de cien mil hombres, la mayor parte inútiles, ineptos, desmoralizados é inermes, componían el ejército de Hidalgo, y uno de los más grandes trabajos del incansable Allende fué tratar de darles siquiera leve apariencia de organización y una pálida imagen de disciplina.

¡Había aún mucho entusiasmo entre los criollos y diariamente los caudillos recibían parte y comunicaciones de San Luis Potosí, Zacatecas, Saltillo, Culiacán y otros puntos, ofreciendo recursos y voluntades y energías á la nueva causa!

¡Cuántos elementos para emprender en vigorosísima campaña, sosteniéndose á la defensiva, batallas campales, abandonando las plazas importantes después de dejarlas exhaustas á la aproximación del enemigo, en tanto que se iba sobre otras, levantando el espíritu nacional con el brío en que tan pródigos fueron aquellos audaces jefes!

Lo repetimos: carecían de la lúcida y dolorosa experiencia de la guerra, y sólo Allende pudo prever los desastres de presentar batalla á tropas regulares, disciplinadas y hechas al fuego, con la confianza en sus jefes y en sus armas que dan siempre extrema solidez y fiereza al soldado en los más apretados trances de la guerra.

Nada de esto comprendía Hidalgo; por el contrario, creía que con tan gran número de fuerzas como eran las que tenían á sus órdenes, caerían como avalancha furiosísima que aplastaría á las columnas de Calleja con todos sus caballos, trenes y artillería.

Hubo sabias voces que aconsejaran al Generalísimo de las tropas de América que escogiese lo mejor y más sólido de éstas, para evitarse estorbos, embarazos, compromisos y gastos, y se internara por las sierras á instruírlas y armarlas convenientemente, formando un corto pero sólido ejército fogueado en choques parciales, bien á prueba de refriegas y fatigas...

Proyecto imposible, por otra parte, para los que anhelaban obrar rápidamente y que daba tiempo á su vez á los realistas para levantar y aun traer ejércitos mejores contando con inagotables elementos y caudales.

¡Había que ir á resistir la marcha asoladora y rapidísima de Calleja, que por Lagos se aproximaba con toda la seguridad de su triunfo!

Los insurgentes tenían noventa y seis piezas de artillería, incluso la que con gran trabajo se llevaron del puerto de San Blas, y ciento siete mil hombres, la mayor parte indios de las cercanías y de la Sierra, armados con garrotes, lanzas improvisadas, machetes viejos, hondas y cohetes con pullas y ganchos, los que deberían arrojar sobre la caballería enemiga para

desorganizarla, ingenioso expediente que inmovilizaba brazos para alarmar uno que otro caballo...

Acampa el ejército insurgente con Hidalgo, Allende, Torres é Iriarte á su cabeza, ante Guadalajara, formado en doble línea de batalla con una reserva de caballería, lo más fuerte y bien armado, intercalando entre las fracciones las piezas y sus sirvientes.

Se había verificado una solemne junta de guerra para acordar el plan, adhiriéndose los jefes al de Hidalgo, que fué el que se siguió sin atender al de Allende que era escalonar fuerzas y reservas ante Calleja, para que, en caso de manifiesta superioridad, se pudieran salvar los mejores elementos que serían retirados en buen orden, para organizar, sin derrota efectiva, mejor defensa en nuevo teatro de operaciones.

¡ Si se hubiera escuchado, como en las Cruces y Aculco, la voz del arte militar en boca del ilustre Allende, acaso los reveses de la triste jornada de Calderón no aniquilaran por entonces toda la fuerza de la noble causa nacional!

Habiéndose sabido la derrota de Mier, determinó Hidalgo avanzar hasta delante del puente de Calderón, donde tomó posiciones el ejército, dispuesto á dar batalla á las tropas realistas que avanzaban por el camino real de México á Guadalajara.

Allende, una vez aprobado el plan de Hidalgo, juró que aun no considerándolo de éxito, lo secundaría con todas sus fuerzas hasta perder la vida adhiriéndose á él, y en efecto vemos al valiente caudillo estudiar el terreno y dar admirable formación táctica á las columnas insurgentes, colocándolas sobre lomas dominantes que siguen casi paralelas la corriente del río, ante el puente de Calderón que, — falta imperdonable,

— no hubo tiempo para destruir y que Calleja intentó ocupar la noche del 16 de Enero, librándose un serio combate de avanzadas.

La caballería, en espesas columnas, fué situada en los flancos y á retaguardia, como reserva; hacia el centro en lo alto de una loma lo mejor de la infantería en cuatro líneas con granadas de mano, hondas y malos fusiles, y adelante una gran batería de sesenta y siete piezas de artillería abocada hacia la opuesta margen del río, y flanqueada por otras baterías menores. Bajo la gran batería se situaron líneas de indios flecheros.

Delante de la línea de batalla de Hidalgo, se extendían llanuras y el río cuyos pasos podían ser batidos con eficacia si la artillería insurgente hubiera sido siquiera de mediana calidad y fuese servida por regulares artilleros. En suma, para un ejército sólido y disciplinado, aunque fuera una décima parte menor del que llevaba el caudillo insurgente, aquella posición hubiera sido inexpugnable, y lo prueba el hecho de que sólo un triste incidente hizo perder la batalla.

Hidalgo tuvo tal confianza en la victoria desde los primeros instantes del amanecer del día 17 de Enero, que exclama cuando se le advierte que las tropas de Iriarte no aparecen : — *¡Mejor, no tendrá parte en las glorias de este día!*

Allende también vuelve á la esperanza, alentado por la excelente posición de sus tropas.

Calleja se dispuso á su vez lo mejor que le permitían las circunstancias, pero con la plena convicción muy natural, de arrollar las hordas indisciplinadas de indios desunidos, apenas armados con hondas y garrotes. Además se aprovechó de su pésima táctica.

Por otra parte, el ejército realista contaba con tres mil hombres, ocho grandes piezas de artillería muy bien dirigidas y cuatro mil jinetes, amén de miles de indios que sirvieron como zapadores para facilitar el terreno á la inmensa caballería en el paso del río por la derecha y la izquierda, y para arrastrar los cañones en el asalto.

El plan de ataque de Calleja era sencillo y prudente: el conde de la Cadena atacaría la derecha con su columna mixta, llevando cubierta por sus dragones la artillería para ametrallar las huestes enemigas á tiro de pistola, á tiempo que Emparan, en el ala opuesta, cargara con la caballería sobre el flanco izquierdo enemigo hasta rebasarlo, yendo á sorprender las compactas reservas insurgentes, mientras Calleja esperaba en el centro, con sus reservas, que se iniciara el combate en las alas de la línea enemiga. Á ellas iría sin duda el auxilio del bravo Allende con sus mejores tropas situadas también en el centro, sobre escarpadas alturas. Entonces Calleja atacaría impetuosamente, pasando el puente, contra éstas, desguarnecidas, antes de que hubiera tiempo de que tornaran las fuerzas que llevó Allende.

Así tajaría en dos trozos al enemigo, dando la mano á Flon para atacar entonces, reunidos ambos, la gran batería insurgente de setenta y siete piezas.

Estas maniobras habrían de ejecutarse con la mayor rapidez, protegidas las columnas en sus alas por los soldados más valientes y los más certeros tiradores.

Emparan, en esos instantes, desorganizaría las reservas y procuraría cerrar á los insurgentes el camino de la retirada. De las órdenes y primeras disposiciones de Calleja se deduce este plan atrevido, confiando tal vez

en que el realista Cruz, con sus divisiones, le apoyaría en la persecución cuando en la tarde llegase.

Hay en las filas insurgentes una gran confianza : Hidalgo, Allende, Torres y Don Ignacio Rayón, — buen militar ya organizador y táctico aunque sin carácter oficial en esas circunstancias, — recorren á caballo la sinuosa línea del frente de sus columnas, animando á la gente con arengas entusiastas á las que contestan cien mil vivas que atruenan en la llanura...

Á una señal de Calleja avanzan al paso las columnas de Flon y Emparan que se despliegan con toda corrección en abanico á derecha é izquierda del camino real, protegidas las alas por sus caballerías y llevando á vanguardia sus terribles cañones... Truena en esas columnas el grito de :

— ¡ Viva el Rey !

— ¡ Viva la virgen de Guadalupe ! ¡ Mueran los gachupines ! — contestan los insurgentes, y sus baterías hacen las primeras descargas sobre las columnas de los flancos... Poco después, á la carga avanzan los infantes realistas y entra en escena su fusilería... Flon pasa el río adelante del puente y se bate con rabia y empuja la caballería, rebasando la derecha insurgente cuyos jinetes retroceden... pero acude Allende con sus reservas de á caballo y á su vez envuelve al Conde de la Cadena que vacila y tras de empeñoso y largo combate se retira para rehacerse tras las escarpaduras del río. Acomete de nuevo ; anímase la refriega, flaquean los realistas bajo una tempestad de duras piedras que arrojan desde lo alto de las lomas los miles de indios honderos, aullan de gozo los insurgentes ; pero el Conde de la Cadena, frenético de ira, volvió á la carga dando á los suyos brillante ejemplo de intrepidez, adelantándose

con tal brío que pudo conquistar cuatro cañones y un carro de parque, poniendo en fuga á los defensores de la batería; pero éstos, rehechos á su vez, reforzados con lanceros que envía Hidalgo, envuelven amenazadoramente al victorioso Flon que se ve obligado á retirarse.

Calleja, en tanto, se ha lanzado como un rayo sobre el centro enemigo con el objeto de tomar, con sus mejores fuerzas, la gran batería de sesenta y siete cañones que con los batallones provinciales bien disciplinados y armados de fusiles, forman el núcleo respetable y temible del enemigo, — nudo que con su valiente espada pretende cortar Calleja de un golpe y en el nstante en que sus tenientes desbaratan los extremos de la línea de batalla. — Arrójase sobre el puente como una tromba llevando á vanguardia seis cañones; un fuerte cuerpo de caballería insurgente va á disputarle el paso á la columna asaltante, á la que en vano pretenden foguear las baterías de los independientes — su puntería es muy alta y no puede cambiarse en un momento. — Calleja, en el antepuente, ametralla al enemigo con sus cañones, trábase un combate desesperado, y el realista triunfa, arrollando cuanto se le opone: oblicúa á la izquierda, toma una batería de siete bocas de fuego, en el extremo izquierdo de las colinas, intentando unirse con las fuerzas del Conde de la Cadena. En ese momento, situado en un punto dominante, ve el aspecto general de la batalla, contemplando con rabia que la división de Emparan, compuesta de numerosa caballería, que debía en esos momentos desbaratar las reservas enemigas, acuchillando su retaguardia, ha sido derrotada y hay regimientos que dan media vuelta, como el de San Carlos que siguiendo el ejemplo de su

coronel Ceballos se precipita prófugo á toda brida rumbo á su campamento.

Comprende también el brigadier Calleja la situación comprometida del Conde de la Cadena en el otro flanco, y envía en su auxilio á los tenientes coroneles Villamil y Castillo Bustamante y al comandante Díaz de Solórzano con el segundo batallón de granaderos, dos escuadrones del cuerpo de frontera y dos piezas de artilleria. Á Emparan manda de refuerzo el 1er batallón de Granaderos al mando del coronel Jalón, yendo personalmento Calleja á hacer volver al combate á los fugitivos. Este se restablece de nuevo en toda la línea, pero Flon, no obstante el vigoroso auxilio que le llega, no puede sostenerse y ceja abrumado por compactas masas de jinetes lanceros vanamente heridos por la metralla que los despedaza.

Calleja va de un punto á otro; contiene á su turno á las fracciones del Conde de la Cadena que ya en confusión se retiran; las reforma tras de sus cañones; las aumenta con parte de sus reservas, arengándolas heroicamente... En ese instante, en la línea de batalla de los insurgentes, Allende se multiplicaba también encontrándosele en el punto donde la refriega era más encarnizada ó en el puesto donde el empuje enemigo era más peligroso.

Calleja, viendo que después de seis horas de combate amenazaban triunfar sus enemigos, se decide á dar el último golpe con todas sus fuerzas reunidas á sus reservas, en masa compacta, llevando á su frente en una sola batería sus diez cañones. Mientras ejecutan estas maniobras rápidamente, ordena suspender el fuego, lo que hace que el adversario lo avive creyendo ya en el triunfo.

Algunos artilleros realistas no comprenden ó no obedecen la orden de su jefe y contestan al fuego enemigo.

En esos momentos una granada fué á caer sobre un carro de parque de los insurgentes; escúchase una inmensa detonación y por todo el llano se tiende de súbito una enorme sábana de llamas. En efecto, aquel campo estaba cubierto en parte de un zacate alto y seco que ardía vivamente extinguiéndose al punto. El viento que soplaba de cara á los insurgentes envolviόles en olas de humo y fuego. Calleja, en el instante, aprovecha el incidente viendo un principio de pánico en sus enemigos en tanto que los suyos lanzan gritos de triunfo... No vacila ya : precipita la formación de sus columnas, y poniéndose á su frente, se abate con fiereza y delirante brío al toque de degüello, restableciendo el combate, arrollando, ametrallando á las huestes independientes envueltas por todas partes por el fuego. En un instante se consumó la derrota.

Ni Hidalgo ni Allende pudieron hacer el milagro de contener el pánico de los suyos, que se desbandan aterrorizados por el incendio del campo, del que no pudieron comprender su momentáneo efecto.

Ya estaba ganada la batalla, pero en gente bisoña, sin cohesión, ni disciplina, sin jefes natos é instruídos, aun en pleno triunfo puede un detalle cualquiera adverso hacer soplar el huracán dispersador del pánico, barriendo en súbita derrota con toda la epopeya de la tremenda jornada.

La caballería realista cargó entonces á su gusto sobre las hordas fugitivas, dando sablazos y hundiendo sus lanzas en desnudas carnes, empapando en sangre los campos, sangre que sobre las cenizas resbala lentamente al río.

El Conde de la Cadena persigue con más furor á los que huyen y tanto se adelanta que éstos hacen una vuelta ofensiva sobre él; lo cercan y lo acribillan á lanzazos, dejando su cadáver abandonado sobre el campo de batalla.

Cuando Allende buscaba la reserva compuesta de la caballería de Torres, ya éste se había retirado con ella acompañado de Rayón, salvando algunos pertrechos de guerra y los caudales del ejército.

Terribles, funestísimas fueron las consecuencias de esa batalla que estaba ya ganada por Allende.

La influencia de los caudillos sufrió un golpe mortal: ¡ fué un aplastamiento enorme!

Batallas como la que esbozamos, cuando dos ejércitos, dos causas enemigas teniendo cada una á su respectiva retaguardia medio reino que perder y delante otra mitad que ganar, según el éxito, matando al enemigo, aniquilando sus riquezas y conquistas, ó perdiendo cuanto se tiene; batallas así, son terriblemente decisivas y es sombríamente sarcástico que se pierdan cuando ya están para ganarse, sólo porque cae una bala perdida sobre un carro de parque!

¡ Los restos del ejército de Hidalgo y Allende se dispersaron por diversos rumbos desordenadamente, pudiendo recogerse tan sólo algunos miles de criollos, y de indios con los que se formaron cuerpos mal armados y sin moral, con cuya escolta, gracias á la inquebrantable fe y poderosa voluntad de los caudillos, se dirigieron rumbo á Zacatecas, pues el norte estaba casi libre de enemigos.

Iban incansables los eminentes libertadores á rehacerse en los desiertos septentrionales, tras triste experiencia que no amenguaba su valor.

Y por principio de enmienda en sus errores disculpables, conviniese en junta celebrada en la hacienda del Pabellón, en destituir del mando militar á Hidalgo, á quien se hacía cargo de los últimos desastres.

Para esos valientes iniciadores de nuestra independencia nacional, era ya tarde...

Los reveses habian sido terribles y por lo pronto no eran reparables... Tras la derrota de Calderón, vendrian las fatales y tristísimas defecciones de los débiles, los traidores y los venales.

¿ Qué mexicano ignora el triste epílogo que constituye el primer período de la guerra de independencia?...

En Zacatecas, se reunen con los patriotas que anhelan seguir la contienda, aunque todos presienten, como lo dijo Hidalgo, que los iniciadores de las más nobles y libertadoras revoluciones nunca disfrutan de las alegrías del triunfo y sí de las más amargas decepciones por obtenerlo.

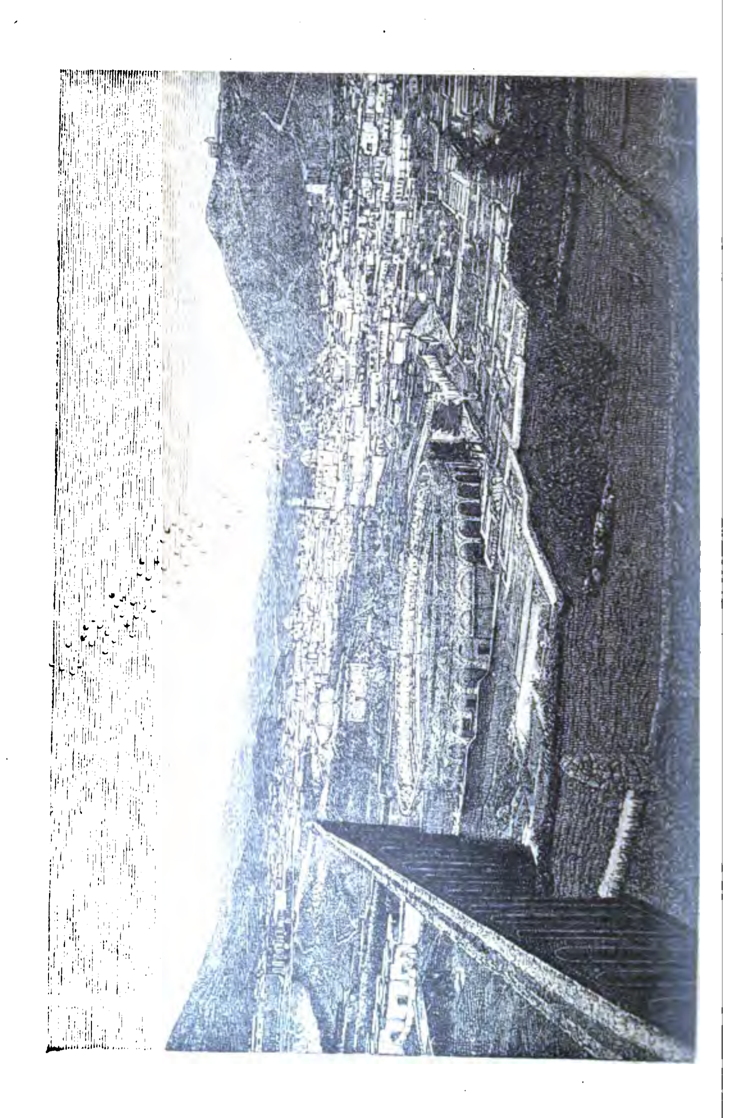
En divisiones escalonadas parten rumbo al Saltillo, de donde se dirigen hacia los Estados Unidos para hacerse de armas y fuerzas que constituyan moralizado y firme ejército apto para el choque contra el viejo trono virreinal.

Dejan á Ignacio Rayón — quien con Torres salvara los tesoros del viejo ejército, y que era entonces Secretario particular de Hidalgo — con el encargo de sostener la causa de la independencia en el Norte.

En tanto que la pléyade de los otros caudillos, Allende, Jiménez, los Aldama, Balleza, Abasolo, etc., se lanzan hacia la gloria del martirio, sucumbiendo en la abominable celada de la traición de Elizondo en las Norias de Baján, Coahuila 21 de Marzo de 1811.

Todos murieron en el cadalso como valientes adalides de la gran causa libertadora...

Y, ¡ oh ! el desventurado Allende, el bravo y recto campeón todo heroísmo y lealtad, todo sacrificio por sus grandes ideales, fué fusilado por la espalda... ¡ por traidor á la patria!... ¿ Él traidor?... ¡ Qué sarcasmo!



VII

LA RETIRADA DEL SALTILLO Á ZACATECAS

Con el glorioso cadalso de todos los principales caudillos iniciadores de la independencia, seres abnegados y tenaces que habían sido el activo y poderoso espíritu de la insurrección de los mexicanos contra el déspota poderío español, hubo de creerse por un momento en que todo había terminado en un infecundo aborto y que de nuevo más potente que nunca continuaría la dominante altivez insolente de los virreyes, del alto clero, y de las clases privilegiadas, señores feudales del siglo XIX... ¡Trágico eclipse!...

Los grandes cerebros directores de la revolución habían sido aniquilados en el Norte... y la sangre de Allende parecía poner rojo punto final al trágico capítulo de la iniciación de independencia en el sufrido reino de Nueva España.

Mas no fué así. Una revolución como la iniciada por Hidalgo, tenía causas profundas y lóbregos antecedentes en el mismo pueblo, en las mismas clases productoras de la Colonia, servilmente explotadas y ultra-

jadas en sus más caros intereses, heridas en sus más legítimos orgullos, para poder ser aniquilada y muerta en un instante, aunque fuese por golpe tan contundente y formidable como el que daba el realismo dominador español, dando muerte á los primeros campeones, arrebatándoles sus fuerzas, debido á nefanda traición como fué la que el maldito Elizondo combinara para venganza de su mezquino y vil orgullo y al par por contentamiento de sus aviesas miras de sórdidos intereses.

No... no había expirado la causa de la Libertad.... Morelos en el Sur ya mostraba, como lo vamos á ver, un genial talento improvisador de ejércitos, generales y adalides, marchando de triunfo en triunfo por entre las agrias sierras, admirable estratego de una energía magna y de un valor á toda prueba. Pero á principios de 1811 aun no inspiraba serias inquietudes al gobierno virreinal.

Pero en el Saltillo quedaba un terrible caudillo improvisado como todos, pero magníficamente dotado para dirigir dilatadas campañas, Don Ignacio López Rayón.

Era el secretario particular de Hidalgo y en Guadalajara le fué conferido el título de Secretario de Estado y del Despacho en el gobierno insurgente, acompañando á los caudillos iniciadores durante la batalla de Calderón, en la que, previendo el desastre, tuvo la prudencia de salvar los caudales del ejército, cerca de trescientos mil pesos, llevándolos á Zacatecas escoltados por buenos guerrilleros, para conducirlos luego hasta el lejano Saltillo.

Los jefes independientes determinaron una formal retirada hacia el Norte, pues ya el interior, ocupado

por fuerzas realistas, pertenecía de hecho á la causa del antiguo régimen. Las tropas virreinales más y más robustas, con más pertrechos de guerra que enviaba desde el centro el virrey y con más crédito desde los últimos fracasos de los independientes, provistas de víveres, bien remuneradas, con instrucción y severa disciplina; mandadas por el talento militar y la energía del brigadier Calleja avanzaban hacia el Norte en fracciones, amenazando por el Occidente ir á rebasar la columna en retirada de Hidalgo y Allende, estrechando en lo más intrincado de las sierras las guerrillas fieles de algunos cuantos bravos insurgentes, quienes por desgracia, sin que pudiera ser de otro modo, obraban sin concierto ni dirección hacia determinado objetivo. Agréguese á esto que las primitivas operaciones en el Sur, ejecutadas por Morelos y los que principiaban á seguirle, no estaban aún en armonía y relación con las que emprenderían las fuerzas del Norte en el Saltillo.

En esta villa fué donde se le confirió á Ignacio Rayón el grado de General, dejándolo en ella con gran parte de las fuerzas y de los caudales mientras los capitanes iban á los Estados Unidos en pos de sólido auxilio.

Después de la infamia de Elizondo, Rayón, en el Saltillo, aun sin tener noticia de ella, la adivina al recibir supuesta orden de Allende para entregar las tropas al mismo traidor.

Entonces surge el hábil, el práctico, el enérgico y general militar... Rayón, abogado antes, se transforma en jefe... pero no en mediano y vulgar capitancillo capaz de batirse hasta morir al frente de cien ó doscientos hombres; no, sino en un duro y fiero paladín,

con el complicado genio de organizador, estratégico y táctico y aun político que debe caracterizar á todo comandante de fuerzas, que debe operar en retirada contra muy superiores tropas, sin elementos aquél, y éstas teniéndolos en abundancia, ocupando un vasto país...

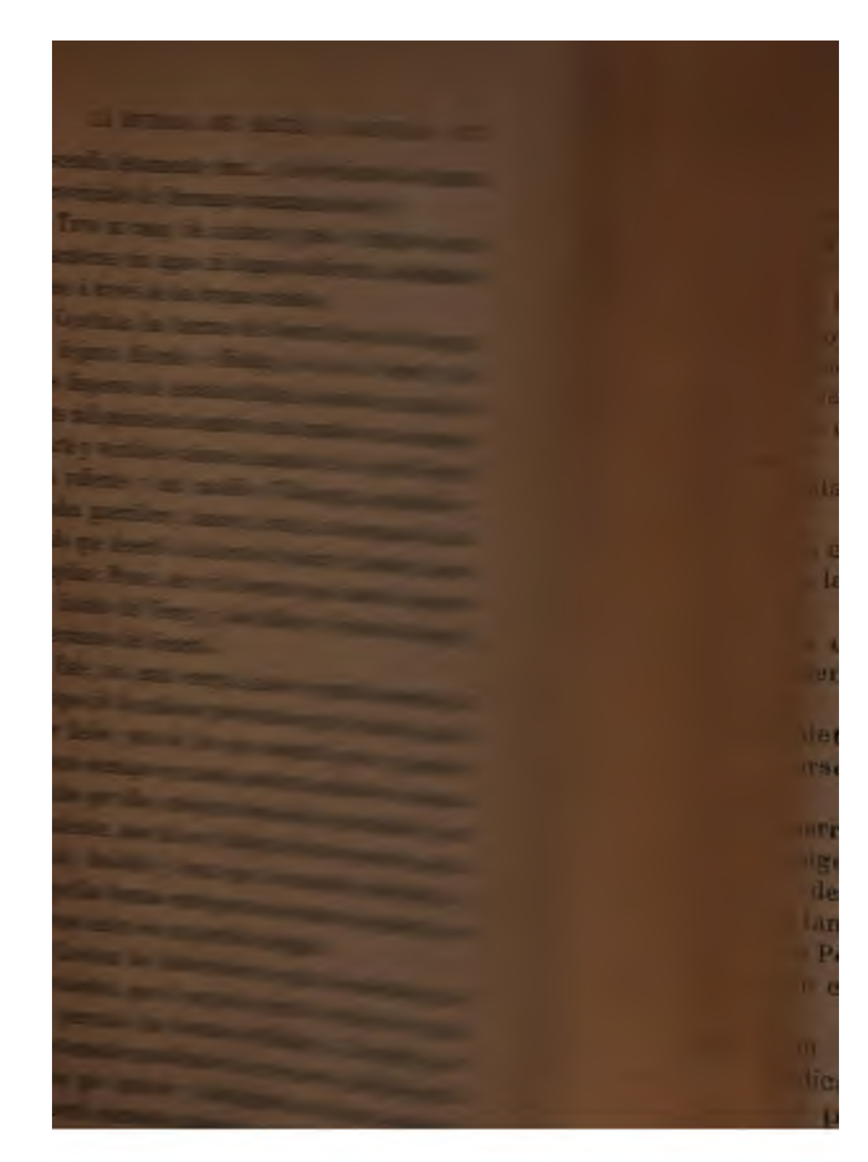
Ahora sí... ahora sí vamos á ver lo que es una magnífica operación militar, audaz y bien meditada, precisa y táctica, ejecutada por un general bisoño, pero por ello, más admirable aún!...

El tránsfuga general Iriarte, que, ya acompañaba á las tropas de Hidalgo, ya se pasaba con las de Calleja para instruirle de todo... que malversó los caudales de la insurgencia, escapa — seguramente por tratados secretos — al lazo del vil Elizondo, y vuelve al Saltillo con mil y tantos hombres sin duda para vender las divisiones de Rayón. Pero éste sagaz y sobre aviso acerca de la conducta de Iriarte, queriendo hacer saludable ejemplar, lo sujeta á un consejo de guerra que condena á muerte al venal Iriarte.

Las tropas de Calleja, cerca de cuatro mil hombres, las de Durango y destacamentos de Coahuila con las mismas de Elizondo, van apretándose en arco en torno del Saltillo para cazar á Rayón y los suyos con los tesoros principales del extinguido ejército de Hidalgo y Allende... Rayón, aislado, sin comunicaciones ni víveres, en una población pobre y no defendible, comprende que tiene que escapar del cerco de hierro que estrechan sus enemigos.

¡Terrible problema!... ¿Hacia dónde huir en aquellas estériles llanuras, en los desiertos áridos del Norte entonces pavorosamente despoblados de toda vida?

Allí llegaba una avalancha que le aplastaría; del Sur



con el complicado genio de organizador, estratégico y táctico y aun político que debe caracterizar á todo comandante de fuerzas, que debe operar en retirada contra muy superiores tropas, sin elementos aquél, y éstas teniéndolos en abundancia, ocupando un vasto país...

Ahora sí... ahora sí vamos á ver lo que es una magnífica operación militar, audaz y bien meditada, precisa y táctica, ejecutada por un general bisoño, pero por ello, más admirable aún!...

El tránsfuga general Iriarte, que, ya acompañaba á las tropas de Hidalgo, ya se pasaba con las de Calleja para instruirle de todo... que malversó los caudales de la insurgencia, escapa — seguramente por tratados secretos — al lazo del vil Elizondo, y vuelve al Saltillo con mil y tantos hombres sin duda para vender las divisiones de Rayón. Pero éste sagaz y sobre aviso acerca de la conducta de Iriarte, queriendo hacer saludable ejemplar, lo sujeta á un consejo de guerra que condena á muerte al venal Iriarte.

Las tropas de Calleja, cerca de cuatro mil hombres, las de Durango y destacamentos de Coahuila con las mismas de Elizondo, van apretándose en arco en torno del Saltillo para cazar á Rayón y los suyos con los tesoros principales del extinguido ejército de Hidalgo y Allende... Rayón, aislado, sin comunicaciones ni víveres, en una población pobre y no defendible, comprende que tiene que escapar del cerco de hierro que estrechan sus enemigos.

¡Terrible problema!... ¿Hacia dónde huir en aquellas estériles llanuras, en los desiertos áridos del Norte entonces pavorosamente despoblados de toda vida?

Allí llegaba una avalancha que le aplastaría; del Sur

ascendía lentamente otra... y de Occidente las fuerzas provinciales de Durango avanzaban sobre él.

Tuvo un rasgo de audacia y genio : dirigirse hacia Zacatecas, sin agua ni bagajes suficientes, abriéndose paso á través de las tropas realistas.

Constaban las fuerzas del General Rayón de las que le dejaron Allende é Hidalgo, de las de Iriarte y de los dispersos de Acatita de Baján, haciendo un total de tres mil quinientos hombres mal armados en su mayor parte y veintidós cañones al mando de los jefes Torres, un valiente y leal caudillo; Villalongín, espléndido y audaz guerrillero; Amaya; Arista, un menguado bandido que desertó á la hora del peligro; Rosales, bravo capitán; Ponce, otro vil desertor que intentó acogerse al indulto del Virrey, y José María y Francisco Rayón, hermanos del General.

Éste, con gran energía, antes de partir desarmó las tropas de las milicias provinciales que le habían jurado ser fieles; pero de los que sospechó que se pasarían á sus enemigos en cuanto partiera, seducidos ó amenazados por ellos, enérgica disposición que admiró á sus tenientes, mas tal es el influjo del valor sereno, mesurado, decidido y tenaz que no encontró resistencia, y aquellas fuerzas entregaron sus armas á un general que meses antes era un pacífico abogado.

Cuentan los historiadores, según documentos comprobantes, que el pequeño ejército de Rayón en nada se parecía á las chusmas de Hidalgo... El espíritu perfectamente moralizador de este nuevo jefe hizo prodigios por instruir y disciplinar sus tropas, separando cuanto elemento malsano ó podrido podría encontrar... Así fué apartando á jefes ambiciosos, á bandidos que sólo iban con él por el medro del botín y del saqueo,

prontos por supuesto á la defección en cuanto la suerte cambiase, ó á vender la causa á sus enemigos; en fin, purificando severamente aquellos grupos... que principiaban á aparecer ya como cuerpos constituídos...

No debemos olvidar que estas cualidades de organización y disciplina en un ejército perseguido y en derrota, retirándose por desiertos sin agua, hacen de un general un héroe... por esto no deben confundirse las tumultuosas fugas con las magistrales retiradas....

Distingamos. En 1812, en Rusia, el Gran Ejército de Bonaparte se dispersa, confunde y emprende la fuga... pero la vieja Guardia y algunos batallones y regimientos seleccionados entre los más duros oficiales, verifican una asombrosa y bravía retirada, sosteniendo *la fuga* de lo que fuera el Grande Ejército Imperial!...

El 26 de Marzo deja Rayón el Saltillo; destaca al frente una vanguardia de buenos jinetes, criollos fieles, armados de machetes y viejas pistolas; haciendo avanzar exploradores á los flancos á grandes distancias, escalonándose, pues pululan las fracciones enemigas que á su vez destacan las tropas del Norte en persecución de los insurgentes.

Ya previamente han sido ocupadas, del Saltillo á Zacatecas, por los realistas, cuantas haciendas y rancherías pudieran servir de acantonamiento á los de Rayón, cegando los pocos manantiales aguajes del camino... con la convicción de que sería imposible que ninguno llegase á Zacatecas.

El nobel caudillo sabe esto; pero no desmaya; ni siquiera á su secretario ni amigos comunica tan desconsoladoras noticias.

— ¡Estamos mal aquí; vamos á vivir en Zacatecas

bien!.. ¡Los echamos y nos hacemos de más gente y de más recursos... adelante, muchachos...!

Y principiaron las terribles jornadas : en Agua Nueva y en el Carnero se presentan guerrillas enemigas que pretenden darle carga, mas las pone en fuga el excelente pelotón de jinetes del Norte con sus lanzas y reatas.

El 1º de Abril el jefe realista Ochoa, el mismo que cooperó á la ignominiosa celada en que cayeran los invictos primeros caudillos, se presenta altanero á cerrarle el camino de Zacatecas formando dos mil hombres en línea de batalla muy extensa y tras ella una columna de reserva de novecientos hombres, mientras un escuadrón de cien va á rodear los cerros á retaguardia del exiguo convoy de Rayón.

Éste, bien advertido por sus exploradores, no se deja sorprender... se sitúa en las faldas de varias lomas en zig-zags, poniendo en los flancos lo mejor de su artillería, y en el centro é intermedios las secciones de infantería y piquetes de caballería.

Comprende que debe por su inferioridad permanecer á la defensiva, esperando un instante en que se hagan claros en el frente enemigo para tomar la ofensiva *metiendo una buena cuña* de caballería para destrozar en varias fracciones al enemigo, envolviéndolo.

Así fué, aunque no sin terribles incidentes.

Los realistas vieron que la derecha de Rayón, mandada por el bravo Torres, era el punto más débil y llano, y que podía en ese rumbo la caballería pesada dar cargas excelentes... Así es que acometieron aquéllos con un denuedo tal á los gritos de :

— ¡Á ellos! — ¡Viva el Rey! ¡Á ellos! que cejó la

caballería insurgente no pudiendo poner en salvo á fuerza de reatas todos los cañones de la batería que guarnecía aquel flanco... Rayón, con lo mejor de sus reservas en el centro, estaba á la expectativa y ya se disponía á reforzar la derecha amenazada por el mismo Ochoa, cuando ve que ya están sobre su retaguardia los dragones realistas que intentan llevarse los carros de equipajes... Al frente de la mitad de sus lanceros, Rayón va contra los victoriosos, y con gran algarada los espanta; tornan los honderos-peones á su línea; y á su vez envuelven á los dragones á cuyos caballos hieren en los hocicos; hay confusión y desorden en los realistas y triunfo para los insurgentes en el ala izquierda... Torres entonces los persigue en tanto que allá, desde la cima flanqueadora de una loma, Don José María, hermano de Rayón, que manda una pequeña batería en aquel baluarte natural, enfila á los fugitivos, quienes abandonan no sólo lo que habían tomado sino sus mismas piezas, huyendo del campo de batalla... Los jefes realistas se han aglomerado en el ala opuesta tratando de envolver por aquel punto; pero destrozada la izquierda el centro ceja... falto de apoyo... El General insurgente arenga en tres frases épicas á sus jinetes del centro, aún intactos, y de súbito los impulsa con tal brío y al estruendo de tal tempestad de triunfo hacia el ala donde el combate le es adverso, que Ochoa no espera la acometida y ordena la retirada, la cual se ejecuta en dispersión, abandonando también los cañones ganados, mas llevándose por desgracia los carros de las odres de agua — más preciosas aún que aquéllos.

Sin orden de su jefe, la caballería victoriosa inició una carga sobre los prófugos; pero Rayón tuvo que

impedirla enérgicamente al grado de imponerse pistola en mano á la persecución.

¿ Por qué no se persiguió al enemigo que huía en plena derrota?...¿ Por qué no se hizo mover nuestra caballería, casi fresca en buena parte, contra Ochoa, que se llevaba la remonta insurgente y los carros del agua ?

Claro que un golpe decisivo sobre la retaguardia enemiga, confusa, en retirada, hubiera sido el postrer aniquilamiento de los realistas; pero téngase en cuenta, y en esto va un elogio á la prudencia de Rayón, que éste no tenía ya reservas, que no tenía agua — más preciada en aquellos desiertos que el oro y la pólvora — y que la caballería en la persecución moriría de fatiga y de sed...¿ Tomar el agua al enemigo?...¡ Imposible! caso de verse amagado de quitársela, hubiera mandado romper las odres y aquel líquido precioso hubiera ido á evaporarse en los arenales ingratos de aquellos desiertos...

Tal fué la acción de Piñones, primera decisiva de esa memorable retirada triunfal —¿ por qué no? — del ya temible caudillo Don Ignacio Rayón.

Lo más notable de este combate, de esta pequeña y fiera batalla, fué la serenidad del jefe insurgente, su golpe de vista cuando determina cargar y lo ejecuta en el momento preciso que marca la táctica : cuando el enemigo vacila y momentáneamente está sin sus apoyos — en ese instante tomó Rayón su columna de infantería central de quinientos infantes, y fué cuando lo mejor de sus reservas, ochocientos jinetes, los distribuye en alas de cuatrocientos y á su voz de ataque los empuja briosamente!

De nuevo admiramos al prudente jefe, al táctico

sereno, — impávido combinador á la expectativa, — y arrojado y valerosísimo capitán que carga al frente de lo más granado de los suyos para dar el golpe de gracia á su adversario! Éste dejó en el campo cuatrocientos muertos, dos cañones de á cuatro, armas y buena cantidad de parque.

Con esta victoria quedó en gran parte abierto y casi libre el camino de los insurgentes hacia Zacatecas. Pero aún ¡cuántas siniestras jornadas que recorrer por los áridos desiertos, teniendo por perspectiva la horrible muerte de sed ó la del plomo realista al atacar la anhelada ciudad!

Pero Rayón, habilísimo y enérgico, logra convencer y fortalecer los ánimos flojos, y emprende valerosamente el camino, después de quemar parte del precioso equipaje, los carros y coches; y enterrar los cañones quitados al enemigo, en una barranquilla próxima á Piñones, por no haber bestias que cargaran con todo ello.

Atroces fueron esas jornadas bajo un sol áfricano en un país devastado y tristísimo, sin la sombra ni la alegría de un árbol, de ardiente y requemado suelo... ¡Ah! la infeliz, la siempre heroica, sobria y sufrida tropa mexicana ha sabido muchas veces, con harto dolor, lo que son esas angustiosas jornadas sin rancho, sin sueño y con atroces fatigas y festinaciones de marchas forzadas á través de ingratas selvas ó de empinadas y ásperas montañas, serpeando por entre agrias sierras... ¡ ah! pero bien sabe esa valiente tropa que todo, absolutamente todo, se puede soportar ¡ menos la sed!

¡ Ah, la sed!...¡ La sed!... Tenerla, estar fatigado, sudoroso, en un ambiente de horno, empolvado, con

la boca seca y blanca... los ojos enrojecidos, vacilantes y lacios los miembros!... ¡ muertos de sed y sin agua !...¡ Eso se llama el infierno!

Vosotros lo sabéis, valientes oficiales, bravos veteranos que leéis estas líneas de pura descripción de campañas gloriosas de otros días, vosotros lo sabéis... ¿ qué cosa peor y más abominable en las marchas forzadas, bajo el sol implacable y en terrenos calientes y secos, polvorientos y blancos, qué cosa peor que la sed?

Ahora bien, el ejército de Rayón continuó sus atrevidas jornadas sin agua, dejando pavorosa estela de cadáveres ó de desesperados enfermos, insolados que era preciso, fatalmente preciso, dejar allí abandonados... pues no había acémilas, ni hombres que pudieran cargar con ellos...

¡ Cuántas veces muchos se mataron para evitar las torturas de la sed! ¡ Cuántos pedían la muerte de manos de sus hermanos de armas como una gracia, como un favor especial!

Cuando el triste ejército solía divisar allá, en las lejanías del horizonte la alegre y fresca silueta de alguna arboleda... ¡ qué tumulto en las masas! — todos gritaban: — ¡ Agua! ¡ Agua!... y corrían sin atender á su formación, ni á las voces de mando de los jefes... todos corrían hacia el manantial soñado y allí se disputaban el agua á sablazos — ¡ y la bebían mezclada con la sangre de sus hermanos!

Una ocasión, ante una noria que había cerca de un lugarejo, fué tal la lucha de la soldadesca por aproximarse á beber, que hubo un serio combate á mano armada y, por fin, la baranda de piedra cejó desmoronándose sobre la noria, y tras el combate en que

hubo cadáveres y heridos. Tras de la refriega atroz, nadie pudo beber... ¡Ni había más que sangre!

A medida que morían las bestias, se enterraban ó quemaban los restos por previsiones.

Así es que no debe causar extrañeza que en aquel angustioso ejército cundiera el desaliento, la insubordinación, la fuga y la deserción en las filas, dando triste ejemplo de algunos jefes y oficiales.

En aquellas espantosas jornadas de prueba, se mostró más alto, más enérgico, y más firme y prudente el genio del insigne Ignacio Rayón.

En el paraje llamado Los *Alamos* la exasperación no tuvo límites, y [illegible], uno de los tenientes principales, promovió [illegible] en el que se instaba á su jefe para que desistiendo de la empresa se acogiesen todos al indulto que por entonces ofrecía el Virrey á los insurgentes que cesaran en la lucha contra su gobierno.

Rayón, perfecto conocedor del arte de la guerra que subdivide en política, organización — administración — estratégica y táctica, tuvo que ser político con su revuelta tropa... hizo aparentes concesiones, les enreda y convence de que trata del bienestar general... y ya calmados los ánimos, siguen adelante todos, procurándose así varias jornadas de calma, aunque de positivo sufrimiento.

Procurando siempre cubrir sus flancos y retaguardia con guerrillas destacadas, tuvo que sufrir reveses trascedentales como cuando, en un combate cerca de un desfiladero, Garduño, oficial insurgente, cae en poder del coronel español Larráinzar, quien, faltando á toda caballerosidad, manda azotar á Garduño — ¿ no merecía este acto atroces represalias ?

Á un flanco del camino que sigue Rayón, á algunas leguas se encuentra la hacienda de San Eustaquio... donde ¡oh dicha! se asegura que hay agua abundante para hombres y bestias.

¡Entusiasmo delirante en el ejército sediento!... ¡Á San Eustaquio!... ¡Á San Eustaquio!... exclaman todos... Pero el general, sereno y digno, contiene tales ímpetus, diciendo que la hacienda está defendida por el mismo menguado Larráinzar con trescientos realistas muy bien armados. Entonces se dispone un furioso ataque á la hacienda, escogiendo los más valerosos jinetes; armándose con buenas pistolas y los mejores sables y lanzas al mando de Don Juan Pablo Anaya, para que en igual número carguen sobre el casco de la finca, poniéndose el ejército á la expectativa de la acometida, para apoyarla en el triunfo ó cubrirla en su retirada.

Anaya era tan astuto como valiente, de suerte que sin pérdida de muchos insurgentes cargó sobre la hacienda de San Eustaquio poniendo en fuga su guarnición.

Allí, con gran algazara, pernoctó el ejército, proveyéndose de agua, ganado, maíz, sal, chile y otras provisiones y dinero de enemiga procedencia.

Más reforzadas siguieron las tropas, lo que no fué obstáculo para que el vil Ponce, que fungía de Cuartel Maestre con doscientos hombres de descubierta, en la jornada siguiente, abandonara el campo, pasándose al enemigo en solicitud del indulto.

En campañas tan terribles como la que vamos describiendo á grandes rasgos es tan decisivo y magnífico el ejemplo del valor, la audacia ó la serenidad ante los fracasos y desastres, haciendo seguir aun á los más

pusilánimes ese ejemplo en virtud de admirable sugestión en las masas electrizadas, como funesto y tristemente desorganizador el de los cobardes que manifiestamente faltan á su deber como soldados y á su dignidad de hombres.

Tal pasó con la deserción de Ponce en el ejército de Rayón: otros oficiales y soldados le imitaron, siendo preciso que aquel valiente Torres y otros bravos jefes emplearan su proverbial energía para reducir al orden y á la disciplina aquel mermado y fatigadísimo cuerpo tan maltratado en las penosas jornadas por los desiertos áridos del norte.

En la hacienda de Pozo Hondo el 11 de Abril, — jueves santo — se dió descanso á la tropa en tanto que el jefe Sotomayor, con quinientos hombres, avanzaba en marchas nocturnas y misteriosas, con todo género de hábiles precauciones, á sorprender la villa y punto fortificado por los realistas, de Fresnillo, lo que consiguió con todo éxito.

En la hacienda del Bañón son destacados los bravos Rosales y Anaya á reconocer cautelosamente la ciudad de Zacatecas, en tanto que el grueso del ejército acampa en el colegio de Misioneros de Guadalupe, á una legua de la población.

Rosales es contenido en Matapulgas y Pánuco por una partida enemiga que lo pone en dispersión; mas el infatigable general Torres va á socorrer á su compañero con buenos jinetes, los que envuelven á los perseguidores realistas; se entabla dura refriega y éstos á su vez son perseguidos hasta el cerro del Grillo donde toman posición los insurgentes de Torres.

Liceaga, que intenta otro reconocimiento, tiene que batirse cerca de la Bufa, donde pensaba acampar

Rayón, y pierde tras reñidísimo combate toda su gente, regresando á Guadalupe sólo con un tambor.

Con estos percances, las tropas de Rayón, de tres mil quinientos hombres con que salió del Saltillo, se habían reducido á menos de mil, mas para sorprender á Zacatecas, hizo entrar en las columnas mujeres, niños, sirvientes, bestias arrastrando troncos de árbol, mantas y carros, figurando que sus tropas eran compactas y de gran frente y profundidad.

Mientras una guerrilla entretenía á las que destrozaron á Liceaga, Torres, en el Grillo, no teniendo artillería para atacar por ese rumbo, ni provisiones para su tropa, manda pedir esto á Rayón y como recibe la respuesta de que como no lo hay lo tome al enemigo, carga sobre él con denuedo y desesperación, gritando á su gente :

— ¡ Mejor moriremos peleando y matando gachupines, que de hambre!...

El teniente coronel Zambrano mandaba en el Grillo las fuerzas realistas que no esperaban tan formidable agresión, y que fueron arrolladas por Torres.

Y, en efecto, bien había dicho éste : los independientes se hartaron en el campamento enemigo, tan bien conquistado, apoderándose de su excelente artillería... ¡ Nuevo ejemplo de lo que puede, en terriblemente críticas circunstancias, la voz de un jefe valiente y sagaz, que sabe sacar partido de la misma angustia y desesperación de sus tropas!

Bien sabido es ahora el ejemplo clásico de Bonaparte á su pobre ejército que va sobre la Italia : ¡ Soldados : no tenemos nada, pero el enemigo tiene todo... ¡ Se lo quitaremos!

El humilde Torres no sabía acaso la legendaria

arrebatada, pero la superó con más brío y más nobleza de miras.

El botín fué espléndido: abundantes víveres y municiones; seiscientos fusiles, quinientas barras de plata; acémilas, caballos y algunas piezas de artillería que asestó luego sobre sus antiguos poseedores, amén de obtener archivos, valores en papel y gran correspondencia militar que fué luego utilísima.

Zacatecas, después de haber sido abandonada por los insurgentes, fué fortificada por los realistas como importante plaza, atalaya avanzado hacia los amplios desiertos del Norte. Se le puso una guarnición de cerca de dos mil hombres disciplinados, lo que en aquella época y en aquellos parajes era demasiado. La llave de la ciudad estaba en el punto dominante del Grillo, donde Zambrano tuvo que retroceder dejando abierta la entrada de Zacatecas, mientras él acosado y molido se retiraba á Jerez, distante diez leguas de la ciudad.

Después de estos brillantes preliminares, prófugo el resto de la guarnición realista, el 15 de Abril de 1811 entra en Zacatecas, triunfal, sereno y noble ante sus tropas, al vuelo de campanas y esquilas, saludado por el pueblo, el valiente y genial Ignacio Rayón, tras de una memorable retirada, — página de gloria en los anales militares mexicanos.

¡Retiradas como éstas equivalen á muchos triunfos... significan el crédito de un ejército y son el renombre súbito y épico de los que antes fueran humildes y obscuros capitanes!

¡Ciento cincuenta leguas á través del desierto, sin víveres, sin agua, sin municiones, pasando sobre las filas enemigas robustas y densas, derrotándolas por el

arrojo y la astucia, tomando agua en los escasos manantiales bajo el fuego adversario, conteniendo los jefes el pánico, el cansancio, el desaliento, la deserción y el motín en las duras jornadas sin rancho, teniendo tras sí las lanzas del Norte y en frente los cañones del Sur, retirarse así durante ciento cincuenta leguas, haciendo quince días con más combates para caer sobre plaza fortificada y defendida por doble número de hombres, frescos, bien armados... ¡Oh! ejecutar esto!...

¡Solo el sitio de Cuautla, en la misma guerra de Independencia, supera la gloria de esta retirada triunfal!



VIII

CAMPAÑA DE MICHOACÁN

(1811)

Con la muerte de los caudillos de la Independencia que seguían á Hidalgo y Allende; aplastado su ejército en los desiertos del Norte en un tristísimo eclipse en que pareció que la traición proyectaba eterna sombra sobre el continente americano, ocultando el Sol de Libertad, hubo de creerse que toda la insurrección se había extinguido.

Mas ya vimos que de pronto se alza en el Saltillo el firme y talentoso Rayón, símbolo del patriotismo y del valor sereno y calculista, espíritu amante del orden esencialmente militar y político, henchido de voluntad y de energía.

Bien se aprovechó en la triste escuela de los desastres sufridos por sus inhábiles predecesores, por los primeros jefes de la Revolución, de tan duras lecciones como fueron las derrotas de Aculco, Guanajuato, Urepétiro y Calderón, para cambiar de táctica y política.

El arte de la guerra en toda su soberbia amplitud

abarca tres etapas que se completan recíprocamente, sin que sea posible separar una de las otras, necesarias las tres en cualquier instante histórico para dar el resultado definitivo y último de la victoria fructuosa, — Objetivo de la campaña : *Política*, *Estrategia* y *Táctica*.

Rayón lo supo comprender á tiempo y obró en el sentido de atender á esos ramos de guerra para lograr el triunfo.

Así fué que al entrar el 15 de Abril de 1811 á Zacatecas, procuró que no hubiese desórdenes, reprimiendo la cólera vencedora de sus tropas que tanto habían sufrido desde el Saltillo, ejerciendo severa policía en la plebe de la ciudad que ansiaba el saqueo de las casas de ricos españoles y de las autoridades realistas. No hubo más ejecución sangrienta que la de uno de los traidores enemigos que fueron causa del asesinato de la partida del jefe insurgente Liceaga durante las operaciones preliminares para ocupar Zacatecas.

Hizo más aún : convocó á los empleados públicos, criollos ó españoles ofreciéndoles continuar en sus cargos si se adherían á la causa de la Independencia, dando á ésta un tinte conciliador con las costumbres y creencias religiosas y políticas de la clase media y aristócrata del México de entonces, pues proclamó un gobierno liberal en nombre del cautivo rey Fernando VII, de España, en poder de los franceses.

Este monarca era simpático entonces en la Nueva España y su cautiverio en Francia lo romantizaba dándole la auréola de un martirio teatral... Así intentaba Rayón atraerse poderosos aliados y devotos á la causa cuya bandera había jurado defender, velándola de aquel modo tras las desgracias de ignorado y lejano rey.

Reunió una junta de notables y en ella fué aprobada la idea en tanto que enviaba un mensaje de negociación política y de avenimiento á Calleja; mientras ganaba tiempo. Continuó en la organización de su ejército, fabricación de armas, fundición de cañones y práctica de ejercicios militares en sus tropas, cuyo vestuario procuraba uniformar en lo posible, mostrándose en suma con una actividad prodigiosa, meditando vastos planes para resistír las fuertes columnas que caerían sobre Zacatecas hacia donde el infatigable Calleja marchaba decidido á aniquilarlo.

Después de un triunfo de las armas insurgentes al mando de Sotomayor, capitán de Rayón, en Ojocaliente, donde el jefe español Bringas, cortaba las comunicaciones con Zacatecas, el general independiente, decidido á evadir batallas campales en las que siempre triunfa el talento veterano de los jefes y la dura disciplina de las tropas bien armadas é instruídas, finge esperar la acometida de Calleja y secretamente parte de Zacatecas llevándose municiones, víveres, artillería, equipo y caudales con cerca de mil hombres dirigiéndose hacia el Sur..

Dejó en aquella plaza la mitad de la guarnición con buena artillería, caballos, carros y dinero — barras de plata y oro — al mando de Víctor Rosales, con el objeto de simular que seguía todo el ejército insurgente guarneciendo la ciudad.

Pero Calleja era todo un buen general y tenía su departamento de información y de reconocimientos bien montado y listo para darle la pista de todas las marchas y contramarchas del enemigo. De suerte que supo á tiempo la partida de Rayón cuyo hábil plan comprendió desde luego, ejecutando al punto un avance

de parte de sus fuerzas para que cortando diagonalmente á marchas forzadas, llegaran á cerrar el camino del jefe de los insurgentes. Calleja seguiría con el resto de sus tropas hasta Zacatecas.

Rayón quería con justicia cambiar el teatro de la guerra á Michoacán, — territorio magnífico para una campaña á la defensiva, resistiendo ejércitos superiores, bien armados y disciplinados. Allá entre las montañas de las agrias serranías, por entre las selvas inextricables, vírgenes y salvajes, la campaña de la libertad se eternizaría hasta lo último, desafiando las correctas columnas realistas.

¡ Hacia el Sur!... ¡ Á las montañas, á los bosques, á los barrancos hondos y laberínticos, á las altísimas cimas erizadas de rocas — almenas gigantescas de aquellas formidables ciudadelas — á los negros abismos y á las lúgubres cavernas !... ¡ hacia el Sur !...

Tal era el grito imponente del genio de la guerra nacional...

¡ Ya tronaba por entonces allá lejos en las profundidades de las sierras surianas el cañón victorioso de Morelos !

Calleja, estratego de buena cepa, adivinó el plan de Rayón á quien por sus antiguos éxitos admiraba ya temiéndole como á legítimo rival. Concibió que si el insurgente descendía con su ejército — que se iría engrosando por entre las muchas haciendas, — alcanzaba las abruptuosidades y selvas de Michoacán, lograría un triunfo real, haciéndose de posiciones casi inexpugnables en un país propicio y rico en recursos de todo género.

Era preciso á toda costa impedir tal proyecto, des-

baratando la división de Rayón mientras se apoderaba de la de su teniente Rosales, tranquila en Zacatecas.

El Coronel Emparan, con tres mil hombres y seis cañones, partió á marchas forzadas el 1° de Mayo á cortar el camino del jefe independiente.

Rosales que tenía que partir á la aproximación del enemigo, amenazado y seducido, incapaz de energía, creyendo todo perdido con la marcha rápida de Calleja, se rinde por el indulto y entrega la rica plaza con su guarnición entera, cañones, víveres, equipo, barras de plata, arsenal, imprenta y caudales.

En tanto, la madrugada del 3 de Mayo, ante el rancho del Maguey, Emparan topó con las tropas de Rayón, quien impávido, sereno, evitando como siempre la batalla campal, hizo adelantar lo mejor de su infantería, los equipajes escoltados por la caballería y los caudales conducidos por ochenta oficiales sueltos que debían seguir hasta el pueblo de la Piedad, punto de cita para las otras divisiones de Rosales.

Rayón, con algunos valientes jinetes, artilleros hábiles y una sección de infantería, extendió catorce cañones ante el enemigo que se formaba en extensa línea, la artillería al frente; en el centro la infantería y en las alas la caballería, dirigiéndose todo sobre la derecha de los insurgentes, intentando envolverlos. El jefe de éstos, al notarlo, maniobró rápidamente con su caballería verificando una conversión, fingiendo flanquear á los asaltantes.

Emparan ve entonces su derecha amenazada por un fuerte de tropas con artillería que rebasan su ala, estupefacto de la precisión de maniobras de los independientes... cambia la profundidad de las columnas

realistas, extendiendo más el frente... y avanza con lentitud rompiendo el fuego con su corta pero buena artillería... La de los adversarios contesta con una descarga cerrada terrible... Sigue avanzando el realista, haciendo fuego, hasta notar que han quedado abandonados los cañones y carros enemigos entre cadáveres y equipajes ardiendo cerca de fogatas que levantan densas humaredas.

La maniobra de Rayón para retirar en salvo lo mejor de su pequeño ejército y sus caudales y equipo había sido espléndida, burlando á Emparan que se prometía toda una gran victoria campal.

Lo que ayudó la operación fué la espesa polvareda que en campos de tierra floja levantaban la caballería y los carros... Aprovechando esto Rayón, hizo tender densa cortina de polvo y humo ante un gran frente, — por medio de fogatas y de arrastres de ramas atadas á las acémilas sueltas — logrando enmascarar los movimientos de su división, al fin, solo con oficiales y artilleros, hizo la última descarga á la línea de Emparan que á la sazón avanzaba al asalto, tras sus cañones que de cuando en cuando hacían alto para disparar, continuándose el avance en secciones escalonadas hasta que hubieron de conocer los realistas que el ejército que esperaban se había evaporado!

Cañones inutilizados, sin cureñas, un montón de armas despedazadas, carros hechos pedazos, bestias flacas y un coche volcado en un barranco fué el botín del vencedor. La caballería que destacó en persecución de los insurgentes sólo pudo matar unos cuantos fugitivos, rezagados, haciendo prisioneros á otros que fueron fusilados sobre el campo.

El jefe insurgente sigue el camino de la Piedad donde

cree encontrar la división de Rosales y todo lo salvado en el Maguey; pero tuvo que recibir la noticia de que éste se entregó á Calleja y que aquélla fué diseminada por sus mismos oficiales, quienes sin la animosa dirección de su enérgico jefe, temerosos unos del enemigo, otros codiciando las sumas que llevaban, se dispersaron por los caminos, desertando cobardemente. Muchos de ellos formaron guerrillas que operaron más tarde aisladamente por diversos rumbos.

¡ Triste y doloroso episodio en la guerra de Independencia! Y como éste abundan por desgracia en el caos de aquellas luchas en que, por ineludible fatalidad social, hubieron de codearse los valientes abnegados con los cobardes egoístas!...

Y era lo más desconsolador ver que el ejemplo de esas perfidias, venalidades y defecciones atraía á todos los viles y á todos los bandidos que comprendieron que bajo la noble bandera de la sacra revolución, podían medrar impunemente.

Ya las deserciones que sufrió Rayón en sus tropas, en su valiente retirada del Saltillo á Zacatecas, habían propagado la funesta noticia, — fermentando todas las odiosas levaduras de los ejércitos que se improvisan bajo el fuego enemigo.

¿ Qué hacer ?... se llamaba á las armas á los hombres de los campos y de las ciudades para la guerra libertadora, y de todas partes acudían... ¿ Cómo seleccionar? ¿ Cómo exigir pruebas de abnegación ó de integridad incólume, cuando no había tiempo ni para inscribir nombres en las listas?

En esta epopeya... la sombra que proyectan estos siniestros crímenes de la bajeza humana, sirve para que luzcan más puros, más límpidos y fulgurantes los seres

que se irguieron sobre todas las miserias, contra todas las fuerzas opuestas, altos y enérgicos.

Así se alza Rayón. Solo y sin recursos en la Piedad, cuando esperaba tener un ejército regularmente armado y equipado, con dinero para la brava campaña que meditaba hacer en Michoacán, yendo á dar la mano á Morelos en el Sur, hasta apoyarse sólidamente en Oaxaca para luego acometer con fulminante punta las provincias internas de Oriente... encontrarse solo y sin recursos en aislado pueblo, cuando tanto se esperaba, es situación para quebrantar el ánimo más entero y abatir el espíritu más alto!

Sin embargo, Rayón no desespera. Tiene la rara cualidad militar de saber organizar tropas, improvisando primero una sección y haciendo con ella prodigios de valor y audacia, tomar recursos al enemigo y en torno de un núcleo triunfal, crear un ejército.

Reune cerca de treinta mil pesos, recoge armas, las manda componer, y repartiéndolas á doscientos hombres, y montando tres cañones abandonados, dirígese á Zamora, robusteciendo su fuerza en el camino hasta tener el doble. Al valiente Antonio Torres, entrega el mando de ella ordenándole se dirija á Pátzcuaro donde habían de reunírsele varias partidas sueltas que se han levantado en rancherías, haciendas y pueblos con gente que es preciso instruir y disciplinar, pues de otro modo, serán perjudiciales á la causa que persigue.

Rayón quedó en Zamora gestionando elementos de guerra, haciéndose de dinero, caballos y armas, escribiendo á sus amigos para que hagan prosélitos y se le reunan para combatir al gobierno virreinal en aquella hermosa tierra michoacana.

Al saberse que el temible Rayón se rehace y que con

nueva fuerza ocupa Zamora y Pátzcuaro, se ordena al jefe de la guarnición realista de Valladolid — Morelia — que antes de que se fortifique Torres en Pátzcuaro, ocupe esta plaza, persiguiéndolo.

Rayón corre en auxilio de Torres, quien en la loma de la Tinaja se atrinchera sólidamente resistiendo el empuje de la tropa realista de Linares en un brioso combate que duró todo el día, verificándose varios asaltos.

Cuando estaban casi vencidos los insurgentes, al caer la tarde, llega Rayón con cincuenta hombres que cargaron con denuedo, desbaratando al adversario que huyó abandonando hasta sus equipajes.

Reunidas las guerrillas diversas de Múzquiz, Navarrete, Torres y otros caudillos que operaban por las quiebras de Michoacán, Rayón tuvo mil quinientos hombres, con los que se propuso atacar Valladolid, aprovechando la victoria de la Tinaja. Pero sabe que han llegado fuerzas respetables á guarnecer mejor la ciudad, y se retira con prudencia, esperando propicia oportunidad, mas no sin que hubiese causado estragos en las filas realistas que salieron á batirle y á las que hizo retroceder tras las trincheras de la plaza.

Establece su cuartel general en Tiripitío y opta por fraccionar su pequeña División en varias guerrillas que deben sostenerse unas á otras, hostilizando al enemigo por diversos puntos á la vez, obrando de concierto, sujetas todas á sus órdenes.

Esas fracciones ocupan los pueblos y villas de Acámbaro, Pátzcuaro, Zocapo, Jerécuaro, Tacámbaro, y otras haciendas y rancherías de importancia, pòr sus elementos y por su situación estratégica.

En seguida, con una pequeña escolta de buenos jinetes, se dirige hacia Zitácuaro, población floreciente

estratégica y rica, muy á propósito para ser convertida en gran ciudadela, — eje de atrevidas maniobras y *puntas* briosas contra los realistas, al acecho de las poblaciones que desocuparan.

Tuvo la grata nueva, en el camino, de que el comandante insurgente Benedicto López había tomado Zitácuaro, derrotando al sanguinario De la Torre.

Una vez en ésta, reconcentra nuevas fuerzas, las instruye por medio de sargentos prisioneros, utilizando millares de indios en la fortificación de la plaza, la que circunda de anchos fosos suceptibles de anegarse por medio de las aguas de una presa del rumbo de Tierra Caliente; levanta trincheras y coloca baterías en altas escarpaduras que dominan y flanquean las demás obras como inmensos baluartes naturales.

En los caminos obstruye los pasos, anegando los campos, talando las sementeras, incendiando los pastos... haciendo el vacío en torno de la plaza para quitar todo medio de subsistencia al enemigo que intente sitiarla, medio desesperado y terrible, pero necesario en una campaña defensiva, contra un adversario poderoso.

Emparan es designado por el Virrey para tomar la plaza por asalto, y al efecto se presenta con dos mil hombres de las mejores tropas de Calleja, incluso la renombrada Columna de Granaderos, frente á Zinapécuaro después de una marcha penosísima.

El 21 de Junio, un mes después de haber entrado en ella Rayón, los realistas se avistan ante la loma de los Manzanillos.

Destaca el jefe dos escuadrones de caballería para forrajear y hacer reconocimientos... llegan cerca del pueblo de San Mateo, y allí un destacamento de insur-

gentes los embiste con tal ímpetu, cortándoles la retirada, que tienen que morder el polvo todos los realistas, sin que ninguno pudiera ir á referir á Emparan su derrota.

Furioso este jefe, destaca una columna de infantería, llevando en sus alas pelotones de caballería para que tomaran unas alturas que dominaban las vías de acceso á la ciudad; pero las tropas, que las defienden hacen retroceder la columna y, tomando á su vez la ofensiva, la ponen en fuga y dispersión.

Emparan tiene que acampar malamente á inmediaciones de Zitácuaro, meditando para el siguiente día un vigoroso asalto general contra las codiciadas lomas.

Distribuyó sus tropas en tres columnas paralelas y en dos líneas... en la extrema derecha, dos escuadrones de dragones de México, y en la izquierda, cien dragones de San Luis... La artillería iba al frente de toda la primera línea. En la segunda línea, al centro, cien infantes de Celaya, en la derecha un escuadrón de San Carlos y á la izquierda los tiradores de Río Verde.

Rayón, tras de las lomas con el grueso más mal armado de sus indios honderos, debía resistir y ceder en buen orden, en tanto que lo mejor de su caballería, dividida y oculta en un flanco, esperaría la señal de caer sobre la retaguardia enemiga... La artillería tendría que jugar tras de los parapetos, desde que el enemigo estuviera á su alcance.

Los cañones de Emparan lanzados á la vanguardia de las columnas asaltantes se detienen á tiro y rompen sus fuegos, abriendo camino tras sus estragos al grueso de las fuerzas que siguen avanzando hasta las faldas de las lomas, recibiendo á sus flancos y frente granizadas de piedras y flechas, entre las que tro-

naban de cuando en cuando los disparos de la artillería...

Aún no se traba la lucha cuerpo á cuerpo y ya parece que vacilan y se detienen las cabezas de columna; arremolínanse en sus flancos, los dragones que las afirman; nuevas descargas lanzan las baterías ametrallando á los insurgentes, y en este instante de principio en la acción general, precipítase Oviedo, jefe de la caballería independiente, equivocando la señal que Rayón le indicara para efectuar su carga, así es que, el intrépido capitán embiste con desatinada furia, con toda su caballería contra el centro de las columnas asaltantes de los realistas que los reciben con sus fuegos á quemarropa despedazándolo por completo sin la menor gloria, sin la más mínima ventaja.

En vano Rayón trata de sostener la precipitada maniobra, de tan tristes resultados, avanzando hacia los flancos enemigos, cubiertos por caballería, los más firmes infantes insurgentes... nada puede lograr y antes de verse arrollado, se retira tras de las trincheras de la plaza, conteniendo, en buen orden, la algarada de sus adversarios que ya lanzan gritos de victoria.

Y tras las sólidas fortificaciones, desafía el caudillo insurgente con su escasa fusilería y sus cañones á las columnas realistas detenidas ante el ancho foso que rodea la fuerte Zitácuaro.

Con gran valor se sostienen los asaltantes, rehaciéndose bajo el fuego, las flechas y las piedras, y retroceden para tomar fuerza de impulso, empujando secciones de indios que cargan con inmensas vigas, cestones, balsas, troncos de árboles y escalas para embestir denodadamente la fiera ciudad; pero Rayón, desde las alturas, ha visto los preparativos y, en el instante de la carga enemiga, lanza sobre sus masas granadas de mano, botes

de metralla, cohetes incendiarios con lienzos empapados en aceite y brea, y el fuego convergente de toda su artillería. Tal respuesta produce un gran pánico en los realistas, quienes, mermados, llegan nó obstante hasta los fosos de donde se ven obligados á retroceder de nuevo... Apenas algunas secciones de granaderos logran trepar por las trincheras enemigas, escalando otras las más culminantes alturas... todas esas valientes víctimas, dignas de mejor causa, rodaron ensangrentadas al fondo de los barrancos.

Emparan, desesperado, organiza un tercer ataque empleando todas sus reservas, hasta su propia escolta y se pone al frente de ellas; mas no puede coronar la empresa, teniendo que retroceder ante la tempestad y la nóche á las ensangrentadas lomas de los Manzanillos, donde instaló su campamento, cobijado entre tanta sombra por la más triste y negra de su derrota.

Durante la noche, para colmo del desastre, Rayón tuvo la ocurrencia de soltar bestias con farolas de papel con velas y mechas encendidas, hacia el campamento enemigo, impulsándolas con piedras que sobre aquellas lanzaban los pilluelos de la plebe.

Los soldados realistas huyeron á la desbandada y en la mayor confusión, presas de un gran pánico, dispersándose entre el fango, bajo un chubasco torrencial...

Decisivo fué el triunfo de Rayón, pues al día siguiente 23 de Junio, Emparan, con menos de mil hombres, emprendió una triste retirada, perseguido por las guerrillas insurgentes, acosado por asaltos nocturnos en sus campamentos, hasta llegar á Toluca con quinientos hombres, enfermo y taciturno.

La causa de la Independencia se levantaba más

potente que nunca, pues mientras Rayón era inexpugnable en Zitácuaro donde habría de organizar un centro de gobierno nacional, Morelos en el Sur realizaba portentosa serie de triunfos.

Furioso el Virrey por el desastre de las columnas que intentaron tomar Zitácuaro, ordenó al triunfante Calleja que, reuniendo lo mejor de las tropas del Centro, provisto de abundantes municiones, gruesa artillería y material de sitio, atacara la rebelde villa donde Rayón desafiaba al Gobierno virreinal, estableciendo una *Junta* de Gobierno insurgente.

Calleja, aleccionado por la derrota de Emparan, acopió numerosos elementos y tropas, y secundado por jefes inteligentes y bravos, tras una marcha también penosísima, logró llegar ante Zitácuaro, la que asaltó vigorosamente, despedazándola con su artillería para incendiarla luego, arrasándola al grado de hacer pasar el arado sobre su asiento, empapado en la sangre de sus pacíficos habitantes, pues á nadie exceptuó su crueldad.

También los pueblos de los alrededores fueron incendiados y derruídos, teniendo que huir los infelices que los habitaban, hambrientos y miserables, por las sierras, perseguidos por las lanzas de los realistas que quisieron borrar de la Nueva España todo lo que recordara Zitácuaro...

¡ Vano intento!.... La heroica villa renacería de sus cenizas para ser de nuevo, cincuenta años después. épico baluarte de la libertad.



IX

LAS GUERRILLAS DEL INTERIOR

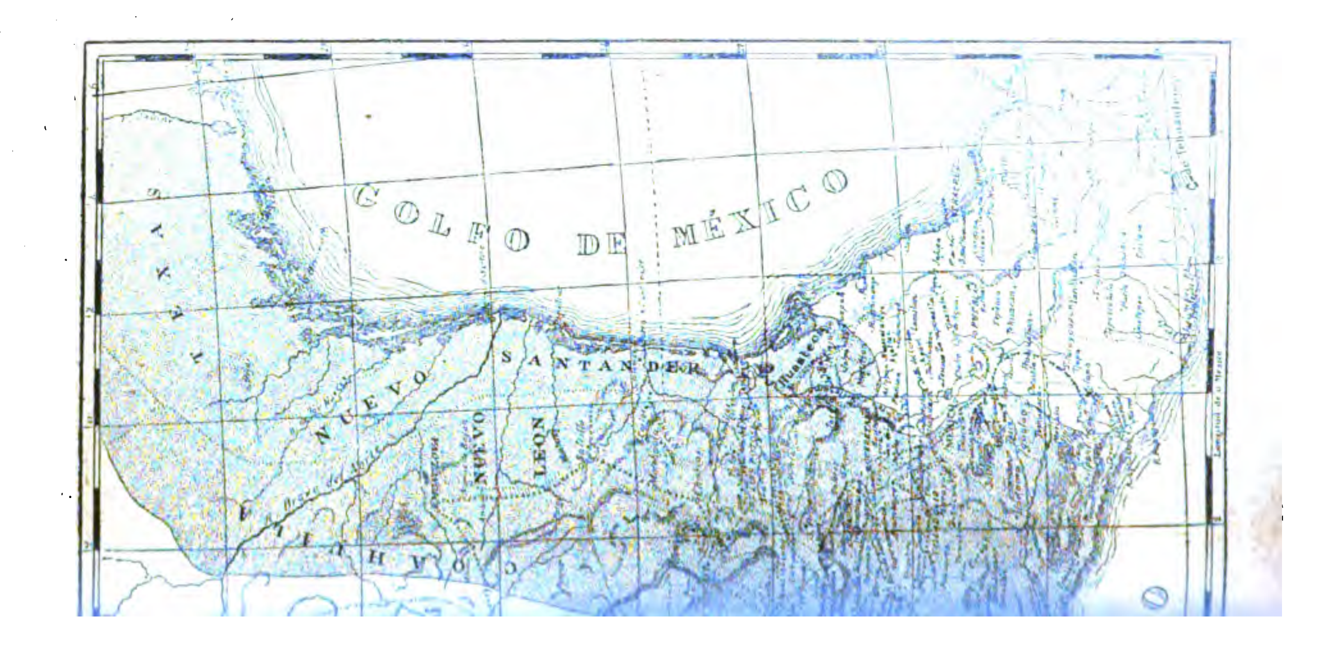
(1811)

Imponente espectáculo presentan en el interior de la Nueva España, durante el año de 1811, las múltiples insurrecciones que, siguiendo el numen libertador, van clamando —¡Independencia!...

Después de las últimas derrotas de los primeros caudillos, y tras su muerte en el Norte lejano y desierto, al desparramarse los grupos y las partidas, sin jefes ni armas, sin disciplina ni objeto, van á sostener la gran causa entre las abruptas serranías donde pueden reponer el ánimo y prevenirlo para nuevas y más felices contiendas.

Era grandísima la extensión en que hubieron de dispersarse las hordas... Y unos por el Oriente, rico y pródigo con su vegetación exuberante, otros hacia el Norte por las ásperas cuestas de la Sierra de Guanajuato, mientras en el ancho Bajío galopaban las audaces guerrillas, desafiando las retaguardias realistas, todos los que anhelaron muerte ó triunfo, hostigaron con brío á


Carta
DE LA
NUEVA ESPAÑA
indicando la extension de territorio donde se propagó la revolucion desde 16 de Setiembre de 1810 hasta Marzo de 1811.
Derrotero de Hidalgo
Derrotero de Calleja
1ª Campaña de Morelos
2ª idem
La parte sombreada indica la extension de territorio donde se propagó la revolucion.
SONORA
NUEVA BIZCAYA
OCEANO PACI
15
16
11
10
9
8


TEXAS
GOLFO DE MÉXICO
NUEVO SANTANDER
NUEVO
LEON
COAHUILA
Huasteca
Longitud de Mexico

las columnas virreinales maltratándolas y quitándoles sus convoyes.

¡Épico panorama!... complicadísima red, inextricable, enorme, extensa, erizada de nudos trágicos que eran centros de operaciones amenazadoras sobre los insurgentes, á veces, cuando no contra los realistas en otras circunstancias; red en que iban y venían, marchaban y contramarchaban, fingían detenciones ó retrocesos, acampaban en los montes ó en las llanuras, revoloteaban ó por fin escapaban en las noches para caer en las madrugadas, en furiosos albazos, sobre lo pueblos desguarnecidos ó abandonados... ¡Terrible campaña de pequeñas guerrillas... de hombres que se cazan entre los bosques y los cerros y se hostilizan en barrancos y encrucijadas... de jinetes que se encuentran de súbito y combaten á machetazos, lanzando en alaridos cada campeón, como en los antiguos tiempos históricos, sus frases de guerra, arrollándose entre el polvo y el humo de la pólvora!...

En el inmenso cuadro que nos presentan los territorios que ahora forman Jalisco, Guanajuato, Zacatecas, Aguascalientes, Michoacán y los Estados de México, Veracruz, Querétaro, Tlaxcala é Hidalgo, hierven sangrientos hálitos de insurrección contra los centros de las tropas realistas, impotentes para dar caza á tan pequeños, pero ligerísimos é innúmeros dispersos enemigos.

Estos se creen vencedores en toda su línea: Calleja, el más hábil táctico y estratégico de los suyos, después de sus triunfos sobre los desbandados insurgentes, se establece en Guanajuato, ordenando á sus subalternos que pacifiquen á sangre y fuego todas las regiones que den abrigo á los rebeldes; el Brigadier José de la Cruz,

en Guadalajara, robustecido con nuevas y bien abastecidas fuerzas regulares, ordena la devastación de todas las poblaciones por donde pasaran los insurgentes... *No perdonar á nadie, guerra de terror y muerte, que sepan todos que no hemos de dejar con vida á ningún perverso de la tierra.*

Así decía á Porlier, coronel realista tan sanguinario como su jefe Cruz, cuyos nombres eran símbolo de refinada crueldad.

En Valladolid era el déspota militar y civil, Trujillo, el mismo derrotado de las Cruces, quien á su vez diseminaba sus fuerzas para perseguir las infinitas guerrillas insurgentes que llegaban á amenazar á su misma ciudad.

Maravilla presenciar cómo al mismo tiempo, con simultaneidad asombrosa, surgen como por encanto tantas partidas guerreras, tantas bravías secciones de audaces; y cómo también milagrosamente aparecen por aquí y por allá nubes de jefes, indómitos unos, otros astutos, todos dispuestos á morir peleando, cada cual según su táctica ó su terreno, anhelando el combate en cualquier forma, momentáneo y decisivo, cuerpo á cuerpo, ó largo y capcioso en campaña de escaramuzas, acechos y sorpresas.

De las llanuras del Bajío, de las laderas del Norte, de las boscosas serranías del Oriente y de entre las tórridas barrancas surianas brotan guerrilleros como por un conjuro épico, como llamados por los clarines de la gloria!

En los lugares poblados, ricos, estratégicos, — ejes y centros de las operaciones de los realistas, — hubo eterna desazón, mientras aquellas guerrillas amagaban, revoloteando ya dispersas, ya en imponentes reuniones.

Calleja, en Guanajuato, combina, proyecta, ejecuta y corta por medio de sus tenientes, á las guerrillas que pueden alcanzar... Las aniquila; pero luego renacen más fuertes que antes.

Una de las más temibles, la que asoló el Bajío y el Valle de Santiago y las cercanías de Salvatierra, teniendo constantemente en jaque poblaciones importantes, llegando á amenazar hasta la misma Guanajuato y Valladolid, era la de Albino García, hombre de campo, indómito charro que aceptó una existencia de perpetuos combates, resistiendo ó acometiendo á los realistas.

No era Albino un general estratégico, docto y tranquilamente dispuesto á las combinaciones de toda una campaña... sin ninguna instrucción militar, sin las nociones más rudimentarias del arte de la guerra, sin conocimientos acerca de organización, ordenanza y estrategia, él, intrépido guerrillero, indómito hijo de los campos del Bajío, es por su valor y por el tino de sus embestidas, resistencias y emboscadas, siempre á caballo, siempre esgrimiendo reata y lanza, incansable, casi invulnerable; es el tipo clásico del guerrillero mexicano... del guerrillero del Interior, del charro del Bajío, domador de potros brutos, diestro en manejar la reata como una arma, y sin rival en esgrimir el machete hasta teñirlo en sangre como por vía de entretenimiento.

Sin conocer absolutamente los términos que sus jefes principales emplearan para prescribirle sus maniobras, entregado él solo á su propio genio y á su iniciativa, sabía desbaratar los frentes enemigos, deteniendo las columnas de ataque, ó cargando sobre los flancos realistas en el instante más adecuado para destrozarlos.

¡Cuántas veces Albino, rodeado de sus mejores colegas, determinaba la victoria en los fulminantes asaltos que daba sobre los convoyes realistas!

Sabía desbaratar, ayudado por quince ó veinte charros de un temple semejante al suyo, las secciones enemigas, por fuertes que fueran, abrumándolas, por el relampagueante ímpetu de sus embestidas, lazando sus cañones, sostenidos como siempre por las turbas de indios honderos, que con sus tempestades de piedras solían apoyar con éxito tan audaces empresas.

Los guerrilleros se dispersaban en seguida para ir á rehacerse á retaguardia, aprovechando los incidentes del terreno, aparentando absoluta retirada, dando tiempo á que entraran en el combate las columnas de peones insurgentes, los que eran sostenidos á su turno por los mismos bravos jinetes que parecían multiplicarse prodigiosamente.

Porque todas estas guerrillas que tanto molestaron á las tropas de los jefes realistas, operaban ayudadas y sostenidas por infinidad de peones indios reclutados entre las montañas ó aislados valles de las sierras, indios que constituían apretados valladares que se tendían ante la elástica y bélica impulsión del jefe.

Estos charros, de indómito valor personal, contuvieron muchas veces los excesos de los triunfantes dragones enemigos, y en otras ocasiones, gracias á la agilidad de sus pequeños caballos amaestrados por sus mismos amos para el combate á lanza ó machete, lograban con sus reatas, maravillosamente y con gran tino tendidas y arrojadas sobre el enemigo, las más espléndidas victorias... ¡En verdad que hacían prodigios! Cuando una guerrilla comprendía por qué rumbo iba á ser atacada, y se decidía á resistir para cansar y burlar á sus

[illegible]

[illegible] — [illegible]
[illegible] ovalles [illegible] cautivo [illegible]
[illegible] negros... [illegible]
[illegible] sus reatas. [illegible]
[illegible] manera, [illegible]
[illegible] mantes esperan[illegible]
[illegible]
[illegible] acompañ[illegible]
[illegible] desnudos a sus [illegible]
[illegible] lsiles [illegible]
[illegible] sar los [illegible]
[illegible] los guerrilleros [illegible]
[illegible] revolcad[illegible]
[illegible] enemigos. [illegible]
[illegible] machetes, es [illegible]
[illegible] de rodillas [illegible]

[illegible] partidas.
[illegible]

[illegible] los [illegible]
[illegible] un pode-
[illegible] los de [illegible]
[illegible] soberana [illegible]
[illegible] los insu-
[illegible] de los [illegible]
[illegible] de los insu-
[illegible]

[illegible] animado por el
[illegible] apoderarse por [illegible]
[illegible] fuerza de [illegible]
[illegible] y la [illegible]
[illegible] las columnas [illegible]

listas que le persiguen, azuzadas por la cólera de Calleja y del tigre Cruz.

García, con un puñado de valientes, toma un pueblo, un rancho ó una hacienda; se hace de víveres y de gente que sabe que es de los suyos... evita al enemigo superior... lo burla cayendo de improviso sobre él en sus campamentos; da batalla á las partidas adversarias pequeñas, las envuelve con sus lazadores, las aniquila con sus lanceros, y les toma armas y bagajes.

Para atacar, combinaba una sección de charros, en orden disperso, unidos con sus reatas extendidas, — sólidamente sujetas *á cabeza de silla* — á todo escape se desplegaban tirando las cuerdas que arrollaban el frente enemigo... si no lo lograban, rompían las reatas, dispersándose los charros á derecha é izquierda, para ir á rehacerse á retaguardia, mientras otra segunda línea de jinetes seguía la misma audaz operación hasta que los de los machetes y hondas aplastaban á los enemigos que no habían huído, si es que tenía éxito la aventura... que si no... todos en aparente desorden, pero en absoluto concierto, huían veloces por diferentes rumbos, para encontrarse días ú horas después, según cita previa, en cualquier punto escondido entre las sierras, en cualquier madriguera oculta en los boscajes, en el fondo de espesísimas nopaleras ó en las quiebras de espantosas barrancas.

Ocioso, verdaderamente inútil sería mencionar los encuentros que tuvo este famoso guerrillero con las partidas de Calleja, Cruz, Trujillo, Porlier y García Conde, y es más, advirtamos que casi siempre era derrotado. ¡Que caros costaban á sus enemigos los triunfos!

Esto entraba muchas veces en su plan. Se dispersaba en un punto... se le creía aniquilado; y mientras sus

perseguidores descansaban ó batían otra guerrilla, reaparecía, desolador y sarcástico, por otros pueblos donde se fortificaba, atrayendo fuerzas respetables... parecía que iba á resistirlas... y de pronto se les escapaba de las manos. Con esta táctica daba más que hacer á sus enemigos que toda una División.

Sobre el Valle de Santiago, cerca de Salamanca, internándose por la Sierra de Guanajuato, dando la mano á los cabecillas de otras partidas, ya por Guadalajara, ya por Valladolid, Albino García es un metéoro, incomprensible, desesperante y magnífico. Parece tener cien vidas... Está en todas partes y no se le encuentra en ninguna.

Suele unirse, durante esa campaña al estilo árabe — tan fructuosa en estas guerras nacionales — con otros caudillos, que como el *Huacal* no le van en zaga en punto á habilidad y donosura para escarmentar á sus enemigos... pero á tanto llega la actividad guerrera, que tras de audacísimas empresas sobre los pueblos de Occidente en la costa del Pacífico, teniendo que retroceder á sus escondrijos, atravesando feraces regiones, perseguido de cerca por furiosas y nutridas tropas realistas, abate las anchas y sólidas compuertas de las presas mejores que encuentra, inundando las comarcas: mientras sus peones indios de Colotlán abren zanjones en los caminos para que obstruyan los trenes y piezas de artillería de los perseguidores.

Por sobre todas estas escaramuzas que exterminan y suelen aniquilar los mejores ejércitos, por sobre todas estas sangrientas peripecias y aislados lances épicos en el centro y Norte de lo que es hoy nuestra patria, continuaba la implacable cólera devastadora de Venegas, [illegible] Cruz, Porlier, Torre, Álvarez y más tarde Itur-

bide y tantos otros que asolaban el país, contribuyendo á avivar el fuego de la cólera del pueblo animado por su libertad á desafiar la muerte en las filas insurgentes.

Y, cosa admirable, mientras más victorias alcanzaban las armas realistas, cuando llovían sobre la capital del virreinato los partes de triunfos y hecatombes en aquel año de 1811; Calleja, espíritu sagaz y sombrío, taciturno y penetrante, político y militar consumado, escribía al mismo Virrey : *Aun está muy lejana la época de tranquilidad para este reino.*

¿ Puede llamarse campaña, propiamente hablando, á la serie, mejor dicho, al conjunto de lances, puntas, escaramuzas, fugas, merodeos, choques, encuentros, sorpresas y alborotos, saqueos, incendios, crímenes, venganzas, sublimidades y abominaciones, puede llamarse campaña á este caos, á esta hervorosa faz de la guerra de Independencia?

¡ Creemos que sí!... y terrible campaña!

Técnicamente hablando, en el bando insurgente no hubo operaciones militares coordinadas, no hubo plan, ni objetivo determinado, ni jefe único, y sin embargo todo este cúmulo de incidentes, todos estos patriotismos y audacias que se sublevaron por todas partes y cada una por su rumbo y, sobre todo, toda esa sangre mexicana derramada porque una noche sonara un grito que hizo repercutir á los ecos de las montañas y de las llanuras de la patria la palabra « Independencia »... todo eso valió más que una gran campaña de sitios, fortalezas y grandes batallas campales, donde se destrozaron enormes ejércitos.

*
* *

Otros de los jefes guerrilleros notables fueron los Villagranes que desolaron, en sus terribles correrías, los campos que se extienden en torno de San Juan del Río, por los territorios que hoy forman parte de los Estados de Hidalgo, Querétaro y México.

Estos Villagranes, de funesta memoria, lo mismo que una infinidad de aventureros que pulularon por Michoacán y Nueva Galicia, ejercieron á la sombra del estandarte libertador, el más atroz bandidaje, robando en todas partes, dejando huellas de sangre y fuego en las poblaciones, desprestigiando la causa que profanaban... Esos miserables que surgen siempre en las grandes revoluciones, no logran, no obstante, obscurecer la gloria de los verdaderos caudillos.

Era imposible por entonces saber quiénes se batían por el pillaje y quiénes por la patria... Muchos de ellos fueron, al menos, utilizados como un arma cualquiera, en la urgencia y angustia de las situaciones difíciles... sin que por eso desconocieran los jefes insurgentes, que aquellos hombres de salvaje valor y truhanesca astucia, no eran sino instrumentos de combate que, al fin, tarde ó temprano, habrían de ser aniquilados.



X

EL CAMPAMENTO DE LA SABANA

PRIMERA CAMPAÑA DE MORELOS

1810-1811



D. José Maria Morelos,

Cura de Carácuaro, Generalísimo encargado del poder ejecutivo, con el uniforme de Capitán General con que hizo en Oajaca la jura de la Junta de Zitcáuaro.

X

EL CAMPAMENTO DE LA SABANA

PRIMERA CAMPAÑA DE MORELOS.
1810-1811

José María Morelos está ya consagrado por la Historia como el genio militar de la guerra de Independencia.

Aparte de sus maravillosas cualidades cívicas, de alto patriotismo, de grandeza de alma, profunda virtud y acrisolada honradez, bondad ingénita, templanza y excelsos ideales, este hombre extraordinario es todo un gran general, que deja estupefactos á los viejos jefes españoles, con su estrategia desconcertante y su táctica arrolladora.

Morelos es la gloria más pura y más excelsa de nuestra patria, como caudillo de la Independencia, y es el capitán maestro, sabio y audaz, que, rompiendo las antiguas rutinas tácticas de sus enemigos, con su pequeño improvisado ejército, maniobra con una notabilidad y un acierto tal, apareciendo aquí frente á una columna para engañarla y caer por milagro á su retaguardia, dividiéndose, multiplicándose, acome-

tiendo sobre el punto vulnerable del adversario, al que logra desesperar abrumándole con sus vertiginosas combinaciones.

Sólo durante los tempestuosos períodos de sangrientas revoluciones, se admiran hombres como este caudillo, que poco antes de que estallara la insurrección apenas sabía leer y sólo tenía vagas nociones de instrucción general. Sin embargo, escucha el grito de libertad, fulminado por Hidalgo, su maestro, con quien ha hablado sin duda, cuando aquél fué Rector del colegio de San Nicolás en Valladolid; y corre á ponerse bajo sus banderas.

El iniciador de la Independencia lo recibe cuando marcha triunfal hacia la capital del Virreinato y, comprendiendo al instante todo el valor de Morelos, lo hace General y le apoya el proyecto de marchar hacia el Sur para levantar los pueblos de las montañas y apoderarse de Acapulco, puerto del Pacífico de la más vital importancia para la causa libertadora.

Debió adivinar, al punto, Hidalgo el genio de Morelos, cuando le encomendaba semejante empresa, sin darle ni el más pequeño recurso militar.

Desde este instante se abre la etapa de luminosa gloria que corona la vida del cura de Carácuaro; desde este momento principia la extraordinaria epopeya que constituyen como cantos inmortales las campañas del improvisado jefe, que, armado tan sólo con un nombramiento casi verbal, sin un hombre, sin una espada, sin un centavo, va á hacer retemblar las agrias sierras del Sur con el trueno de sus cañones, que llevarán su nombre á las columnas realistas y que, repetidos por los ecos de montaña en montaña hasta el soberbio Ajusco, hará vacilar en su trono al virrey Venegas!

Morelos, después de larga entrevista con Hidalgo en el pueblo de Indaparapeo, vuelve á su curato de Carácuaro situado al Sur del que hoy es Estado de Michoacán, levantando en el camino su voz en pro de la causa de la dignidad nacional, hablando con sus amigos los rancheros, haciendo la cruzada de la libertad.

Vendiendo lo poco que posee, pidiendo prestado por aquí, regalado por allá, decomisando lo que puede de los españoles de las cercanías, logra poner sobre las armas una pequeña pero sólida y bràva guerrilla.

Sus primeros veinticinco hombres, escogidos entre los más audaces y decididos campesinos, gente ágil, fuerte, dispuesta á todo y que adoraba á Morelos, le juran morir antes que abandonarlo.

Desde luego descuella en talento organizador, tan necesario en todo jefe, y muy particularmente cuando no se opera en tropas regulares, sino que hay que ir improvisando fuerza, al desechar el pernicioso método de Hidalgo, quien aceptaba en sus gentes á cuantos querían, con armas ó sin ellas, débiles ó fuertes, valientes ó cobardes. Él, por el contrario, vió que ese sistema era fatal, pues aumentaba las cargas, los estorbos y las bocas inútiles. Las chusmas desarmadas de Hidalgo ocasionaron en los combates más desastres que las balas realistas.... Aquéllas llevaban el pánico á la hora de la retirada, que se convertía en derrota, y todo se perdía; y si se obtenía el triunfo, todo el botín era arrebatado por aquella plebe desorganizada, sin jefes, sin dirección, ni conciencia.

Morelos seleccionó cautelosamente, para no cargarse de un personal que excediera á su armamento y recursos.

Quiso ante todo que el núcleo veterano de sus

futuras tropas estuviese, en lo posible, instruído y disciplinado para ejemplo de los que se le fueran agregando... Asi que, con pequeña pero sólida y ágil partida, dotada de la suficiente elasticidad para huir el cuerpo á pesadas masas perseguidoras, unos cuantos caballos y escaso parque, sale Morelos de Carácuaro, decidido á excursionar en el Sur, pasando el río de las Balsas, después de obtener aumento de recursos en el pueblo de Churumuco.

Se internó luego en los montes de Yanhuitlan, donde fué aumentando paulatinamente su guerrilla, y procediendo como cualquier veterano jefe, destacó hacia la próxima costa del Pacífico, hombres de su confianza, como espías y exploradores al propio tiempo que emisarios. Reconocido el terreno avanzó resueltamente hacia el S. E. rumbo á Zacatula, donde entró sin resistencia aumentando sus elementos y armas, más cincuenta hombres. Continúa su marcha, amagando Acapulco, siguiendo las asperezas de la costa, y llega á Petatitlan donde su fuerza alcanza ya á doscientos hombres regularmente armados. Hasta entonces, sólo en tiroteos aislados, entre el monte, en reconocimientos y caza, había sido gastada la pólvora.

Mas ya se acercaba á Tecpan, población de alta importancia, y el comandante de Acapulco sabía la marcha amenazadora de Morelos y había mandado al jefe realista José Antonio Fuentes, con trescientos hombres de la guarnición, á detenerlo y acabar con su partida. El realista fortifica el paso del río que corre cerca de la población; Morelos reconoce el terreno y carga en dos columnas, una frente á frente y otra flanqueando á Fuentes, quien después de breve resistencia se retira en fuga.... Durante el paso del río, Morelos

excitaba á los soldados momentáneamente enemigos, á volverse á su bando *que es el de la patria, el de la Independencia de los americanos.* Muchos de ellos, durante la fuga, retrocedieron y se presentaron al vencedor con sus armas y las que habían arrojado sus compañeros.

Puede considerarse éste el primer triunfo de Morelos, pues se hizo de armas enemigas, municiones, equipo y gente instruída en ejercicios militares, amén de que tuvo conocimiento exacto de la situación de Acapulco.

Pero el suceso más feliz durante esta atrevida marcha, ejecutada por un carácter perseverante y audaz, fué la adquisición del valiente suriano Hermenegildo Galeana, propietario de la hacienda de San José, lo mismo que sus hermanos Juan y Fermín, quienes se pronunciaron inmediatamente por la nueva idea libertadora manifestando el mayor patriotismo y desinterés.

En su hacienda acampa el caudillo á principios de Noviembre de 1810 y aumenta sus pertrechos de guerra, con caballos, setecientos hombres y hasta artillería, — tres cañones; había también en la finca un pequeño y sólido cañón que se llamó « el Niño » que servía en las fiestas religiosas para arrojar los llamados *cohetes de cámaras*; ese cañoncito iba á beber muy pronto mucha sangre realista! ¡Era el más pequeño pero el más sólido y certero!

Morelos ocupa Tecpan, fortificándose al punto, expidiendo proclamas al pueblo y engrosando más y más su ejército, armamento y equipo, hasta contar con dos mil hombres listos para entrar en combate.

Combina y madura el plan de asedio de Acapulco! Ordenó que uno de sus tenientes, Valdovinos, se apoderara del cerro del Veladero, altura que domina á lo lejos el puerto y que es de gran importancia por

poderse ligar con otros puntos que lo rodean formando un valle denominado « La Sabana ». Setecientos insurgentes atacaron á los cuatrocientos realistas que se hallaban al pie del cerro, salidos de Acapulco, y tras corta refriega, aquél quedó por los primeros.

La victoria dominante exaltó á los independientes, á los que Morelos fraccionó en los puntos de las Cruces, el Marqués, San Marcos, y Aguacatillo, cerrando á la ciudad toda comunicación, por tierra, con el resto del entonces extenso reino de Nueva España. ¡Nunca hubieran creído semejante audacia en un desconocido cura, los jefes realistas, en su orgullo secular!

El caudillo dentro del vasto campamento realiza portentosa actividad; cuida de las obras de defensa en que emplea millares de indios y peones, inventando fosos y trincheras, trampas y engaños que se construyen rápidamente; instruye y ejercita á sus tropas, vistiéndolas con manta ó paño que toma en los caminos á las recuas; perfecciona el armamento existente é improvisa otro, acumula provisiones de boca y guerra, reponiendo las que se agotan día á día; redacta proclamas á pueblos lejanos, escribe á los hacendados mexicanos ó á los mayordomos y empleados de los españoles, conjurándolos á reunírsele con gente brava, armas, municiones, dinero y cuanto elemento puedan obtener por todos los medios posibles... En fin, todo un formidable trabajo de organización política, administrativa y particular militar, ejecuta, en tanto que sus fuerzas rechazan las acometidas de los realistas de la guarnición ó del exterior, al mando de los jefes enemigos Fuentes, Cosío, Recacho y otros, librándose constantes combates.

Tiempo era ya de que estuviese listo para una acción

más decisiva contra aquéllos, pues el comandante Paris avanzaba hacia su campo con mil quinientos hombres de la Brigada de Oaxaca á la que se le unen los que manda Sánchez Pareja, vencedor de guerrillas en Michoacán, así como otros capitanes vencidos en el primer combate del Veladero.

El 8 de Diciembre, Paris ataca el campo atrincherado de la Sabana y, tras una lucha de un día, se retira.

Vuelve luego, cinco días después, á la carga, disponiendo sus dos mil hombres en tres columnas, protegidas en las alas y á retaguardia por caballería y cien hombres de Acapulco, y llevando á su frente dos cañones, que preparan el asalto para abrir brecha. Con todo brío avanzan sus tropas sobre el Veladero; van trepando por las escabrosidades y obstáculos, y cuando están á tiro de *El Niño*, vacilan, pues el mismo Morelos lo maneja con siniestra precisión desde lo alto del punto... No obstante, toman el aire de carga los asaltantes, cayendo en las *trampas* y sufriendo espantosa lluvia de piedras de honda, — muchas mortales ó que imposibilitan por el momento. — Luego truena la fusilería... los caballos de los dragones desamparan las columnas, por los cohetes de gancho que les arrojan los indios... Los realistas caen á los fosos... gritan vivas y mueras terribles los insurgentes... Truena la voz de Morelos desde lejos, animando á seguir el fuego sin desperdiciar un tiro ó dando órdenes á los puestos lejanos... Hay admirable precisión en la defensa... y el comandante Paris, comprendiendo que es inútil proseguir á fondo el ataque, se retira en buen orden hacia Tres Palos donde acampa, fortificándose, dejando muchos cadáveres y prisioneros.

Semejante triunfo en Morelos, dejó consternados á sus enemigos y le valió nuevas simpatías y adhesiones en el Sur.

Sin embargo, su situación en el Veladero era crítica, pues se encontraba sitiado por las fuerzas de la guarnición de Acapulco y por las del comandante París, que espera refuerzos nuevos de Michoacán, Oaxaca y la Costa, cortándole mientras tanto sus comunicaciones.

Para salir de aquel cerco de hierro, Morelos acudió á miles de astucias, haciendo espiar el campo realista, del que tuvo exacta descripción; y una noche, con todo sigilo, se aproximó á él, cayendo de súbito sobre los centinelas y avanzadas, y luego, cargando sobre las tropas que dormían, consumó la sorpresa... Hubo un desorden espantoso, y el jefe adversario, que también dormía entre las sombras, huyó con unos cuantos fieles, abandonando el campamento.

Tan audaz y afortunado golpe de mano dió á Morelos ochocientos prisioneros, setecientos fusiles, cinco cañones, veinticinco cajones de parque, centenares de cargas con provisiones, equipo y algunos caballos, amén del prestigio que aumentó el entusiasmo por su genio militar.

Con semejantes refuerzos y otros que fué adquiriendo en aquellos días; y por otra parte, urgido por la aproximación de fuerzas más competentes, trató de apoderarse de Acapulco á la mayor brevedad, tomando el Castillo.

En esta empresa le cegó su buena estrella y sobre todo la facilidad relativa de sus primeros triunfos... ¡era preciso que un desastre le enseñara á ser menos confiado y á contener sus ímpetus!...

Habiendo ligádose en tratos con un español artillero

del castillo, — un tal Gago — se convino en que éste, — que estaría de guardia durante la noche del 8 de Febrero, — prepararía todo lo conducente á hacerle entrar con sus fuerzas, inutilizando de antemano la pólvora y parque realista, advirtiéndole con una señal en lo alto de la fortaleza, de que *era la hora.*

Morelos hace sus preparativos; forma sus tropas á las que advierte que van á entrar como en su casa; y avanza con ellas hacia el cerro de la Iguana, envuelto en las sombras... todo parece que va bien cuando no encuentra avanzadas ni centinelas que den la *alarma*... pasan por entre estrecho encajonamiento de lomas y se acercan hacia la bahía, frente al castillo silencioso irguiéndose en lo alto de la eminencia. Allí esperan. Momentos después brilla en un baluarte del sombrío edificio una llamarada rojiza: ¡ es la señal!.. En orden marchan los insurgentes, ya con toda confianza, hacia la posición que continúa sumergida en las tinieblas y el más profundo silencio... cuando, de súbito, toda la noche se ilumina como por un relámpago inmenso... ¡ el fuerte se corona de rayos; las embarcaciones vomitan fuego y un desgranamiento de descargas retumba en todos los ámbitos, fulminando en masa á los confiados insurgentes que contestan con gritos de pánico! Síguese otra descarga lanzada por las siete embarcaciones y el Castillo, — y ruedan montones de cadáveres, aclarando las filas que al punto se rompen!...

Imposible era contestar, defenderse; estaban á merced de sus enemigos!.. ¡ Fué uno de esos instantes de pánico que todos los soldados del mundo conocen y en que nada pueden la disciplina, ni los jefes, ni la misma conveniencia!.. ¡ Plena dispersión!

En esos conflictos, el hombre ante el peligro cede el puesto á la bestia desbozalada que echa á correr locamente y, lo que es peor, comunica á los otros su brutal transformación...

Los insurgentes en aquella celada mortífera se desbandaron al instante en las tinieblas, sin saber dónde dirigirse!

Sólo hubo un hombre que no se desmoralizó, que, por el contrario, adivinando que aquella fuga desatentada era peor mil veces que recibir á pie firme las descargas, y conociendo que el mal podía disminuirse en una retirada en orden, corre más ligero que todos, y va á tirarse en el suelo, en el estrecho espacio por donde desembocaron primero, obstruyendo el paso con su cuerpo, gritando con toda su estentórea voz :

—¡ No corran, no corran! ¡ Los cobardes, que pasen sobre mí! ¡ Soy su general!

Entonces se detienen ante el cuerpo de su jefe, quien, aprovechando ese respiro, los forma en cuadro; llama, gritando, á los demás, y constituye un pelotón que hace fuego sobre una masa de realistas que á la carga se precipitaba, no creyendo encontrar resistencia. Los cadáveres enemigos ruedan á su vez... Esto da ánimo á los insurgentes, y contienen á los realistas, que retroceden un instante... Hay confusión, griterío y pánico por ambas partes, entre las sombras.

—¿ Ven, muchachos?.. ¡ Ahora ellos son los que corren!... ¡ Á sus puestos! ¡ Á sus puestos! — y Morelos continúa alentando las tropas con un gran heroísmo.

Y al fin, el héroe, con los más serenos y valientes, cubre la retirada en orden hasta que retroceden todos hacia su primera posición *de là Iguana.*

Semejante rota le hizo reflexionar con más calma, conteniendo su natural ardor agresivo y considerando que era imposible apoderarse de una plaza como Acapulco, cuyo castillo estuvo luego batiendo con un obús y tres cañones, y, falto de artillería mejor, y temiendo las fuerzas que le sitiarían pronto, inmovilizándole, dejó á Julián Ávila, y á los Galeana en la Sabana, mientras él, enfermo, se retiraba á Tecpan.

El jefe realista Cosío, que venía por la Costa en auxilio de Acapulco, hostilizó las posiciones insurgentes sin poder ocuparlas, librándose combates parciales y escaramuzas entre la Sierra, entre las guerrillas insurgentes que expedicionaban en demanda de víveres, y los realistas; hasta que habiendo recuperado Morelos su salud volvió á dar calor á la contienda.

Resuelve entonces, sin abandonar sus posiciones de la Sabana y el Veladero, dirigirse al corazón de las montañas, hacia Chilpancingo y Tixtla, para dominar las Sierras, — enormes fortificaciones inexpugnables, castillos de águilas, de donde éstas saldrán á la guerra de la libertad, desparramándose por los vastos horizontes de la patria!

Deja en el Veladero á su fiel Ávila con buena parte de las fuerzas más antiguas, algunas provisiones y valientes compañeros, á quienes ordena exploren la costa y el Norte en pequeñas correrías, girando en torno de su posición para no comprometerse, y él, con *el Niño* y trescientos hombres, se interna, audaz, por entre abismos y colosales despeñaderos, entre tortuosas y profundas barrancas, bajo las eternas selvas surianas...



XI

CHILPANCINGO, TIXTLA Y CHILAPA

PRIMERAS CAMPAÑAS DE MORELOS.

Á mediados de 1811 toda la parte central de la Nueva España se estremece palpitando trágicamente por la intensa fiebre de la insurrección libertadora.

El fuego se ha propagado de nuevo, y por el Norte se extiende con crisis diversas y vivas hacia los desiertos de Texas, por cuyas vastas soledades galopan bandas insurgentes, en tanto que en el Oriente hacen sus correrías guerrillas audaces que se dispersan en los montes y atraviesan los llanos de Apam para concentrarse repentinamente y caer sobre el camino de Veracruz y la capital, arrebatando los convoyes de dinero o víveres, ó para acometer, en audacísimos golpes de mano, los alrededores de Tlaxcala y Puebla. Por el Oeste, entre el Pacífico y Guadalajara, pululan los temerarios cabecillas que desafían las ferocidades de Cruz y levantan las tribus de indios de las escuetas serranías; al par que en el mismo centro, en el mismo Bajío surgen á millares los *rancheros* que se unen al

indómito y fabuloso Albino García, pidiendo venganza contra las inhumanidades tremendas de Calleja y Trujillo, quienes arrasan y abaten todo cuanto alienta, á sangre y fuego. — ¡ Gritos de represalias y hecatombes, tras de carnicerías, fusilamientos en masa, incendios de villas enteras, son las venganzas con que responden los realistas á los saqueos de los insurgentes, contestando éstos con atrocidades semejantes!... ¡ nada queda en pie, en pueblos ó haciendas, que pueda valer algo!... se incendian las sementeras, los pastos, las trojes; y dentro, los mismos ganados de hombres y animales. cuando no hay tiempo de aprovecharlos y el enemigo se aproxima... ¡No hay misericordia en ningún bando! Los realistas desde que iniciaron sus crueldades, cerraron el broche de la caballerosidad en la lucha, y era preciso que el exterminio imperase. Hacia el Austro se alzaban imponentes y majestuosos, solemnes, dos grandes focos de insurrección, con dos caudillos terribles y temidos... la fuerte Zitácuaro con el sereno y justo Rayón. — El jefe estratégico y organizador que supo á tiempo salvar los caudales en el desastre de Calderón, conduciéndolos de etapa en etapa, á través del caos primitivo de las insurgentes hordas, hasta el lejano Saltillo, — el heroico espartano, que, cuando se aleja el jefe sabe asumir la responsabilidad del peligroso mando y emprende hacia el Sur su épica retirada á Zacatecas; — sí, este admirable Rayón en Zitácuaro y el ya asombroso Morelos en Chilpancingo y Tixtla, en un país erizado y selvático, fieramente protegido por sus laberintos titánicos, son los focos potentes de la gran Insurrección.

Morelos, desde Carácuaro á la Sabana, asombra por su audacia, la precisión de sus cálculos en el itinerario

que se fija, entre montañas y ríos, costeando el Pacífico, saliendo con veinticinco hombres de Carácuaro y llegando á la Sabana con dos mil caballos, cañones, parque y víveres. Después, pasma en sus campos atrincherados de la Sabana y el Veladero organizando, fortaleciendo su ejército, acopiándole municiones y víveres, dirigiendo expediciones en demanda de pertrechos, y lanzando briosas puntas á caza de caballos y de gente enemiga que le suministre datos y relaciones, desplegando singular astucia y nunca desmentido acierto y valor.

Luego maravilla al resistir á Paris y á sus mil quinientos infantes y cuatrocientos caballos, rechazándole para sorprenderle de golpe una noche en que hace suya la división realista.

El Virrey Venegas comprende que tiene un enemigo verdaderamente terrible, rápido, vivísimo y fiero en aquel increíble ex-cura, y expide órdenes apremiantes á los jefes de Michoacán, el Pacífico y Oaxaca para que lo cerquen, lo reduzcan y aniquilen, conteniendo su influencia en el Sur.

En estas circunstancias, después del fracaso de la proyectada ocupación de Acapulco, Morelos emprende nueva campaña para dominar desde los centros de las inmensas sierras, toda la zona que se extiende hacia la feraz y riquísima Oaxaca, cuyas regiones magníficas no han oído aún el grito de guerra de los caudillos nacionales.

El plan es vasto y terrible: marchar por el camino más corto á Chilpancingo, tomando elementos y campeones en los briosos poblachos surianos, hijos de las montañas, propicias siempre para todos los heroísmos que combaten por la libertad; guarnecerse en Tixtla;

fortificar Chilapa, seguir hasta Tlapa y tender redes insurgentes de los centros poblados á las cimas, extendiéndose hasta aislar Acapulco por tierra y dueño de todo el Sur hasta las costas del Pacífico, defendido por el impetuoso y hondo Mexcala de altos ribazos abruptos, aproximarse hacia Oaxaca y Puebla, donde asentará el pie marcial, apoyado por sus colegas de las playas del Golfo... Para entonces Rayón y los jefes de la insurrección en el Norte, estarán ya dispuestos á operar sobre la capital del Virreinato.

¡Y semejante empresa que habría de ser llevada á término en gran parte, la pensó acometer el paladín saliendo de la Sabana con trescientos hombres, unos cuantos caballos, tres cañones — más El Niño, — dejando guarniciones pequeñas en todos los pueblos de importancia que rodean Acapulco, *guarniciones volantes* — valga la frase al hablar de esta heroica guerra irregular — dispuestas á no resistir y sí á acometer, elásticas y nerviosas.

Perseguido tenazmente por las tropas realistas salidas de Oaxaca y Acapulco, aviva sus marchas, rodea cordones de barrancos y cerros, por laderas peligrosas, y bien pronto se encuentra fuera del alcance de sus perseguidores, gracias al vigor y á la fe de su gente, dura para la fatiga, tenaz para la lucha, inquebrantable ante el hambre y aun á veces también ante la sed!

En esas desoladoras marchas por las cuestas escarpadísimas y pedregosas, en el bochorno infernal de las tremendas siestas, batidos por ráfagas candentes y enjambres de fúnebres insectos, sufriendo el hálito siniestro de las florestales en fermentación, Morelos, aunque enfermo, tranquilo y bondadoso, animaba como buen general á su tropa, y más de una vez en

el curso de esta y otras campañas se repitió el rasgo que refiere Plutarco acerca de Alejandro : cuando todos sufrían la sed, una buena mujer que llevaba una jícara con agua para su hombre, la ofreció al general.

— No — contestóle — bébela tú... ¿cómo voy á beber solo si mis muchachos se mueren de sed también? *Que vean cómo la resisto como ellos.*

Tales incidentes se realizaban con toda naturalidad, sin teatralerías, ni ademanes estudiados; así era que se adueñaba de su tropa haciéndola cada día más y más adicta á su persona y á la causa que sintetizaba.

Y, como estos detalles que referimos porque dan relieve á esta magna figura de nuestra patria historia, hay muchos que agrandan la gloria de sus campañas.

Reposa en la hacienda de la Brea, acampando en buen orden, dispuesto á resistir fuerzas que teme le alcancen por cualquier rumbo, y destaca á Hermenegildo Galeana, su brazo derecho, como decía, á solicitar ó tomar víveres en las próximas haciendas, entre ellas la de Chichihualco — rica y extensa — perteneciente á los hermanos Leonardo, Miguel, Máximo y Víctor Bravo, debiendo nombrarse también á Nicolás, hijo del primero. Estos hacendados, muy queridos por todos los montañeses de aquellas regiones, hijos de la naturaleza bravía y de raza de valientes abuelos, desobedecieron las órdenes de las autoridades realistas para armarse contra la insurgencia.

Se armaron; pero para combatir á los amos seculares, y temiendo la tenaz persecución que se les hizo, fueron á ocultarse entre los barrancos, en la cueva de Chóchapa. Galeana conferencia con los Bravo, y al instante éstos se alistan en las filas insurgentes y ponen á disposición de aquel jefe gran cantidad de víveres,

en tanto que se improvisan armas para los servidores de la hacienda, quienes habían de ser soldados de Morelos.

Galeana es sorprendido en el río que pasa por aquel paraje, entre dos cerros, por setecientos realistas al mando del capitán Garrote, que perseguía á los Bravo... los independientes se bañaban y otros dormían; los centinelas fueron burlados... Hubo pánico y confusión... pero la energía y la audacia heroica cambian un principio de desastre en victoria. — Los hermanos Bravo se lanzan casi solos al centro de la columna que hace fuego... Este acto de valor arrebata á un grupo de desnudos insurgentes que cargan sobre el flanco enemigo lanzando gritos de triunfo... vuelve el ánimo á los que huían; Galeana ataca á su vez de nuevo, y el jefe realista huye desconcertado, dejando en el campo, en las márgenes del río y entre los matorrales de las laderas, doscientos fusiles, equipo, cajas de parque y cargas de víveres, muertos y heridos y cerca de cien prisioneros, gente fatigada y que combatía sin ardor por una causa que le repugnaba, pues todos eran americanos. Garrote con las reliquias de su expedición fué á guarnecerse á Tixtla.

Habiendo recibido Morelos los refuerzos de Bravo, sus víveres, sus armas y setecientos hombres, más los fusiles, parque y gente resultante del triunfo de Galeana, avanzó entre el júbilo de su ya potente partida hasta Chilpancingo donde entró sin resistencia alguna, bien al contrario, aclamado por el pueblo, el 24 de Mayo de 1811.

Mas no se resolvió á descansar; sabía por intuición los axiomas del arte de la guerra, y no quiso desaprovechar un triunfo semejante, de suerte que deseando

aniquilar á Garrote antes de que se rehiciera y tuviese tiempo de fortificarse, siguió hacia esa ciudad ágilmente, sin descansar, tomando por veredas imposibles, hasta sorprender á los realistas, quienes se defendieron con la mayor desesperación, hasta que por fin tuvieron que abandonar la orilla, dejando seiscientos prisioneros, igual número de fusiles, ocho cañones y gran cantidad de parque y víveres.

Los triunfos más soberbios seguían coronando las ardorosas empresas de Morelos... sus soldados principiaron no sólo á serle leales y respetuosos, sino adictos de corazón al grado de admirarle y quererle con fanatismo.

Porque comprendían ya el mérito de lo que al principio los abrumaba... la rapidez de sus marchas... la constante vigilancia y los flanqueos y dispersiones por entre las montañas... para de súbito verse reunidos todos sobre un punto dado, como pasó en Tixtla en que cayeron simultáneamente varias partidas sobre la población, desconcertando al jefe realista y á los suyos.

Innumerables recursos para la campaña obtuvo el caudillo insurgente después de los éxitos de Chilpancingo y Tixtla, no desaprovechándolos por supuesto, sino dando pábulo á su actividad para perseguir su plan estratégico.

El Virrey indignado de que Morelos viviese aún y de que triunfara siempre, festina á las tropas de Fuentes en Acapulco para que, dejando para más tarde la toma del Veladero, donde se sostienen Ávila y los suyos, vaya á hacer polvo á Morelos alcanzándolo en Chilpancingo. Fuentes pertrecha sus compañías, — cerca de mil quinientos hombres — y ayudado en el mando por

el oidor Recacho, arrastrando á su retaguardia voluminosos bagajes, lentamente dirígese hacia el núcleo donde el triunfal caudillo es venerado como un buen genio salvador de aquellas sierras formidables. Por el camino Fuentes y Recacho no reciben sino los ecos de las victorias del adversario; y en espera de más refuerzos se acantonan en Chilapa á cuatro leguas de Tixtla.

Hábil Morelos deja en esta ciudad á Galeana y Nicolás Bravo, bien defendidos por obras de ingeniosas trincheras y dobles fosos, en tanto que marcha á Chilpancingo para atraer al enemigo por una parte, mientras se le incita por otra, meditando destrozarlo sucesivamente entre ambos cuando se divida, atacándolo por la retaguardia. Tal parece haber sido su plan, el que por otra parte se avenía con los trabajos de organización política y administrativa que ejecutaba este jefe en Chilpancingo, donde combinaba sus operaciones con Rayón, en Zitácuaro; con Muñiz, más cerca de él, y con otros jefes, cabecillas y corresponsales de diversas ciudades, aun de la misma capital, avivando la intensidad de la guerra desde aquel nido de águila encaramado en las escarpaduras serranas.

Por fin, el 15 de Agosto verifícanse grandes fiestas religiosas en Chilpancingo, con feria en pequeño, corridas de toros, peleas de gallos y otros divertimientos que atraían allí las poblaciones de los alrededores; los soldados de la guarnición de Tixtla, — surianos legítimos — escapan á solazarse en Chilpancingo, dejando escaso número en aquella otra villa... Sábelo desde Chilapa el realista Fuentes y tratando de sorprender Tixtla desguarnecida, acomete contra ella... pero el vivo Galeana le sale al encuentro, le resiste tras las trincheras ayudado por el joven Bravo (Nicolás) que

mostró un ánimo admirable, y llamó al combate á cuantos pudieron manejar una honda..... Dura fué la refriega de la que tuvo á tiempo noticia Morelos en Chilpancingo desde donde salió con sigilo para descargarse impetuoso al día siguiente, 16 de Agosto, sobre la retaguardia de Fuentes, quien reanudaba el combate sobre Tixtla creyendo tomarla al fin... Al tronar las descargas de las fuerzas de socorro y resonar los repiques alegres de las campanas, los realistas se desbandaron tomando el rumbo de Chilapa hasta cuya villa los persiguió la fresca caballería de Galeana, entrando en esa población al caer la tarde, en un tumulto horrendo, en confusión crítica y salvajes gritos de triunfo....

Y no pudiendo los acosados realistas tener un respiro, ni tomar sus bagajes completos, medrosos de las justas represalias de sus adversarios continuaron su retirada, no dándose por seguros sino en Tlapa...

Á la retaguardia de Galeana siguió el incansable Morelos, que tenía por magnífico sistema perseguir al enemigo después del triunfo, sin respiro, hasta aniquilarlo y quitarle todo, so pena de hacer infructuosa una victoria, lo que equivale muchas veces á no obtenerla.

Torna el general insurgente á Chilapa venciendo la débil resistencia de los realistas que han permanecido ó vuelto por otros caminos, tomando abundante botín, cuatrocientos fusiles, cuatrocientos prisioneros, cajones de parque, cargas de víveres y ocho cañones, no sin que se apodere de pliegos de interés vital para la campaña.

Tamaño golpe á las tropas realistas tuvo el efecto de un rayo en México, donde el virrey lo supo por dos dragones del Regimiento de Querétaro que pudieron llegar salvos tras penosa fuga entre los montes.

Morelos había obrado en esta etapa con un ojo de águila, con su misma agilidad y prontitud, cayendo certero sobre sus presas después de atraerlas, atacándolas hasta aniquilarlas, con una rapidez de concepción que iguala el acierto y oportunidad de sus maniobras.

Después de esta espléndida campaña que aumentó extraordinariamente sus elementos, asegurada su red fiera entre los principales puntos del Sur tras el gran Mexcala, debía tomar aliento y prepararse á continuar su vuelo avasallador y triunfal.



XII

LA TOMA DE ATLIXCO, IZÚCAR Y TAXCO

CAMPAÑAS DE MORELOS.

Las operaciones rápidas de Morelos en el Sur, cuando lo vemos asentado en Tlapa, Chilpancingo, Chilapa, Tixtla y otros puntos que se ligan con Tecpan hacia el Pacífico y sus puestos fortificados de la Sabana y el Veladero, lo hacen dueño absoluto de la mayor parte de aquellas regiones.

¡ Morelos se yergue ya como un poderoso adalid de huestes invencibles y tradicionalmente inquebrantables cuando se tienden orgullosas por las agrias abruptuosidades de las montañas, entre abismos, barrancos y precipicios vertiginosos, en torrentes y cataratas, bajo el bochorno fúnebre del cielo del Sur!

El caudillo ha delineado su plan de campaña; el general ha triunfado, y sus tenientes unos tras otros, ya expedicionando por el Suroeste, ya por el Norte de Chilpancingo, tráenle sucesivas palmas victoriosas fecundas en botín, distinguiéndose en tales correrías

los hermanos Bravo, los Galeana y otros que aumentan cada día el soberano prestigio de Morelos.

Ya á mediados del mes de Noviembre se siente con tanta potencia, que declara ciudad á Tecpan donde nombra autoridades, en tanto que hombres de su confianza recorren la costa del Pacífico en pos de reclutas y víveres para los ejércitos del Sur...

En todas sus poblaciones hay una alegría solemne y espontánea... vibran entusiasmos ardientísimos y el nombre de Morelos continúa siendo un toque de guerra y una diana que habla á lás campiñas y selvas en un coro resonante de adhesión suprema. Los enviados del caudillo políticamente conducen sus proclamas, sus explicaciones acerca de la libertad, sus llamamientos á las armas... y de todas partes acuden á presentársele á Chilpancingo, Tixtla, Chilapa, formando en torno de su persona, ya formidable, una corte de valientes libertadores dispuestos á la muerte por la causa de la Independencia.

En Chilapa Morelos es sagaz político; organiza como siempre; estudia; marcha y contramarcha en secreto de una á otra de sus posiciones, atrayendo á cuantos buenos patriotas puedan vivir en las montañas y se hace querer de su ejército logrando que los célebres tejedores de Chilapa le proporcionen mantas para vestir sus bravas huestes.

Ya fuerte y respetable dirige en Noviembre un ataque á la villa de Tlapa, pero sus defensores realistas huyen y él deja buena guarnición, mandando hacia Silacayuapam á un aguerrido voluntario de su causa: Valerio Trujano, quien toma la villa apoderándose de víveres, parque y prisioneros.

En seguida organiza un ejército para atacar Chiautla

en el Sur de la Intendencia de Puebla... donde estaba el español Mateo Musitu con tropas bien disciplinadas é instruídas.

Musitu se apellida un rico hacendado del Sur de Puebla, quien levanta fuerzas entre sus peones; se hace de artillería realista y caballos, y espera al cura el 4 de Diciembre en los límites de la Intendencia. La embestida contra Chiautla fué terrible. Morelos se puso al frente de la columna de ataque compuesta de ochocientos indios flecheros, otros centenares de honderos y, como brillante núcleo de reserva, dos compañías de los valientes de la escolta del jefe insurgente, cuya fuerza, alentada con no interrumpida serie de victorias, arrolla á los realistas, los empuja al convento de San Agustín y tras de un combate desesperado, franqueadas puertas y trincheras, en el fondo de los claustros es aprehendido Musitu dejando cuatro cañones, cien prisioneros, ciento y tantos fusiles, parque, víveres y caudales... ¡ El terrible defensor realista Musitu fué fusilado cerca de los ensangrentados escombros de Chiautla!

Morelos continúa sin descansar hasta Izúcar destacando sus mejores tenientes para explorar el terreno... y al fin de su marcha se le presenta el cura de Jatetelco, Mariano Matamoros, quien habla con el caudillo con tal inteligencia y brío, que aquél no duda un instante de sus brillantísimas dotes y lo eleva á jefe de las fuerzas operadoras en las fronteras de la Intendencia de Puebla...

¡ Extrañas guerras son éstas, en las cuales con admirable acierto se improvisan jefes, y en que los caudillos saben de súbito comprenderlos y encauzarlos á sus mejores teatros de operaciones.

Con semejantes recursos, con tenientes de tal energ
genio y ánimo, el cura destaca sus fuerzas siem
á los flancos y, dejando lo mejor de sus valientes c
teños á retaguardia, como excelentes reservas y def
sas de su espalda, marcha de triunfo en triun
alcanzados éstos por flanqueos audaces ó inopina
resistencias en pueblecillos insignificantes, á cu
asalto atraía á los realistas para caer luego sobre
retaguardia hábilmente, — envolviéndolos de
modo que muy pocos adversarios escapaban de
redes ó de sus garras leoninas.

Con la toma de Izúcar ábresele al General More
toda la línea de Puebla, ofreciendo sus vastas y riq
simas haciendas, su multitud de pueblos, su precio
red de caminos, cortando las comunicaciones de
costa de Oriente con el centro de la Nueva España.

Puebla estaba desguarnecida un instante, mas
fuerzas realistas, con tres cañones, mil hombres y se
cientos caballos al mando del brigadier Soto Maced
atacan con furia á Morelos en Izúcar el 17 de Dicie
bre, trabándose un conbate de cinco horas, duran
el cual sufren daños terribles las secciones asaltant
de Soto Maceda, — el que hacía tantos estragos en
llanos de Apam — hasta que aquél, herido de muert
se retira en la noche acosado ferozmente, llegando á
hacienda de la Galarza, donde, perseguido sin treg
hace frente con desesperación reanudándose con m
furor la lucha, teniendo que huir al fin hacia Atlixc
dejando á los insurgentes un gran botín, armas, parqu
víveres y cien prisioneros más y los cadáveres
muchos oficiales españoles, quienes, justo es menci
narlo, murieron valientemente.

Morelos con sus bravos tenientes, jamás fatigad

se detiene ante Atlixco, casi á las puertas de Puebla, y allí, satisfecho de su obra, docto y tranquilo, exclama :

—¡ Está bien ! ¡ Más de lo que yo creía ! ¡ Ahora á la *Tierra Caliente* que allí tenemos que hacer !

Mientras así se expresaba el genio marcial, sostenedor de la grande insurrección por la Independencia Nacional, en Puebla el pánico llegaba á su colmo, verificándose espectáculos de miserable cobardía y ruin apocamiento... ¡Todos creían que Morelos se despeñaría de las altas Sierras hasta abatir y aplastar la opulenta y entonces beata ciudad, segunda metrópoli de la Nueva España, pomposamente henchida de orgullo aunque sumisa á los altos príncipes reales y eclesiásticos.

¡ Y en efecto ! ¿ qué mejor presa para el necesitado ejército insurgente que la magnífica población habitada por ricos españoles, capitalistas, comerciantes, mineros, afortunados prelados, dignatarios y con un clero excelso regiamente munificado por cascadas de diezmos, primicias, cuantiosas rentas, donaciones espléndidas y todo género de larguezas que lo convertían en una entidad mil veces más poderosa que la misma del Virrey representante del Soberano español?...

Morelos, con más de mil hombres, otros tantos caballos, más de diez cañones, parque suficiente y provisiones é indios zapadores, podía, en verdad, haberse dejado arrastrar sobre Puebla, á lo que le animaban los suyos con grandes explosiones de alegría, conjurándole á adueñarse de la regia segunda ciudad del reino... Pero lo que pudo ser ejecutado con éxito por Hidalgo al principio, frente á la Capital, no era lógico y prudentemente factible verificarlo ante Puebla.

Morelos supo comprenderlo revelando una sum inteligencia estratégica.

Bien podía tomar la plaza de Puebla, pero dejaba su espalda columnas enemigas. Agréguense á éstas la que saldrían de la capital al par de las que operaba en los llanos de Apam, las de Toluca y las del Centro. Así que bien pronto tendría que ser sitiado en Puebl ó sus alrededores, y, falto de líneas de retirada, sucum bir con todo lo aventajado, dando tristísimo fin con s terrible y rudo ejército suriano, hasta entonces el qu con más imponderable brío batía á los realistas.

Obsérvese y analícese un momento la situación d Hidalgo ante México, después de la batalla decisiva d las Cruces, teniendo á muchas jornadas á su retaguar dia las columnas de Calleja y en frente ningún obstá culo... Aun siendo atacado podría retirarse hacia Sur; y véase á Morelos ejecutando fabulosas marcha y asaltos, desconcertando á sus enemigos, huyendo d los más fuertes, fortificándose en villas y hacienda ligando los puntos sólidos, amagando allá, desapar ciendo por aquí, reconcentrando sus tropas, des plegándolas temerariamente para engañar el dens cortinaje de líneas perseguidoras que era preciso ir de baratando una tras otra... se comprenderá con cuán lógica obró el tenaz caudillo al retroceder lentament ante Puebla, sabiendo que en esta ciudad ya se cre llegado el fin con el incendio, el saqueo y la muerte!...

El jefe de la independencia torna á la *Tierra Calient* dejando en Izúcar á Matamoros, Sánchez y Vicent Guerrero, entonces capitán que empezaba á darse conocer por su valor y astucia ante Morelos. Es llegó á Cuautla el 24 de Diciembre de 1811.

Mientras avanzan las osadas puntas guerreras d

héroe, Bravo y Galeana toman Huitzuco después de larga resistencia, huyendo los realistas á Tepecuacuilco á donde la caballería independiente los persiguió con flojedad; pero reforzada con refresco de jinetes y cañones, y poniéndose los mismos jefes á la cabeza de los insurgentes, recibiendo lluvia de fuego de las iglesias y casas, los animan á proseguir la carga lanzada hacia Taxco. Morelos vuela en tanto á otros rumbos de Tierra Caliente, extendiendo sus órdenes y su influencia estratégica hasta muy lejos, acudiendo ya cerca de Toluca, ya rumbo á Oaxaca, ya al Pacífico, desorientando á sus mismos amigos con aquellas marchas, rodeos, contramarchas, altos, fugas y fingidas enfermedades que terminaban con súbitos aparecimientos en las columnas de los suyos, todo realizado con suprema astucia, audacia, energía y valor. ¡Era un mágico de la guerra!..

¡Cuántas veces, cuando al fin de un combate que libraban sus fuerzas, que lo vieran á treinta ó cuarenta leguas del punto, iba á verificarse la derrota, aparecía de pronto, tras la retaguardia ó el flanco enemigo, el que, estupefacto, se desbandaba, dejando la palma de la victoria á los independientes, no menos sorprendidos y quienes por tal hecho adoraban más y más al gran cura-general-genio!

La toma de Taxco, riquísimo mineral y población de alta importancia, robusteció en gran escala al ejército de Morelos, quien ya desde ese momento empezó á dirigir sus acometidas hacia el centro para desembarazarse sabiamente de las columnas que debían ir á rodearle en sus tremendos reductos del Sur.

Continúa desprendiendo á sus hombres de confianza hacia Oaxaca, la costa del Pacífico, la del Golfo, hacia

el Bajío, hacia Michoacán y aun hasta el Norte, sin d
tregua á su genio valeroso y organizador. Y sabiend
que Porlier ha tomado Tenancingo y Tenango, dir
gese con Bravo, Galeana y Matamoros á la barranca d
Tecualoya; mas llega después de que el jefe insurgen
Oviedo ha sido derrotado... No obstante, empuja á lo
realistas fortificados y les hace retroceder con grand
pérdidas... hasta que el jefe enemigo ocupa Tenancing
fortificado de prisa y atacado con brío en un comba
que terminó á media noche, después de haber incen
diado Porlier la villa que abandonó así, con bagaje
acémilas, armamentos, artillería, prisioneros y herido
siguiendo luego perseguido por la caballería de Brav
hasta Toluca adonde entró destrozado y taciturn
desorganizado y sin caballos ni artillería.

Y he aquí á Morelos más poderoso que nunca; ven
cedor en todas partes, con un ejército que ya alcan
á tres mil infantes y dos mil caballos, catorce piez
de artillería, treinta y tantos carros de parque y ot
infinidad con víveres, así como acémilas y miles d
indios que ejecutan trabajos de zapa y fortificación
aun sirven de propulsores á los cañones en los pas
difíciles, ó al atravesar los ríos; he aquí á Morelos q
ya es dueño de gran parte del montañoso Sur, exten
diendo su influencia guerrera por todas aquellas re
giones, sabia, oportuna y valerosamente, secundado
comprendido por sus subalternos, amado por sus tropa
idolatrado por los libres y heroicos pueblos de la Cos
Suriana!... Su enorme plan estratégico de tomar Oaxa
y Puebla y apoyarse en el Golfo, en tanto que se pos
sionaría de Acapulco, sostenido en el Norte y en
Centro por sus compañeros, iba realizándose á fuer
de energía y sangre!

Estas múltiples operaciones de Morelos que corría del Sur, apartándose de su centro de Tixtla, Chilpancingo, Chilapa, Tlapa, y últimamente Taxco, Izúcar y otras poblaciones importantes, para aparecer, ya cerca de Puebla, ya en los caminos que van á Toluca, destrozando columnas realistas, apoderándose de cuantiosísimos recursos en las haciendas y rancherías de españoles, — donde se avituallaban los insurgentes, surtiéndose por supuesto de caballos y caudales, en buena cantidad, como cuando regresó atravesando el rico Valle de Cuernavaca, donde pudo vestir su ejército y llevar espléndido botín á los valientes de las guarniciones de allende el Mexcala — todas estas correrías y afortunadas valerosas operaciones ponen en un conflicto doloroso el ánimo del Virrey Venegas, quien ordena terminantemente á Calleja, el terrible vencedor de Aculco, Calderón, Guanajuato y Zitácuaro, que con su victorioso ejército del Centro y los batallones y escuadrones que acaban de llegar de España, se dirija á terminar de una vez con aquel Morelos tan fabulosamente altanero y victorioso, al grado de apoderarse de todo el Sur, interceptando las vías de Acapulco á la capital y que osaba amenazar la opulenta Oaxaca!

Calleja era el semidiós de la causa realista, y el cruel Venegas tuvo que rogarle, no obstante sus rivalidades, que se dignara seguir con su Ejército del Centro hasta la capital, donde, unido con las divisiones de Toluca, Valladolid y Puebla, llevando como núcleo los veteranos y magníficos batallones españoles recién llegados « Lorena », « Asturias » y « América », amén de otras buenas fuerzas milicianas de voluntarios españoles que ansiaban aniquilar á los insurgentes, habría de realizar la campaña que concluyera con el mons-

truo Morelos, á cuya muerte se pacificaría el alborotado país, quedando la Colonia como antes, fiel y sumisa esclava de sus legítimos soberanos.

Calleja, después de peripecias varias y ridículas, acepta el encargo de dar fin al cura; y con cerca de cinco mil hombres, abundante artillería, selecto estado mayor y clero que le inciensa, entra en la Capital del Virreinato, bajo arcos de ramaje y flores, aclamado por todos los aristócratas, que le llamaban el héroe de las modernas edades, el Aquiles y el Epaminondas de la Nueva España.

Y mientras se organizaba la expedición al Sur, hubo saraos y distribución de condecoraciones, premios y ascensos generales, y en tanto que los españoles adoraban como á un ídolo propicio la figura de Calleja, festejándolo pomposamente como los persas al caballo de Alejandro, allá muy lejos, en un rincón de las sierras australes mexicanas, sereno y augusto, era también aclamado por los pueblos de las montañas el formidable caudillo de la libertad!

En la Nueva España íbase á realizar estupenda lid entre dos bravos campeones que sintetizaban dos causas... el Brigadier Don Félix Calleja del Rey con las intrépidas columnas realistas chocaría contra el cura José Morelos y sus pobres huestes.



XIII

EL ATAQUE DE SAN DIEGO

El sitio de Cuautla es legendariamente célebre no sólo en la historia guerrera de México, sino en la Historia del Mundo... Es una siniestra epopeya hermana de las que cantan los nombres de Cartago, Numancia, Jerusalem...

Á través de los profundos horrores, que son las sombras que proyectan sobre los heroísmos los genios de las venganzas coléricas, en aquel combate sin tregua de setenta y dos días esplende la aureola del águila del Sur, iluminando con luz de belleza todos los dolores y todas las miserias de aquel pueblo ávido de libertad.

Hermosa profecía : Cuautla se llamaba aquella villa desde la época de la conquista... y Cuautla viene del mexicano Cuautli que significa Águila... ¡ la villa del Águila!...

Morelos, Víctor y Nicolás Bravo y Hermenegildo Galeana, de vuelta de sus victoriosas expediciones por Taxco, Tenango y Tenancingo, entran á Cuautla el 9 de Febrero de 1812. Sabiendo el caudillo que el terrible Calleja había sido recibido en la Capital en triunfo, con

su ejército del Centro, — vencedor en Aculco, Guanajuato, Calderón y últimamente en Zitácuaro, — el día 5, y que, engrosado con poderosos refuerzos, tiene orden de aniquilar á los insurgentes en las montañas del Sur, resuelve esperar el ataque en Cuautla.

Era esta población muy á propósito para resistir rudas acometidas y largo asedio, por la riqueza agrícola de las haciendas próximas, abundantes en provisiones de todo género, por su situación general á la entrada de la *Tierra Caliente*, el patriotismo y fidelidad de todos los habitantes de aquellos rumbos, decididos partidarios de la causa de la Independencia, adoradores entusiastas de Morelos, dispuestos á morir peleando y además por encontrarse en regiones conquistadas y por él muy conocidas.

Así fué que con todo brío continuaron los trabajos de fortificación y almacenamiento de víveres y municiones, construcción de armas y ejercicios militares emprendidos desde hacía tiempo por Leonardo Bravo, jefe de la plaza en ausencia de Morelos.

Cuautla se levanta ligeramente en una pintoresca meseta que domina los planos que la rodean, cubiertos de profusa vegetación, sembrados de caña de azúcar, y ciñendo al entonces humilde caserío espesas huertas, bosques y magníficos platanares. La villa se extendía de Norte á Sur en una longitud de media legua, atravesándola, como médula central, larga calle que enfilaba dos plazas y dos sólidos templos y conventos: San Diego y Santo Domingo. De oriente á poniente su anchura era de un cuarto de legua. Por el oriente corre el río que desagua en el Amacusac, naciendo en las vertientes del Popocatepetl. De la hacienda de Buena Vista, extremo Sur, asciende hasta la eminencia del Calvario,

extremidad Norte, una atarjea de mampostería, de vara y media de espesor, que se va elevando gradualmente para conducir el agua hacia aquella finca, cerrando por el poniente el recinto, defendido como dijimos, por el barranco del río, en la parte oriental.

Basta esta ligera descripción y la vista del plano respectivo para comprender las defensas naturales de la villa, á las que se unieron las creadas por el genio y la actividad de Morelos poderosamente secundado por sus soldados y por la mayor parte de los vecinos, que se pusieron á la obra con el mayor empeño, decididos á sepultarse bajo los escombros de su querido pueblo antes que entregarlo á los antiguos amos.

Se convirtieron en fortalezas las torres y conventos de San Diego y Santo Domingo, cuyos gruesos muros se aspilleraron con ingenio, lo mismo que las pocas casas de cal y canto que había entonces, pues la mayor parte eran chozas de techos de zacate y palma, unidas por cercas de toscas piedras. Practicáronse cortaduras y trampas en las aproximaciones de los lugares de fácil acceso; construyendo parapetos y trincheras, caminos, de ronda, cuevas y subterráneos para bodegas y almacenes, garitones para centinelas y escuchas, reductos que debían combinar sus fuegos con los de las torres, sosteniéndose recíprocamente.

Mientras en el pueblo se trabajaba con todo brío, en los alrededores los comisionados de Morelos reclutaban gente brava, se hacían de caballos, armas y víveres que eran conducidos á Cuautla donde llegaban aclamados con júbilo. El caudillo pudo llegar á tener tres mil hombres de caballería y mil infantes, todos valientes, ladinos y buenos manejadores de sus armas, duros para las fatigas, intrépidos para los asaltos y astutos

en preparar emboscadas ó fingir fugas para desconcertar á sus engreídos perseguidores con bruscas y súbitas acometidas. Eran la mayor parte costeños, negros, mulatos, mestizos y criollos acostumbrados al espectáculo grandioso de las montañas y al imponente panorama del mar... Inconscientemente amaban la libertad...¡ Por ella habían de sucumbir, ensangrentados y épicos! — ¡Oh! valientes hijos del Sur, merecéis bien de la patria, porque en vuestras sierras forjasteis los rayos de su independencia...

Se puso especial empeño en dejar lista la artillería compuesta de diez y seis cañones de varios calibres, entre ellos « el Niño » y una culebrina célebre por su trágica historia. — Fundida en Manila pasó al puerto de San Blas de donde Hidalgo la hizo conducir á Guadalajara; Calleja la capturó en la batalla de Calderón, pasando á las fuerzas de Emparan, quien la llevó á Toluca de donde la sacó Porlier, y los soldados de Morelos se la arrebataron en Tenancingo, conduciéndola á Cuautla donde volvió á Calleja.

Los Bravo, Galeana y el intrépido Matamoros se dividían las faenas de dirigir las obras de defensa, de almacenamiento é instrucción militar, animando con vibrantes palabras, con candente entusiasmo á sus tropas, infundiéndoles su espíritu revolucionario y bélico.

El plan del Virrey comunicado á Calleja era tomar simultáneamente Cuautla y el pueblo de Izúcar para dividir las fuerzas de Morelos. Hacia este punto se dirigiría el Brigadier Llano con las tropas de la guarnición de Puebla, reforzadas por el batallón « Asturias » de donde el ejército del Centro debía marchar á su turno hacia Cuautla, y una vez tomada ésta, la división de

Puebla se ocuparía de la persecución de los fugitivos hasta aniquilarlos, en tanto que el ejército vencedor tornaría á México para lanzarlo á donde más urgiera.

El día 12 sale Calleja con el grueso de su ejército, y marcha á pequeñas jornadas, confiado en un triunfo completo, creyendo desbaratar á aquel temible Morelos que tanto le habían ponderado, pensando durante el camino en hacer terrible escarmiento como en Zitácuaro, la que, más feliz él que el derrotado Emperan, tomara á sangre y fuego, arrasándola hasta hacer pasar el arado sobre su antiguo recinto.

Llegó el 17 de Febrero á la hacienda de Pasulco á dos leguas de Cuautla, acampando, para disponer su ataque al día siguiente.

Al punto dispuso el jefe insurgente los aprestos para resistir, dando á Galeana el mando de la plaza y convento de San Diego, — bien fortificados con fosos y trincheras — hacia el Norte de la población; el de Santo Domingo á Leonardo Bravo, en el Sur; y á Matamoros y Víctor Bravo los puso como jefes de la casa — hacienda de Buenavista y sus alrededores; en lo alto de las torres y todos los puntos dominantes colocó atalayas y los mejores tiradores, lo mismo que en los puntos extremos del caserío para que cazasen enemigos ó diesen noticias de sus movimientos. La multitud de indios que trabajaban en las obras, los retuvo para reparación de ellas después de los combates, armándolos con hondas y flechas. Las mujeres debían preparar alimentos, medicinas, coser ropa y hacer hilas para los heridos; hasta á los niños utilizó este incansable genio del valor y la resistencia! Formó con ellos una compañía llamada de *Los emulantes* cuyo jefe era su hijo.

Por su parte Calleja se prestó á disponer sus columnas de asalto, pues para él era cuestión de un empuje vigoroso de sus granadas tropas, y tras una ó dos horas á lo más, entraría á la rebelde Cuautla.

Previamente hizo un reconocimiento en torno de ella, á la cabeza de quinientos dragones, recorriendo los alrededores á tiro de cañón, situándose luego en lo alto de la loma de Cuautlixco para darse cuenta del conjunto de la plaza.

Allá en lo alto de San Diego el caudillo insurgente observaba todos los movimientos del jefe realista, al que logró distinguir por su numeroso Estado Mayor y brillante escolta, y no pudiendo contener sus anhelos de pronto combate, decide ir á cargar sobre su pomposa caballería, acto reprochable en un general que es el alma de un ejército y nunca debe exponerse en arriesgadas aventuras dignas de un alférez ó teniente de guerrillas; pero había el atenuante de querer manifestar su irresistible sed de lucha.

En vano se le oponen enérgicamente sus amigos y generales subalternos. Morelos dice que va á reconocer á su vez al enemigo; llama á los más bravos jinetes para que le formen buena escolta, y por caminos y veredas de rodeo se lanza al galope; pero Calleja tiene mirada de cóndor, ve la polvareda, todo lo comprende y con esa rapidez que es la mejor cualidad táctica de un soldado, embosca tiradores y un cañón á uno y otro lado del camino, dando orden á los dragones de su retaguardia de atraer á la caballería insurgente. Y así sucede, por desgracia, ésta cree que va á batir á sus enemigos, mas se retiran á escape... síguenlos y entonces de los flancos del camino brotan descargas cerradas sobre la confiada escolta de Morelos, desbara-

tándola al punto. Luego tornan los jinetes realistas, cerrando la retirada al caudillo y á sus más valientes, que le rodean defendiéndolo con sus cuerpos, trabándose desesperada refriega, terriblemente desigual.

Por fortuna una de las atalayas de las torres de Cuautla mira lo que pasa; grita, y da la alarma que á tiempo escucha Galeana, quien se precipita como un rayo, machete en mano, seguido de los que estaban á caballo en la plaza de San Diego... Ya era hora, pues al lado de Morelos caían los últimos de sus bravos, aplastados por los dragones realistas, entre los que el campeón se debatía, debiendo también la vida á la agilidad de su caballo!... Ante el refuerzo de Galeana escaparon los enemigos sin haber logrado apoderarse del temible jefe; pero dejando el campo regado de cadáveres, aunque no todos de insurgentes.

Así terminó esta fatal escaramuza que fué dura lección militar para Morelos, mostrándole lo mal que obra un jefe comprometiendo en insignificante alarde de valor, el éxito de una campaña.

Esta peripecia alentó más al general realista en su própósito de dar el asalto sobre la plaza en las primeras horas del 19 de Febrero.

La flor de los cuerpos realistas vencedores en todas partes, alentados y enorgullecidos con sus rotundas victorias de Aculco, Guanajuato, Calderón y Zitácuaro, teniendo como núcleos las legendarias divisiones españolas que se habían batido contra las huestes de Napoleón en los campos de Europa, mandados por intrépidos veteranos, sabios en la táctica, familiarizados en ataques tremendos bajo el fuego de verdaderas baterías, estaban á la mano del indiscutible talento militar de Calleja...

¿ Cómo vacilar?...¿ cómo desconfiar un solo instante del éxito de aquel asalto sobre un pueblo de casuchas apenas ligadas en torno de dos fuertes edificios habilitados de artillería débil, malamente servida?...

Más de cinco mil hombres, — que con la incorporación de Llano habían de llegar á ocho mil — integrados por los cuerpos españoles, más los de la Corona, Patriotas de San Luis, la célebre é imponente columna de granaderos cuya presencia causó delirio de admiración en México, el regimiento de Guanajuato y los escuadrones de lanceros de México, San Carlos, Tulancingo y España, Zamora y los de Armijo y Morán, entraron á constituir en parte las cuatro columnas de asalto. Quedó toda la caballería en reserva. Las cuatro columnas de infantería precedidas por indios « gastadores » que llevaban palas, barretas, zapas, cestones y vigas para improvisar puentes, sostenidos por tiradores en orden disperso, — llevando cañones entre los intervalos — se lanzarían á las siete de la mañana del 19 de Febrero sobre el norte de Cuautla para apoderarse de las fortificaciones de San Diego. Llevaban orden las dos columnas del centro de atacar á su frente hasta apoderarse, protegidas por la metralla de sus cañones, de la gran trinchera que cerraba el extremo de la plaza pasando los fosos del convento, en tanto que las columnas de los flancos, una á derecha, otra á izquierda, se abrirían á ambos lados, yendo á ocupar las casas laterales cercanas á la posición para flanquearla en el instante en que más comprometida estuviese la acción al frente. Grupos de caballerías hostilizarían por otros rumbos llamando la atención de los defensores de la plaza, sobre la cual, tomado San Diego, entrarían las reservas acuchilladoras de los realistas prendiendo

fuego á la villa para mayor espanto, iluminando la llegada triunfal de Calleja que pensaba no tener necesidad de bajar de su coche mientras sus órdenes se efectuaban.

Tal era el plan; veamos su ejecución y éxito : parten las columnas en el orden dicho, animandas al principio en sus flancos las caballerías que á medio tiro de cañón van á ocupar la retaguardia... luego las dos de los extremos dirígense á oriente y poniente, mientras las centrales con sus indios zapadores y su batería van á vivo aire sobre la trinchera que corta la calle Real, dominada por la alta y densa mole de San Diego; córrense los hombres de lascolumnas por las cercas del camino, aprovechando las casas que lo bordean, deslizándose por entre sus muros, hasta que frente á la trinchera la batería realista, con todo orden, desengancha sus cañones y vomita una descarga para abrir brecha; adelantan luego los fusileros cubriendo la batería que carga sus cañones, y hacen fuego, á cuyo tiempo otros tiradores corren á rebasar los primeros y á abrir sus descargas tambien, á este término la batería está otra vez cargada, avanza á mano y vuelve á disparar cuando los infantes le abren claro.

Los defensores que no habían hecho un solo tiro, esperaban atentos tras las claraboyas de las paredes, las aspilleras y crestas, disponiendo los cañones para aprovechar una descarga segura sobre compactas masas enemigas... Cuando éstas desmoronan parte del revestimiento exterior y se han acercado con viveza lanzando su cuarta descarga, escupen metralla los independientes á tiempo que por certeros tiros ruedan cadáveres varios de las primeras líneas. — ¡ Adelante! — ¡ á ellos! — rugen los jefes españoles y empujan la

batería para abrir brecha en la trinchera rechoncha aún y desafiadora.

Uno de los cañones realistas dispara con gran precisión, desbaratando en parte las defensas de la izquierda, envolviendo en sus escombros gran número de los sitiados, aunque sin grave daño, en medio de la inmensa nube de humo rasgada subitamente por los relámpagos fulgurantes de las descargas.

Galeana, tras la espesa trinchera va de un lugar á otro, gritando con furia, en una mano el machete filoso, en la otra la pistola bien preparada para dar la muerte al que esté á tiro.... Las columnas asaltantes se han detenido; y la batería va á tronar de nuevo para abrir algo de brecha para que puedan pasar; Galeana comprende la necesidad de hacer retroceder los audaces artilleros realistas por un ejemplar de terror y, como tira admirablemente, toma varios fusiles, sube al parapeto, y allí, sublime empieza á dispararlos todos rápidamente, unos tras otros, abatiendo á los sirvientes de las piezas. Se animan con los *bravos* y *vivas* de sus compañeros, quienes apuntan y matan como él, antes de que esté la batería para responder de nuevo allá desde el extremo de la humeante calle, por la que se adivinan las columnas de infantería realista cargando sus fusiles... Furioso entonces el coronel Segarra, jefe de la batería, adelanta á toda carrera ocultándose entre el humo y disparando su pistola frente á Galeana; éste por milagro resulta ileso y á su vez á quemarropa le mata de un carabinazo; precipitándose sobre el cadáver le quita sus buenas armas, y tomándolo de un pie, ante los realistas estupefactos, le arroja tras de la trinchera, á donde casi por la fuerza conducen los insurgentes al bravo Galeana. La batería

calló... y siguieron adelante las columnas, pero se estrellaron ante la trinchera, batidas por fuegos de las torres de San Diego y Santo Domingo, y por lluvias de flechas y hondas.... Ya van á retroceder no pudiendo coronar la fortificación; mas he aquí que de nuevo los asaltantes cobran ánimo á los gritos del gallardo coronel español, caballero en brioso alazán. Arenga á sus tropas, llamando á las que retrocedían; mas de repente cae herido el jefe conde de Casa Rul, y la consternación vuelve á hacer cejar las filas realistas ante la inexpugnable trinchera, cuyas descargas escasas y metódicas son fulminantes y producen pánico.... No se ven los defensores; pero juegan con el fuego, repartiendo la muerte. Los batallones de retaguardia en las columnas, alentadas por la colérica voz de sus jefes que no comprendían tan largo detenimiento, impulsan á sus Cuerpos sobre los de adelante y ya parece que sobreponiéndose al demolido obstáculo, cargan los realistas despreciando la metralla y las balas de los independientes; pero entonces Galeana destaca en torrentes sus lanceros, detiene un instante la vanguardia, mas el jefe de « Patriotas de San Luis » se arroja hacia adelante y cae herido de muerte por una bala insurgente. ¡Tres jefes principales han mordido el polvo!... ya es enorme la muchedumbre de los españoles que rugen frenéticos y que amenazan arrollar por fin con todo, empujados por la caballería.... Morelos ha previsto el caso; ha observado la situación, y suelta á sus indios flecheros y honderos sobre el flanco de la doble columna de ataque con tal ímpetu y con tal tumulto, que ya quebrantada en pleno desorden, acribillada por las balas de los cazadores de las torres, ceja definitivamente... Era el momento en que las otras dos co-

lumnas de los extremos derecho é izquierdo, después de horadar casas tras casas, en unas obras de zapa y combate dificilísimo, acaban por dominar las azoteas de algunas, teniendo la plaza bajo sus fuegos por uno y otro flanco, en tanto que sus vanguardias seguían para tomar por la espalda el convento de San Diego. Galeana comprende el peligro y manda á su sobrino Pablo á contener en las casas y solares á las columnas flanqueadoras que pueden quedar victoriosas. El joven se bate con furia arrojando granadas de mano y ametrallando á los asaltantes en tanto que su padre en persona se dirige hacia el otro extremo por donde un envolvimiento de fuerzas de refresco introduciría la alarma... Tras de la gran trinchera quedan las victoriosas que detuvieran á las columnas del centro y la batería, esperando las reservas que va á mandar Morelos.... Ya al frente no hay ataque... sólo á lo lejos se reorganizan nuevas tropas para otro asalto... Á oriente y poniente es ahora el combate, vivísimo, de ronco estruendo, cuerpo á cuerpo, en los patios y huertas de las casas.... De súbito, de entre los grupos de vecinos que conducen municiones á las trincheras, surge este grito:

— ¡Ya mataron á Galeana!... ¡Ya lo derrotaron!... ¡Vámonos!

Los escasos defensores de la trinchera de San Diego vacilan, cunden los gritos que truenan allí mismo, y ellos, sin el alma directriz de su gran jefe, huyen abandonando la fortificación.... Entonces se reforman los infantes realistas tras su caballería, la que, sabiendo que la trinchera está abandonada, embiste al galope sobre ella en apretados pelotones.... Cuenta la leyenda que en el preciso instante de aglomerarse ante su mole para ir á coronarla y tomar la plaza, un niño

humilde llamado Narciso Mendoza que había visto sombriamente todo el drama desde un montón de escombros y tercios de cañas, sabiendo que un cañón había quedado cargado, muerto un artillero, prófugos los otros, corrió á la mecha y sin vacilar dió fuego.... La compacta muchedumbre enemiga fué barrida de un golpe; creyóse en un ardid y los dragones realistas que quedaron con vida volvieron grupas.

Ya por entonces aparecía en la calle Galeana conduciendo prisioneros, gritando, enronquecido, en tanto que rechazados algunos ataques parciales por otros rumbos, Morelos llevaba tropa de refresco de la más aguerrida de sus reservas que sólo quería emplear en el último trance.... Estas penetran á las casas en escombros, dando muerte á los pocos realistas que se han hecho fuertes en ellas, y cuando un último asalto intenta Calleja, desembocan en sus flancos gruesos pelotones de caballería insurgente, amenazando cortar las comunicaciones del enemigo con su parque....

Son ya las tres de la tarde... hay cuatrocientos hombres del bando real sobre el campo y las calles, entre las chozas, huertas, platanares y cuartos y azoteas de las casas.... Tres jefes de los de más fama y de los más queridos en el ejército asaltante han caído.... No hay municiones, ni ánimo... y la numerosa caballería que no ha tenido gran participación en el asalto, está impotente, imposibilitada para entrar.... Apenas puede fingir con sus maniobras algunas amenazas, en tanto que se retiran tras ella las cuatro columnas de infantería, bien maltratadas y heridas, habiendo dejado, como siempre sucede en estos asaltos impetuosos, lo más bravo y audaz de su gente.

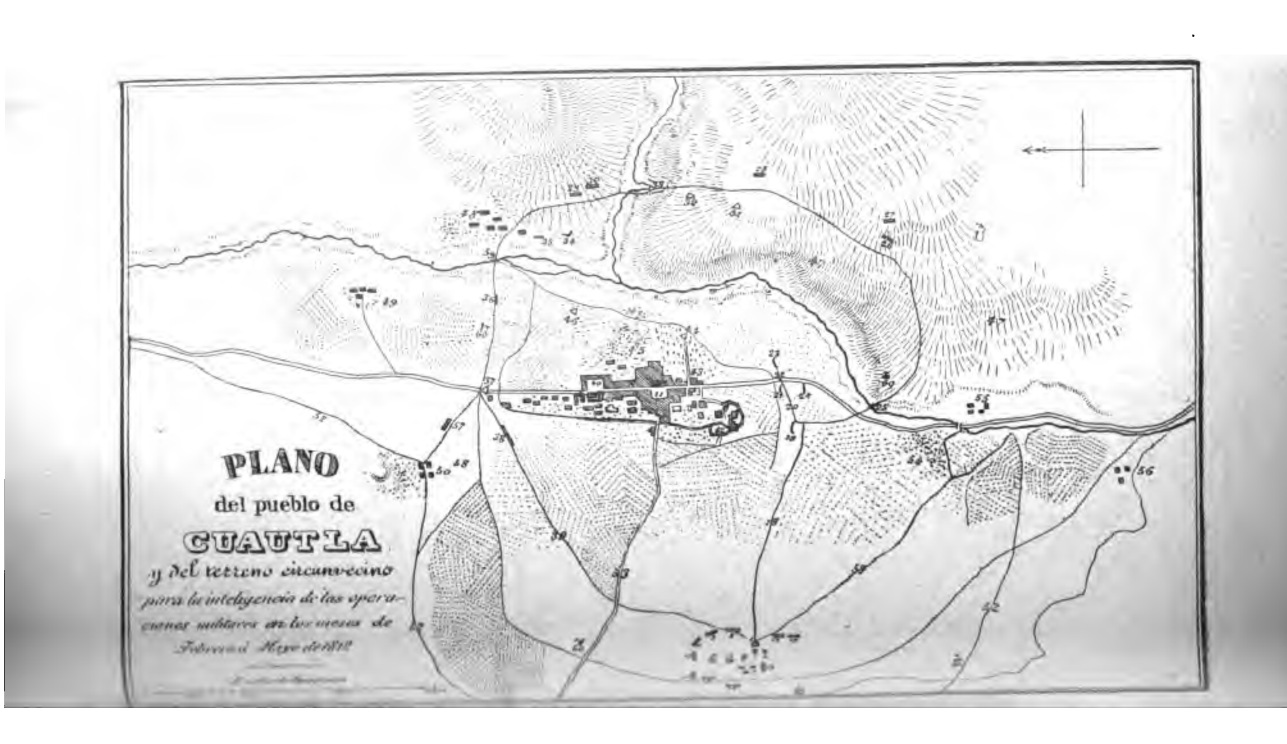
El orgulloso y hasta antes invencible Calleja fué á situarse, en retirada, lívido de impotente rabia, en las lomas de Cuautlixco y hacienda de Santa Inés, comprendiendo que en Cuautla había de encontrar por fin al genio de la gran causa libertadora.



XIV

EL SITIO DE CUAUTLA

PRIMERA PARTE


PLANO
del pueblo de
CUAUTLA
y del terreno circunvecino
para la inteligencia de las opera-
ciones militares en los meses de
Febrero á Mayo de 1812

Explicación del plano que representa el bloqueo y ataques de Cuautla de Amilpas, hoy de Morelos.

1. — Habitación del General Calleja.
2. — *Id.* del Cuartel Maestre.
3. — *Id.* del Mayor General de Infantería.
4. — *Id.* del Mayor General de Caballería.
5. — Parque.
6. — Procuraduría.
7. — Hospital.
8. — Columna de Granaderos.
9. — Batallón de Guanajuato.
10. — Escuadrón de lanceros de Meneso.
11. — Batallón de la Corona.
12. — Regimiento de Caballería de S. Luis.
13. — Patriotas de S. Luis.
14. — Regimiento de Caballería de S. Carlos.
15. — Escuadrones de Lanceros de Zaragoza y Armijo.
16. — *Id.* de México.
17. — *Id.* de España.
18. — Camino de comunicación con las baterías de Buenavista.
19. — Batería del Coronel Gordoncillo.
20. — Camino cubierto.
21. — Batería del Capitán Murga.
22. — Parapeto de una trinchera en el camino de Cuautla al de Coahuistla.
23. — Batería la más avanzada que se situó al fin del sitio.
24. — Espaldón de los morteros.
25. — Puente de comunicación al campo del Brigadier D. Ciriaco del Llano.
26. — Batallón de Asturias.
27. — Escuadrón de Tulancingo.
28. — Batallón mixto.
29. — Escuadrón de dragones de Puebla.
30. — Batallón expedicionario de Lobera.
31. — Reducto en que se situaron primeramente los morteros.
32. — Otro *id.* para avanzada de infantería.
33. — Camino abierto de comunicación en una profunda barranca llamada « de la agua hedionda ».
34. — Batería de agua de Juchitengo.
35. — Espaldón para infantería.
36. — Otro id. para avanzada de sesenta granaderos.
37. — Reducto del Calvario.
38. — Espaldón que de noche se sostenía con infantería y artillería.
39. — Camino de comunicación del reducto del Calvario á la habitación del General Calleja.

PUNTOS OCUPADOS POR LOS SITIADOS EN EL PUEBLO.

40. — Plaza de S. Diego.
41. — *Id.* de Santo Domingo.
42. — Hacienda de Buenavista.

43. — Santa Bárbara.
44. — Reducto del Platanar.
45. — Bosque de árboles frutales.
46. — Reducto de los insurgentes para favorecer la entrada del agua.

PUNTOS EXTERIORES FUERA DE LA CIRCUNVALACIÓN.

47. — Lomas de Zacatepec.
48. — Pueblo de Amelcingo.
49. — Hacienda de Guadalupita.
50. — *Id.* de Santa Inés.
51. — Camino real de México.
52. — *Id.* por donde el ejército pasó para establecer el sitio, levantando el campo de Cuautlixco donde estuvo cuando Calleja fué rechazado por Morelos el 19 de Febrero de 1812.
53. — El Hospital.
54. — Bosque á las inmediaciones de Coahuixtla.
55. — Hacienda de Coahuixtla.
56. — *Id.* de Mapaxtlám.
57. — Escuadrón de lanceros de retén.
58. — Guerrillas.
59. — Puente de comunicación.
60. — Avanzadas de caballería de 25 hombres de día y de noche de 50.

XIV

EL SITIO DE CUAUTLA

PRIMERA PARTE.

Después del sangriento é infructuoso ataque de las granadas tropas realistas contra el convento fortificado de San Diego, tan bizarramente defendido por Don Hermenegildo Galeana, comprendió el brigadier Calleja que la toma de Cuautla no era una bicoca. Por una parte, fortificada con admirable genio, por otra, contando con una guarnición de gente brava, ruda y fanática por la causa que defendía, dirigida por jefes inteligentes y de una intrepidez á toda prueba, tuvo que convencerse el caudillo español de que con otro asalto como el de San Diego se quedaría sin tropas y sin gloria, abandonado en país enemigo.

Era, pues, necesario establecer un sitio en toda forma para reducir la villa en un cerco de fuego donde tendría fatalmente que entregarse después de unos cuantos días.

Como las órdenes del virrey eran de que terminantemente y de un solo golpe se apoderase de Cuautla,

tuvo que darle parte del desastre, aumentando las proporciones de las fuerzas del enemigo, dándole cuenta de que tenía que habérselas con una guarnición de doce mil hombres, con treinta piezas de artillería y formidables líneas de reductos. Terminó su comunicación pidiendo numerosos refuerzos, municiones, víveres, material de sitio, ingenieros y artillería gruesa para demoler fortificaciones, encareciendo la necesidad de arrasar Cuautla, sacrificando para ello todo el ejército si necesario fuera.

Pero Venegas no contaba con más fuerzas disponibles... Bastante se había atrevido con desguarnecer todo el interior, retirando el diseminado ejército del Centro y todo el Oriente, debilitando Puebla. En tal conflicto ordenó que el ejército que de esa ciudad había salido á las órdenes de Llano para caer sobre Izúcar, ejército llamado del Sur y que constaba de dos mil hombres más trescientos dragones con que se le reforzó de México, abandonase sus operaciones y al instante partiera á incorporarse al de Calleja á marchas forzadas, para poner sitio á Cuautla.

Muy oportunamente para el brigadier Llano le llegó ante Izúcar semejante orden, pues no había podido en varios ataques tomar la población vigorosamente defendida por el padre Sánchez y el capitán Vicente Guerrero.

En efecto, el día 23 de Febrero la columna realista avistó Izúcar, situándose en el punto dominante del Calvario desde donde la bombardeó durante dos horas, tras cuyo tiempo lanzó dos columnas de ataque. Pero Guerrero y Sánchez, con sus tiradores y honderos en las alturas, hicieron tal resistencia, que llegó la noche sin que hubiesen podido trasponer las trincheras los

realistas. Al día siguiente 24, se repitió el asalto, pero sin éxito alguno, teniendo que retirarse las columnas al Calvario, después de prender fuego á algunos barrios que ocuparon sin poder sostenerse en ellos. Desde el campamento realista continuó la artillería arrojando granadas bien dirigidas, aun en la noche gracias á la roja luz del incendio que iluminaba los campos con resplandores infernales...

En estas circunstancias recibe Llano la orden de incorporarse á Calleja en Cuautla, y al instante se pone en marcha, rodeando por la falda del Popocatepetl, hasta aparecer en el Oriente de aquella población en el rumbo opuesto á las posiciones del jefe del ejército del Centro, el día último de Febrero, no sin ser perseguido de cerca por los insurgentes á quienes abandonó un cañón y varios prisioneros.

Morelos, entretanto, activaba los trabajos de fortificación; abría más fosos; practicaba más caminos secretos y aspilleraba por todas partes los nuevos, edificando reductos avanzados y puestos para las exploraciones y reconocimientos, saliendo todas las noches diversas guerrillas á caballo y á pie á hostilizar por rumbos opuestos al enemigo, destruyéndole las obras que ejecutaba en el día, al grado de obligarle á tener siempre sobre las armas la mayor parte de su gente, lo que la fatigaba de un modo atroz, dando lugar á constantes escaramuzas y combates que á veces llegaban á ser largos y encarnizados. Multiplicaba el insurgente sus sorpresas á toda hora, haciendo fingidas alarmas, demostraciones generales que le obligaban á reconcentrar sus fuerzas, desamparando los puntos lejanos por donde entraban á la plaza provisiones y refuerzos.

Habiendo sabido Morelos que Llano venía á unirse con Calleja, trató de impedir esta reunión, enviando al coronel Ordiera con trescientos hombres á disputar el paso al enemigo en la barranca de Tlayaca donde caería en segura emboscada. Por desgracia los exploradores de Calleja advirtieron la salida de los insurgentes y el jefe realista ordenó á sus numerosas tropas que se aprehendieran á aquellos durante su marcha, lo [illegible] al punto dispersándolos y acuchillándolos por completo, sin que ni un solo hombre pudiera volver á Cuautla.

Con el poderoso auxilio de Llano descansó Calleja, emprendiendo desde ese momento ya con toda seguridad las operaciones de contravalación.

Hacia el Poniente, en terrenos de la hacienda de Buenavista, instaló su Cuartel General y en torno de éste el depósito del parque, la proveeduría y los hospitales, rodeado todo de sólidas obras de fortificación y campamentos para las tropas de reserva que Calleja tenía siempre á la mano. Líneas de trincheras y sólidos espaldones, unidos por caminos cubiertos por donde vigilaban partidas de caballería, ligaban los reductos y baterías. En el extremo oriental, tras el río, estaban las posiciones de Llano que contaba con los batallones de Asturias, Lovera y Mixto y los escuadrones de Puebla y Tulancingo, los que se extendían hasta el Calvario, punto muy cercano á la plaza, por lo que allí se construyó un buen reducto, con abundante artillería, dominando todo el Norte. Un profundo barranco por donde corren aguas azufrosas, llamado del *Agua Hedionda*, se pasaba por medio de sólido puente y caminos practicables que se abrieron con la mayor actividad por entre las faldas de las lomas. Inútil es

agregar que Morelos correspondía á estas obras de amenaza de los sitiadores con las que él ejecutaba en torno del recinto de Cuautla, estorbando las del enemigo á fuerza de astucia, estableciendo frente á sus reductos ostensibles, encrucijadas y profundas fosas en ramificaciones varias. Mandó construir un gran reducto en el espeso platanar cerca de la margen del río, frente á las obras de Llano que á su vez defendía la codiciada corriente.

Entretanto, es decir del día 1º de Marzo al 9, Galeana, cuyo espíritu esencialmente belicoso no podía estar quieto un instante, tenía en jaque á los realistas, molestándoles de continuo con sus tenaces algaradas y aventureras expediciones, ejercitando la briosa caballería insurgente, toda costeña pura, intrépida y gallarda en el embestir, la que dió constante ejemplo de alegría en sus regresos á la plaza, derrotada ó vencedora, viviendo en perpetua fiesta.

Galeana fué el único jefe que después del asalto de San Diego, sabiéndose que Calleja estaba anonadado, optó en la Junta de Guerra convocada por Morelos, por atacar al jefe realista en su mismo campamento — operación temeraria, loca empresa, que por fortuna no se ejecutó.

El cura Matamoros solía también divertirse en expediciones parciales, amando con pasión el peligro, pero era mucho más sensato, medía las distancias; exploraba al enemigo, lo engañaba con diversas demostraciones y sólo cuando estaba seguro de ser superior y, de estar bien secundado por sus subalternos, acometía una operación siguiendo los consejos de Morelos. Los hermanos Bravo eran una pléyade de audaces patriotas, bondadosos, altivos, inteligentes y

todos unidos de corazón para sacrificarse por la causa de la patria independiente y libre.

Sumisos á las órdenes del Caudillo del Sur, fueron sus tenientes más fieles y dignos, más desinteresados y heroicos, hechos de un temple extraño de antiguo acero de Esparta, del buen acero terrible, de que estuvieron hechas las almas inmortales de sus caudillos épicos!

Por fin, el día 10 de Marzo, quedaron cerradas las líneas exteriores que apretaban á Cuautla, dándose la última mano á los espaldones y parapetos de las baterías; listos los caminos abiertos para el tránsito de la caballería, bien apuntados obuses y cañones, rompiéndose el fuego sobre la plaza con la mayor solemnidad á los gritos de *¡ Viva España! ¡ Viva el Rey!* al son de las cajas de guerra y de los clarines de los cuerpos de Asturias y Lovera.

Las bombas y granadas empezaron á caer incesantemente sobre el centro de la población, produciendo al principio intenso pánico en sus habitantes que huían despavoridos... mas luego, por advertencias de los jefes, aprendieron á desafiar los efectos de los explosivos proyectiles, echándose en tierra, para levantarse después de la explosión llevando á Morelos los trozos de hierro que sembraban el suelo.

La guarnición insurgente, por su parte, economizó metódicamente sus municiones... Sólo cuando había masas compactas que ofrecieran carne segura á sus cañones, rugían las baterías de la Plaza... ó para sostener ataques ó hacer demostraciones diversas... á veces también cuando las guerrillas aventureras atraían algunas fuerzas enemigas, se las dejaba llegar á los puestos de ocultos subterráneos, desde donde surgían los

pequeños cañones ametralladores barriendo estruendosamente con los enemigos. Los mejores tiradores solían divertirse también con el pequeño *Niño* que muy rara vez erraba su caza... Allá, en las cúspides de las torres, tras las altas paredes de Buena Vista ó en los merlones de los reductos avanzados, había constantemente magníficos tiradores de fusil, amén de innumerables indios honderos ó flecheros que hacían excelente carnicería en el enemigo, inquietándolo muy seriamente.

Y así fueron pasando los primeros días, rabiosos los realistas de ver que en la villa lejos de principiar el desaliento cundía la algazara, las fiestas á todas horas; fandangos y danzas al son de guitarras y arpas, cohetes y repiques, canciones alegres al calor del aguardiente, mientras allá se batían otros que luego iban á ser relevados por los del jolgorio al que regresaban ennegrecidos y ensangrentados, muchos moribundos, algunos ya cadáveres... Mas no por eso se aplacaba la fiesta; nadie debía hablar de reveses ni de tristezas, bajo pena capital... Los que morían peleando eran enterrados como gloriosos bienaventurados, cubiertos de verdes ramajes, palmas y flores, á los cánticos entusiastas y al eco de las dianas entre salvas y repiques...

En las constantes salidas nocturnas para sorprender los reductos enemigos, de súbito, á la hora de las descargas, sonaban músicas y cantos... y escuchábanse voces de hermosas mujeres que animaban al combate gritando vivas á la *América independiente*, á la Virgen de Guadalupe, y mueras á los viles amos, á los *gachupines* despóticos, á quienes declaraban su odio en el fragor del combate en aquella tierra de las libres montañas surianas!

Calleja, á los cuatro ó cinco días, quedó estupefacto... Jamás, jamás, ni aun después del fracaso de su vigoroso asalto sobre San Diego, pudo creer que hubiese tal civismo, tan indomable valor y tan inverosímil energía, no ya en las tropas de Morelos hechas al fuego y á la carnicería, sino en aquel pueblo de Cuautla, tan tranquilo, tan contento, tan alegre y hasta burlón y sarcástico después de un constante bombardeo, día y noche, después de atroces privaciones y sufriendo la muerte, las enfermedades, el hambre y las epidemias, viviendo en perpetua algazara. ¡Aquello era inaudito!... Respondían con carcajadas á las explosiones de las bombas, con cantos de alegría recibían sus muertos queridos y bailaban bebiendo y charlando en frascas delirantes, mientras los compañeros de facción se batían allá lejos!.....

¿Dónde se había admirado semejante espectáculo?.....

Era que el gran Morelos impuso su sereno espíritu en aquel pueblo de cuya flaqueza dependía su perdición..... Meditó el plan político de aprovechar el carácter festivo y altanero de aquellas gentes del Sur para iniciarles eterna alegría, predicándoles no sólo la conformidad con su suerte, sino el entusiasmo por los éxitos en los combates contra sus enemigos los déspotas...¡ no importaba la muerte!...¡ Felices los que mueren en la lucha por la tranquilidad de sus hermanos y de su querida tierra que solo Dios podía quitarles!

Estas vehementes palabras de heroísmo y libertad en un pueblo acostumbrado á las maravillas de la naturaleza, en un pueblo gentilmente orgulloso, fueron fecunda semilla de valor y entereza, de franca y serena alegría, aun después de las más terribles catástrofes...

Niños, mujeres, ancianos, jóvenes, veían á Morelos siempre magnífico y altivo, dando ejemplo de calma y completa seguridad en la victoria, disponiendo incansable sus huestes, nombrando las faginas para las obras de reparación, dictando órdenes, dirigiendo arengas á los que lanza á batirse..... ya montando á caballo para reconocer al enemigo ó llevar los suyos á la refriega..... ya para visitar sus líneas, ó si no para conducir alegres partidas á las huertas donde se baila ó se merienda cerca del tiroteo... Y al admirarle incansable, benévolo, al par que majestuoso, fulgurantes sus ojos soberbios, todos le aclamaban con todo su corazón, sintiéndose capaces de sufrir las mayores miserias y los más infernales sufrimientos por seguir bajo sus triunfales banderas.....

Por eso es tan explicable la estupefacción de Calleja ante aquella Cuautla que resiste no sólo impávida, sino alegre y burlona su apretado cerco y constante lluvia de fuego y hierro con que la despedaza sin tregua, encerrada y abandonada á sí misma, sin víveres y amenazada de segura ruina.

No; Calleja no pudo comprender los milagros del genio que sigue la inspiración de las grandes causas de la humanidad, sugestionando, conmoviendo, arrebatando las masas... Hijo y representante de un pasado de frivolidad y despotismo, significando la rutina conservadora de los antiguos vicios de dominación por herencia y atavismo, sólo tiene el legendario valor hispano para batirse y el necesario talento militar de entonces para triunfar, con tropas disciplinadas, armadas é instruídas, de las huestes ardientes que luchan por la libertad...

Tuvo que resignarse el jefe realista á prolongar el

sitio por más tiempo — dos ó tres semanas según creía — pidiendo con más urgencia nuevos refuerzos, víveres y municiones, y sobre todo gruesa artillería para batir las obras de defensa de los sitiados que, lejos de ser demolidas, se perfeccionaban y aumentaban más y más sin que las partidas realistas lograran nunca impedir los trabajos del enemigo.

Nunca hubo un solo instante en que dejase de haber lucha, tiroteo, algarada ó sorpresa por algún punto de las líneas... á todas horas los insurgentes acosaban á los realistas...

Todo lo esperaba Calleja de la artillería que le enviaría el virrey para abrumar la población con el fuego, abriendo brecha por todas partes, lo que le permitiría entrar á los escombros de Cuautla..... Pero mientras no recibiera los grandes cañones, morteros, granadas, herramientas de zapa y otros pertrechos, tendría que permanecer encerrando al indómito Morelos, sobre cuya casa en vano mandaba tirar constantemente con granadas. Todas respetaron al héroe, con gran rabia del general español cuya gloria se desvanecía ante la genial entereza y talento de un cura de pueblo, improvisado caudillo que le desafiaba socarronamente, de igual á igual, tras los muros de inexpugnable villa, donde las columnas realistas, con sus fieros y aguerridos batallones, se habían estrellado, colmando los fosos con su roja sangre!



XV

EL SITIO DE CUAUTLA

SEGUNDA PARTE



[illegible] Morales in [illegible]

XV

EL SITIO DE CUAUTLA

SEGUNDA PARTE.

Resuelto Morelos á resistir en Cuautla hasta el último extremo y empezando á escasear los víveres al grado de que el hambre selló siniestramente los rostros de sus habitantes, determinó que los jefes que habian permanecido fuera, introdujesen un buen convoy, escoltado por las guerrillas diseminadas en las montañas del Sur.

El cura Tapia, el capitán Larios y Don Miguel Bravo fueron comisionados con tal objeto, logrando reunir ochocientos hombres y cuatro cañones, con cuya fuerza se situaron en el rancho de Mayotepec, en espera del convoy que harian entrar en Cuautla.

Calleja, que ejercía activa vigilancia, supo á tiempo la reunión de las fuerzas insurgentes y al instante envió al valiente Batallón español de Lovera al mando del Mayor José Enriquez, y cuatrocientos dragones. Bravo, sabiendo que va á ser atacado por fuerzas muy superiores en número y calidad, se sitúa en una altura

y resiste con entereza la embestida del enemigo; pero éste envuelve la posición, atacando también por otro punto; y tienen que retirarse los insurgentes, con grandes pérdidas, yendo á situarse por entre las escabrosidades y barrancas de *Mal País*, cerca de Ozumba.

Desde este punto los independientes á su vez podían interceptar los convoyes ó refuerzos que pasaban al campo de los realistas, molestándolos intensamente.

Así, el 18 de Marzo, detuvieron algún tiempo el que conducía el teniente Andrade. Hubo un reñido combate en el que, gracias al denuedo de los sirvientes del hacendado Yermo, obtuvieron el triunfo, salvando al fin el convoy español.

El jefe realista, que vió amagadas sus comunicaciones con México, tuvo que desprender fuerzas respetables para perseguir á Bravo y á sus compañeros.

Mandó Calleja sus numerosos heridos y enfermos á Chalco, escoltados convenientemente, logrando á fuerza de tropas á su regreso, batir á los insurgentes, destrozándolos por completo.

Donde no estaba el genio de Morelos para infundi ánimo y valor en los más duros trances, la derrota era segura para los independientes, quienes tenían que batirse con malas armas y sin disposición táctica alguna contra militares hábiles y bien armados, que luchaban con la plena conciencia de su superioridad, lo que, como es bien sabido en milicia, proporciona siempre la victoria.

De este modo Calleja se quitó los molestos enemigos de fuera de Cuautla, pudiendo dedicarse á las operaciones del asedio, sin inquietud, y Morelos, al contrario, tuvo que sufrir la nueva desconsoladora de que sería

ya imposible que la villa tuviese víveres en mucho tiempo.

Para consumar la miseria de la población de Cuautla, ideó Calleja cortar el agua de Juchitengo, que la surtía, terraplenando la zanja y dando otro rumbo á la corriente. Esta operación la ejecutó el Batallón de Lovera y miles de indios zapadores de los que había gran número en el campo sitiador.

Morelos comisionó á Galeana con los más valientes de sus secciones á romper la *Toma del Agua*, no obstante el fuego de los batallones de Llano, que la defendían desde la opuesta margen del río.

Mas como diariamente, para surtirse de agua, era preciso tomarla tras un combate encarnizado. Galeana hizo levantar un fortín alto y sólido, bien claraboyado frente á *la Toma del Agua* para impedir que el enemigo la obstruyese, y sostener con los fuegos del reducto el aprovisionamiento del precioso líquido que siempre llegaba á Cuautla con sabor de sangre y olor á pólvora.

Recia fué la refriega; toda una acción de armas casi campal hubo que darse para efectuar la obra temeraria del levantamiento del reducto.... Galeana, como siempre, peleó en las primeras filas, en tanto que los trabajadores iban alzando la útil fortificación.

Para llegar al reducto se construyó también un alto y extenso espaldón, que iba del bosque que ciñe á Cuautla por el Oriente, al mencionado fortín.

Calleja dispuso tomarlo á sangre y fuego, una noche en que no hubiese gran número de defensores.

Escogió cien granaderos de los más bravos, todo el batallón de Lovera y ciento cincuenta *Patriotas de San Luis*, célebres por su arrojo.... — ¡qué triste que esos

mexicanos hayan servido contra la causa de su patria! — para dar furibunda embestida contra el audaz reducto, construido á los ojos de los mismos realistas. El ataque lo encomendó al coronel Andrade, quien con todo arrojo cayó sobre el reducto; siendo recibido con una granizada de balas y estentórea gritería, voces de sarcasmo é insultos.... La columna vaciló, sin atreverse á llegar al pie de la fortificación, mohina y maltrecha.... En la plaza se festejó dignamente el suceso y al siguiente día, por contestar el saludo nocturno de los realistas, los insurgentes acometieron su reducto del Calvario, poniendo en aprieto á sus defensores.

Morelos reparaba todas las brechas que causaban las incesantes granadas enemigas; se reconstruía lo derribado; se volvían á poner los techos de las chozas que se habían incendiado, cambiaba de lugar las baterías para desconcertar al enemigo y combinaba pequeñas cargas de caballería por sorpresa en los puestos avanzados...

Sin embargo, Calleja se obstinaba, herido su orgullo de jefe irresistible, en arrebatar el agua á la ciudad, y entonces, en el gran calor del verano, la sed, — la infernal y maldita sed, — causaba espantosas fiebres, súbitas demencias y rabias inauditas en sus habitantes que chupaban el lodo hediondo amasado en sangre, de las calles! Entonces Morelos organizaba expediciones conquistadoras del gran líquido, cruzadas contra la sed del vecindario, el que á veces acompañaba á los osados luchadores hasta á pocos pasos del lugar del combate, celebrando con grandes júbilos sus triunfos, entonando himnos al agua comprada al precio de la sangre de los valientes!

Sería alargar indefinidamente este vago esbozo de la épica resistencia de Cuautla, referir los episodios aislados de heroísmo en hombres, mujeres, ancianos y niños.... Y era el acto de mayor arrojo, de más bravura ir á los asaltos sobre el Calvario, aparte de las constantes demostraciones y de fingidas amenazas que diariamente hacían con la más estruendosa algazara, al retirarse prontamente las fuerzas después de hacer poner sobre las armas á las tropas realistas de los puestos vecinos.

Una de esas noches la embestida fué tan ruda, tan á fondo y encarnizada que los insurgentes abriéronse paso, penetrando al interior del fuerte recibidos á quemarropa por el fuego de los *granaderos* que lo defendían....

Allí, no obstante prodigios de valor del jefe hispano De la Viña, se adueñaron los insurgentes de varios cañones, parque y víveres que había en torno de la posición á la que intentaron defender los cuerpos de Llano; el acto de mas bravura era considerado como la cosa más natural.... Y como por otra parte la desgracia y las privaciones eran iguales para todos, nadie se lamentaba ni había palabras de piedad.... ¡Tan sólo en todas las miradas fulguraban relámpagos de noble cólera!

Sobre el Calvario, una de las posiciones más importantes de los sitiadores, desde donde su artillería dominaba con sus fuegos la plaza, siguieron frecuentes los asaltos de los sitiados, y muchas veces pusieron en alarma á todas las líneas activas. En varias ocasiones Morelos, acompañado del siempre fiero Galeana, cuya intrepidez era ya proverbial, de Matamoros no menos indómito, de los Bravo, Aguayo y otros jefes y aun

simples vecinos, muchos de ellos casi niños, intentó serios ataques.

Aguayo sostiene uno de aquellos asaltos, arrojando al reducto granadas de mano, después de lo cual carga á la bayoneta alejando á los enemigos, para entrar luego al fortín donde en la lucha había muerto el capitán Gil Riaño, hijo del intendente Riaño que había perdido la vida en la toma de Granaditas....

Pero el combate, con su terrible estruendo de estampidos de cañones, fusilería y metralla, con sus gritos roncos que tanto animaban á los insurgentes, había llamado la atención de Calleja y Llano quienes tuvieron que enviar refuerzos.... Los dragones realistas cortan los convoyes conquistados que van hacia Cuautla, hay nuevo combate... llegan los batallones españoles... y los insurgentes tienen que retirarse abandonando lo tomado... pero tocando dianas de triunfo, cantando alegremente, haciendo lanzar cohetes en la villa desde cuyas torres volaron las entusiastas salvas del bronce en sonoros repiques marciales!

Todas las mañanas había fiesta en el pueblo; unas veces por celebrar una victoria, otras para ornar dignamente el sacrificio de los patriotas que habían perecido, durante un combate infausto.... Ya porque se habían hecho prisioneros enemigos ó porque se recibían noticias de próximos auxilios y también porque los niños hacían proezas desde sus puestos.... Mientras el hambre era más espantosa, Morelos trataba de que hubiese más regocijos generales, grescas, bailes, fandangos, jamaicas, y verbenas por todos los alrededores, despreciando el constante tronar de las bombas, el espectáculo rojo del incendio y la gritería eterna de las refriegas renovadas á cada momento con la

mayor calma por los soldados independientes, como si se tratase de ir á relevar á una guardia en plena paz!...

La palabra del caudillo vibraba más y más entusiasta, siempre tranquilo con los vecinos de la villa, ardiente, inspirado, soberbio y altivo con los de sus tropas que lo adoraban, hablando á todos de esperanza, meditando nuevos y audaces proyectos, inspeccionando cuanto ordenaba, ordenando cuanto era necesario.

Llegó un instante en que el hambre fué espantosa, delirante y fantástica.... No parecían hombres, sino espectros amarillos y verdinegros los que cruzaban por las plazas requemadas por el incendio, ensombrecidas por la sangre reseca, acribilladas por el hierro enemigo... y veíanse cadáveres abiertos por el vientre ó con el cráneo hecho pedazos, tendidos á lo largo de los muros ó á veces amontonados en informes carnazas hediondas en los rincones, pudriéndose al sol, abandonados....¡ Ay! ¡abandonados, porque los vivos no tenían tiempo de enterrar sus muertos con el quehacer de batirse y de matar ó hacerse matar!...

¿Quién pensaba en los que morían cuando los que aun vivían escuchaban el trueno de los obuses de Llano ó de las baterías del Calvario?... Por eso cuando había tregua y descanso se procedía á enterrar, á ir enterrando cadáveres al son de vivos repiques sonoros, con toda la pompa ínclita de los héroes que bajaban al sepulcro coronados por la gloria de abnegación, bendecidos por la patria...!

Los niños, los mismos niños se acostumbraron á tan sublimes horrores; á tan siniestras hecatombes y á lobregueces tan alegres en aquella ciudad épica donde se había refugiado el genio-águila de la Libertad... ¡ Morelos!...

Allí, en fuerza de prodigarse el heroísmo, los niños, familiarizados con el fuego, la sangre, la noche y la muerte, se agigantaron tranquilamente. Sus tiernas pupilas hechas para las lágrimas que secan los besos maternales, fulminaban extrañas maldiciones y tuvieron rayos de ira, cuando sentían venir las avalanchas de devastación, incendio y miseria del campo enemigo, hacia el cual solían ir, dispuestos á sellar la tierra natal con sus gentiles cuerpecitos!... Allí los niños se hicieron épicos....

El caudillo insurgente alentó la formación de una compañía llamada de Niños Emulantes... la que iba á todas las batidas ó sorpresas, los combates de demostraciones, á los reductos donde se resistía, y á las torres ó alturas, para que vieran estos niños cómo se observaban los movimientos de las tropas sitiadoras en sus lejanas posiciones, enseñándoseles también á tirar con buena puntería, cazando presas realistas.



XVI

EL FIN DEL SITIO DE CUAUTLA

Días de espantosa desolación, de hambre, miseria y peste iban desfilando angustiosamente sobre la erguida Cuautla, sin que se lograra abatir su fiera guarnición, dispuesta á la muerte.

Morelos creía segura la victoria, si él podía resistir hasta el principio de la estación de lluvias, durante la cual los sitiadores se verían obligados á levantar el campo, pues no soportarían las enfermedades que se desarrollarían, ni podrían operar ya ningún movimiento sobre la plaza.

Así es que lo que le urgía era hacerse de provisiones que sostuvieran à sus debilitadas aunque siempre entusiastas tropas, cuya entereza sabía sostener á la misma altura que la suya.

No desmayaba jamás el caudillo de Cuautla, soñando en la victoria aun en el colmo de la desesperación del hambre... Hizo salir á Matamoros con otros jefes para que fuesen en demanda de víveres... Las líneas sitiadoras enemigas fueron arrolladas tras sangrienta refriega, desapareciendo los insurgentes por entre las quie-

bras de las montañas, prometiendo auxiliar la plaza lo más pronto posible.

Y bajo el fuego de las baterías, el hambre horrible reinó en Cuautla... y hubieron de comerse con avidez los más inmundos animales, los cueros de las tiendas y las suelas del calzado!

Henchidos de enfermos y heridos estaban todos los lugares de abrigo, todo lo que no pudiera servir para cuartel ó fortín.

La única esperanza que alentaba á Morelos era la llegada de Matamoros, Bravo y otros jefes con un vasto convoy conducido por tropas valientes y disciplinadas, dispuestas á morir por salvar del hambre á la heroica Cuautla.

Matamoros recorre en efecto con una audacia maravillosa todas las poblaciones y haciendas cercanas levantando gente costeña á la que anima con entusiasmo, unido á Bravo, y cuando reune las provisiones requeridas se comunica con Morelos combinando su entrada para la mañana del 27 de Marzo, situándose él en la Barranca de Tlayacac, desde donde se dirigirían por el rumbo del fortín de la toma del Agua, rompiendo las líneas sitiadoras del Agua Hedionda.

El vigilante Calleja, entre cuyos méritos militares sobresalía su gran alcance de vista y de observación, al tanto siempre de los menores movimientos del enemigo, supo el atrevido intento de Matomoros, lo dejó acercar sin molestarlo hasta cerca de Amexingo, á retaguardia de las líneas de Llano, al Oriente de Cuautla, colocando una batería bien oculta y disponiendo que el grueso de las fuerzas de aquél estuvieran emboscadas.

Al amanecer asoman las avanzadas de Matamoros que se baten al punto; éste no retrocede y avanza con

sus dos mil hombres, embistiendo al frente lo que creyó simples secciones de vigilancia; pero, comprometido, tiene que soportar los fuegos de flanco de la batería realista y las descargas cerradas de los tiradores de Lovera; se verifica una lucha desesperada y terrible, soportando el fuego mortifero toda la división de Matamoros en espera de que Morelos acuda á distraer al enemigo y poder abrir paso al deseado convoy... No pudo sin embargo sostenerse por mucho tiempo, y, viéndose amenazado en su retirada, antes que perder todo, tuvo que emprenderla precisamente cuando el jefe insurgente acometía al batallón Lovera fogueando su retaguardia... Tan impetuosa fué la embestida de los de la plaza, anhelando abrir camino al convoy, que el combate se generalizó y sólo pudieron volver á sus puestos los de Lovera á fuerza de bayoneta calada, tras de la más sangrienta de las luchas...!

De nuevo desaparecía la esperanza de auxilio de la heroica villa... y esta vez era para siempre... ¡Se había realizado el último desastre!

Que no sorprendan estos fracasos de refuerzos en una población sitiada como Cuautla, en las circunstancias de la revolución por la Independencia...

¿Qué tropas constituídas, hechas al fuego, bien armadas y disciplinadas podrían efectuar una operación tan arriesgada en campaña, cual es la de socorrer una plaza sitiada?... Bien se conciben todos los innumerables elementos con que cuenta el sitiador, sobre todo de vigilancia, amplitud y elasticidad de sus operaciones, moral de sus tropas, para que se comprenda lo atrevido que es el hecho de forzar sus líneas para introducir un convoy... Sólo fuerzas veteranas é impávidas pueden servir para tal aventura...¿Qué extraño que las bandas

de valientes costeños, reunidas por Matamoros y Bravo, no pudiesen abrirse paso, incapaces de orden y tacto en el ataque, ó de sangre fría y serenidad en la retirada, sin aplanamiento tras ésta, ni obediencia ó disciplina en los momentáneos éxitos?...

Bien probado estaba que era inútil el arrojo, el impulso del valor y toda la legendaria bravura suriana... ¡ Nada se lograría sin el espíritu de cohesión, armonía y unidad del elemento militar, sabio y firme, que era el que desbarataba los pelotones improvisados !

Calleja más y más desesperado cada día, quedaba estupefacto al notar que tras de cada revés, su enemigo se erguía con mayor audacia desafiando á sus tropas con su inconcebible resistencia en aquella población que parecía vivir de puro milagro.

Diariamente enviaba cartas al virrey ponderándole en todos los tonos las durezas del sitio, lo rudo y encarnizado de los combates y la inagotable energía de los habitantes que festejaban alegremente todos los sucesos, no obstante la peste, el hambre y la sed!

Jamás se hubiera imaginado tal bravura, semejante entereza y un heroísmo tan sin límites, como el de aquella guarnición, fanática por su jefe y por la gloria de la causa que defendía!

Al fin, fatigado el mismo terrible Calleja ofrece á Morelos, Galeana y Don Leonardo Bravo un ejemplar del bando de perdón que á los insurgentes habían ofrecido las Cortes de España.

Morelos contestó en el dorso del pliego :

Otorgo igual gracia á Calleja y los suyos!

¡ Frase espartana, síntesis de toda la sencilla grandeza de una alma firme !

El cerco realista siguió apretando la ciudad y cada

día y noche se multiplicaron los asaltos á los puestos avanzados... encarnizándose de un modo espantosísimo al obstinada disputa de un palmo de terreno.

Los insurgentes de Morelos mientras más abatidos, exangües y debilitados, más furia nerviosa ostentaban..., aullaban de rabia; precipitábanse á lo más recio de las refriegas en las expediciones sobre los reductos, especialmente contra el del Calvario, siguiendo á los soldados de caballería en sus reconocimientos y aun á las mismas columnas mixtas de empuje, cuando se proyectaban los albazos... sorpresas impetuosas, cargas atroces aunque se hacían poner sobre las armas á todas las fuerzas enemigas...

Iban en tanto transcurriendo los días y bien pronto entraría la estación de lluvias que sería mortal para las tropas sitiadoras, compuestas de gente de tierra templada, que no podrían resistir semejante situación en *Tierra Caliente*, quedando aniquilada toda la expedición por las enfermedades y pestes de las aguas... Calleja, cada vez más sombrío, llegó á juzgar imposible tomar Cuautla, y con toda la rabia de su orgulloso espíritu militar, más de una ocasión meditó el plan de retirada para levantar el sitio de la rebelde Cuautla, donde tantos amigos valientes y firmes colegas habían perecido...

¡Aun el indulto llegó á ofrecer al jefe insurgente, rebajándose Calleja en su gran orgullo, y sin embargo, tuvo por respuesta olímpica frase que debió rebotar en su alma como un ingente ariete de bronce!

¡Morelos no capitularía nunca, ni habría de entregarse!.. ¡Cuautla entonces tendría que caer anonadada por el hambre, hecha pedazos por el fuego de los realistas...!

El 1° de Mayo, cuando ya el hambre y la miseria, la peste, la desolación, la podredumbre y la rabia loca se enseñoreaban de aquellos montones de escombros que sostenían piezas de artillería y espectros; después de setenta y dos días de sitio, sin un refuerzo, sin ningún auxilio; cuando ya no hubo cueros que comer, y se agotaron después de los gatos y perros, las ratas, los ratones, las lagartijas y las iguanas; cuando las yerbas y raíces enfermaban, y se mascaban la madera verde de los árboles... henchidos de heridos y enfermos las casas, las plazas, los salones y los conventos, las torres y las escaleras... cuando ya no hubo tiempo para enterrar los cadáveres ni aun en masa, ni en grandes montones como en los últimos días; cuando la única distracción y alegría consistía en ver desde cerca los combates contra los realistas, llevando las flores — que no podían ser comidas — á sus ensangrentados cuerpos... cuando ya era un cementerio defendido por sombras aquel siniestro caserío de Cuautla; cuando tamaños panoramas rojos tuvo ante sí Morelos, optó por salir con sus valientes de la heroica plaza, dejándola desierta...

¡No les entregaría una población; les abandonaba un cementerio épico, donde los mismos realistas plantarían enormes antorchas... las antorchas del incendio de la villa que habría de ser arrasada vilmente como la rebelde y bella Zitácuaro!

El general insurgente convino, en junta de guerra, abandonar cautelosamente la villa saliendo con todas las fuerzas de la guarnición entre el fortín enemigo del Calvario y el camino del pueblo de Amelcingo hacia el nordeste, burlando su vigilancia para dejarlo plantado y sin ventaja alguna ante un montón de ruinas que significarían el eclipse de la estrella militar de Calleja.

Reúnense las tropas insurgentes en la plaza de San Diego bajo la vigilancia de Morelos y sus jefes... Las órdenes se han ejecutado con asombrosa precisión y con el mayor aplomo y silencio... ¡los que han sido bravos bajo el fuego y la metralla, van tranquilos á desfilar á la luz de la luna, desafiando la vigilancia de los batallones enemigos; con cautela y serpenteando por entre las sinuosidades y asperezas de los caminos, entre cercas y antiguos baluartes, parapetos, espaldones y reductos que aun exhalan olor de pólvora y sangre!

Á las dos de la mañana se puso en marcha la compacta y negra columna... Y he aquí que van desfilando lentamente, — precedidas por los exploradores inteligentes de los montes surianos, muchachos de astucia admirable que casi se arrastran y suelen ver y escuchar desde leguas — las bravas tropas de la guarnición de Cuautla bajo la severa y tranquila inspección de Morelos que lo ha dispuesto todo con matemática precisión...

¡Una de sus más grandes victorias fué sin duda la de poder reprimir su tristeza, teniendo que abandonar aquella población tremendamente heroica, donde siempre el triunfo le fué propicio, halagado por el heroísmo de los valientes hijos de las montañas ó de las bravías costas del Grande Océano!...

Galeana, el siempre intrépido caudillo que se reía del peligro y juraba no conocer lo que pudiera significar el miedo, mandaba la mitad de la infantería, lo mejor naturalmente y más bien armado, puesto que debían abrirse paso á fuego, lanza y bayoneta, empujando las líneas enemigas con todo brío y sin el menor movimiento vacilante... Seguían los mejores jinetes lanceros que debían contener el impulso de los infantes,

continuando á todo galope para abrir ancho espacio á la multitud de vecinos ó peones mal armados... tras éstos iba el famoso « Niño » y otras dos piezas de artillería... Desfilaban luego los dragones escoltando á los heridos, enfermos, mujeres, niños y ancianos que marchaban en mulas, carros pequeños, asnos y caballos. Cerraba toda esta gruesa impedimenta que toleró la humanidad de Morelos, el resto de la infantería, — fuerte y dura retaguardia, — bien armada y dispuesta al combate... La flor y nata de la caballería insurgente, los más bravos, robustos y audaces jinetes de las escoltas de Galeana y Morelos completaban el cierre último del ejército... Los jefes principales con los hombres de su confianza iban intercalados, prontos á ponerse al frente ó á los flancos de la columna en marcha... Esta siguió el cauce del río; mas al llegar ante un zanjón, después de dejar á su izquierda, á lo lejos, el reducto enemigo del Calvario; cuando plantaban las viguetas para improvisar un puente, fueron detenidos por el *¡Quién vive!* de un centinela realista... No obstante que éste fué muerto al punto de un pistoletazo, á partir de ese momento se extendió la alarma en el campo realista que envió súbitamente á toda brida sus escuadrones para cortar la retirada á Morelos... ¡ y en vano hizo milagros el campeón insurgente; en vano se agrupó con los más bravos y astutos jefes para resistir y dejar el camino abierto á su exangüe ejército!...

Fué acorralado, estrechado y abatido entre las cercas de los caminos, por las veredas ó barrancos ó por las vías que iban á serpentear entre los cerros... Á la luz de la luna menguante, hubo espantosas matanzas. Los realistas, dueños al fin de la victoria contra la rebelde Cuautla, ejercían atroces venganzas, sobre todo

abatiendo los indefensos habitantes que marchaban entre las columnas...

Morelos estuvo á punto de perder la vida mil veces en aquella desastrosa retirada, en la que sin embargo pudo salvar buena parte de su guarnición... Obligado á entrar en las filas de sus valientes, rodeado por la abnegación y el heroísmo, burló al fin la persecución de las tropas de Calleja, las que en su rabia incendiaron la heroica Cuautla, no sin entrar á saco hasta en sus mismos templos.

Don Leonardo Bravo que fué uno de los que lucharon con más brío durante la terrible salida, defendiéndose con desesperación, acosado por la caballería realista que al fin lo capturó, fué llevado prisionero siendo tratado de una manera brutal é inicua ¡ cual si fuese un bandido!...

¡ Como siempre el cruel Calleja olvidó en su fácil triunfo sobre aquella Cuautla donde hubo de estrellarse su talento militar y su arrojo, olvidó la legendaria caballerosidad española, tratando como á un canalla cualquiera al noble prisionero enemigo que merecía atenciones y respeto por sus canas, su valor y la bondad de su corazón!...

¡ Qué lección habría de recibir el rencoroso jefe realista, de la nobleza insurgente, cuando el hijo de aquel héroe que iba á ser agarrotado en México, perdonara á los trescientos prisioneros que haría, en venganza del vil trato que los españoles dieron á su padre!

Cuautla fué el más grande pedestal de gloria para Morelos, haciendo llevar su nombre, como una esperanza de futuras victorias, á todos los insurgentes que se multiplicaban en el Norte y Centro de la Colonia.

Si no se hubiese retrasado la estación de lluvias, Calleja habría tenido que levantar el sitio, haciendo cambiar el giro de las futuras campañas.

Por otra parte Ignacio Rayón, que operaba cerca de Toluca, no intentó nada para ayudar á Morelos ó para llamar seriamente la atención del Gobierno Virreinal en rumbo opuesto, para que debilitase el ejército sitiador... El caudillo, abandonado á sus propias fuerzas, no encontrando colaboración en aquel militar tan prudente y acertado, tuvo que sucumbir á la fatalidad de las enormes fuerzas que le abrumaron con el hambre y la miseria... Y aun así no se rinde al enemigo, sino que lo burla, escapando de su formidable cerco para ir á llevar con su alma inspirada y alta, nuevos triunfos á la causa de la Libertad y la Independencia de la Nación Mexicana!



XVII

EL SITIO DE HUAJUAPAM

¡Por fin había sido arrasada la villa de Cuautla cuyo largo sitio disminuyó el prestigio del Gobierno español!... Por fin se creía haber abatido al coloso del Sur, al gran Morelos que se había erguido desafiando todo el poder virreinal!

Con semejante golpe creyó Venegas estar en vías del término feliz la insurrección, no obstante que por todas partes pululaban los jefes de guerrillas y de vastas secciones, — muchas de ellas perfectamente organizadas y ya veteranas en aquella guerra de escaramuzas y aisladas embestidas, sorpresas y demostraciones entre las selvas y montañas; — y otras que eran divisiones en forma, como las que operaban á las órdenes de Rayón, sobre Toluca.

Por todos los rumbos se espaciaban los indepen dientes y se oían sus gritos de guerra á las mismas puertas de las ciudades ocupadas por los realistas... Albino García en el Bajío había dejado, tras sus feroces correrías á sus tenientes cerrando los caminos del Interior... Los Villagranes, entre San Juan del Río y las

haciendas de Michoacán y de la Provincia de México... el heroico Torres con brillantes tropas bien disciplinadas multiplicándose, apareciendo cerca de Guadalajara, para desaparecer de sus perseguidores entre las sierras de Guanajuato, y una infinidad de caudillos nuevos, mayordomos de haciendas, administradores de minas ó curas de pueblos, sostenían el estandarte de la Rebelión Augusta...

Pero nunca todos ellos juntos, con todos sus elementos, sus hombres y sus jefes reunidos, podrían compararse con la importancia de Morelos que surgía titánico y único cual docto general y bravo adalid entre el caos y el desorden de los demás defensores de la causa insurgente.

Antes, Ignacio Rayón era quien absorbía la atención del Gobierno Colonial, ya por sus legítimas dotes militares, ya por su acrisolado civismo ó también por la audacia de haber creado la Junta Gubernativa de Zitácuaro, que daba un centro y una alma á la insurrección prestigiándola políticamente bajo la efímera invocación del rey Fernando — pálido espectro al que daba legendaria y poética vida la distancia y el espejismo de novelescas desgracias.....

Arrojado Morelos de su formidable posición de Cuautla, desalojada el águila de su eminente nido, allá tras los cíclopes eternos, — el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, — en dispersión los restos de su ejército, creyó el virrey haber dado fin al magno levantamiento.

Pero fué muy al contrario. La inaudita resistencia de esa ciudad ya célebre, memorable desde entonces en los rojos fastos de las guerras nacionales, hizo dar aliento á todos los que combatían, lanzando al campo siniestro de la guerra á los que antes vacilaran, prendiendo aun

en los ánimos más tibios y apocados, chispas de entusiasmo que incendiaron en altas y enormes llamaradas las regiones patrias, evocándose el grito de Hidalgo, confiando los insurgentes en la nación que tenía hombres como Morelos, que hacían maravillas en heroicas ciudades como Cuautla!

Morelos, en realidad, obtuvo un triunfo saliendo de Cuautla; y si dejó la mitad de su gente entre las barrancas y las rocas bajo las irritadas lanzas realistas, que más se cebaron sobre carnes de niños, mujeres y ancianos, también abrió ancha y mortal herida en el pecho de su adversario al que al fin burló gentilmente.

El jefe de los independientes, repuesto al punto de las fatigas en unos cuantos días, vuelve á su terrible plan estratégico de continuar sus campañas en las para él propicias sierras del Sur y Sureste, ganando más y más terreno, víveres y gente, haciéndose cada vez más popular y querido, adorado hasta el fanatismo!... Comprendía la excelencia de aquellas regiones para la guerra por la libertad... Allí, él sería siempre fuerte, temible, invulnerable... En lo más alto de sus montañas podría enarbolar el estandarte de la independencia sin que nadie osara ir á quitarlo de tan digno puesto... Desde aquellas vastas serranías que serían su más sólida, inatacable base de operaciones, iría avanzando hasta Oaxaca, opulenta provincia, regiamente dispuesta para ser el mejor trofeo del genio del caudillo suriano.

Después de haber permanecido en Izúcar, uniéndose con Miguel Bravo, tornó á Chiautla para vigilar las maniobras del realista Paris, que le amagaba, no sin cierta natural timidez y esperar un momento oportuno

para caer sobre Oaxaca. De aquel punto siguió á Chilapa, llevando á sus mejores tenientes, reclutando tropas y allegando refuerzos.

Serios, terribles combates se trabaron antes de poder entrar á aquella población que le recibió con todo entusiasmo, mientras sus últimos defensores huían dejando dueño á Morelos de toda la región que se extiende de Chilapa á las cercanías de Acapulco, pues Paris, medroso, abandonó Ayutla que empezaba á fortificar.

Pensaba el héroe dar justo descanso á sus fuerzas, prepararse para larga y dura campaña, acopiando todo género de pertrechos, cuando recibe aviso del valiente Trujano, — uno de sus subalternos más entusiastas y delirantemente fanáticos por la independencia y á quien había ordenado recorriese las abruptas serranías de los Mixtecas — de que sitiado en Huajuápam, se encontraba en la más desesperada situación, muerto de hambre casi todo el vecindario, sus tropas reducidas á la mitad y á punto de ser atacado por los realistas sitiadores.

Valerio Trujano era uno de esos valientes arrieros, nacidos en los campos, educados ante el peligro de las grandes caminatas por los desiertos de las montañas, las barrancas ó las inmensas llanuras, sostenido por el espíritu de mando para con sus gentes, buen jinete, excelente manejador de toda clase de armas, amante de la vida libre y nómada, poseyendo como un árabe del Asia un espíritu fanático hacia dos religiones : la del Cristo de la fraternidad humana y la de la patria libre y respetada.

Esta gran revolución de nuestra independencia, debemos repetirlo , hizo surgir todas estas almas

ignoradas y grandes, capaces de todas las abnegaciones, templadas en todos los combates, enamoradas de su patria, solemnemente enérgicas y puras!

De no haberse verificado el cataclismo ¡cuántos grandes espíritus hubieran continuado su sueño vegetativo, ignorados y obscuros, sin que nadie, ni aun ellos mismos, hubiesen adivinado su potencia!...

Trujano, al oir el grito de guerra de Hidalgo, monta su pequeño caballo, requiere el viejo machete que afila convenientemente, limpia la escopeta venerable y, colgándose al cuello innumerables escapularios bien provistos de reliquias, novenas y rosarios, porque es todo un ferviente católico de la época, corre á servir en las filas de los que combaten por la independencia del lugar en que nacieron sus padres, donde él vive y donde vivirán sus hijos, sintiendo que con ello no hace sino cumplir con su deber, por no ser digno soportar despotismos de amos desconocidos, de extranjeros jefes que le arrebatan lo que más ama!...

Unido á Bravo y al padre Tapia, estuvo sitiando Yanhuitlán, que iba á ser tomada cuando hubo que levantarse el sitio... Trujano, posesionado de importantes desfiladeros, estorba el paso á los realistas que intentan circular entre aquellas comarcas tan ricas, y destroza y avería sus convoyes cuando no logra apoderarse de ellos.

Fué el que con más energía protestó contra el bandidaje ó el egoísmo de algunos jefes insurgentes.... era extraordinariamente probo... no admitía en sus filas sino gente sana, robusta, inteligente, honrada y sobria... Por eso eran muy pocos los que tenía directamente á sus órdenes. ¡Pero qué banda la suya! Tranquilos y bravos bajo el fuego, hacían ellos

estragos en el enemigo, sin alardes de fiereza ni fingida hipocresía, soportando con igual serenidad las más tremendas embestidas enemigas, aun las cargas á la bayoneta, animados por la severa voz de su caudillo que les recordaba la tierra que debían defender y el cielo que ganarían muriendo como buenos!...

Extrañamente simpática es la figura de este héroe religioso y patriota, digno y épico, de un valor estupendo que excita á los suyos al sacrificio, fija la vista en el combate, machete en mano, repartiendo la muerte con singular tino, en tanto que algo de su conciencia sueña con las beatitudes celestiales!....

Rezaba constantemente, pero sin perder el tiempo, pues era de una actividad infatigable, educado en la nueva y genial escuela de Morelos, cuyo talento reconocía sin la menor sombra de envidia... Así logró dar consecutivamente dieciséis ataques triunfales sobre los realistas, tomándoles armas, cañones, víveres y dinero. Separado de Bravo, ocupó Huajuapam, pueblo bien provisto de defensas naturales, llave de muy importantes regiones que abarcaban puntos ricos, tendiéndose por las cordilleras y valles de Oaxaca.

En esta ciudad, Bonavia, jefe de brigada realista, alarmado por los éxitos de Trujano, que se erguía en Huajuápam cada vez más fuerte, resolvió aniquilarlo al momento, antes de que pudiese conquistar más poblaciones y fuese á auxiliar á los insurgentes que se multiplicaban al Norte y Occidente.

Reunió más de mil quinientos hombres formando una división de infantería y caballería, más veinticinco cañones que á las órdenes del comandante español Régules, intentaron atacar Huajuápam el 5 de Abril de 1812, cooperando también en compañía de

ellos el realista Caldelas, que, atento á las órdenes superiores, se incorporó muy á tiempo.

Este había levantado gente en la costa del Pacífico. Iban también centenares de peones de las haciendas del Sur cuyos propietarios eran españoles, así como notablemente figuraba una brigada religiosa integrada por sacristanes, monaguillos, legos, porteros y toda la ínfima clerigalla que hacían la corte á los sirvientes de los prelados.

Teniendo que ponerse sitio en regla á la villa de Huajuápam, sólo después de una semana de obras activas ejecutadas día y noche, pudo romperse el fuego situándose Caldelas en el Calvario, al Norte; en el Poniente Esperón; al Sur, Vega y al Este Régules.

Los certeros cañones realistas enviaron sin cesar constante lluvia de granadas, sin atreverse los sitiadores á intentar un ataque á fondo no obstante que los sitiados no tenían una sola pieza de artillería.

¡ Pero qué habilidad para la resistencia! ¡ Qué prodigios de ingenio para hacer creer que contaban con numerosas fuerzas y gran cantidad de municiones que fingían economizar para ser los últimos en abrumar con lluvia de fuego á sus enemigos!

Trujano parecía un monje de las cruzadas, tranquilamente heroico, reglamentando á toque de campaña el servicio, repartiendo los víveres á la población que tomó las armas, ejerciendo gran vigilancia, sin dormir, vivo y dispuesto á resistir ataques simultáneos, reparando las trincheras, impertérrito bajo la metralla, fiel imagen de Morelos en aquella segunda Cuautla!

Le amaban con frenesí los suyos y él á su vez exigía supremos sacrificios... Cuando llevaba su gente al combate era porque sabía por extraña adivinación que

la traería mermada, pero victoriosa... La hacía acometer en el nombre de Dios y de la Virgen, y así no era raro que se realizasen estupendas hazañas... En vano los sitiadores, no obstante los refuerzos que les llegaban constantemente, quisieron hacer que los insurgentes evacuasen Huajuápam. El hambre llegó á ser tremenda, la peste se declaró y lo mismo que Cuautla se convirtió la villa en cementerio.

Á principios de Julio, después de tres meses de terrible resistencia, estaban tan tranquilos los defensores, reducidos á la tercera parte, como al empezar el sitio, más confiados que nunca en el pronto socorro que les daría el triunfo. Aquí se comprueba ese axioma militar de que, en el soldado, la fe en sus jefes y en su superioridad hace tales prodigios que equivale á tener por cierta la victoria... Los valientes de Trujano tenían tal confianza en su talento y en su corazón generoso, que pasmaban á los realistas avanzando con tal orden y bravura, incapaces de vacilar un segundo, hacia donde se les mandaba, encomendándose á la Virgen, que desconcertaban á los jefes ante aquel espectáculo incomprensible para ellos!

Morelos mismo acudió á sostener Huajuápam, enviándole por conducto de astutos y osados emisarios la nueva de su refuerzo para que cobrase más aliento y se aprestara á cooperar á la operación.

El 23 de Julio, la vanguardia al mando de Miguel Bravo y de los padres Tapia y Sánchez, se presentó rompiendo el fuego contra la posición del español Caldelas, quien con toda calma, como experto veterano, fingió hallarse comprometido, resistiéndole de frente en tanto que flanqueaba en hábil vuelta ofensiva á sus asaltantes, rechazándoles y arrancándoles dos cañones.

Durante la noche se prepararon insurgentes y realistas á un combate general y decisivo. Morelos, que llegó con su división de mil y tantos hombres, dispone cuatro columnas que atravesaran por otros tantos puntos á todo empuje, con la orden de estar reunidas en el centro del pueblo al mismo tiempo... Así se efectuó, emulando los jefes en arrojo temerario... Galeana tuvo la faena más briosa de embestir las trincheras de Caldelas, quien esta vez fué arrollado con los suyos, pero saliendo á primera fila ante la carga de los duros costeños de Galeana, abriendo claros con su ensangrentado machete, muere al fin en la punta de una lanza insurgente gritando heroico: ¡ Viva España!

Bravo ataca como un tigre las líneas de Esperón, desafiando la metralla, seguido de furiosos jinetes que tomara la artillería del puesto... Vicente Guerrero conduce su columna, sin cejar, abrumado por fuerzas superiores, hasta unirse con la reserva de Trujano y los jinetes de José Galeana, hermano de Hermenegildo, en tanto que el núcleo de la guarnición mantiene una lucha empeñosa contra el jefe sitiador, Régules, quien con su poderosa guardia se mantenía dispuesto á aplastar á su agresor, falto de armas de fuego... Pero Hermenegildo Galeana después de aniquilar á Caldelas se deja caer con sus lanceros del Sur sobre la retaguardia de Régules. Esperón se unió á él, pero para recoger la guardia y emprender la retirada á toda brida rumbo á Yanhuitlán, abandonando las épicas ruinas de Huajuápam, donde se mezclaban á los repiques y rezos, los cantos y dianas, los cohetes y la colosal gritería de los entusiastas vencedores.

Morelos, á fuer de buen táctico, aprovechó la victoria destacando al instante al mismo Trujano con los

mejores jinetes y caballos, para no dejar descansar á los realistas, que no tuvieron tiempo ni fuerza para fortificarse y que emprendieron de nuevo la fuga, acuchillada su retaguardia por los insurgentes hasta muy cerca de Oaxaca, dejando en el camino más de cuatrocientos muertos.

Treinta cañones, mil fusiles, almacenes con parque y víveres, centenares de cabezas de ganado, cuatrocientos prisioneros, caballos, lanzas, instrumentos de zapa y aun plata en barras y acuñada, constituyeron las ganancias materiales de este triunfo logrado sólo por la rara entereza, valor, inteligencia y constancia de Trujano.

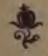
Pero lo más notable y trascendental fué el golpe estratégico de abrirse camino hacia Oaxaca, dominando todas las intrincadas sierras que, como gigantesco valladar se tienden separando las fértiles y ricas regiones que terminan en Tehuantepec, de Puebla y México... ¡Medio reino iba á ser del insurgente!... El coloso que creía Venegas deshecho en Cuautla, se erguía más terrible y soberbio en Huajuápam, á las puertas de Oaxaca... y esto en el momento en que no bastaban las tropas virreinales á sostener las embestidas infinitas de los jefes insurgentes del Centro, de Oriente y de Occidente!

El virrey y sus generales, lo mismo que los jefes insurgentes creyeron que Morelos tomaría el camino de Oaxaca para apoderarse de tan rica presa, una de las principales plazas, mas no fué así... Su mirada inteligente y serena abarcó la complicada situación y pudo comprender con admirable tino que iría á exponer en una aventura peligrosa todo lo ganado... Lanzarse en guerrera punta hacia Oaxaca dejando á su

espalda, por Puebla y el Pacífico, á Llano y Paris, era jugar una partida que bien podría perder. Debía evitar encuentros campales con fuertes divisiones, limpiar el Sur de enemigos fatigándolos, obligándolos á diseminarse, mostrándoles cebos que mordieran para ir aplastando una tras otra sus partidas, sin abandonar su gran teatro del Sur, en tanto que allá, adelante de México, las guerrillas sueltas se multiplicaban más y más á las noticias de triunfos que hacían del ex-cura de Carácuaro un gigante de la guerra.

Se dirigió hacia Tehuacán, el punto excelente, el centro en que dominaba con todas sus fuerzas, rodeado de sus mejores tenientes, Oaxaca, Orizaba y Puebla, logrando amagar el camino real de México á Veracruz, cuyos convoyes podría, como lo hizo, interceptar con gran éxito.

Desde Tehuacán estaría pronto para embestir sobre las tropas aisladas que fueran á caer en sus redes, dispuesto también á aprovecharse de cualquier circunstancia para dar uno de esos golpes fulminantes que deciden súbitamente toda una campaña.





D. Nicolás Bravo,

General de división de la República Mexicana, cuyo empleo se le dió después de la Independencia.

XVIII

TEHUACÁN, ORIZABA Y ACULTZINGO

CAMPAÑAS DE MORELOS.

Es culminante y avasalladora la posición de Morelos en Tehuacán en Agosto de 1812, después de haber triunfado plenamente sobre las fuerzas realistas, al grado de haberse aproximado á Oaxaca, dueño de los estrechos desfiladeros y de las poblaciones que vienen á ser llaves prestigiosas de semejantes puertas... Es culminante, dominadora y terrible su situación en aquel pueblo aparentemente insignificante...

Pero este admirable guerrero sabe aprovecharla aun más de lo que parece, desconcertando á sus mismos amigos y tenientes...¡Hélo allí, que los lanza á Norte y Sur... al Norte, á los de más bríos; hacia el Austro, á los acostumbrados á los tórridos climas... á sus hombres de confianza con bandas que hostilizarán á su frente los puestos enemigos formando extensa cortina de insurgentes, de donde vendrán al centro director las noticias de las operaciones del realista... Morelos ha sorprendido ya el plan de Calleja, — plan tan audaz y terrible

contra los insurgentes, en un principio, y tan peligroso para los mismos que por él quisieron salvarse : — el proyecto de armamento general en toda la Nueva España, de todas sus poblaciones, desde el ínfimo rancho hasta la capital de Provincia... Porque Calleja había insinuado al Virrey Venegas, después de observar con limpio ojo táctico el teatro de la guerra, adivinando las gigantescas proporciones que había de adquirir, que ante semejante avalancha revolucionaria, ante el soberbio empuje del pueblo que se arrojaba sobre las poblaciones, rompiendo los antiguos diques y las viejas murallas que oponían la superstición y las costumbres de obediencia secular al dominio español; que ante semejante peligro, se armaran á su vez los pueblos, las villas, las ciudades y capitales; reuniéndose los súbditos con sus armas formando compañías, secciones, escuadras, pelotones ó diversos grupos, que integraran unidades militares organizadas bajo un régimen igual al de los batallones Provinciales; nombrando sus jefes y oficiales natos entre las personas más caracterizadas y de más brío — entre veteranos si era posible — debiendo hacer sus ejercicios militares en las horas más á propósito, en los días de descanso ó festivos; adiestrándose en el manejo de sus armas, en el estudio del reglamento de maniobras y en las prescripciones de rigor para la disciplina y subordinación.

Venegas había aceptado tácitamente en parte aquel proyecto de organización militar en las provincias de la Nueva España, y, como debe suponerse, tuvo gran éxito su idea... Estaba en el interés de los españoles de todos los pueblos, ranchos y villas, reunirse, llamando á su lado á los americanos que tenían intereses vinculados con los suyos, contando como tropa ínfima

con sus dependientes y servidores, — á quienes hacían ver los estragos que ocasionaban los que eran considerados por los realistas, como bandidos perversos, ultrajadores de la Religión. ¡Fué atinada y siniestramente política la idea de Calleja, quien así pudo poner sobre las armas, adiestrándola en ellas y sujetándola á la disciplina, á la parte más vigorosa y sana de la Colonia!

Véase cómo influye en la Guerra la Política... véase cómo Calleja, de este modo, desde un principio, en San Luis levanta fuerzas extraordinarias aparte de las que oficialmente le dan las leyes... Él pudo inculcar en los americanos que poblaban aquellas regiones, casi desiertas entonces, espíritu de resistencia, de odio hacia los insurgentes de Hidalgo, y más tarde de Rayón y de Morelos, haciendo de aquellos *Patriotas de San Luis* un cuerpo tan compacto, tan unido, tan fogoso y al par tan sereno y bravo, que se hizo célebre, atrozmente célebre, sobre todo con el nombre de *Los Tamarindos!*... Cuando Calleja los lanzaba hacia algún punto del combate, ya sabía que aquellos hombres de los campos, vestidos con piel de gamuza, volverían victoriosos... ó no volverían acaso, pero siempre logrando el objeto táctico á que los destinara. Era que estaban animados por jefes indómitos, de espíritu militar firme y alto, como debe ser... ¡Ah! citamos á estos valientes con tristeza profunda por haber sido lanzados contra sus propios hermanos: los insurgentes... pero de ello no son culpables... ¡fueron también soldados mexicanos que murieron todos por una causa abominable, mas cumpliendo con su deber de soldados, heroicos adalides inconscientemente traidores!

Por todas partes se armaban los egoístas, los que

temblaban á la idea de un nuevo gobierno... y se improvisaban campeones y tropas, las que bien pronto quedaban poderosamente constituídas para acometer y resistir á los insurgentes que ya se alzaban terriblemente impetuosos, hormigueando en innumerables guerrillas.

Morelos fué el que con plena clarividencia comprendió el plan de Calleja, viéndolo fructificar; pero al mismo tiempo se alegraba ya de que aquella espada temible iba á tener un filo más... Todas aquellas fuerzas americanas armadas contra la Insurgencia se volverían muy pronto contra el Centro despótico que pretendía ser único distribuidor de honores, privilegios y recompensas, á la hora en que indefectiblemente postergara á los más bravos y serviciales... Entonces... ¡ah! entonces, con la conciencia de su poder y con el conocimiento de lo que son los derechos adquiridos precisamente en las batallas contra los hermanos, los mismos defensores del viejo yugo volverían la espada contra el amo antiguo, desconociendo al jefe español!

Morelos se aprovechó de esos mismos americanos que se habían armado contra los suyos!

En Tehuacán multiplica sus provisiones; recibe á los *rancheros* de las haciendas cercanas; expide proclamas y hace irradiar de su Cuartel General, bizarros y humildes soldados con la misión de ir formando en torno de ellos, sólidos cuerpos expedicionarios.

Habiendo sabido que el valiente jefe realista Labaqui va á pasar de Veracruz á Puebla conduciendo caudales y correspondencia, comisionó al joven Nicolás Bravo, — hijo de Don Leonardo — para que le atacase arrancándole la correspondencia.

Labaqui, con trescientos sesenta hombres y algunos

cañones, se fortifica en el Palmar, — repentinamente sorprendido, á causa de una magnífica y atrevida marcha nocturna ejecutada por los insurgentes — en las últimas casas del pueblo á cuyas inmediaciones aparece Bravo, ocupando el dominante cerro del Calvario, desde donde bate con firmeza al español. Tras feroz resistencia y previa audaz carga á cuchillo, caen rendidos los realistas que no han muerto... Labaqui al gritar: ¡ Viva el Rey! rodó tras la puerta de una casa, abierto el cráneo de un sablazo, vigorosamente asestado por un capitán insurgente.

Bravo, días después, expedicionó por Medellín, triunfando de nuevo de la escolta de un convoy realista que arrebató con éxito; organizando la campaña, viviendo por entre las boscosidades de aquellas regiones, amenazando el camino de Veracruz á México, obteniendo siempre pingües trofeos.

Morelos, desde Tehuacán, seguía dirigiendo hacia todas partes rápidas expediciones en pos de víveres y triunfos, como un semidiós que estuviese arrojando águilas á todos los vientos y á través de todos los huracanes!

Fué por entonces cuando pereció trágicamente aquel Valerio Trujano defensor de Huajuápam, aquel supremo y rudo adalid que supo sostener durante cien días el más feroz cerco de fuego y acero que hubieran soportado los insurgentes... ¡irguiéndose con sus valerosos mixtecas!...

Trujano, enviado por Morelos á evitar que los realistas excursionasen por Tepeaca, es atacado por fuerzas superiores en el *Rancho de la Virgen...* defiéndese varios días al lado de su hijo, hasta que, habiéndose incendiado la casa que les servía de reducto, salen, ante

la fusilería enemiga, el héroe y los suyos, regando cadáveres,.. Ya monta á caballo, mas notando que su hijo queda dentro del fuego, vuelve á salvarlo, pero muere en la demanda, acribillado á balazos, cerca de las llamas que iluminan al que desaparece para siempre : ¡al inmortal caudillo y venerable padre! — (7 de Octubre de 1812.)

El joven Nicolás Bravo que expedicionaba por Veracruz, teniendo su cuartel general en Medellín, realizó también en aquella época un acto inaudito, inmortalmente sublime en los Anales de la Guerra y de la Humanidad — ¡ único efectivamente en la Historia!

Don Leonardo Bravo, su padre, había sido hecho prisionero después de la retirada de Cuautla, y el Virrey, sin atender la propuesta de canje que le ofrecía Morelos, dando ochocientos prisioneros españoles por la vida del héroe insurgente, lo hace ejecutar como á un ladrón : ¡ en vil *garrote!*

Morelos ordena entonces á Nicolás Bravo que pase á cuchillo á los trescientos prisioneros realistas que tiene en su poder, cual justa represalia; pero el valiente Don Nicolás, joven al fin, dominando su dolor y sus anhelos de venganza, forma á los prisioneros enemigos, los mismos del bando que *agarrotó* vilmente á su padre, y les dice que no sólo les perdona la vida, sino que en venganza les otorga la libertad!...

Parece inverosímil este episodio maravillosamente consagrado por la severa Historia... ¡ejecutó la sentencia de vida y libertad!...

¡Qué venganza! ¡Qué represalia!

¡Es hondamente patético, es inmortal Nicolás Bravo,

perdonando á sus enemigos, cuando sabe que los de ellos han ejecutado villanamente al padre del que los tiene, para fusilarlos!... ¡oh! sí... pero las experiencias de estas sombrías guerras enseñan que no es así cómo se abaten esos feroces enemigos que llevan á fuego y sangre todo lo que les resiste!... ¡Es preciso responder al golpe con otro golpe más terrible!

Sólo las juventudes candorosas y sencillas, aun en el esplendor de sus triunfos épicos, pueden tener el lujo de esas generosidades tan raras, y por eso mismo, en su excepción, logran éxito, y son eternas!

Morelos, ya fuerte y aguerrido para dar las acometidas á fondo que meditaba, engaña á sus enemigos moviéndose de Tehuacán en persecución de convoyes y cortas escoltas realistas, fingiendo distraerse con aquellas presas, en tanto que aseguraba su plan, fijas sus pupilas de águila en Oaxaca, cuya rica provincia valía todo un reino.

Al efecto persigue á Porlier, después de recibir rico botín en barras de plata que le envían los insurgentes victoriosos de Pachuca : — Serrano y Osorno.

Sale y entra á Tehuacán el incansable caudillo... Ya acomete por los caminos del Norte, ya retrocede y se aparta por entre los montes y cañadas, dejando estupefactos á sus mismos enemigos con aquellas marchas y contramarchas, que siempre tienen éxito feliz, pues en torno suyo hay inmenso pánico ante la vasta zona donde él es el amo.... De repente reune buen número de tropas y cae como una avalancha sobre Orizaba atacando vigorosamente *El Ingenio*, donde hizo suya la guarnición realista.

Al día siguiente bate con unos cuantos cañones

desde el cerro del Borrego, la ciudad, ordenando al valiente Galeana que tomara la Puerta del Poniente, en tanto que sus hermanos flanqueaban las posiciones centrales del coronel realista Andrade, quien hizo cargar con denuedo su caballería contra la de Galeana que avanzaba victoriosa.... Aquella fué arrollada y Andrade se retiró por el camino de Córdoba, adonde la persiguió sin descanso la reserva insurgente, acuchillando la escolta de aquél, hasta muy cerca de esa población.

Morelos permitió el saqueo de algunos establecimientos de Orizaba que significaban elementos de riqueza para el Gobierno Virreinal, mandando prender fuego á los almacenes de tabaco que tenían un valor de centenares de miles de pesos.

Más de mil fusiles, cajas de parque, caballos, víveres y equipo en abundancia, encontró el caudillo después de aquel ataque, cuyo triunfo, más que del valor de los suyos, fué de su admirable estrategia.... El experto general procuraba siempre atacar *á lo seguro*, por combinaciones que revelan un talento militar de primer orden, sin exponer su gente... ¡listo ante todo para la retirada!

De allí esas fogosas, esas fulminantes embestidas súbitas que parecen ser obra del azar y que tantos escritores achacan simplemente á la fortuna de los jefes.... No... esas victorias de Morelos, tan fáciles al primer golpe de vista, pasman por la prudente expectativa condensada en vigilancia, previsión y estudio que les han precedido, siempre al acecho de los movimientos del enemigo para aprovecharse de cualquier falta.... ¡Nada se escapaba á su perspicacia! ¡Siempre sabía descubrir el punto vulnerable!

El Campeón del Sur, esperando su hora, maniobró complicadamente, destacó sus mejores tenientes en diversas expediciones... él mismo acometió empresas varias por opuestos rumbos y por fin, cuando fué preciso, atrajo toda la atención del enemigo con su osado golpe sobre Orizaba.... Su objeto era llamarle poderosamente la atención envolviendo su plan de ataque.

Y en efecto, viendo separado al caudillo insurgente, de Tehuacán, y amenazando Puebla, el coronel Águila, que mandaba el gran convoy que había atacado el e fe independiente días antes, deja á Porlier con poca fuerza, escoltándolo, y va á perseguir á Morelos al frente de mil quinientos soldados de los batallones de "Marina", "Asturias" "Granaderos" y "Guanajuato", amén de algunos dragones de "México", "Puebla" y "San Luis", llevando á vanguardia seis ú ocho cañones.

El Brigadier Llano le mandó además, desde Puebla, un refuerzo de ciento cincuenta jinetes, más parte del Batallón de "Zamora", escogiendo gente veterana, muy hecha al fuego... ¡como que se trataba de entrar en lid con Morelos!

En las cumbres de Acultzingo, en lo alto de empinado cerro que tiene en su cima una meseta á propósito para maniobrar dominando el camino real, pero que está flanqueado por gargantas de abruptos peñascales, el jefe de los independientes se situó en masa, abocando sus cañones al frente, dejando otros en las vertientes con útiles reservas integradas por sus mejores tropas para expeditar la retirada, debiendo salir éstas á romper el fuego en el momento en que fuera á ejecutarse el asalto del enemigo.

Avila atacó en tres columnas; dos flanqueadoras que

treparon con furia por las asperezas de los cerros, y la otra al centro, empujada con brío á los gritos estentóreos de "*¡Viva España!*" *¡Á ellos! ¡Viva el Rey! ¡Viva la Religión! ¡Viva Nuestra Señora de los Remedios!*" siendo recibidas por la fusilería y la metralla de los insurgentes, firmes en sus puestos, tras las rocas, gritando también con todo el entusiasmo de sus corazones : *¡Viva la América! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!*"

Encarnizada fué la lucha.... Atacó con tal impetuosidad la columna del centro, combinando de tal modo su acometida con las de los flancos, que las primeras líneas insurgentes cedieron, completamente destrozadas; pero entonces Morelos llamó á los suyos... á sus más queridos soldados... y alentándolos con su voz de trueno hizo contener á los victoriosos realistas que á su vez fueron acribillados y despedazados.... En su ayuda suben los escuadrones "México" y "Puebla", cargando varias veces sin lograr avanzar.... Y en tanto Morelos había hecho dirigir los ricos bagajes y su infantería más fatigada, por seguros caminos, escapando á las respetables fuerzas realistas que hubieron de quedar maltrechas en las Cumbres, aun después de su victoria, que tan bien sirvió al Caudillo insurgente en sus planes de campaña.

¡Hasta este instante sólo él sabía cuáles eran éstos y el gran objetivo de todas sus ulteriores maniobras!

XIX

ASALTO Y TOMA DE OAXACA

Morelos, en su estratégica posición de Tehuacán, después de la acción de armas de las Cumbres, reorganiza sus tropas, llama á los que expedicionan, espía al enemigo y cuando sabe que por fin va á ser atacado en aquel punto por lo mejor del ejército realista que el Virrey Venegas había dispersado por todas partes en pos de las guerrillas — que se multiplicaban más y más, combinando con Rayón sus movimientos — resuelve fulminar á sus enemigos acometiendo de súbito Oaxaca, cuya guarnición está ya henchida de orgullo creyéndose inabordable y fortísima, después de varios meses de trabajos de defensa y organización de nuevas tropas, efectuados por doctos jefes españoles.

Las divisiones de Matamoros y Miguel Bravo, compuestas de aguerridas fuerzas que habían peleado en torno de Izúcar y Taxco en diversas excursiones, se replegaron concentrándose en Tehuacán; Matamoros llevó dos mil quinientos surianos bien armados y nueve cañones listos para dar buen destino á sus proyectiles y metralla. Miguel Bravo condujo sus

miles de indómitos indios *mixtecas*, — rudos hijos de las montañas, — apenas armados con flechas y hondas, y sus jefes con machetes y lanzas; pero qué firmeza y qué terrible valor el de aquellos oaxaqueños que idolatraban desde hacía siglos sus empinadas sierras, donde para ellos los eternos truenos de las tempestades son los gritos de los dioses clamando... « ¡ Libertad! »...

¡ Fueron siempre valientes guerreros esos *mixtecas* de las montañas, donde todos los ejércitos usurpadores, desde los aztecas del tiempo de Ahuizotl, hasta los españoles, habían encontrado tenaces é indómitos enemigos!... ¡Siempre se batieron como tigres de las sierras!

Miguel Bravo, lo mismo que antes el inclito Trujano, los atrajo á la defensa de la noble causa, y ellos se unieron con gusto al ejército de Morelos.

Este pudo contar al fin en Tehuacán, con cinco mil hombres y cuarenta cañones, teniendo como subalternos y segundos, jefes hábiles y osados como los Galeana, los Bravo, Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero y Manuel Mier y Terán, comandante éste de la Artillería, saliendo el ejército el 10 de Noviembre rumbo á Oaxaca.

El caudillo pasó antes minuciosa revista y dió á todos palabras de aliento; y bien estudiado su plan, á la hora precisa lo principió.

Jamás pudieron creer los jefes realistas que su terrible adversario, al abandonar súbitamente su afortunada plaza de Tehuacán, intentase atacar Oaxaca y mucho menos después de los numerosos refuerzos que había tenido su guarnición y las admirables obras de defensa ejecutadas sabiamente por técnica dirección,

bien artillados sus fuertes, trincheras y reductos por más de cuarenta cañones y abundantes granadas, bombas, cohetes incendiarios, minas, barrenos y otra infinidad de peligrosos *ingenios* y útiles de lanzamiento que hacían inexpugnable la plaza, no ya á las pobres y mal armadas tropas insurgentes, pero ni á todo un cuerpo de ejército, provisto de artillería de batir, cuerpos de ingenieros habilitados de instrumentos y con jefes capaces de dirigir las operaciones de un sitio en toda forma.

¡Ni menos habían de creer que Morelos se aventurara en las fragosidades de las abruptas sierras que la protegen con tremendos murallones, franqueables sólo por estrechísimos desfiladeros y pasos peligrosos, por las faldas y vertientes de las montañas!

Pero he aquí el genio estratégico que hace del héroe de Cuautla el primer talento militar de nuestra gloriosa Independencia: contando con esa incredulidad, después de halagar la ignorancia de los realistas con maniobras hábiles, opera su marcha audaz sin comunicar á nadie el objeto definitivo de su expedición, creyendo todos, aun los mismos suyos, que sería hacia Acapulco... ¡Mas no, es mucho más importante el golpe!

Emprende marchas durísimas por entre las quiebras, en plena sierra, por entre peñascales agrios conduciendo la artillería á brazo de infatigables *mixtecas*.

Si los realistas hubiesen tenido un jefe de talento, habría destruído á Morelos en aquellos desfiladeros, tras jornadas terribles y dobles caminatas. Después de catorce días, acampa ante los cuarenta y dos parapetos de Oaxaca, habiendo ocupado Etla, desde donde se ven las maravillas de su hermoso valle.

Hambres, miserias, atroces luchas contra las co-

rrientes de los crecidos ríos de las Vueltas, de Quiotepec y de Cuicatlán, esfuerzos inauditos por obtener en las rocallosas vertientes el acceso á las cúspides de las montañas; todo fué después motivo de entusiasmo infinito para el ejército insurgente, cuando, traspasadas las cordilleras, dominó el magnífico valle de Etla.

Morelos intima rendición, el 24 de Noviembre, á Bernardino Bonavia, jefe de las armas, Gobernador de la plaza, y no habiendo contestado aquél, el caudillo insurgente dicta sus disposiciones para el asalto que se dará el siguiente dia, bajo esta orden á todos los jefes de las columnas : *¡ Á acuartelarse en Oaxaca!*

¡ El héroe tenía seguridad en la victoria!

*
* *

La opulenta ciudad, una de las más ricas de la Colonia, experimentó un terror enorme, si se quiere más horrible que el que sufrió Guanajuato ante las masas de Hidalgo, ó Puebla, meses antes ésta amenazada por las tropas de Morelos.

¡ Era el pánico de lo imprevisto, lo inaudito surgiendo del que apareció poco antes á los ojos de sus enemigos como un vencido!

Los mismos jefes realistas estaban estupefactos é inquietos, desconcertados por la audacia de aquel improvisado guerrero que osaba burlarse de los principios de la estrategia, la organización militar y la táctica. ¿Cómo era que se atrevía á atacar tan de improviso una ciudad tan bien fortificada y artillada, y con tan excelente y numerosa guarnición?

¡ Y sin embargo, el prudente y sereno Morelos, el

tranquilo y firme defensor de Cuautla, iba á tomar uno de los más hermosos aspectos de su épica existencia : el de la impetuosidad y la furiosa audacia en la acometida!

Nada más sencillo que su plan de ataque... Toda debía ser obra de simultaneidad vigorosísima en el impulso... Numerosas columnas deberían cargar al propio tiempo por todas partes, convirgiendo á la ciudad, llevando en las alas, intervalos y retaguardias, la caballería... al frente los cañones, los indios *zapadores* cargando vigas, escalas y enormes piedras amén de aparatos de incendio, con brea, aceites y maderas resinosas (aunque afortunadamente no hubo necesidad de apelar al incendio para el logro del triunfo).

El coronel Montaño, en la falda del cerro de la Soledad, fué con su caballería á cortar el agua y cerrar el camino de Tehuantepec... Una parte de la artillería sostuvo los avances de las columnas, y Morelos, con sus reservas, — lo más granado de sus fuerzas, — se instaló ante el Fortín de la Soledad á cuyos fuegos contestaba una batería insurgente al mando del mismo Mier y Terán.

Es imposible detallar en este bosquejo los brillantes episodios de las columnas mexicanas asaltantes... todas fueron á embestir, con un denuedo inaudito, trincheras y fortalezas, ocupándolas unas tras otras, después de un empuje vigoroso que hacía que las refriegas fuesen vivísimas pero rápidas, desconcertando tanta furia y arranque á los realistas, que huyeron produciendo al instante el pánico, sin dar tiempo á que Bonavía empleara sus reservas ni hiciese jugar su artillería, teniendo él mismo que desalojar el fortín de la Soledad, retirándose al centro donde reinaba el terror.

Escuchábanse por todos los barrios los gritos de triunfo de los insurgentes cuyos cañones barrían á los realistas.

Ramón Sesma, al frente del regimiento de San Lorenzo, atacó el alto fortín de la Soledad, sostenido por los fuegos de la batería dirigida por el mismo Mier y Terán; hacia la calle del Marquesado avanzaron á paso veloz las impetuosas tropas de Matamoros y los Galeana, trabando encarnizado combate ante el ancho parapeto que la cerraba vomitando un fuego espantoso... Larios atacó por el rumbo de la Merced... en tanto que Miguel Bravo, con los indomables mixtecas, apoyaba enérgicamente las primeras columnas, no permitiendo que se detuvieran un segundo, impulsándolas á las trincheras bajo la granizada de plomo y muerte, animándolas con sus potentes gritos de combate que repetían sus tropas ebrias de furor... en las calles, enfilándolas...

¡Todo fué del asaltante!

El único punto que resistía era el edificio del *Juego de Pelota*, ante cuyas defensas y fosos se detuvieron las secciones de Guadalupe Victoria, quien loco de rabia por no poder entrar, diezmada su gente por la oculta fusilería del enemigo, hacía milagros de valor impulsando á sus soldados, en tanto que se escuchaban ya los alegres repiques por el triunfo de las otras columnas vencedoras.

Entonces, delante de su tropa, arrojó su espada hacia la trinchera de los contrarios, gritando:

—*¡Muchachos, va mi espada en prenda!... ¡Voy por ella!*

Y se echó á nado al agua del foso bajo una lluvia de balas... ¡Su denuedo hizo milagros!

—¡Á seguirlo! ¡Á seguirlo! gritaron los más valientes, y se arrojaron también dando ejemplo al resto, que cubrió el foso y fué luego á encaramarse sobre los parapetos tras de los cuales huyeron despavoridos los realistas...

¡Bonavía se puso al frente de la caballería que no obstante no haber peleado, contaminada por el pánico general, se desbarató al primer cañonazo que le asestaron los independientes, teniendo aquél que huir, dejando á Morelos dueño absoluto de la riquísima Oaxaca, donde las tropas asaltantes, sedientas de venganzas por las fatigas y peligros sufridos, se desenfrenaron ebrias de victoria, entrando á saco en la población, en aquella digna y orgullosa ciudad cuyo recinto se creía inexpugnable!...

*
* *

La toma de *Oaxaca* fué un triunfo magno, trascendental para la causa de la libertad ¡fué la conquista de medio reino!... Su admirable situación geográfica dominando al Oeste el Pacífico; al Este el Golfo; apoyada en el Sur en la frontera de Guatemala y defendida al Norte por triples cadenas de montañas, hacían de la audacia de Morelos, de su golpe genial, la victoria más hermosa, la mejor adquisición para la Insurgencia!

Chilpancingo, Tixtla, Chilapa, Tenango, Tenancingo, Taxco, Izúcar, Cuautla, Orizaba y Oaxaca eran los timbres de gloria que marcaban cada etapa de las campañas de Morelos.

El héroe se había agigantado prodigiosamente.

Lo que nadie hubiera podido creer que hiciera un docto general veterano tras largas campañas, lo había consumado el jefe insurgente en brevísimo lapso de tiempo.

Había logrado vencer casi á su formidable enemigo, si se tiene en cuenta que sus tenientes que operaban en el Oriente conseguían éxitos brillantes como los de Nicolás Bravo, que en Veracruz interceptaba los convoyes de México al Golfo, situado en el admirable reducto natural que domina toda una vasta comarca de activo tránsito, ocupando el gran Puente del Rey donde exige de arrieros, viandantes y conductores de carros y coches, forzosa contribución de guerra, con cuyos productos aumenta y abrillanta el armamento y equipo de sus valientes tropas, cada vez más bravías en los rudos combates de aquella campaña.

Por Occidente otros jefes de guerrillas que obedecían al gran caudillo, se adueñaban de la costa de Colima y el fiel y heroico Ávila continuaba hostilizando y amagando Acapulco, desde el campo atrincherado del Veladero, en donde principiaran las terribles campañas de Morelos...

Sólo el Norte y el Centro quedaban fuera del imperio de sus victorias... sólo allí los jefes se multiplicaban, obrando aisladamente, sin concierto, ni orden, ni plan alguno militar, desconociéndose unos á otros, siendo apenas una sombra el Centro de Gobierno, integrado por Rayón y los suyos, entre quienes surgía también la discordia, fuente de tantas catástrofes.

Sin embargo, no por eso dejaban de ser dignos y meritorios sus sacrificios por la patria!

XX

ÚLTIMAS CAMPAÑAS

DE

MÓRELOS



D. Félix María Calleja,
Virrey de Nueva España.

XX

ÚLTIMAS CAMPAÑAS DE MORELOS

La toma de Oaxaca, que arrancó al Gobierno virreinal media colonia, marca el apogeo del talento genial de Morelos, de su bravura serena y útil — ¡es el cenit de este astro que tanto y tan espléndidamente culmina en nuestra patria historia!

Son tantas las hazañas de este hombre extraordinario, que bastaría sólo su enumeración para convertirlo en el magno adalid mexicano... y más aún si se considera que cada una de esas hazañas es tan hermosa que cualquiera de ellas basta para la gloria de su nombre!...

La vida militar de Morelos llena toda la historia de nuestra Independencia... Él es el que surge de ese sombrío caos de las primeras luchas con refulgencia magnífica; él aparece como el único completo en todo su genio, ánimo, bizarría, bondad y fortaleza... ¡Sobre todo, y es en lo que debemos insistir, Morelos es el genio militar de esa época, en la cual se esboza el surgimiento de nuestro heroico ejército mexicano!...

Con él aparece en todo su valor, abnegación, sobriedad, fuerza y entereza; indómito y al mismo tiempo

fácil para conducirse hacia donde quieren llevarlo sus jefes... Con este inaudito caudillo se admira al gran soldado nuestro, capaz de todas las abnegaciones y virtudes, estoico, sereno y firme á veces, — impetuosísimo, fogoso, incontenible en otras ocasiones, según las varias circunstancias de las campañas, apareciendo en cualquier caso como un seguro y fiel compañero y defensor dispuesto á la muerte!... Bien conducido, guiado por hábiles jefes que se hagan querer y admirar de él, es un tesoro de heroísmo, es una preciosísima fuerza de ataque y resistencia, terrible en manos tácticas que la lleven á la victoria, coronando con el éxito el objetivo de la campaña!

Así surgió durante esta gran Revolución; y es preciso indicarlo de nuevo, — no sin amargura — el soldado mexicano, más duro, disciplinado, enérgico y constante aparece, al principio, en las filas realistas... ¿De qué estaban integrados los terribles batallones que Calleja condujo á los combates contra los insurgentes, sino de hijos de los campos mexicanos, hijos de esas llanuras fértiles del Bajío ó de las escabrosidades de San Luis, donde fueron reclutados aquellos magníficos *Tamarindos* que lograron saber manejar las armas españolas mejor que los mismos hispanos, igualándoles en valor y pujanza, en disciplina y subordinación?...

¡ Eran mexicanos! — ¡ Eran soldados hermanos de los bravos insurgentes!...

¿ Por qué se batían contra la libertad y la independencia, que era la causa de su patria? Fué precisamente por el antiguo espíritu de obediencia de aquellos pobres campesinos, que educados fuera de un medio civilizador, dependiendo de amos á quienes querían con valiente fidelidad, incapaces aún de discernir la

justicia, menos obligados á la insurrección por encontrarse en mejores circunstancias, al ordenárseles que esgrimieran las armas lo hicieron con valor y heroísmo creyendo cumplir con su deber. ¡Mexicanos eran los que dieron á Calleja sus más famosos triunfos!

Hasta mucho después fueron comprendiendo los que quedaron con vida, la gran causa libertadora y á ella se pasaron esos mexicanos que llegaron luego á ser jefes notables.

¡Morelos lo comprendía con tristeza!

¡Y eso porque sabía que aun faltaba tiempo para la victoria!... Mientras tanto seguirían las luchas más y más feroces, no obstante sus últimos brillantes éxistos!

Mucho era lo obtenido: toda la Provincia de Oaxaca era suya, además buena parte de la de Puebla, el Sur de México y de Valladolid. Apenas Acapulco, sobre el Pacífico, escapaba á su dominio, no obstante estar asediado por Ávila, quien desde su campo atrincherado del Veladero amagaba el codiciado puerto...

¡Triunfos por todas partes! Nicolás Bravo seguía atacando convoyes por el camino de Veracruz á México, dominando el Puente del Rey; Osorno, fortificado en Zacatlán, emprendía excursiones felices hacia la Huasteca, comunicándose por el Poniente con los Villagranes, siempre éstos sobre las armas, siempre atroces guerrilleros que Rayón y aun Morelos tuvieron que utilizar fatalmente, no obstante sus inicuas rapiñas...

Aquél no abandonaba su conocido campo de operaciones de la sierra de Zitácuaro, yendo de los valles de Zultepec á Temascaltepec ó á las montañas, soñando aún con un Gobierno Central que aun no podía implantarse por las rencillas con sus mismos colegas.

Verdusco operaba en Michoacán; Liceaga, en Guana-

juato intentaba hacer prodigios, sin éxito alguno... en tanto que más allá de la sierra de Guanajuato, el Doctor Cos, campeón antes de la pluma, excursionaba con las armas, aunque siempre con mal resultado y tratando de volverlas contra sus compañeros. Los realistas se aprestaban á continuar con empuje y ferocidad, aprovechando esas fatales disensiones, en aquella guerra que se hacía de exterminio y feroces venganzas.

Si nunca, ni desde un principio hubo misericordia; pero ni siquiera caballerosidad ó humanidad en aquellos feroces españoles, mucho menos la habrían de conservar después de tres años de contiendas desesperadas!

En el año de 1813 Calleja vuelve á dictar las más terribles disposiciones contra los insurgentes.., pero él, falto de tino, tardó demasiado — aun con los innumerables recursos de que dispuso cuando fué nombrado Virrey, — en acabar con Morelos cuyas brillantes campañas, desde la gigantesca lucha de Cuautla, le tenían consternado.

Pero aquél, después de la espléndida toma de Oaxaca, ya en el colmo del triunfo, suya la mitad del reino, amagando la capital y la otra mitad, sufre un desvanecimiento; su genio parece debilitarse al par que la fortuna le vuelve la espalda... Reanuda su campaña sobre la costa occidental, dando demasiada importancia á Acapulco, hacia donde se dirige al fin para embrollarse de nuevo en aquellas costas del Sur!

Porque ya sus contrarios habían aprendido su misma táctica; y atacaban vivamente, sin cargarse con inútiles estorbos ni cañones que no funcionaban y retrasaban las marchas; sí... todas esas maniobras envolventes y aun su mismo espíritu de suprema entereza y calma en plena actividad, fué pasando á sus adversa-

rios en aquellas sierras donde se había de ver más tarde abandonado y triste, más enfermo que nunca, falto de sus mejores tenientes que murieron ó se le separaron para operar muy lejos, viendo en torno suyo, no ya la primitiva obediencia por la que consiguió tantas victorias, sino por el contrario, una inusitada contrariedad, anarquía, tendencia de cada jefe á ser absoluto y único cuando más se necesitaba de un centro de órdenes al que todos sin discusión obedecieran.

Las mismas glorias que lo habían hecho héroe, alentaban á otros á querer serlo también, no obstante su mísera inferioridad y su escaso talento... Después de la campaña de Oaxaca y las tenaces y temerarias operaciones sobre Acapulco y el Castillo de San Diego, se van extinguiendo en la Nueva España las verdaderas, las hermosas operaciones militares que levantaron marcialmente la figura de Morelos en aquel purpúreo y trágico laberinto de hecatombes!...

La lucha siguió terrible, encendida á rojo de sangre y fuego durante muchos años, mas no fué llevada y conducida por grandes secciones armadas obedeciendo en gran escala la voz inteligente de un solo caudillo que desafiara á las fuerzas de su antagonista en hábiles combinaciones.

Era que se iban multiplicando las guerrillas insurgentes y sus jefes operaban aisladamente, en tanto que Calleja, ya Virrey, las podía ir batiendo por conducto de jefes diestros, — que no se necesitaba mucho para ponerlas en fuga.

Sin embargo, gracias á los primeros héroes, los capitanes pululaban; cada cual se declaraba jefe; había tiroteos y escaramuzas entre las montañas; persecuciones tenaces, fugas y asesinatos, apenas intercalados

estos hechos con tal ó cual choque de partidas numerosas ó de embestidas á puestos fortificados...

Por fin, cuando después de ser sorprendido y atacado Morelos en Texmalaca, tras de infinitas peripecias imposibles de narrar en estos breves episodios militares, después de la ignominiosa conducta de sus jueces y enemigos que lo cargan de grillos y lo condenan á infame degradación y al cadalso — postrera gloria de esa colosal águila de nuestra libertad — aparece como un súbito relámpago, cual un sable manejado por el huracán, el genio de un fanático de la independencia y soberanía de los pueblos : ¡ Javier Mina !

Fué otro adalid guerrero; fué un bravo capitán que resucitó, en glorioso instante, las tradiciones de la epopeya militar de la Independencia de éxico !...

La carrera militar de Morelos es una preciosa enseñanza en la historia de nuestro ejército; porque en ella van reunidos todos los ejemplos de las cualidades y virtudes del soldado, desde la ínfima clase hasta la del supremo mando... Era un hombre completo... un militar sin defecto: de una pieza como el diamante; como él fulgurante por su genio de altas concepciones, firme y de una dureza absoluta... en los combates por su valor, energía, tenacidad y calma con que veía las diversas fases de la batalla, acudiendo prontamente á donde era necesaria su presencia, sin exponerse vanamente por alardes indignos de un jefe.

En un principio tuvo, como es natural, sus errores por falta de experiencia; algunas veces se comprometió y hubo de experimentar desastres fatales... mas fueron siempre pequeños y rápidos.

Dos son sus más grandes glorias : Cuautla y Oaxaca.

Cuautla es una sublime epopeya que cubre de luz inmortal á un pueblo heroico que sucumbe sepultándose en los escombros de sus pobres chozas, después de setenta y dos días de hambre, pestes y tempestades de hierro, soportadas con entusiasmo.

¡Epopeya que eterniza á su guarnición hecha al diario y constante combate y á la vigilancia perpetua del enemigo, y refleja sobre su caudillo toda la claridad que arrebola los hombres de altos y fulgurantes destinos!

Oaxaca es un asalto de un valor ejemplar; una suprema victoria que corona con éxito magnífico larga campaña, conquistando una provincia que vale un reino!

Después de Oaxaca, Morelos emprende tenazmente la campaña sobre Acapulco, que aunque termina por fin, después de cinco meses, con la capitulación del castillo de San Diego, habiendo tomado primero el puerto, luego la ciudad y después la isla de la Roqueta, — temeraria operación ejecutada por Galeana, — le hace sin embargo ocupar sus mejores fuerzas en aquel punto, permitiendo que las numerosas y bien armadas tropas del Virrey Calleja operen victoriosamente en el Centro y Oriente, limpiando de insurgentes todo lo conquistado á precio de tanta sangre.

Si en vez de estacionarse con sus veteranas, sólidas y aguerridas legiones del Sur, ante la vieja fortaleza de Acapulco, hubiera marchado á extender sus fronteras adelante de las Mixtecas, lanzando á sus tenientes por diversos rumbos, teniendo en jaque Puebla, Orizaba, Tlaxcala y aun Vera-Cruz, no habría podido el Virrey mover sus ejércitos para aniquilar á los insurgentes de Oriente y del Centro.... Más aún, pudo invadir el mismo Sur, teatro tanto tiempo de las hazañas de Morelos, llegando á pasar el Mexcala.

Por esta época ya era célebre por sus crueldades Iturbide, que fué nombrado coronel y jefe de las armas realistas en las regiones de Guanajuato.

Don Ignacio Rayón, que tan buenos servicios prestó á la causa insurgente en un principio, desde que soñó en combinaciones políticas y juntas de Gobierno que no eran del caso en época de mera acción militar, iba de una ciudad á otra, perseguido y derrotado siempre por haber debilitado su acción ocupándose en inútiles trabajos de organización política cuando aun no se había destruído al enemigo.

Fué también ese vicio y esa anticipación de nombrar Juntas, Consejos y Congresos y hacer constituciones y leyes en pleno campo de batalla, cuando aun ni siquiera se sabe si se triunfará ó no, lo que perdió á Morelos y lo arrebató del mando militar en el que siempre había triunfado.

Después de la toma de Acapulco y de San Diego, fué Morelos á Chilpancingo, y á partir de esa etapa principiaron los reveses. Las fuerzas enemigas habían tomado enormes alientos, extendiendo sus victorias por todas partes. Morelos intenta atacar Valladolid y sufre gran derrota, á la que siguen otras fatales como la de Puruarán, entorpecido por la complicación de jefes ineptos y soldados sin brío... la catástrofe se acelera cuando por un recrudecimiento de la adversidad pierde sucesivamente á Matamoros, Galeana ¡ sus brazos! como él decía....

Estas pérdidas lo sumieron en la mayor consternación, agravada por las intrigas políticas, chismes infames, ambiciones y embrollos de los que querían gobernar una nación que aun no existía.

Anulada la Junta de Zitácuaro, causa de tantos

desastres, sangre y pérdida de tiempo, se instituyó el famoso Congreso de Chilpancingo, cuya suerte fué vagar errante y perseguido por entre las montañas, estorbando atrozmente las operaciones militares, y quitando á Morelos sus antiguos bríos, cuando él solo mandaba... ¡Cuántos ejemplos trae la historia de estas catástrofes!

En la guerra, cuando no hay una voluntad única, indiscutible, obedecida al instante por todos los que forman las ruedas del prodigioso engranaje del ejército, todo se desmorona, y el aplastamiento es terriblemente formidable, hundiendo á la patria en escombros de sangre, lágrimas, fango, cenizas y vergüenza!

Morelos cae víctima de esos errores y esas ambiciones y el 5 de Noviembre de 1815, escoltando al fatal Congreso de Chilpancingo, es atacado en Texmalaca por Concha. Bravo y el caudillo resisten desesperadamente, y al fin, viendo segura la derrota, ordena á su antiguo teniente que siga escoltando á los miembros del Congreso, mientras él sostiene la retirada... cuando se dispone á huir personalmente, es descubierto Morelos por un tal Matías Carranco, vil tránsfuga, traidor como Elizondo, que hizo prisionero al héroe.

. . . .

Cuando el soberbio campeón desapareció, un luto inmenso é infinita desolación cayeron sobre las armas mexicanas.... Y el Virrey Calleja pudo entonces respirar, exclamando :

— Hemos cortado la cabeza á la insurrección, ahora enterraremos sus restos ó dispersaremos sus cenizas!

*
* *

Ignoraba el cruel adversario de Morelos que las inmensas empresas que ejecutan sin ver sus términos esos hombres extraordinarios, jamás dejan de fructificar.... Después de él vendrían el ínclito Mina y el tenaz Vicente Guerrero... uno como un rayo... el otro como humano baluarte que se alzaría contra el despotismo español sobre las legendarias montañas del Sur!

XXI

VICENTE GUERRERO

Y

FRANCISCO JAVIER MINA



D. Francisco Javier Mina.
Sacado de un retrato grabado en Londres.

XXI

VICENTE GUERRERO Y FRANCISCO JAVIER MINA

Después de Morelos sólo dos nombres ilustran la porfiada campaña cuyos episodios se desmenuzan en una infinidad de acciones aisladas en que se repiten los mismos detalles de valor y constancia en los insurgentes y los mexicanos que sirven con los realistas Mina y Guerrero.

Francisco Javier Mina, ese sublime navarro que creyendo que su patria está con los pueblos ultrajados, viene á realizar en México portentosa campaña que fué una serie de derrotas para los realistas hasta que cayó abrumado por sus enemigos.

Vicente Guerrero es el indómito hijo de las montañas del Sur que desde el principio de las campañas de Morelos se le presenta y le acompaña en los más encarnizados combates y en los trances más peligrosos... Es un hombre de temple de acero, inquebrantable, alto, noble, todo generosidad, llegando á ser hasta ingenuo, con un corazón henchido de sincero patriotismo, dispuesto á todos los sacrificios... sin la

menor sombra de envidia por las glorias de sus compañeros de armas — ese defecto atroz en que suele convertirse la emulación...

Guerrero á fuerza de valor, tenacidad y energía, de obediencia estricta á sus superiores, amado por sus subalternos, conociendo todos los intrincados laberintos de montañas, barrancos, ríos, abismos y desfiladeros de las Sierras del Sur y sus costas de acantilados murallones, logra imponerse severamente á los realistas aun desde antes de la prisión de Morelos, que fué el maestro del héroe.

Se hace célebre por su obstinada resistencia y se alza por entre los ribazos que erizan las márgenes del profundo y retumbante Mexcala, en una actitud serena y tranquilamente desafiadora de león encaramado en inexpugnable amontonamiento de peñascos...

Mas no fué un jefe táctico... de corta inteligencia, sin alguna instrucción general, nada militar, todo corazón, generosidad, valor y entereza, Guerrero es un soldado y un héroe á quien la patria debe infinitos sacrificios cómo hombre... Es un caudillo amado por los suyos, un capitán que defiende su consigna y que se bate años enteros entre las montañas, sereno y bravo... pero sin llegar á ser la maravillosa inteligencia que sabe aplastar al enemigo, atrayéndolo para envolverlo, engañándolo con maniobras hábiles y rápidas, aprovechándose de sus faltas para dividirlo, atacando sus fracciones unas tras otras, batiéndolas en detalle hasta desorganizarlas y vencer, como hacía Morelos y en menor escala sus segundos Hermenegildo Galeana, Matamoros, los Bravo y otros de su misma escuela.

Antes de su célebre campaña del Sur, cuyo mérito

estuvo en la tenacidad de la resistencia, cuando parecía que todo se había doblegado al poder virreinal, Javier Mina surgió como un relámpago de gloria... reanimando la contienda de los últimos insurgentes de corazón...

Mina sí era todo un gran jefe de brillante genio estratégico, de un brío sin límites y una entereza espartana, apasionado por la libertad de los pueblos.

Llegó á Soto la Marina el 15 de Abril de 1817, desembarcando con doscientos y tantos hombres, con los que formó los cuadros de futuros batallones y regimientos, lanzando desde luego con inteligente actividad, vivas y enérgicas proclamas á los insurgentes y aun á los mismos oficiales y jefes del ejército realista, hablándoles de libertad, derechos y constitución.

Sufriendo penalidades y deserciones en sus tropas integradas por aventureros ingleses y norteamericanos; pero reforzadas por gentes de la costa, emprende una marcha audacísima hacia el interior de la Nueva España, perseguido por tropas realistas que no se atreven á atacarlo, arrollando pequeñas partidas y aumentando sus recursos, tras de jornadas sin rancho ni agua.

Se avistó al pueblo de Valle del Maíz defendido por el realista Villaseñor con un escuadrón de Sierra Gorda y cien infantes, fuerza que intentó cerrar el paso al español insurgente; pero que éste forzó al instante con sabias disposiciones... lanzando primero hábiles tiradores en cortina que flanquearon la línea, mientras de frente el jefe cargó á fondo con sus reservas, arrollando al enemigo al que persiguió sin descanso hasta quitarle un cañón y numerosos pertrechos.

Mina, cuyo objetivo era unirse á los jefes insurgentes del Bajío, sabiendo que el coronel Arminán le persigue, no pierde el tiempo esperándole, sino que con una rapidez increíble, reforzada y descansada su tropa, avanza rumbo á San Luis.

En la noche del 14 llegaron á la Hacienda de Peotillos donde no hubo víveres; mas era tal la fatiga de las tropas que se entregaron al sueño, encontrándose al amanecer con el enemigo al frente, fuerte de novecientos infantes y mil cuatrocientos caballos.

El audaz navarro, hecho á los peligros de la guerra, comprende que con menos de trescientos hombres hambrientos y fatigados es imposible resistir; pero como juzga que no le darán cuartel los enemigos, se decide á un acto de esos que á fuerza de arrojo bien dirigido y en un momento dado, logran la victoria.

Reune á su gente; les arenga con brío y entusiasmo, como quien está seguro de vencer, diciéndoles que van á atacar y desbaratar cuatrocientos realistas que llegan con abundantes bagajes y víveres...

— ¿ Queréis ir á batirlos con ese denuedo con que se ganan los combates, sabiendo que los que no temen la muerte la hacen pasar á las filas enemigas?

Hubo general entusiasmo... Lanzó sus tiradores, cubiertas las alas con caballería... Las terribles fuerzas enemigas rompieron espantoso fuego... avanzaron y por fin, al ver que los asaltantes retroceden, adelantan confiadas en la victoria; pero los insurgentes se forman en cuadro, y de súbito, con el mismo Mina al frente, acometen á la caballería que ceja y hace cundir el pánico... El general navarro los persigue con tenacidad conforme á sus principios guerreros... logrando nueva victoria, — ¡triunfo inaudito!

Armiñán se reorganiza y prosigue después la persecución del enemigo, que desbarató la mayor parte de sus fuerzas; pero ya aquél le lleva gran ventaja.

Jornadas después, tras nuevos triunfos, atacan en nocturno asalto á Pinos, pueblo de la Intendencia de Zacatecas, fuertemente guarnecido, condenándolo al saqueo, pero prohibiendo el derramamiento de sangre.

Mina continúa sus triunfales jornadas, — cada día más querido y admirado de los suyos que lo han visto esgrimir su ruda espada con un valor temerario, — siempre al frente, saltando sobre los más compactos grupos enemigos que deshace al momento, comunicando á sus tropas toda la fiera bizarría que ostenta entre el humo y la sangre!

Avanza por las desoladas regiones de Zacatecas hasta llegar la noche del 22 de Junio á unirse con una partida de independientes, cerca ya del Fuerte del Sombrero donde el patriota Pedro Moreno resistía desde hacía tiempo los embates de los realistas.

El heroico y experto Mina había realizado una fabulosa marcha de centenares de leguas, abriéndose paso por entre serranías vírgenes, escabrosas montañas, llanuras áridas y asoladas, batiendo á poderosos enemigos á su frente, resistiendo á otros que le persiguen, triunfando sobre todos y haciéndose de abundante caballada, pertrechos y víveres, ilustrando ya su nombre tanto como era temible en España cuando combatió contra los ejércitos franceses. Su llegada victoriosa al Fuerte del Sombrero, uniéndose al inclito Moreno, le dió á temer medrosamente al Gobierno Virreinal.

Á partir de esta unión principió nueva etapa de victorias para Mina y la causa Insurgente... Atacado con

tenacidad, bate en todas partes á los realistas, que le temen como á un león. Por doquiera los desconcierta y más aún cuando nombrado con justicia jefe de las armas de la Independencia en el Bajío, hace vibrar su genio militar tan sólo comparable al de Morelos!

¡ Lástima fué que el general navarro no contara con los poderosos recursos que tuvo aquel caudillo, por haber llegado cuando era inmenso el abatimiento de los independientes, reducidos á estrecho campo y surgiendo entre ellos constantes rencillas!

¡ Cuántas ventajas se hubieran logrado en la guerra por la Independencia, si la pericia y el juvenil ardor de Mina fulminarà por más tiempo en los campos de batalla!

Él hizo prodigios, sacrificios heroicos, sublimes abnegaciones por conseguir que las armas de la Libertad triunfaran!...

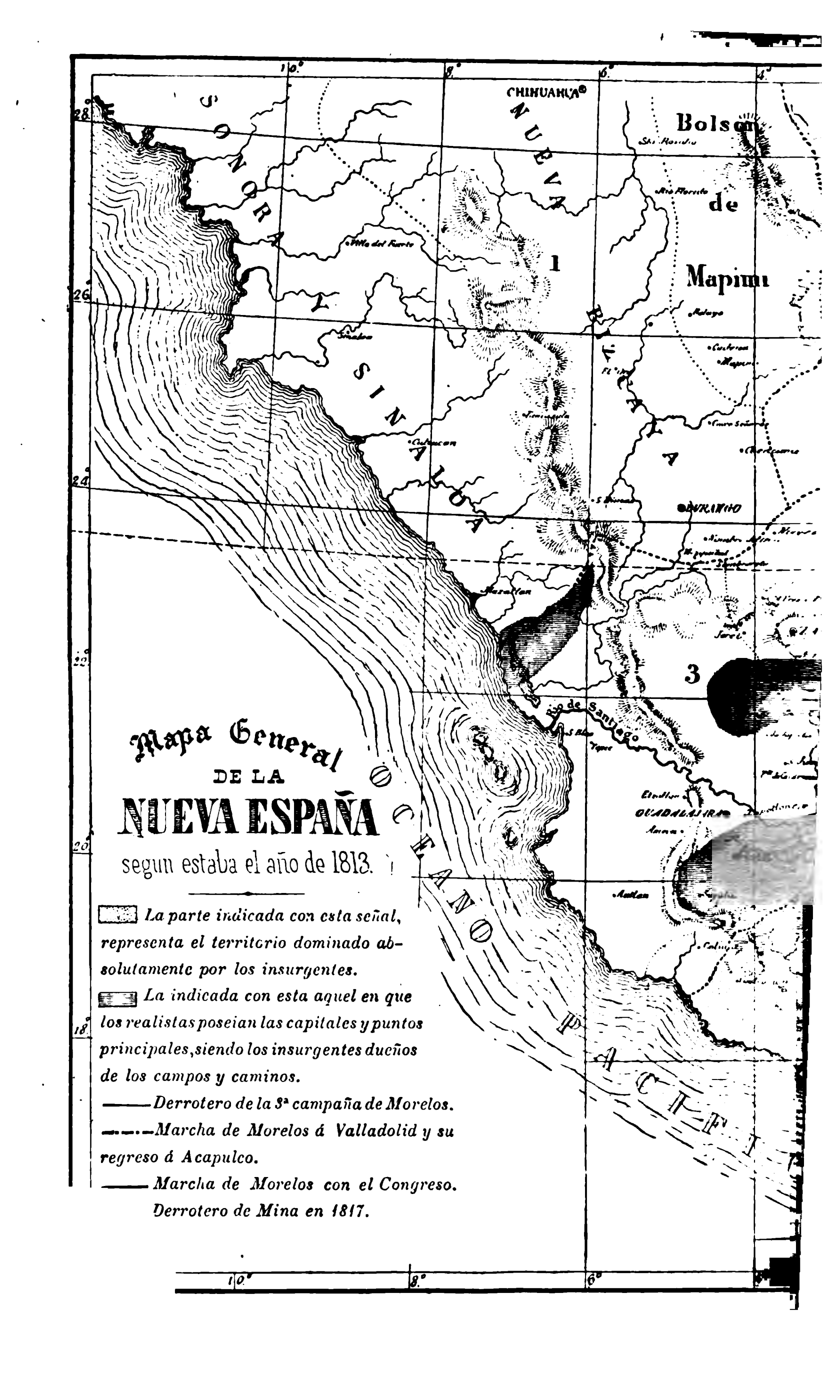
Él sale del Fuerte del Sombrero en pos de víveres, se defiende y ataca, no habiendo día en que no haya fuego y sangre en torno suyo, siempre dispuesto á esgrimir su espada ¡ legendaria desde España!.. Excursiona por los campos de Guanajuato, — incansable y temido, — hasta que viendo con amargura la desconfianza y la envidia que producen sus glorias, triste y desalentado, disolviendo sus tropas, se retira acompañado del heroico Moreno al rancho del Venadito, donde lo sorprende aquel furioso Orrantia, jefe que tanto tiempo lo persiguiera con fuerzas superiores...

El vil, despechado, anhelando venganza pronta cuanto innoble, cometió la bajeza de golpear al héroe con la espada, mancillando el tan tradicional caballerismo hispano...

Explicación del Mapa General de la Nueva España según estaba en los años de 1813 á 1817.

El principal objeto del Mapa es representar cuál era, después de la toma de Oaxaca por Morelos el año de 1812, la posición militar del gran caudillo y cuál la extensión del país en que combatían ambos partidos en los campos, estando guarnecidas las capitales y principales poblaciones con fuerzas realistas.

Se halla marcada también la división militar del territorio, estando señaladas: con el número 1, la Comandancia General de las Provincias internas de Occidente, cuya capital era Chihuahua; con el 2 la de las de Oriente, que no tenían capital determinada, habiendo escogido el comandante general Arredondo, para su residencia, la ciudad de Monterrey; con el 3, las que formaban la Comandancia General de Nueva Galicia, que eran Guadalajara y Zacatecas; aunque estuvieron agregadas á ellas las de Valladolid y Guanajuato; y por último, con el 4, las que quedaron bajo el mando inmediato del Virrey. Están señalados además los derroteros de los principales movimientos militares, que fueron en la última mitad del año de 1812, en el de 1813 y principios de 1814, la tercera campaña de Morelos, desde su salida de Chiautla después del sitio de Cuautla, hasta la toma de Acapulco y marcha á Chilpancingo para la instalación del Congreso; la expedición á Valladolid y regreso á Acapulco después de la batalla de Puruarán. Por último se pueden notar también el derrotero que siguió el mismo Morelos con el Congreso desde Uruapan hasta Texmalaca en donde fué hecho prisionero y de este punto hasta México; el de Mina en 1817 desde su desembarco en Soto la Marina hasta su muerte á la vista del Fuerte de los Remedios; así como los lugares y puntos necesarios para comprender el plan formado por Calleja y su ejecución por las diversas divisiones que llamó ejércitos del Norte y Sur, y secciones de Tula, Taxco, etc., etc.


Mapa General
DE LA
NUEVA ESPAÑA
segun estaba el año de 1813.
La parte indicada con esta señal, representa el territorio dominado absolutamente por los insurgentes.
La indicada con esta aquel en que los realistas poseian las capitales y puntos principales, siendo los insurgentes dueños de los campos y caminos.
Derrotero de la 3ª campaña de Morelos.
Marcha de Morelos á Valladolid y su regreso á Acapulco.
Marcha de Morelos con el Congreso.
Derrotero de Mina en 1817.
CHIHUAHUA
SONORA Y SINALOA
NUEVA BIZCAYA
Bolson de Mapimi
OCEANO PACIFI
DURANGO
GUADALAJARA
Rio de Santiago
1
3



TEXAS
Rio Bravo del Norte
NUEVO
SANTANDER
NUEVO
LEON
GOLFO DE MEJICO
MEXICO
S. LUIS POTOSI
Barra de Santiago
Barra de Santander
Boquilla de Piedras
2
4

El augusto militar, tan generosamente dispuesto á la causa de la Libertad é Independencia de nuestra patria, fué fusilado en el cerro del « Bellaco » el 11 de Noviembre de 1817, dejando en los anales mexicanos una estela de gloria inmortal!. . . . .

. . . .

— Y ya lo dijimos, sólo Vicente Guerrero pudo luego ser el más enérgico sostenedor de la gran causa hasta que la hizo triunfar, permitiendo se uniesen sus fuerzas al mismo ejército enemigo, cuyo jefe Iturbide, el mismo implacable realista autor de tantas hecatombes de insurgentes, que adivinando el triunfo de la independencia, se pasa con los suyos á las banderas de la noble causa, y al fin, todos mexicanos, se pudo con su unión poner el punto final de aquella trágica y horrenda guerra de once años, timbrada gloriosamente por la sangre de tantos héroes!



XXII

LOS HÉROES DE LA INDEPENDENCIA

Estamos frente á la formidable Epopeya de la Guerra de Independencia!...

Hemos visto desfilar magníficamente las escenas bélicas más hermosas, desarrollando ante la mirada atónita el espectáculo de un grandiosísimo cuadro de Campaña.... cuadro sintetizado en la Épica Resistencia de los Insurgentes Mexicanos!...

. . . .

Han desfilado batallas terribles y enormes... y después contemplamos sitios atroces y largamente sangrientos, estupendos y gloriosisimos.... luego, entre uno y otro episodio, admiramos proezas y hecatombes... catástrofes y formidables venganzas en guerra sin cuartel!... Guerra en que los buenos claman : — ¡ « Independencia! »... y los que se juzgan leales gritan : — « ¡ Viva el Rey ! »...

. . . .

Hemos presenciado, al través de los tiempos, esa enorme y vívida contienda, límpidamente ilustrada en nuestros Anales mexicanos...

¡ Oh! y un sentimiento de orgullo estremece al con-

templador de tan magna serie de episodios guerreros!...

Sin embargo, fuerza es decirlo, con ánimo sereno... Van estas *páginas de Historia Militar Mexicana*, compendiadas y exaltadas como merecen, á excitar los ímpetus juveniles nacionales; van á decir á los que se deciden á ceñir la espada, todo lo que fueron aquellas acciones épicas y aquellos hombres legendarios, respecto al criterio militar!... Aquí los heroísmos se agigantarán cuando la pluma esboce croquis de batallas triunfales!...

¡Y cuántas veces, también, al relatar penosas jornadas selladas al fin por la derrota, se delinearán, á rudos trazos negros, los augurios de nuestras viejas catástrofes!...

Intentemos aclarar de nuestra atónita mirada la gloriosa sugestión de triunfos y heroicidades que envuelve en ampo de luz la Guerra de Independencia, — esos once años de luchas tremendas entre la entonces Colonia criolla de México y la Nación Española...

¡Caiga el velo de los inmensos heroísmos y sólo aparezcan los númenes marciales en toda su potencia de fríos y tenaces guerreros, dignos esgrimidores de espadas enrojecidas en tremendos combates!

¡Surja el desfile marcial de los héroes de nuestra honrosa Guerra de Independencia!... Surjan los héroes: ¡ved!

— Hidalgo, el ínclito y audaz anciano, de vívidas pupilas, aparece con todo su prestigio de iniciador fulminante, llevando en sí el Numen de Gloriosas Conquistas liberadoras... pero al surgir en nuestras primeras contiendas no es sino un símbolo, un estandarte vivo, una bandera humana que logra prodigios de

triunfo, en un principio, cuando las masas van cantando tras los trofeos...

... Mas no es un capitán docto... ¡Es impetuoso y en sus primeros impulsos, sabe conducir á los suyos á la victoria!... ¡ Vedle en Granaditas! allí obtiene el éxito mejor y culminante, exaltando sus muchedumbres...

Hay que advertir — y aquí aparece otro caudillo de esta epopeya — que Allende inspiró no sólo el plan general estratégico, sino orgnizador y táctico de las operaciones del Generalísimo de América....

Allende sí es todo un militar y á él se deben las primeras victorias.... ¡ Allende es el militar claro, preciso, docto y bravo de los insurgentes! ¡ Fué el inspirador técnico de Hidalgo!.... Él, en Guanajuato, en Morelia, en Guadalajara, en las Cruces, en el mismo Puente de Calderón, vibra la palabra precisa, la digna advertencia, el prudente consejo.... ¡ Siempre organiza, disciplina —¡ oh, la disciplina, genio y gloria de todos los ejércitos! — dicta y dirige, hasta hacer de su nombre una Égida feliz!... Él aconsejó sabia é impetuosamente embestir á la capital del Virreinato, cuando tras las victorias de las Cruces — batalla por él dirigida — estaban los insurgentes á punto de dar furibundo golpe á la orgullosa México. Allende ante Aculco, aconseja retirarse con prudencia, y, por fin, él llama en todos los tonos á Hidalgo, en Guanajuato, encareciéndole los prodigios estratégicos de la unión de los ejércitos de ambos caudillos, hasta que, derrotado, como lo esperaba, va á morir como uno de los más gallardos héroes de la Historia!

. . . .

¡ Y Rayón!... Ved otro adalid magno.... Él es todo

prudencia, tenacidad, confianza y brío duro, y abnegación puesta á toda prueba!... No ha sido nunca un militar; pero es de aquellos seres que se improvisan de súbito ante las terribles circunstancias de una patria amada, cuando en los corazones dignos estallan los ímpetus salvadores!....

Ignacio Rayón, de simple abogado, se transforma en caudillo bravo y diestro.... Ve hundirse á Hidalgo en el Puente de Calderón, y él su digno secretario va á Zacatecas, vigila los caudales; levanta nuevas fuerzas, las organiza; constituye un cuerpo de ejército, lo instruye... y al fin mantiene la Insurrección cuando más abatida se creía la Causa insurgente.... En seguida, descuella, se eleva, culmina, irradia y deslumbra con su genial Retirada del Saltillo á Zacatecas!...

¿ Á qué insistir más en la hermosa faz de la vida de este héroe?.... Esta retirada y el sitio de Zitácuaro forman la segunda etapa de la Guerra de Independencia....

Rayón fué uno de esos capitanes prudentes, acertados, dignos y severos; pero faltos de verdadera iniciativa genial, abatidos y ofuscados á los primeros desastres, no obstante su leal abnegación....

Luego.... ¡ oh!... ¡ Salve, Morelos!.... luego surge el sol de la Independencia, el adalid egregio que más culmina en los tremendos horizontes sangrientos de nuestras glorias patrias!

Pasma la inaudita, vívida y pronta inteligencia de este héroe, y no menos maravilla su ánimo sereno y alto, fuerte, audaz, solemne y marcial!... ¡ oh!.. y pasman aun más sus ímpetus indomables y terribles; su condición austera y noble y su genio extraño, épico, distinguido y magnífico!....

Lo dijimos,,. y no importa repetirlo... ¡Morelos llena con su nombre y con sus proezas toda la historia de nuestra bella contienda por la Independencia!.... Desde un principio, aparece como un campeón irresistible : todo lo arrolla, avasalla, sujeta, realza, esplende, fulgura y truena!....

¡Cüautla y Oaxaca son sus campañas mejores, dignas de enorgullecer talentos guerreros de Alejandros, Césares y Napoleones!.... Sabe escoger y distinguir sus gentes; seleccionar y verter ímpetus organizadores para coronar con victorias sus empresas!

¡Esos son los genios militares!....

Muerto él,... ¿quién podría acercársele?....

— *¡Hurra! ¡Hurra!* clamaban los dominadores de entonces, cuando fulminante, tremendo, avasallador y titánico repercute el grito de Javier Mina, tronando :

— ¡Muera la tiranía!

¡Nada más bizarro y caballeresco en las glorias bélicas de principios del siglo pasado, que la gallarda figura de Mina!

Él supo adunar á sus legítimos timbres guerreros de sus hermosas campañas de la Navarra contra las huestes invasoras de Napoleón el Grande, defendiendo su adorada patria española, los nuevos timbres de sus fulmíneas acometidas contra las tropas realistas de Fernando VII, en los campos de México, peleando contra los enemigos de la Libertad y la Independencia de los pueblos!....

Altamente sugestiva y enorme es la silueta de Mina... y no sólo como héroe, sino cual militar diestro, sagaz y bravo.... Sus pupilas de águila todo lo abarcaban desde el primer golpe de vista.... ¡Tenía el rayo lumi-

nante, neto... de los grandes genios de la guerra!.... ¿Qué más digno de ejemplar estudio para los ánimos dispuestos á la contemplación histórico-militar mexicana, que esa fulgurante y triunfal marcha del héroe navarro, desde el Norte de las costas del Golfo hasta el Fuerte del Sombrero?....

Con un puñado de hombres; sin recursos; abandonado en tierra desconocida; sin plan primitivo, sin relación alguna, acomete de súbito á los que le oponen resistencia; los vence; se hace de elementos; se granjea simpatías; vuela, triplica sus marchas; torna á combatir y á vencer; se adelanta y se interna en las Sierras, seguido por densas tropas enemigas, llenando los montes con el eco de su nombre triunfal!

¡Lástima fué que la falta de unión y armonía, en aquellas guerrillas que hacían la campaña hermosa de la Independencia, determinaran el hundimiento del jefe navarro!.... ¡Oh, si todos los mexicanos hubieran comprendido su genio militar!....

¡Sin embargo, hizo demasiado... Su único nombre fué, como el de Morelos, nuncio de victoria... y su ciencia estratégica se difundió entre los que defendieran el Cerro del Sombrero y el Fuerte de los Remedios!

*
* *

Después de Mina, como genio meramente guerrero, en el sentido técnico... no se alza nadie... ¡Todo lo hace el heroísmo de las guerrillas que en las Sierras del Sur consumaran la obra de la Independencia Nacional!

*
* *

En torno de esos astros de primera magnitud, gravitan otros de menos brillo, reverberando con la claridad del Sol Central.... Así surgieron Aldama y Abasolo, Matamoros, los Galeana, los Bravo, Guadalupe Victoria y por fin Vicente Guerrero, inmortal por su tenacidad épica en sostener la Independencia Nacional.



ÍNDICE

París. — Imprenta de la Vda de Ch. BOURET.

EPISODIOS MILITARES

MEXICANOS

París. — Imprenta de la V^da de C. Bouret. — 229-1901.

HERIBERTO FRÍAS

EPISODIOS MILITARES MEXICANOS

PRINCIPALES CAMPAÑAS, JORNADAS, BATALLAS,
COMBATES Y ACTOS HEROICOS
QUE ILUSTRAN LA HISTORIA DEL EJÉRCITO NACIONAL
DESDE LA INDEPENDENCIA HASTA
EL TRIUNFO DEFINITIVO DE LA REPÚBLICA

SEGUNDA PARTE

INVASIÓN NORTEAMERICANA

Las fatales Derrotas del pasado deben generar los Triunfos de las futuras Campañas.
Estudiemos el porqué de nuestros desastres para evitarlos.
Conozcamos la admirable Leyenda del Ejército Mexicano.



LIBRERÍA DE LA Vda DE C. BOURET

PARÍS — 23, RUE VISCONTI, 23

MÉXICO — 14, CINCO DE MAYO, 14

1901

HOMENAJE AL COLEGIO MILITAR

DE LA REPÚBLICA

HERIBERTO FRÍAS.

¡ Veteranos de las antiguas campañas, viriles jefes endurecidos en los combates por la libertad, marciales jóvenes de la moderna vanguardia épica — *descubierta* que va al galope rumbo al porvenir, al viento de la Historia la tricolor Bandera Nacional, — contemplad el desfile trágico de estas batallas !...

¡ Son nuestras derrotas... palpitan lamentablemente y parece que se alejan en profundidades de negros horizontes, al redoble retumbante de una gran retreta !...

Mas lo que truena en las cajas de guerra, lo que vibra en los clarines y trompetas son himnos triunfales... ! Las dianas de las gloriosas hecatombes!

. . . .

. . . .

Esta es la leyenda lúgubre, roja y negra, de una noche de infortunio en nuestros anales patrios — serie de sangrientas lides y refriegas heroicas, duelos en que se envolvieron en crespones luctuosos nuestras águilas —... Mas de las tinieblas de tantas catástrofes surgen claridades de aurora, alba de las futuras epopeyas!...

. . . .

. . . .

¡Mirad el ejemplar desfile, oh Ejército, oh juventud nacional!

¡Hacia el Porvenir!



1

LA BATALLA DE PALO ALTO



General Antonio López de Santa Anna,
Presidente de la República Mexicana.

I

LA BATALLA DE PALO ALTO

¡En qué triste situación se encontraba nuestro llamado *ejército del Norte* cuando definitiva y oficialmente se rompieron las hostilidades entre el gobierno de los Estados Unidos y nuestro entonces revuelto y desdichado país!

Tropas veteranas, acostumbradas á las más duras privaciones, casi desnudas, muertas de hambre, estaban abandonadas en duros climas, teniendo que batirse constantemente desde hacía más de diez años, ya con los *texanos* rebeldes, ya con las hordas que pululaban entonces por aquellas regiones.

Innumerables y constantes fatigas abrumaban las infelices huestes del Norte, que no contaban sino con un malísimo armamento, con escasas municiones y con heterogénea, pesada y antigua artillería, falta de trenes propios y sin ganados de tiro.

La oficialidad compartía también la miseria de la tropa, teniendo sus *haberes* en continuo atraso, viéndose obligada á particulares trabajos para ayuda de su sustento, acudiendo al servicio militar á la hora del

peligro, dispuestos á batirse briosamente con el enemigo á la orden de sus jefes, mientras allá en el interior de la República estallaban los *pronunciamientos* de los cuerpos preferidos y mimados por los gobiernos tiranos que se sucedían unos á otros, tras intrigas odiosas y atentados atroces.

Poco antes de que estallara la guerra el gobierno del general Herrera dirigió su mirada á ese valiente y malogrado ejército, para que fuese el que contuviera el torrente invasor, enviándole por refuerzos dos divisiones al mando de los generales Filisola y Paredes; pero los abominables manejos de odiosos traidores detienen en su marcha estas tropas cuya misión cambió de súbito, volviendo sus armas contra el mismo corazón de la patria cuando el enemigo aprestaba sólido y terrible ejército para invadirnos!

En efecto, el 15 de Enero de 1846 recibía órdenes el general norteamericano Zacarías Taylor de avanzar con sus tropas en el Norte hasta Matamoros, estableciéndose antes en la ranchería llamada del *Frontón de Santa Isabel.*

Nuestro *ejército del Norte* á la noticia de este movimiento se concentró en aquella ciudad, al mando del general Mejía.

Los bravos habitantes del *Frontón* incendiaron sus chozas, devastando los campos, para no dar subsistencias al enemigo de su patria, replegándose hacia las márgenes del río Bravo. ¡Digna conducta que si hubiese sido imitada por todas las poblaciones amagadas por el invasor, habría hecho costosísimo el triunfo; pero en el interior del país había un ofuscamiento enfermizo y una debilidad inmensa que abrumaba los ánimos esterilizando todas las energías!

El ejército norteamericano ocupó sólidamente el *Frontón*, estableciendo grandes y bien provistos almacenes de guerra á donde fueron llegando largos trenes



James Nox Polk,
Presidente de los Estados Unidos que declaró la guerra á México.

de carros con buenos víveres, municiones y repuesto de armamento y equipo, poniéndose en comunicación con las fuerzas marítimas del Golfo.

Una vez bien establecida la base de operaciones del

ejército de Taylor, hizo avanzar este jefe parte de sus fuerzas hasta ponerse frente á la plaza de Matamoros, en la margen derecha del Bravo.

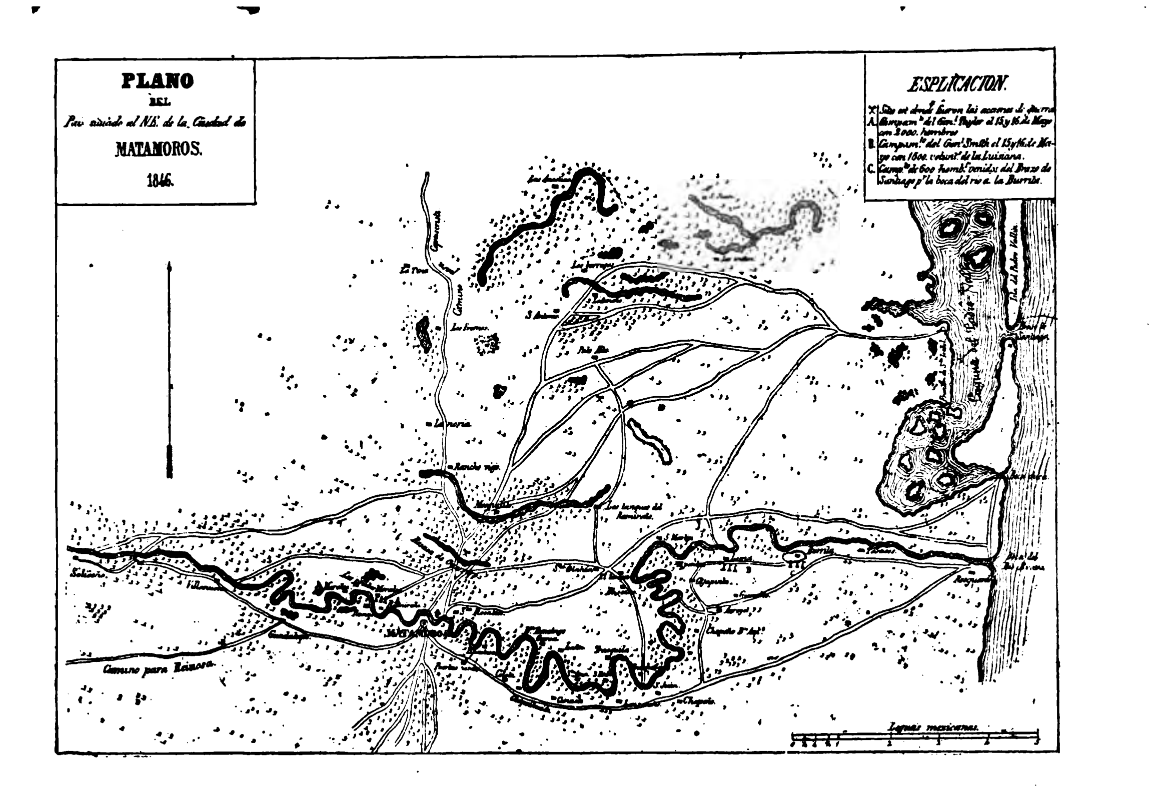
En un remanso del río, á cubierto de las baterías de la plaza, se levantó una obra de fortificación, llamada fuerte Brown, donde se instalaron parte de las tropas americanas con su artillería.

En Matamoros se habían emprendido débiles obras de defensa, la que era muy difícil, abierto como estaba por todas partes, excepto por el lado del río.

No obstante, se construyó un reducto al Oeste de la ciudad, á 500 metros de la margen del Bravo, dominando el paso llamado de las Anacuitas; otro más pequeño que éste en el Paso Real, y á 200 metros, en la misma dirección, una flecha cuyos fuegos se cruzaran con los de los anteriores, así como se instaló una batería entre aquellos dos, dentro de un bosque.

La guarnición de la plaza constaba en un principio del Batallón de Zapadores, los Regimientos de infantería 2° Ligero, 1° y 10° de Línea; 7° de caballería, Auxiliares de las villas del Norte; varias compañías presidiales y un batallón de Guardia Nacional de Matamoros. La artillería la formaban 20 piezas de campaña. Á estas fuerzas se unieron, procedentes de Tampico, el 6° de infantería y el batallón y compañía « Guarda Costa » de aquel puerto, haciendo un total de cerca de 3000 hombres.

El 11 de Abril llegó á la plaza el general Ampudia, que venía de México, al frente de una división compuesta del primer Regimiento de caballería Ligero de México, el cuarto de Línea, los batallones activos de México, Puebla y Morelia, el 8° de caballería y ...s de campaña : total : 2200 hombres.


PLANO
DEL
Pais situado al NE. de la Ciudad de
MATAMOROS.
1846.
ESPLICACION.
X. Sitio en donde fueron las acciones de guerra
A. Campam.ᵗᵒ del Gen.ˡ Taylor el 15 y 16 de Mayo con 2000. hombres
B. Campam.ᵗᵒ del Gen.ˡ Smith el 15 y 16 de Mayo con 1600. volunt.ˢ de la Luisiana.
C. Campam.ᵗᵒ de 600 homb.ˢ venidos del Brazo de Santiago p.ʳ la boca del rio a la Burrita.
MATAMOROS
Camino para Reinosa
La noria
Rancho viejo
Burrita
Leguas mexicanas.

El general Ampudia había sido nombrado por el Gobierno mexicano, General en jefe del Ejército del Norte.

Desde que llegó á Matamoros, á donde se adelantó á marchas forzadas, hizo activar los trabajos de defensa disponiéndose á ejecutar su plan de ataque sobre los americanos, el que consistía en pasar el río y atacar sin pérdida de tiempo al enemigo antes que se organizara con más numerosas fuerzas; mas sucede entonces que el Gobierno le quita el mando en jefe, nombrando en su lugar al general Arista, quien desde luego le ordena que suspenda toda operación ofensiva hasta que se le una.

Irritado Ampudia con esto y soñando en un triunfo seguro, intenta desobedecer y trata de ejecutar su plan de ataque, reuniendo previamente una junta de guerra en la que expuso su decisión; mas los generales y jefes subalternos entre los que no era popular y por cuyas observaciones, expuestas en diversas cartas y notas al gobierno, se le había quitado el mando en jefe, se opusieron á secundarlo.

Entonces no tuvo más remedio que esperar la llegada del general Arista, devorando su rabia y su envidia.

¡Desde ese momento se arrojó en aquel ejército, — que debía ser todo unión y confianza en la voluntad y talento del jefe director, — la discordia más abominable, una de las fuentes principales de todas y cada una de las sangrientas catástrofres de esa guerra de infausta memoria y de tan dolorosas enseñanzas para el ejército mexicano!

Ya podía desde entonces preverse la falta de unidad ...ón en nuestras tropas, obra de repugnante y

execrable egoísmo de muchos de los jefes que habrían de batirse aisladamente, sin concurrir con sus esfuerzos al objetivo de un plan estratégico ó táctico, bajo una dirección superior y única.

¡Ya tendremos que ir haciendo siempre, después de cada función de armas de esta campaña, la misma tristísima observación!

Mientras llegaba el general Arista las tropas americanas proseguían con gran actividad sus trabajos de defensa y ataque en el fuerte Brown, apenas hostilizados por algunas partidas de caballería mexicana que solían sorprenderlos entre el Frontón de Santa Isabel y el río Bravo.

Habiendo llegado Arista al rancho del Solinceño, hizo reunir allí toda la caballería, el Batallón de Zapadores y dos compañías ligeras, fuerza que á las órdenes del general Torrejón pasó el río el día 24 de Abril, yendo á situarse sobre el camino del Frontón á Matamoros, con el objeto de cortar sus comunicaciones al enemigo, obligándole á dar batalla para recuperarlas.

Naturalmente este plan fué censurado por el general Ampudia.

El resto de las tropas 12 piezas de artillería se dirigieron á pasar el río para unirse con la primera sección; pero este movimiento fué advertido por las avanzadas de Taylor, y como no se llevaron barcas para pasar rápidamente, la operación se dilató cerca de 24 horas, dando tiempo á que el adversario evitara ser envuelto y atacado con fuerzas superiores, pues al punto el mismo general Taylor con 2 000 hombres, del fuerte Brown se había dirigido al Frontón.

Evidentemente que si el paso del río se ejecuta con rapidez, la derrota de los americanos habría sido segura.

¡Quién sabe entonces lo que hubiera influído este primer triunfo en el curso de la guerra!

Arista ve frustrado su primer plan; mas comprendiendo que Taylor regresaría por el mismo camino en auxilio del fuerte Brown, dispuso que la plaza de Matamoros lo hostilizara con sus fuegos en tanto que Ampudia al frente del *4º de infantería, el batallón de Puebla*, dos compañías de *Zapadores*, 200 hombres del *Regimiento auxiliar de las villas del Norte*, el *batallón de Morelia* y 4 piezas de artillería, atacaba el campamento y el citado fuerte, por la margen opuesta.

Libróse un terrible combate el día 5 de Mayo. Nuestras fuerzas lanzadas vigorosamente al asalto, después de un vivo cañoneo, se apoderaron de las obras exteriores de la fortificación; su jefe, el Mayor Brown, cayó herido de gravedad defendiéndola heroicamente, y ya estaba á punto de rendirse aquella cuando sabe Ampudia que el general Taylor con 3000 hombres y numerosa y buena artillería avanza del Frontón en auxilio del fuerte.

Entonces, desistiendo del asalto del punto, volvió la fuerza mexicana rumbo al campamento de Palo Alto.

Allí, sobre una amplia llanura, se formaba en batalla el cuerpo de ejército del general Arista, frente al enemigo que ocupaba desde la mañana del 8, bajo la dirección del general Taylor, posiciones apropiadas para que su ejército maniobrase según las circunstancias, oculto tras el pasto, intentando evitar el encuentro de nuestras tropas, para reunirse con las suyas frente á Matamoros, llevando tras sí hacia las posiciones ofensivas de la margen derecha del Bravo, ...an tren de provisiones de boca y guerra.

...neral Arista, cuyo campamento había estable-

cido en los tanques del Ramireño, retrocediendo de Palo Alto donde primero se encontraba, por falta de agua, fué á presentar sus tropas en batalla, cuya línea se formó después del mediodía.

Se apoyó la derecha en una pequeña altura, y la izquierda sobre terrenos pantanosos, formando los batallones y regimientos de infantería en una sola línea, tras de la que se colocaron dos pequeñas columnas de caballería, entre cuyo intervalo se situó una batería de dos piezas ligeras. Á eso de las dos y media de la tarde se reforzó nuestra batalla con las tropas que traía el general Ampudia, después del ataque del fuerte Brown, formando por parte nuestra el ejército mexicano en disposición de combatir, unos 3 000 hombres y 16 piezas de artillería.

Las baterías enemigas integradas con cañones de grande alcance, hasta cuyo emplazamiento no podían llegar los proyectiles de las nuestras, rompen de súbito un vivísimo fuego sobre las apretadas columnas mexicanas que iban entrando lentamente en línea de batalla. Nuestras baterías contestaron entonces; pero sus fuegos no tenían el alcance necesario y apenas sirvieron para dar ánimo y confianza á las mexicanas tropas, ansiosas de combatir cuerpo á cuerpo con los enemigos extranjeros que por primera vez las desafiaban!

Momentos antes de que tronara el primer cañonazo, el general Arista recorrió á caballo todo el extenso frente de las tropas desplegadas en batalla, arengando á los batallones con vivísimas frases de entusiasmo, clamando *vivas* á la República y á la Patria, al desplegarse las banderas y estandartes, en tanto que los clarines rompían en alegres coros, y las cajas de guerra

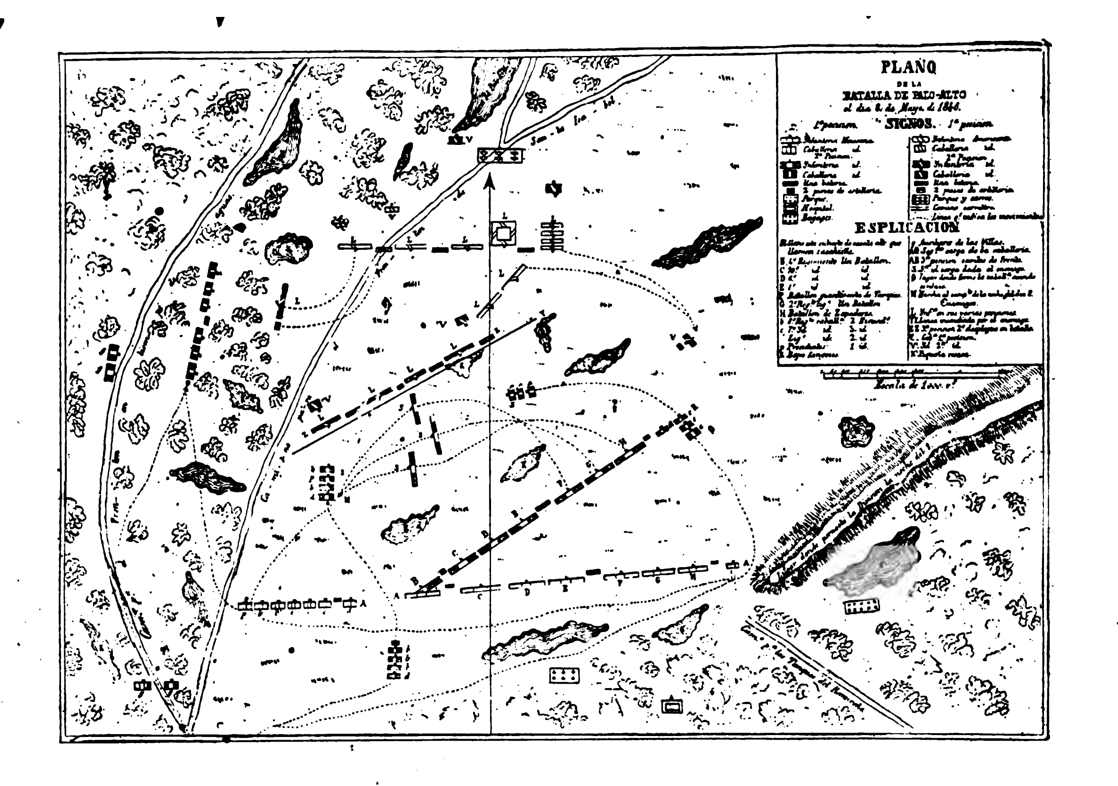
retumbaban sus redobles en las dianas, acompañando la ronca gritería de las tropas delirando por el combate!.....

Y en tanto, allá á lo lejos, en el fondo de la llanura, tras los espesos y altos *zacatales*, la primera línea del ejército americano, toda compuesta de cañones, apenas sostenidos por compañías de infantería y caballería, disponíase á vomitar su metralla y á escupir el hierro de sus balas, tranquila, á cubierto y á mansalva, puesto que hasta sus posiciones no llegaron las nuestras.

El general Taylor, cuyas fuerzas componían los *batallones veteranos 3°, 4°, 5° y 8° de Infantería*, fuertes y bien montados escuadrones de caballería, más una batería de *á dieciocho* y dos *ligeras*, intentó pasar sobre nuestro flanco derecho para seguir por el camino de Matamoros, ocultando este movimiento frente á nuestras tropas, primero con el fuego de sus baterías, y después con el incendio del pasto, cuyas espesas humaredas tendieron enorme cortina sobre sus posiciones.

Arista comprende la intención de su adversario, y, tratando de impedirla, hace destacar al general Torrejón con una columna de caballería, sobre el ala derecha enemiga, intentando envolverla por ese lado, al mismo tiempo que la línea de batalla mexicana verificaba un cambio de frente á la izquierda, ejecutando una enorme conversión bajo el fuego certero de las baterías americanas que abrían espantosos claros en nuestras filas sin que de ellas partiera un solo tiro.....

La columna de nuestra caballería, barrida por los cañones enemigos, galopando en torno de terrenos cenagosos, se va desmoronando; se amontona — y sin


PLANO
DE LA
BATALLA DE PALO-ALTO
SIGNOS.
Caballeria id.
Infanteria id.
Caballeria id.
2 piezas de artilleria.
Parque.
Hospital.
Bagages.
Parque y carros.
ESPLICACION
H Batallon de Zapadores.
Enemigo.
Escala de

poder, — lo mismo que la infantería, — batirse con los contrarios á los que apenas adivina tras el humo del pasto y el fuego de su artillería, tiene que retroceder en desorden, permitiendo á los contrarios el paso que se les disputaba; pero el cambio de frente de la línea de batalla que amenaza envolver á Taylor, se lo impide.....

Destaca el general americano parte de su caballería sobre nuestra derecha, apoyando una batería que durante algún tiempo enfiló espantosamente los batallones mexicanos.....

Hubo una desesperación infinita entre nuestros bravos soldados al verse y al sentirse así tan hechos pedazos por el plomo y el fuego del adversario que llovía sobre ellos en huracanadas ráfagas de muerte!... ¡Y resbalar y caer sobre la sangre de los compañeros, recibir como ellos la muerte, sin haberla podido repartir al enemigo en la misma hecatombe, sin haber podido devolver golpe por golpe, sin la suprema delicia de morir en el fragor del combate, de morir, en fin ¡pero matando!.... ¡Oh! sí,... de morir con el orgullo de que esa muerte será vengada con la carnicería del Invasor inicuo!... Pero caer, sentirse herido, adivinar que se va á sucumbir sin combate, eso era espantoso y desesperante para nuestras bravas tropas!....

No querían estar á la expectativa, inútilmente alineados en la llanura como fácil carnaza de los cañones contrarios.

¡Nuestros soldados frenéticos pedían á sus jefes se les permitiera el placer de lanzarse á bayoneta calada sobre el atroz invisible enemigo que con toda tranquilidad y sin peligro los despedazaba desde lejos!

— ¡Á la bayoneta! ¡Á la bayoneta! ¡Sobre ellos! ¡Viva la República! ¡Viva México! — gritaban aquellos valientes en medio del estruendo de las descargas enemigas..... . . . .

Los oficiales no podían contener á la tropa, y en vano también los jefes intentaban aplacarla gritando á su vez:

— *¡Un momentito y' nos vamos sobre ellos!..... ya los tenemos acorralados, espérense, espérense, ya nos va á tocar la nuestra!* Y así rugían los oficiales y así se desesperaban.

Pero la tropa, siempre batida por los fuegos del adversario que la cañoneaba á su sabor, llegó á indignarse á tal extremo que exigió atacar á la bayoneta á las mismas baterías americanas, amenazando con abandonar el campo si no se lo permitían. ¡Sublime espontaneidad patriótica!

El general Arista, que había visto el fracaso completo de su plan, rechazada la caballería de Torrejón por su izquierda; inútil el atrevido y heroico movimiento del cambio de frente de toda su línea de batalla, permitió al fin que aquélla con sus regimientos y batallones cargara sobre el frente americano.

¡Pero era ya demasiado tarde! Nuestros valientes, fatigados, hambrientos, exhaustos, avanzando en prolongada línea, se desordenaron atropellándose unos á otros, batidos incesantemente por el fuego del invasor que fué menguando poco á poco, sin que por fin, habiendo aquél retrocedido velozmente pudiesen los nuestros atravesarle el pecho con sus bayonetas, — ¡lamentablemente vírgenes! — hasta el término de esta batalla que, aunque indecisa, fué para nuestra

patria una heroica hecatombe — acaso inútil sacrificio —y para sus enemigos poderosos, impune y acertadísimo cañoneo!

. . . .

Vino la noche. El general Taylor retiró hacia el campamento de sus reservas las fuerzas de su línea activa, parapetándose tras el espeso reducto que hubo de improvisar con sus centenares de carros, no escaseando tupidos cordones de centinelas entre los atrincheramientos de sus grandes guardias, en tanto que el general Arista retrocedía también de aquel sombrío campo de batalla, tan copiosamente abonado con sangre mexicana.



II

LA RESACA DE GUERRERO

Al amanecer del día 9 de Mayo, las fuerzas mexicanas que habían acampado la noche anterior en la colina que quedaba á la derecha del campo de batalla de Palo Alto, se retiraron por el camino de Matamoros, sosteniendo esta contramarcha una sección mixta al mando del general Ampudia, la que permaneció frente al enemigo, que no se movió de sus posiciones en el instante.

El general Taylor después de la batalla había reunido en su campo una junta de guerra para decidir de las operaciones que debían seguir después del choque con las fuerzas mexicanas, prevaleciendo entre sus oficiales la opinión de que debían atrincherarse en *Palo-Alto* ó retroceder al *Frontón* en espera de refuerzos. ¡Tal había sido el brío y la bizarría que habían demostrado nuestros pobres soldados bajo el terrible fuego de las baterías americanas en aquella para ellos tan sangrienta jornada!

¡Ah! si el general Arista en vez de haber dejado inmóvil horas enteras su línea de batalla ante el

plomo y la muerte que el enemigo impunemente le prodigaba hubiese dado oídos al valor y al denuedo de nuestras tropas que pedían á gritos cargar á la bayoneta, habrían acaso llegado hasta aquellos malditos cañones, dando un giro decididamente triunfal á la batalla!

Si ésta quedó indecisa haciendo estéril tanta bravura, fué por haberse obstinado el jefe mexicano en su plan primitivo, ignorando el axioma táctico elemental de que las disposiciones primeras del combate se modifican según las cincunstancias y los movimientos ó actitud imprevista del enemigo.

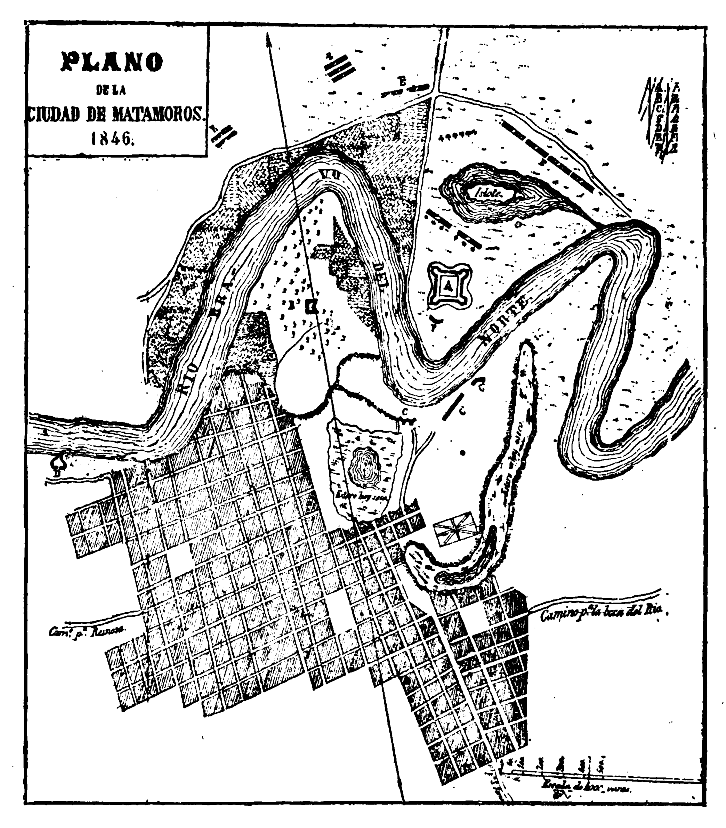
Por infructuoso que hubiese resultado el ataque desde un principio, no habría sido mayor el número de víctimas nuestras, y sí muy considerable las del adversario, lográndose siquiera que los soldados mexicanos tuvieran la satisfacción y el marcial consuelo de caer combatiendo, de morir matando, de que no sólo su sangre hubiese empapado el campo!...

El general Taylor optó por seguir adelante en persecución del ejército mexicano. Así se ejecutó, dejando en Palo Alto su tren de carros escoltado por la primera brigada y 4 piezas de artillería, partiendo el grueso de las fuerzas á la una de la tarde, precedidas por una fuerte y ligera descubierta de cerca de 600 dragones, cazadores y rifleros, descubierta que avanzó cautelosamente por los flancos del camino, atravesando por entre espesos chaparrales.

El ejército mexicano había acampado en una barranca poco profunda que atraviesa el camino oblicuamente, limitada en sus extremos por terrenos boscosos y charcos de aguas estancadas.

Los batallones de Zapadores, 6° de línea, 10° y 1° de

infantería, y *2º ligero* se colocaron á la derecha del camino, y á la izquierda el batallón y compañía *guarda*



costa de Tampico; á retaguardia de la derecha se situó el 4º batallón y cubriendo el flanco izquierdo al *regimiento de Canales* con dos piezas de artillería. Á la extrema retaguardia, como á 300 metros, se instaló la

caballería sobre el camino, colocándose el parque y los trenes á su izquierda, en medio de un bosque.

Como se puede observar por lo anterior, y la simple inspección del plano respectivo, la izquierda es notablemente débil siendo por otra parte flanqueable, y precisamente tras ese mismo extremo se instalaron los trenes y parques.

Inmediatamente que se acampó, el general Arista, que no creía ser atacado ese mismo día, ordenó que la artillería desenganchara y la caballería quitase hasta las bridas á sus caballos.

El adversario en tanto avanzaba sobre nuestra posición, decidido á atacarla si la encontraba en circunstancias favorables para ello.

Á las dos y media de la tarde, sus avanzadas empezaron á hacer un audaz reconocimiento acercándose mucho á nuestra izquierda. Fueron recibidas á cañonazos, lo que las obligó á replegarse hasta fuera de tiro, haciendo alto para esperar al grueso de las fuerzas americanas.

Advertido el general Arista de la proximidad del enemigo, no dictó providencia alguna para recibirlo, obstinándose en creer que no lo atacaría.

Á las cuatro y media de la tarde, el general Taylor hizo cargar á sus fuerzas sobre nuestra izquierda apoyadas por una batería situada á un lado del camino.

Todavía á la noticia de este ataque, que fué repelido durante breve tiempo por nuestra batería y las escasas tropas de la izquierda, y no obstante el estruendo del cañoneo y la fusilería, siguió empeñándose el general Arista en que aquello no era sino una escaramuza de reconocimiento; pero precisamente en aquel instante, un regimiento de dragones americanos cargaba al

galope sobre la batería de la izquierda, apoderándose de ella. El general Díaz de la Vega acudió con un batallón de 2ª línea á rechazar el asalto, trabándose una encarnizada refriega en la que nuestros infantes arrebataron los cañones que había tomado el enemigo. Entran entonces en combate otros regimientos americanos á los que se opone el *2° ligero*, y *las compañías de cazadores del 4°*, y *del 6°*, cuyos capitanes hacen prodigios de valor, animando á su tropa á resistir á fuego y bayoneta.

Los valientes oficiales mueren frente á los contrarios que todo lo arrollan apoyados por sus cañones y al empuje de su poderosa caballería. Esta, al fin penetra en la barranca introduciendo el desorden y rebasando luego la izquierda va á apoderarse de los bagajes, trenes y parques que no ha habido tiempo de retirar.

Mientras tanto, todos los cuerpos de la derecha encajonados en la cavidad de la barranca, han permanecido intactos, pero han escuchado el fragoroso y repentino estruendo de la lucha, del choque de todo el ejército enemigo que ha caído sobre el ejército mexicano acuchillándolo dentro de aquella barranca como en una trampa.... ¡ Y el general Arista, el general en jefe que con su adversario encima no ha salido de su tienda! ¡ Atroces momentos!

Entonces fué cuando en medio de aquel combate desigual, de aquel acuchillamiento feroz de nuestra izquierda, entonces fué cuando surguió al fin de todos los pechos el grito, el eterno grito de los vencidos por la ineptitud ó la envidia recíproca de los jefes, el grito de « *traición* »....

— ¡ Traición! — ¡ Traición! — clamaron entonces nuestros soldados y todos los batallones de la derecha

que no habían combatido aún, todos aquellos valientes cuerpos tan dispuestos antes á la lucha sangrienta y horrible, á la abnegación, al sacrificio y á la muerte, despechados, llenos de odio hacia los miserables que así los vendían y los entregaban al enemigo para que los acuchillara á su gusto, sabiendo que todo era inútil, se desbandaron en un instante, echando á correr por entre los matorrales y los arbustos, rumbo al río Bravo... ¿Á qué combatir; á qué pelear hasta la muerte si de nada serviría su heroísmo, si de todos modos la traición los había de entregar á sus enemigos?...

¡Muy tarde llega á comprender Arista toda la verdad del ataque á fondo de Taylor! Sale frenético de su tienda, cuando ya todo es desorden y confusión, cuando la muerte y la derrota están ya en su campo.... Monta á caballo y corre á ponerse al frente de la caballería que ha permanecido también intacta é inútil en aquel terreno tan impropio para sus maniobras; la arenga rápidamente conteniendo un principio de desmoralización; luego se lanza á cargar con denuedo sobre los cuerpos enemigos que ya ocupan la barranca y los bosques laterales del camino; pero desde allí los infantes americanos hacen un fuego certero y terrible sobre nuestros bravos jinetes que son fusilados á quema ropa, sin la dicha de que el hierro de sus lanzas se enrojezca en enemiga sangre.

Todo es ya inútil, la derrota se ha consumado y ahora es preciso hacer la retirada de las tropas lo menos desastrosa posible.

En todas direcciones huían los soldados buscando el río para pasarlo á todo trance y escapar de la persecución del tan fácilmente victorioso Americano.

El general Arista, con la caballería, atravesó por la

villa de Ampudia; el general Canales con su regimiento, gran número de dispersos y dos piezas de artillería, pasa un poco más arriba, en tanto que algunos valientes jefes forman en batalla los cuerpos menos desmoralizados para resistir al enemigo si intenta una activa persecución, sosteniendo la retirada del resto de las dispersas tropas mexicanas. Mas por fortuna el general Taylor se dió por satisfecho con tan inesperado y completo triunfo, no ordenando acometida alguna sobre los fugitivos, acaso por encontrarse muy maltratada su caballería y también el temor de que la nuestra que en gran parte no entró en combate y que se había retirado con todo orden, hiciera una vuelta ofensiva.

Tal es á grandes rasgos la fatal jornada de la *Resaca de Guerrero*. En ella se presenta un lúgubre cuadro en que aparece sombríamente la más siniestra de las derrotas después de un ataque de fuerzas potentes y bien dirigidas hacia el extremo de un campamento apenas defendido.... Allí se vé el sable norte-americano pesado y filoso, hiriendo á mansalva los batallones mexicanos tras algo como una sorpresa inaudita!...

¿Qué sucedió allí con nuestras pobres fuerzas mexicanas poco antes tan heroicas y dispuestas al combate?... ¡Cómo! ¿Qué no hubo en esa lucha como en la de *Palo-Alto* el despliegue airoso de las banderas y estandartes, en tanto que el fuego de las baterías diluvia el hierro sobre nuestras filas?... ¿No se prodigó el sacrificio, la abnegación y la sangre?... ¿Por qué la más funesta catástrofe y el más inconcebible pánico vuelven á dar á nuestro ejército el latigazo de la derrota?...

Ya lo hemos apuntado con profunda tristeza : es la

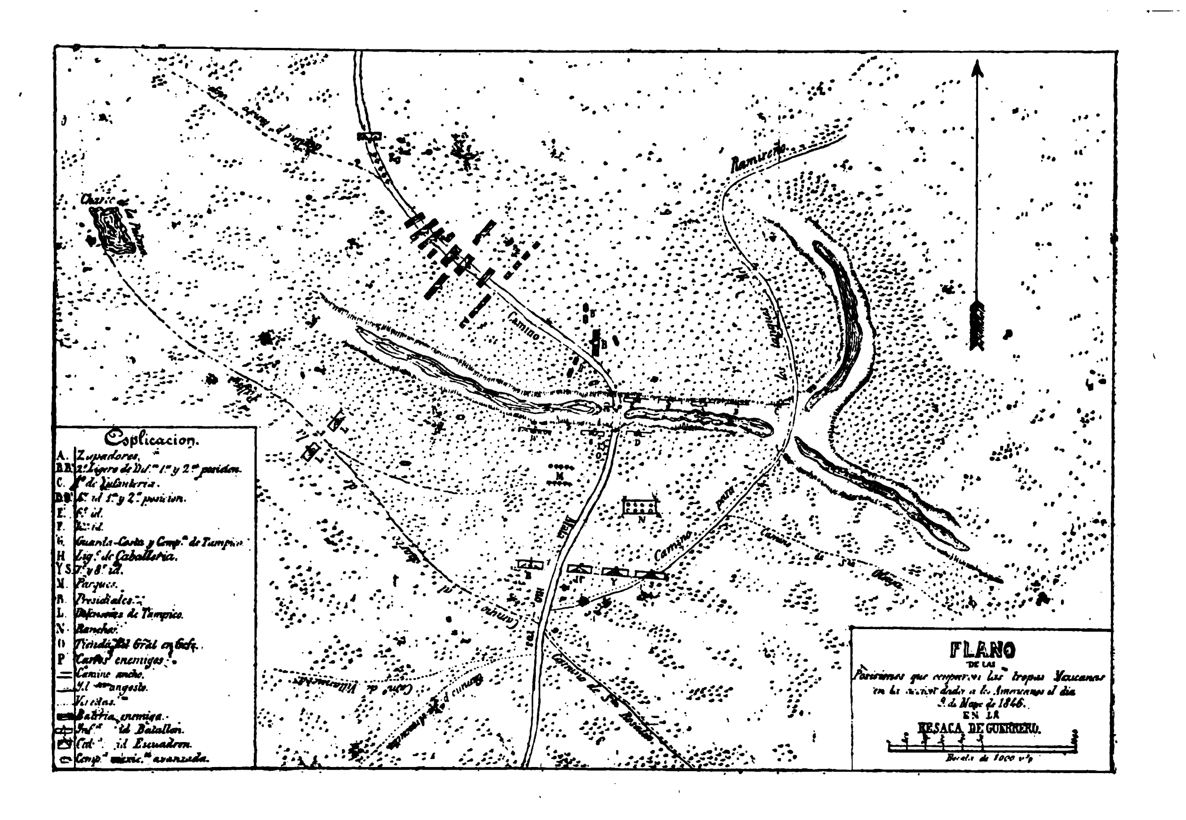
discordia odiosísima, la falta de confianza en los jefes y el abatimiento de las tropas despreciadas, lo que produjo el total desastre, originadas estas circunstancias á su vez por la ineptitud de los generales, sus horribles rivalidades, criminalísimas, y como siempre, la falta de cohesión en sus operaciones, aparte de una fatuidad ostentosa, indisculpable en un militar, creyendo ellos entonces que serían inatacables por un enemigo que desconocían, ignorando en lo absoluto todos sus elementos de defensa y ataque y toda la energía y presteza de las maniobras que sabían ejecutar, contando además con excelente armamento y jefes diestros y unidos que obraban siempre con decisión y rapidez. Porque en verdad estaba perfectamente organizado el ejército adversario.

Y esta ignorancia, esta falta de datos acerca del enemigo, sumada con las anteriores cantidades, produjeron el fatal resultado de la derrota de la *Resaca de Guerrero!*

¡Y qué terribles iban á ser las consecuencias de esa catástrofe!...

Nunca los generales mexicanos de entonces pudieron adivinar la tremenda significación de sus egoísmos y de aquellas rivalidades, acostumbrados como estaban á que fuesen puestas á precio sus espadas por las ambiciones políticas, cual si se estuviera en nuevo irrisorio feudalismo. No, nunca pudieron creer que todas sus miserias estallando frente al enemigo á la hora de la contienda, habrían de acarrear por sus menguadas envidias los horrendos desastres de tan malhadada campaña!

La noticia de la derrota de Arista en la *Resaca de Guerrero* repercutió fúnebremente en los ámbitos de


PLANO
DE LAS
Posiciones que ocuparon las tropas Mexicanas
en la accion dada a los Americanos el dia
9 de Mayo de 1846.
EN LA
RESACA DE GUERRERO.
Escala de 1000 v.s
Esplicacion.
A. Zapadores.
BB. 2.º Ligero de Dif.ᵒˢ 1.ª y 2.ª posicion.
C. 1.º de Infanteria.
DD. 6.º id 1.ª y 2.ª posicion.
E. 6.º id.
F. 10.º id.
G. Guarda-Costa y Comp.ª de Tampico.
H. Lig.ᵉ de Caballeria.
YS. 7.º y 8.º id.
M. Parques.
R. Presidiales.
L. Defensores de Tampico.
N. Rancho.
O. Tienda del Gral en Gefe.
P. Carros enemigos.
Camino ancho.
Id. angosto.
Veredas.
Bateria enemiga.
Inf.ª id Batallon.
Cab.ª id Escuadron.
Comp.ª mexic.ⁿᵃ avanzada.
Ramireño
Camino
Camino para
Camino de Sn. Bernardo
Camino de Villarreal

la República, llevando la consternación y el desaliento á los espíritus más levantados, á las almas más encariñadas con el ensueño de rápidas y brillantes victorias que habrían de cubrir con laureles frescos nuestras hermosas banderas tricolores!

Ya desde entonces, el entusiasmo y el orgullo que alentaba la Nación creyéndose inatacable, ufana con las pasadas glorias de nuestra Guerra de Independencia, sufrió una crisis de abatimiento previendo las futuras catástrofes...

Y esa crisis en forma de pánico cundió en las filas del ejército, de aquel valiente *ejército del Norte* del que ya en plena desmoralización, vencido, derrotado, hambriento y sin confianza en sus jefes, nada podía esperarse.

Y en efecto, nada más desolador que el espectáculo que las tropas mexicanas presentaban en la ciudad de Matamoros días después de las funestas jornadas de *Palo-Alto* y la *Resaca de Guerrero.*

Allí las hizo acuartelar malamente, amontonadas y maltrechas, el general Arista frente á las robustas huestes enemigas que más y más sólidamente engrosadas, se instalaban fuertemente tras de seguras posiciones á la margen opuesta del río Bravo, amenazando pasarlo para asaltar la plaza.

Arista no creyó prudente resistir en aquella villa que tan fácil era para embestirse y más aún por un ejército victorioso, sólido y confiado en la voluntad de jefes inteligentes y veteranos. En vano el general mexicano trató de arreglar un armisticio con Taylor; éste se negó á concederlo y no hubo más remedio que evacuar Matamoros, entregando la plaza á merced del enemigo que habría de pasar el río muy tranquila-

mente yendo sus tropas como de paseo, sin recibir un solo cañonazo de los tristes y abandonados reductos mexicanos.

El día 18 de Mayo, dió principio la funesta retirada de nuestro abatido *ejército del Norte* dejando en Matamoros equipajes, depósitos, parque inutilizado, armas destruídas y unos 400 heridos, abandonados á la generosidad del adversario, que ocupó al punto la plaza.

Nada más desastroso, ni que tanto partiera el alma, que el aspecto que presentaban las tropas mexicanas en aquella retirada tristísima.

Más de 4000 hombres semidesnudos, enfermos unos, macilentos otros, todos extenuados por las fatigas y el escaso y pésimo rancho, llevando en su corazón el más profundo desaliento y la más negra tristeza, con la vergüenza de las derrotas pasadas y el atroz presentimiento de las futuras, marchaban en informe columna, baja la cabeza, inundando con sus masas los caminos que se internan en los desolados campos que se extienden entre Matamoros y Linares.

Abría la marcha el general en jefe con la 2ª brigada de infantería, la artillería y las carretas del parque tiradas por bueyes; seguía la 1ª brigada de infantería, cubriendo la retaguardia la caballería. ¡Ah! para mayor mengua de muchos de aquellos jefes, tenemos que consignar que, « *mientras un acopio considerable de parque quedaba abandonado; mientras se dejaban clavadas las piezas de artillería; mientras los infelices soldados tenían que ir cargando los calderos en que habían de hacer sus comidas, hubo varios generales que llevaban muchas mulas de carga con sus trenes, sus equipajes y cuanto podía servir para su comodidad y recreo!...* »

El día 19 se llegó al punto del Ebanito, donde se tuvo noticia de que 300 caballos americanos habían salido en persecución del ejército, tomándose las precauciones necesarias para evitar una sorpresa. Las jornadas siguientes fueron más y más penosas por la falta de víveres y sobre todo, de agua, y aunque el día 21 cayó un gran chubasco, esto aumentó la fatiga del soldado por haberse inundado los caminos y tener que atascarse las columnas en el fango. El parque y parte de la artillería tuvo que ocultarse en los bosques por falta de animales de tiro; la caballería fué perdiendo sus caballos y los jinetes tenían que seguir á pie cargando sus monturas. Los infantes más robustos conducían á mano la artillería... ¡ Ya podrá imaginarse lo que sería aquel ejército, atravesando jadeante y sediento, desnudo y exhausto, aquellos desiertos! Bien pudo destruirlo el general Taylor si emprende con su buena y fuerte caballería una activa persecución como era de su deber hacerla, militarmente hablando.

El 28 de Mayo se llegó por fin á Linares, y el 3 de Junio se recibía la orden de separación del mando, del general Arista, quedando nombrado en su lugar el general Francisco Mejía.

Había terminado la primera etapa de la infausta campaña : en 9 ó 10 días habíamos perdido dos batallas y una importante plaza.

He aquí para terminar el sombrío cuadro que con tanta amargura esbozamos, lo que acerca de ello dice un juicioso * historiador testigo de la enorme tragedia :

« En tan breve campaña quedaban ya contrapuestos y determinados los principales rasgos característicos

* José María Roa Bárcena.

de ambos combatientes, así como su organización y sus elementos de ataque y defensa. El invasor fuerte ya por la superioridad física de su raza, lo era aún más por la superioridad indisputable de su armamento en general, por lo numeroso y potente de su artillería y de sus caballos, por el arreglo y precisión de su parque, la abundancia de sus víveres, el completo y esmerado servicio de sus trenes y ambulancias, la rapidez é impetuosidad de sus movimientos y la subordinación y la confianza de la oficialidad respecto de sus jefes. En nuestras filas el valor y la decisión eran iguales ó superiores; mas la mutua confianza no existía entre jefes y oficiales; el armamento era antiguo y defectuoso; poca y de cortísimo alcance la artillería; casi del todo inútil la caballería; lentos y pesados los movimientos, ocasionando esto en los combates gran pérdida de vidas; por último, se carecía casi por completo de ambulancias, depósitos de víveres y todo lo necesario al buen servicio de un ejército en campaña. Cuando el nuestro atraviesa el Bravo para ir á atacar al enemigo, emplea en ello veinticuatro horas por tener que hacerlo en dos chalanes, y da tiempo á Taylor para emprender movimientos y elegir posiciones : cuando regresa derrotado, se ahogan multitud de soldados por la misma carencia de barcas : en Palo Alto no hay un solo médico ni un miserable botiquín para atender á los heridos : en Matamoros quedan abandonados equipajes, parque y cañones por falta de carros y de tiros ».





General Ampudia.

III

MONTERREY

La noticia de nuestros desastres se esparció con pasmosa rapidez por todos los ámbitos de la República, produciendo una inmensa sensación de estupor. Había en todos la firme esperanza de un triunfo seguro; se creía que nuestro ejército saldría victorioso en todos los choques contra el enemigo, que lo iríamos haciendo retroceder hacia sus centros del Norte, y aun hubo optimistas que creyeron que pronto ondearía nuestro tricolor pabellón sobre el palacio de Wáshington.

Era que por una parte reinaba una estupenda ignorancia acerca del ejército americano, de sus elementos de guerra, de su organización administrativa y táctica y su aptitud para el combate, del temple de sus soldados y de la inteligencia é instrucción militar de sus jefes, y por otra parte, teníamos un desmedido orgullo nacional, creíamos que nuestro ejército era invencible, estábamos engreídos con los triunfos de la independencia, y que, habiendo vencido á España ante la que se estrelló el primer ejército del mundo, tendríamos que triunfar del ejército yankee, al que se imaginaba

como un montón desorganizado de cobardones sin disciplina ni patriotismo, que huirían como palomas á los primeros tiros ó al ver en manos de nuestros indios las temibles bayonetas!

¡Qué pronto despertó la nación mexicana de tan halagadores sueños y qué pronto nuestro latino orgullo fué sacudido al retumbar las baterías norteamericanas en las trágicas llanuras de Palo-Alto, donde sus cañones batieron impunemente nuestra brava infantería!

¡Fué en verdad un amargo despertar! y después de la noticia detallada de las dos primeras derrotas, hubo de comprenderse toda la inutilidad del valor de nuestras tropas desnudas, mal armadas, apenas mal nutridas, sin equipo, ni artillería, ni trenes, y dirigidas por jefes orgullosos acostumbrados á la anarquía, viviendo de los pronunciamientos, odiándose unos á otros, incapaces de subordinarse á un mando superior delante del ejército contrario integrado por hombres robustos, magníficamente armados, valientes, contentos en el servicio, casi todos voluntarios, dirigidos por generales aptos, obrando armónicamente bajo un plan de campaña bien discutido y estudiado.

Hasta la hora de los primeros desastres no abrió el país los ojos á la triste realidad. Entonces vimos que no estábamos preparados para la guerra, que casi no había ejército nacional, pues no podía titularse así á grupos más ó menos numerosos de hombres obligados por la fuerza á batirse unos contra otros por tal ó cual jefe. La nación yacía en un estado caótico; hervían odios y pasiones en las diversas clases sociales, y el pueblo se desangraba produciendo un extremo debilitamiento. Así pues, los Estados Unidos pudieron

escoger muy á propósito, después de prepararse, el instante de su ataque.

El gobierno mexicano, á la nueva de las derrotas, vaciló mucho tiempo en formarse un plan de defensa, contentándose con quitar del mando del *ejército del Norte* que descansaba en Linares, al general Arista, sustituyéndolo por Mejía, al que se enviaría una división de refuerzo para resistir el avance del general Taylor.

El general Mariano Paredes, elevado á la presidencia de la República por las intrigas infames del clero que prodigaba sus tesoros para que los mexicanos hiriesen á su misma patria haciendo imposible el gobierno de la República, pensó marchar al frente de las tropas que se organizaran en la capital rumbo al Norte; pero después de que empezaron á salir las primeras fuerzas, estalló un nuevo pronunciamiento el 4 de Agosto derribando del poder á Paredes y elevando al funesto Santa Ana.

Nada sería más fatal para el éxito de la campaña que tuviera como director este jefe todo egoísmo, orgullo, ambición, terquedad é ineptitud, que como soldado sólo poseía cualidades de valor y audacia; pero que por lo demás todo lo fiaba á su diz que inspiración, al azar y á su buena fortuna.

Los tristes resultados de esa guerra realzaron hasta la más trágica evidencia, las miserias de este hombre fatal, que tanta sangre, tantas lágrimas, tanto dinero y tanta vergüenza habría de costar á nuestra entonces desdichada patria!

Su primera disposición fué quitar del mando del *ejército del Norte* al general Mejía, entregándolo al general Ampudia.

Desde la época en que aún mandaba Arista, previendo la dirección que tomaría Taylor, se había destacado hacia Monterrey al batallón de Zapadores y la sección de ingenieros, con el objeto de que principiaran á ejecutar las más necesarias obras de fortificación para la defensa de la plaza, hacia la cual había marchado el grueso de las tropas que habían permanecido en Linares, el 9 de Julio. Aquéllas ascendían á 1,800 hombres integrando los siguientes cuerpos : *Infantería* : 1er regimiento, 2º ligero, 4º y 10º de línea, y dos compañías del 6º, Activos de México y Morelia. *Caballería*: 7º y 8º ligero. *Artillería* : 13 piezas. Hacia Tampico se dirigía el batallón Activo de Puebla y el batallón y compañía Guarda-Costa de aquel puerto al mando del general Morlet.

En cuanto arribaron las tropas á Monterrey, se dedicaron todas con la mayor actividad á la continuación de las obras de defensa, mientras llegaba el general Ampudia con las fuerzas que se habían concentrado en San Luis. Cuando éstas se incorporaron, la guarnición ascendió su efectivo á cerca de 5,000 hombres. En Marín se situó un regimiento á la expectativa del enemigo que avanzaba lentamente sobre Monterrey.

Las obras de defensa de la plaza de Monterrey — ciudad situada á la salida de la garganta que atraviesa la Sierra Madre, de la que un ramal la envuelve por el Oriente y Sur, corriendo á su pie el río de San Juan, que podría servirle de foso — eran las siguientes : tres pequeñas fortificaciones abiertas por la gola, capaces de alojar cada una de ciento cincuenta á doscientos infantes, con dos ó tres piezas de artillería. También se cubrieron con dos líneas de parapetos y fosos, las calles centrales que ven á aquel rumbo. Del

lado del Norte, se construyeron dos flechas dispuestas para contener cada una de cincuenta á sesenta hombres.



General Arista.

Á la izquierda de estas flechas, en el Puente de la Purísima, se levantó una obra irregular según lo per-

mitía la localidad. Detrás de esta línea, se cubrieron igualmente con parapetos las calles que desembocaban á ella. Fuera de la ciudad, siempre al Norte, en el llano y al rededor de los muros de una Catedral empezada á construir, se levantó un fuerte cuadrado, con baluartes. Esta obra, á la que se le dió el nombre de Ciudadela, era la única fortificación seria que había en Monterrey. Algo adelante del punto en que concurrían prolongándolas, las líneas que pasaban por las obras del Norte y del Este, se construyó un fortín de forma irregular cubriendo una *tenería*, cuyo nombre llevó. Por el rumbo del Oeste, á la salida para el Saltillo, sobre las alturas, á uno y otro lado del camino, había dos obras avanzadas, de poca importancia. En el cerro llamado del Obispado, estaba la más formal, que consistía en una especie de bonete que miraba á la ciudad, y en una pequeña flecha colocada sobre un crestón, situado á la espalda del edificio del Obispado, y que lo dominaba. Tomado este crestón, el Obispado estaba perdido, porque la obra que miraba á la plaza de nada serviría. Sin duda, el ingeniero que la trazó, se propuso que cuando la plaza se perdiera continuaría defendiéndose el Obispado, sin sospechar siquiera que el enemigo pudiera atacar aquel punto antes de penetrar á la plaza. La otra obra era un simple reducto cuadrado sin fuegos flanqueantes, construído sobre Loma Blanca, incapaz en su aislamiento de ofrecer una resistencia formal. Se le llamó Fortín de la Federación. Las calles que desembocaban al Oeste, también se cortaron con parapetos y fosos. Hacia el Sur, solamente había parapetos en las calles que daban al río.

El 13 de Septiembre, el ejército americano se avistó

en Papagallos con las avanzadas mexicanas que retrocedieron concentrándose aquél cerca del río San Juan, á 25 millas de Monterrey.

Ese mismo día, reunió el general Ampudia una junta de guerra para dictar las disposiciones convenientes á la defensa, dando por resultado que se abandonasen las obras de fortificación que se construían entre la Ciudadela y el cerro del Obispado, continuándose sólo las de estas dos posiciones, la del reducto de la tenería y las trincheras del interior de la ciudad.

La actitud del general Ampudia era en extremo vacilante, cuando más necesaria era la energía y la tenacidad en un plan bien determinado; pero muy al contrario, cambiaba sus disposiciones de un día á otro. Así fué cómo en un principio optó por tomar la ofensiva y salir briosamente á atacar al enemigo batiéndolo en un punto á propósito, encerrándose en Monterrey en caso desgraciado. Después abandonó este plan resolviendo reducirse á una actitud absolutamente defensiva, contra todos los preceptos de la ciencia de la guerra, que condena este sistema.

En efecto, fué absurdo y hasta vergonzoso haber dejado avanzar tranquilamente al enemigo, sin hostilizarle, sin inquietarle en lo más mínimo, pudiendo haber sorprendido con frecuencia sus flancos y retaguardia, ó haberle cortado sus comunicaciones. Nada de eso se hizo; nuestra caballería presenció impávida la entrada de un escuadrón norteamericano al punto de los Alacranes, sin haberse disparado un solo tiro.

El día 19 de Septiembre, se presentó el enemigo delante de la plaza principiando al instante sus reconocimientos, partiendo desde la Ciudadela los pri-

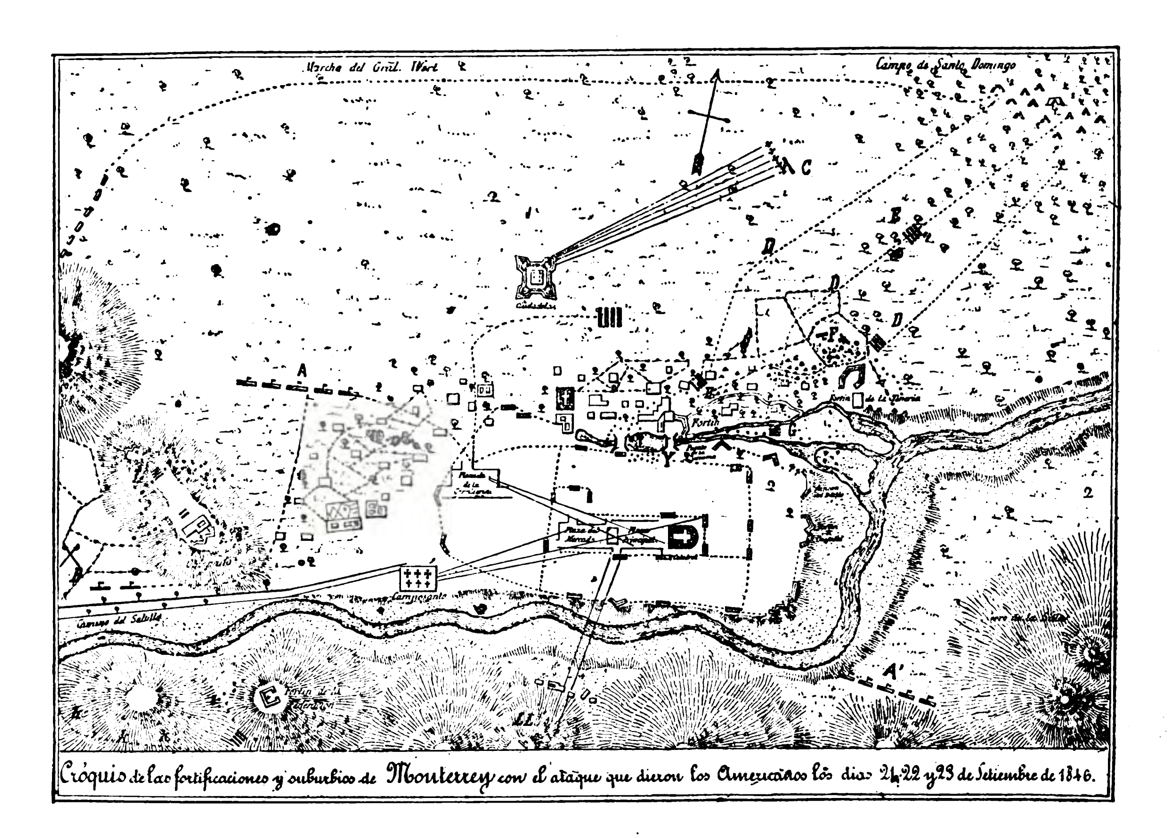
meros cañonazos que pusieron en alarma la población.

Al toque de Generala, las tropas tomaron las armas y ocuparon los puntos que se les designó para su defensa. Se formó una reserva compuesta de los batallones *Aguascalientes* y *3°* y *4° Ligeros*. Esta debía obrar en combinación con la caballería, cuya fuerza debería á su vez atender á los lugares donde fuese más vivo el combate para entrar en acción á primer orden.

El día 20 continuaron los reconocimientos del ejército americano, protegidos sus ingenieros por partidas de caballería que recorrían las inmediaciones de la ciudad. En la tarde de ese día, una columna al mando del general Worth, con varios carros y artillería, se dirigió por la espalda del Obispado hacia el camino del Saltillo, con el objeto de cortar las comunicaciones con aquel punto. Parte de nuestra caballería se dirigió á impedir aquel movimiento, en tanto que del Obispado se cañoneaba á la columna en marcha. La noche se pasó á la expectativa de recio combate.

Durante ella, ante la prudente advertencia de un oficial de ingenieros, se reedificó con toda actividad el Fortín de la tenería, que se había derribado en virtud de absurda orden del jefe director de las obras de defensa.

Al amanecer del día 21, la columna del general Worth se puso en marcha dirigiéndose rumbo al río, con objeto de tomar el Fortín de la Federación, situado al Sureste de la ciudad. Nuestra caballería, al mando del general Torrejón, intentó cortarle el paso, cargando á sable y lanza sobre aquella fuerza compuesta de buena y sólida infantería. Esta hizo alto tras unas milpas y « CERCAS » de árboles y piedras, desde donde rompió



Cróquis de las fortificaciones y suburbios de Monterrey con el ataque que dieron los Americanos los dias 21, 22 y 23 de Setiembre de 1846.

un fuego ordenado, vivo y certero, que desorganizó á los cuerpos de dragones mexicanos, detenidos por los obstáculos del terreno. En vano el general Don Manuel Romero hace esfuerzos inauditos por abrir un portillo por donde pasar para caer sobre el enemigo; su fuego diezma la mexicana tropa, en tanto que el comandante de los *Lanceros de Jalisco* cae muerto al frente de sus valientes. El teniente coronel Mariano Moret, que pudo llegar al frente de cincuenta Lanceros de Guanajuato hasta la terrible línea de hierro y fuego de los americanos, hace atroz carnicería, lanza en ristre, hasta quedar aislado en la refriega, muertos sus bravos soldados, y él sólo, herido, llega intrépidamente hasta los mismos cañones enemigos, donde, rota su lanza, tira de la espada y acuchilla, heroico y sublime, á los americanos, desconcertados en aquel punto por tan valiente carga... Luego, vuelve bridas y regresa á galope, cubierto de sudor, polvo y sangre, yendo á reunirse con el resto de la caballería que no pudo cargar... ¡Había recibido en su cuerpo, caballo y montura quince balas!

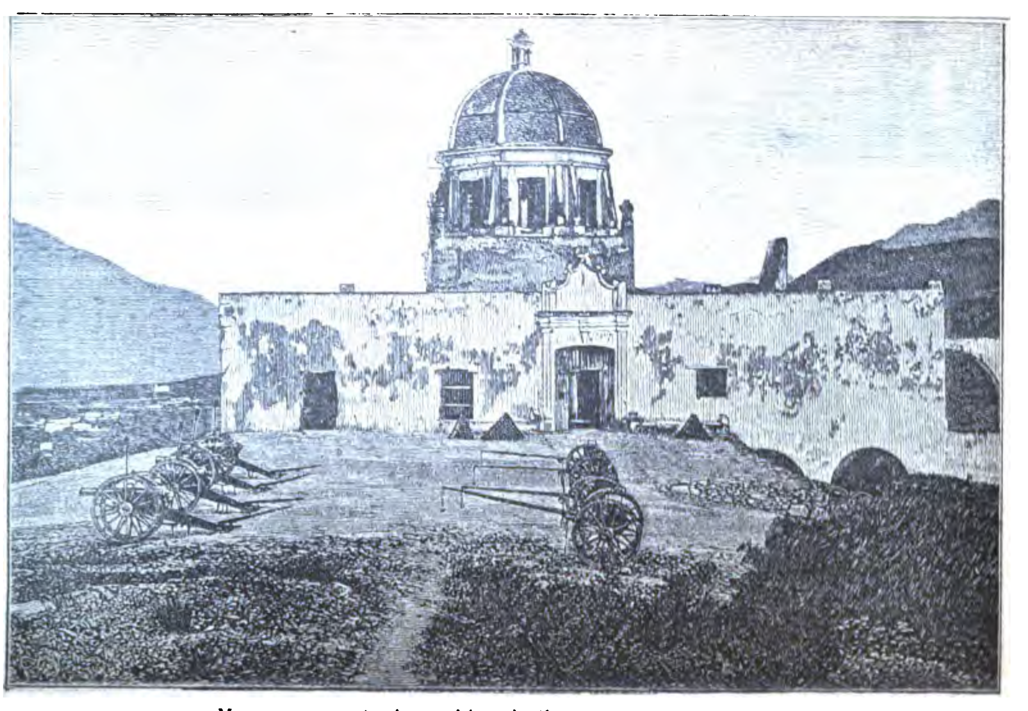
No pudiendo resistir más el fuego, se retiró la caballería, dejando el campo cubierto de despojos.

De nuevo, la impericia de nuestros jefes había sacrificado numerosas víctimas. ¿Por qué no se observó el campo antes de ejecutar la carga, para no lanzarse á ciegas sin conocer los obstáculos que puedan presentarse?

¡Deplorable falta de previsión! Las pocas veces en que nuestros generales se decidían á tomar la ofensiva, lo hacían así, de un modo brusco y desordenado, prodigando inútilmente valor, esfuerzo, fatigas y existencias!

Rechazada la carga, el general Worth siguió su marcha sobre el Fortín de la Federación, donde había un destacamento de 80 hombres con dos cañones en mal estado. La plaza no le mandó auxilio alguno, y atacado por toda una brigada, batido por una batería fué tomado por el enemigo, tras débil resistencia.





Monterrey. — Antiguo obispado (hoy cuartel de artillería).

IV

EL REDUCTO DE LA TENERÍA

El general Taylor creyó desde un principio al emprender su marcha victoriosa sobre Monterrey que el apoderarse de esta plaza sería cosa sencilla y obra de un ataque que, bien preparado, lograra la adquisición del punto en unas cuantas horas.

Después de los necesarios reconocimientos efectuados con escrupulosidad los días 19 y 20 en que las divisiones de Twiggs y Butler permanecieron acampadas en el bosque de Santo Domingo, decidió el General en jefe americano dar un asalto general á la plaza por varios puntos, desprendiendo diversas columnas apoyadas por sus baterías más ligeras. Mientras la brigada de Worth, que había partido desde la víspera á cortar el camino del Saltillo y tomar el reducto de la Federación era atacada por nuestra caballería que había pernoctado en el Jagüey, el general Taylor disponía tres columnas de asalto sobre la parte Nordeste de la ciudad, ocultando tal operación con amagar las fortificaciones del Obispado, haciendo sobre él un nutrido fuego de artillería.

En efecto, situó una batería para que estuviese bombardeando la Ciudadela. (Véase en el croquis el punto T).

Preliminar operación era tomar el Fortín de la Tenería, que se juzgaba de gran importancia, por dominarse desde allí diversos pasos y entradas á la Plaza.

Los mejores cuerpos con que contaba el ejército americano, entraron á constituir las tres poderosas columnas que debían atacar la Ciudad por el Nordeste, teniendo que ocupar ante todo el reducto de la Tenería.

Esta obra de defensa, de tanta importancia, en un principio se ejecutó con actividad para ser luego derribada, como ya dijimos, por disposición del general Ramírez, pero en la noche del 20 hubo de reconstruirse á toda prisa, empleando en ello, con grave pérdida de la energía de la tropa, á los mismos soldados que guarnecían el reducto. Así fué que al amanecer del día 21 sus parapetos no estaban aún concluídos, completándolos con sacos *á tierra*, defectuosísimos, pues su cubierta era de mal género de algodón. El foso tampoco pudo terminarse, siendo poco ancho y casi nada profundo, y, según afirma un testigo presencial entendido en el arte de la fortificación y la artillería de cuyas notas extractamos esta descripción, sobre las plataformas para los cañones colocados á *barbeta* no se habían establecido explanadas de madera, debiendo producir semejante falta trascendentales dificultades en el servicio durante el combate, encontrándose, como se hallaba, sobre una tierra que recientemente amontonada y humedecida por la lluvia, no era sino funesto lodazal.

La guarnición de la Tenería constaba apenas de 200 infantes y tres piezas de artillería mal dotadas de

sirvientes. Agréguese á esto que, por descuido ó falta de tiempo, no se ejecutó la obra capital de despejar el campo frente á la fortificación, limpiándole de árboles, montículos, piedras, milpas, magueyes y nopales, y tantos otros obstáculos tras de los que el enemigo habría de parapetarse contra los fuegos del reducto al emprender el asalto.

El trazo del Fortín aproximábase al de una *luneta*, en uno de cuyos flancos se había agregado una pequeña cara con el objeto de ocultar la *gola*, que sin ello hubiera quedado completamente descubierta.

Apoyábase en un conjunto de árboles entre los que se alzaban viejos cuartuchos y humildes jacales sobre el camino que daba al Puente de la Purísima, habiéndose tenido la imprevisión de no haber ocupado sólidamente la arboleda y caserío, ligándolos con el Puente, apoyando de este modo el extremo izquierdo que sería flanqueado por los fuegos de la Ciudadela, lo que unido á la ayuda de la caballería que obrara por los campos en auxilio del reducto, hubiera producido muy respetable efecto en las tentativas de asalto de aquel adversario que tuvo que convencerse muy pronto de la insuficiencia de nuestros atrincheramientos.

Las tres columnas de ataque se dirigieron á paso veloz, aprovechando las sinuosidades del terreno para ocultarse hacia la parte Sureste, ocupando la de la derecha solares y arboledas, quedando la del centro en reserva, y embistiendo con decisión la de la izquierda sobre la Tenería, precedida por líneas de hábiles tiradores que, con el humo y el estruendo de sus fuegos, enmascaraban la dirección del asalto.

En cuanto estuvieron á tiro de cañón, fueron reci-

bidos los americanos por un vivo fuego que no contestaron hasta apoderarse de algunas casas y jacales desde donde empezaron á batir la posición mexicana. Tropas de la izquierda enemiga trataron de envolverla, pero fueron detenidas á tiempo, teniendo que retroceder. Por su derecha también tuvieron que cejar cuando intentaban acometer la retaguardia de la Tenería para flanquearla.

Llegó por fin el momento en que las tropas americanas que habían hecho alto al frente del reducto, después de un tiroteo vivísimo, arremetieran con decisión. Llegaron hasta el borde del foso desde donde hicieron fuego valientemente contra nuestros artilleros. Fué bien contestado, y muchos enemigos cayeron, teniendo que retroceder la columna hasta ponerse fuera del alcance de nuestros cañones, yendo á rehacerse más á retaguardia con el resto de sus fuerzas que también habián tenido que cejar.

Anímanse de nuevo los asaltantes á los gritos de sus oficiales, y organizada otra columna, vuelven á la carga con menos brío, pero con más parsimonia; avanzando lentamente su amplia cortina de tiradores, quienes se detenían tras cada incidente del terreno que pudiera cubrirlos, haciendo fuego, echados rodilla en tierra, agazapados ó tendidos tras los magueyales, milpas y nopaleras, envolviendo el reducto mexicano en una onda tronante de fuego y plomo.

Por fortuna para la continuación de la defensa en el Fortín, llegó de la plaza como refuerzo una sección de 150 hombres del *3° Ligero* y un cañón de á ocho. Esta pieza y parte de la infantería pasaron al reducto, situándose el resto de los infantes en las azoteas de la casa de la Tenería.

Por su parte los americanos habían recibido también considerables refuerzos disponiéndose á otro ataque, apoyados por piezas de artillería que rompieron sus fuegos sobre aquel rumbo de la ciudad. Entonces la columna del centro que había quedado como reserva, apoyó á su vez el empuje intentando volver á flanquear; pero un bravo oficial de nuestra artillería saca una pieza del Fortín y fuera de las obras de defensa, rápidamente la enfila hacia la masa americana que rumbo á aquel flanco se aproxima, y tras unos cuantos certeros disparos, la dispersa y barre.

Ya la guarnición de la Tenería estaba fatigadísima, hambrienta, jadeante y presa de una sed espantosa; ardían los cañones de los viejos y malos fusiles; desmoronábase la trinchera; pero seguía batiéndose con entusiasmo y bizarría, respondiendo con la muerte y á los gritos de ¡viva México! al ataque de los invasores.

Sin duda creyeron éstos ya imposible la victoria, porque de súbito se retiraron los del centro y de la derecha, ejecutando este movimiento la columna de la izquierda, dando ocasión á la más viva y noble alegría en los defensores del Fortín.

¿Se había triunfado....? ¿Se retiraba vencido el enemigo?

¡Oh! sí, así parecía..... Huía en desorden y en montón..... Estallaron gritos de entusiasmo, vibrando en el aire ennegrecido por el humo de la pólvora los gritos de ¡viva México! acompañados por el alegre son de los clarines que prorrumpían en dianas!

¿Qué había pasado....? Fué que hacia la derecha de los americanos se presentó una columna de caballería mexicana dispuesta á cargar sobre ellos á punta de lanza y filo de sable.

Tal era el origen del pánico de nuestros enemigos..... Fatigados, con grandes pérdidas en oficiales y tropa, confiando en el triunfo sólo por el auxilio de nuevos refuerzos, que aun no les llegan, ven caer de pronto sobre su débil flanco, numerosa y fresca, lanzada á toda brida, la caballería mexicana, palpitante de odio....! ¿Cómo no creer en su derrota ante ese golpe inesperado que les amenaza....?

Y en efecto, ella y nuestro triunfo hubieran sido seguros, aplastantes y decisivos, si aquella caballería hubiera cargado, toda y unida en perfecta cohesión y al mando de una sola voz, sobre el sangriento y débil flanco derecho del ya medroso adversario..... Mas para colmo de nuestras desdichas, en esta ocasión en que el sable de esa caballería, tan costosa y tan inútil hasta entonces, hubiera podido decidir la victoria en un terreno propio, — si no para una carga de grande empuje, al menos para un terrible amago de efecto decisivo sobre un enemigo maltrecho y vacilante, ¡oh! sí, para colmo de ignominia, en esta vez no cargan todos los escuadrones..... ¡y apenas cincuenta lanceros mexicanos se dieron el gusto de dar quehacer á sus brazos para derramar sangre de enemigos! teniendo al fin que volver grupas para incorporarse al grueso de su fuerza.

Habiéndose retirado ésta, los americanos ya sin temor y con más auxilios, volvieron á organizarse en otra columna cubierta y flanqueada por diestros tiradores que tornaron á abrir trágico fuego sobre el heroico reducto.

En él, después del primer entusiasmo que produjera la creencia en el triunfo definitivo, había un abatimiento espantoso, exhaustas ya las fuerzas de todos

sus defensores que llevaban horas y horas de estarse batiendo, encontrándose los artilleros reducidos á tener que hacer fuego con sus cañones colocados á *barbeta*, cazados aquéllos por los tiradores enemigos á los que los nuestros contestaban á su vez, eliminando á los contrarios que eran inmediatamente sustituídos por gente de refresco.

De repente resonó un terrible grito, grito que produjo un profundo pánico : — ¡ Parque ! ¡ Parque ! — ¡ No hay parque !

En efecto, se habían agotado las municiones, tanto de cañón como de fusil, y aunque repetidas veces se habían mandado pedir con urgencia á la plaza, lo mismo que agua y refuerzos, nada de esto llegaba, distraído nuestro general en jefe con los asaltos que el enemigo daba al mismo tiempo por el Poniente, donde acababa de tomar el Fortín de la Federación, y por el Norte, donde amagaba al Obispado. Entretanto, la reserva que hubiera podido ser utilísima para sostener y rechazar el asalto, permanecía inactiva cuando más necesario era su apoyo.

Las columnas americanas que se rehacían frente á la Tenería, al notar que nuestros fuegos disminuían, redoblaron los suyos, y cuando el Fortín calló por completo dispusieron un nuevo asalto, comprendiendo que ya no habría resistencia.

Algunos oficiales de la guarnición del reducto arengaron á la tropa para decidirla á hacer una salida á la bayoneta sobre los asaltantes ; pero la empresa era temeraria, imposible. Ya no había fuerza ni ánimo en nuestros pobres soldados, muertos de fatiga y de sed, y además, comprendían que el enemigo era cada vez más superior en fuerzas y armas y que

los barrería con metralla si salían de la fortificación!

Careciendo de parque, hubo que abandonarse ésta, no quedando sino un grupo de oficiales y valientes soldados que esperaron á pie firme, en el reducto unos, y otros en las azoteas de la Tenería. Los americanos lanzaron un *¡hurra!* estruendoso, y á todo correr se dirigieron sobre el parapeto; saltaron á los fosos y subieron por el ángulo saliente de la obra, donde hicieron fuego sobre los últimos defensores, matando algunos y tomando prisioneros á los demás.

Pocos momentos después, ondeaba sobre el Fortín de la Tenería el pabellón de las estrellas. El combate había durado, sin un momento de tregua, desde las 7 de la mañana hasta las 12 del día.

Las fuerzas mexicanas que guarnecían el Puente de la Purísima y el Fortín del Diablo, principiaron á hacer fuego sobre las enemigas que habían tomado la Tenería, las que se vieron obligadas á cubrirse dentro de los fosos.

Otra columna americana, animada por aquel primer triunfo, avanzó sobre el Fortín del Diablo; pero fué detenida por un vivísimo fuego de fusilería y cañón. Los invasores se posesionaron entonces de puntos tras de los que podían contestar al fuego del Fortín, agazapándose tras los matorrales y asperezas del terreno para emprender nuevos ataques que eran valientemente rechazados. Pero se cometía la falta de no perseguir al contrario en su retirada para acabar con él ú obligarlo á dispersarse por completo sin darle tiempo á rehacerse y esperar refuerzos, lo cual hacía con toda tranquilidad, pudiendo así cubrir sus bajas y aumentar su efectivo, con lo que tornaba á la carga cada vez

más poderoso, mientras nuestra brava tropa disminuía en número y energías, fatigándose hasta rodar desmayados los más inquebrantables defensores.

Cargáronse los americanos hacia la izquierda nuestra para descubrir la gola del Fortín; pero notado esto por el jefe de artillería, hizo sacar de la obra algunas piezas con las que se les hizo un fuego terrible que los obligó á dispersarse. Intentaron, por último, un segundo ataque, pero fué rechazado con igual bizarría que las veces anteriores, teniendo al fin que desistir de su intento, regresando á su campo sin haber obtenido el triunfo.

Otra columna de asalto atacaba á la sazón por el Norte el Fortín de la Purísima que cubría el puente del mismo; pero también allí encontró una resistencia inquebrantable, no obstante que en ese punto no había sino un cañón de á doce que dirigía en persona un capitán de artillería.

También en esta parte dieron tres asaltos los americanos, siendo rechazados con tal ímpetu en el último, que los nuestros, haciendo una brillante salida, pudieron perseguir al enemigo al que tomaron varios prisioneros después de un combate cuerpo á cuerpo á bayoneta calada, combate en el que hizo patente su bravura el soldado mexicano, animado poderosamente á los gritos de *¡ viva México !*

También en el Fortín de la Purísima hubo un momento en que faltó parque, y cuando dieron esta noticia al general Mejía, jefe de aquella línea, contestó :

— ¡ No se necesita parque cuando hay bayonetas !

Y entonces fué cuando entusiasmó á las tropas haciéndolas salir á la bayoneta sobre los asaltantes.

Estos resistieron con encarnizamiento, animados á su vez por la presencia del general Taylor que contemplaba la lucha y era testigo del denuedo con que combaten nuestras tropas y del valor con que saben comprar el triunfo cuando son conducidos por jefes hábiles y bizarros.

En vano rompió el enemigo un terrible fuego de artillería que hizo grandes estragos convirtiendo las casas en escombros; en vano recibió fuerzas de refresco; tuvo que ceder al impulso de los nuestros que infundieron primero respeto y luego pánico en las filas contrarias, teniendo al fin el general Taylor que ordenar la retirada definitiva, replegándose con todas sus fuerzas á su campamento del bosque de Santo Domingo.

Eran las tres de la tarde cuando terminó esta serie de combates que costaron al Invasor cerca de 500 hombres entre muertos y heridos, inclusive un general y 96 oficiales, sin haber obtenido más ventaja que ocupar el reducto aislado de la Tenería, donde dejó una pequeña guarnición.



V

CAPITULACIÓN DE MONTERREY

Habiendo en general tenido mal resultado los ataques que los americanos emprendieron sobre el Norte y Noreste de la plaza de Monterrey, resolvió el general Taylor trasladar sus operaciones al Oeste, atacando el cerro del Obispado al amanecer del día 22 como principio de subsecuentes operaciones.

Al efecto, una batería que instalaron en el Fortín de la Federación que habían tomado el día anterior, rompió sus fuegos sobre éste, protegiendo el asalto que ejecutó una columna sobre la pequeña obra de la cresta, situada á la espalda de la fortificación.

La fuerza que guarnecía la mencionada cresta fué sorprendida y no opuso sino una débil resistencia. Los americanos se apoderaron de una pieza de artillería, y con otra que subieron dispararon sobre del Obispado, sostenido apenas por 200 hombres y tres piezas de artillería al mando del teniente coronel don Francisco Berrra, quien pidió tropas de refuerzo á la plaza. El general Ampudia se contentó con enviarle 50 dragones á pie.

El enemigo organiza tres columnas de asalto á las que se oponen parte de la fuerza del Obispado; trábase una lucha desesperada en que los nuestros, agobiados por el número, tuvieron la peor parte; sin embargo, se contuvo por algún tiempo el impulso del invasor.

Si en aquellos momentos el general Ampudia hubiera utilizado las tropas de reserva enviándolas á sostener la lid, se habría arrojado á los adversarios, arrollando sus columnas. Mas no fué así, se le permitió que con fuerzas superiores atacara, unos tras otros, puntos aislados y con cortas guarniciones en cuyo auxilio no iba la reserva.

Á las 4 de la tarde penetraban las columnas americanas en las obras del cerro del Obispado cuyos defensores tuvieron que retirarse á la plaza, batidos por los fuegos de nuestra misma artillería, que no se pudo clavar á tiempo.

Refiérese que se cometió el imperdonable y vergonzoso descuido de dejar abandonada una bandera nuestra, enarbolada en lo alto de un montículo cercano á la fortificación. En el desorden y confusión de la retirada, un humilde soldado mexicano notó el abandono de nuestra sagrada enseña, hacia la que se dirigía un grupo de soldados enemigos; entonces él, empuñando su fusil, corrió á la bandera, arrostrando el fuego de los vencedores, y heroicamente la arrancó, salvándola de la afrenta que le esperaba!

El ataque de toda la Loma de la Independencia, en cuya parte Suroeste se encuentra el Obispado, lo efectuaron las tropas de la división de Worth, desprendidas del Fortín de la Federación.

Con su triunfo quedaba dominado el Poniente de Monterrey y el camino del Saltillo, dejando cortada á

nuestras fuerzas toda comunicación con el resto de la República.

Muy tarde fué cuando el general Ampudia se decidió á enviar tropas en auxilio de la posición, cuando ya había caído en poder del enemigo y cuando nuestros soldados entraban en desorden, perseguidos y acuchillados por destacamentos ligeros enemigos.

El general Worth, después de presenciar la toma del fuerte, se adelantó con el resto de sus tropas y una batería, é hizo subir y colocar en el *bonete* nuevos cañones que empezaron á dirigir sus fuegos sobre la plaza.

En ella produjo un pánico atroz esta derrota, abatiendo profundamente la moral de la Guarnición. Para colmo de desastres, el general en jefe en vez de prepararse á una defensa más enérgica, ejecutar una salida, ó intentar siquiera recuperar alguno de los puntos tomados, hizo abandonar la defensa de la primera línea, desamparando las obras más avanzadas por el Poniente, Norte y Oriente, conservando sólo algunas del Sur, á la orilla del río, á muy poca distancia de la ciudad. Se mandó encerrar también algunos cuerpos de caballería dentro de la plaza, desmontando á la tropa para que sirviese como infantería.

El abandono de la primera línea de defensa se ejecutó en la noche del 22, en medio del mayor desorden, porque multitud de soldados y oficiales, con más pundonor y patriotismo que muchos jefes, se negaban á obedecer semejante orden... ¡ Repugnaba á su espíritu militar, á su corazón de mexicanos, dejar al enemigo aquellas trincheras, aquellos reductos que tantos días de fatigas y noches de vela, de esfuerzos, de miserias y de privaciones, habían costado; entregar aquellos parapetos al odioso Invasor sin disputárselos,

sin hacérselos pagar caro ¡á buen precio de sangre y hasta quemar en su defensa el úlimo cartucho! ¡Oh! si todas esas trincheras se hubieran defendido con el mismo brío con que se defendió el *Fortín de la Tenería*, aunque hubiesen corrido igual suerte, qué pérdidas no habría sufrido nuestro adversario!

El día anterior en unas cuantas horas había tenido cerca de 400 hombres fuera de combate, en los ataques de la Tenería, el Rincón del Diablo y el puente de la Purísima. Regimientos enteros de las tropas de Taylor habían retrocedido derrotados ante el fuego de nuestras fatigadas tropas... ¿por qué no se habían de defender con el mismo denuedo las demás fortificaciones que así se abandonaban?...

Dentro de la ciudad, en la tercera línea de defensa, se cerraron las bocacalles con trincheras, barricadas y *sacos á tierra*, y se aspilleraron las casas, coronando las azoteas con tiradores.

Al amanecer del día 23 pudo observar el general Quittman desde su posición de la Tenería el abandono de la primera línea, dando parte de ello al general Taylor, quien ordenó que fuesen ocupados inmediatamente aquellos puntos, disponiendo un asalto á la ciudad por la parte Oriental.

Avanzó al efecto el Regimiento de Rifleros de Missisipi, sin encontrar resistencia, hasta dar contra las trincheras interiores, dònde fué saludado á metrallazos. Tuvo que replegarse bajo el fuego de nuestra infantería que coronaba las azoteas. El general Quittman envió como refuerzo el regimiento de Tennesee y el regimiento Texano del Este, que avanzaron con más precaución por las azoteas, por las huertas y el interior de las casas, ganando el terreno palmo á

palmo y dando lugar á combates parciales y aislados en que se luchaba cuerpo á cuerpo, pecho contra pecho, bayoneta contra bayoneta, disparándose los fusiles y los rifles á quema ropa, hundiéndose las espadas hasta la empuñadura, dentro de los vientres de los combatientes, en el colmo del furor y el odio!... Tremendos gritos y alaridos repercutían.... Tronaban descargas de cañones y fusiles.

¡ Fué aquella una refriega espantosa ! Otros cuerpos americanos fueron enviados en apoyo de los primeros, lo mismo que una batería que empezó á cañonear las trincheras; pero su fuego resultó ineficaz por no poder obrar los artilleros á descubierto por entre las tortuosas calles de los barrios de Monterrey.

Había un gran entusiasmo entre nuestra tropa, que se batía con admirable valor, dispuesta á la muerte, lanzando vivas á la patria....

En el fondo de tan terrible cuadro destácase una nota bellísima : recorría las filas mexicanas, entre el humo y la sangre, una dama de tierno y hermoso aspecto, repartiendo refrescos y comestibles á la tropa, animándola al combate con delirante entusiasmo y alto patriotismo... Veíasela en las azoteas, yendo á dar de beber á los más esforzados combatientes, reanimando á los que extenuaba la fatiga, consolando á los heridos, prodigando vino, pan y carnes á los bravos, sin cesar de repetir con acento vibrante y argentino :

— ¡ Fuego, muchachos! ¡ fuego, buena puntería! ¡ á ellos! ¡ viva México!... ¡ allá voy! un momento... ¡ allá voy! no desperdiciar un solo tiro!... ¡ Viva México! ¡ Viva la patria! ¡ Viva Monterrey !

¡ Épicamente sublime era aquella tierna belleza

femenina, apareciendo como el Ángel de la Gloria entre aquellos toscos soldados que la salpicaban de polvo y sangre con sus callosas manos, — negras y rojas, — quemadas por el fuego del combate!

El nombre de esta heroica dama ha pasado á la Historia destacándose con letras de sol en una de sus páginas más negras : *María Josefa Zozaya*!

Notando el general Worth en sus posiciones del Oeste el estruendo de la lucha que se encarnizaba en el Oriente de la ciudad, quiso no ser menos impetuoso que sus colegas los generales Quittman y Taylor, y él, por su parte, lanzó sus columnas sobre los barrios del Poniente de Monterrey. Y también por ese rumbo se generalizó la lucha; y las columnas de Worth fueron detenidas en las primeras calles por nuestra infantería, que desde las azoteas, tras las paredes de las casas atroneradas y desde las trincheras, hacía un fuego vivo y certero. ¡ Vibraron los gritos de guerra de nuestros soldados, sedientos de sangre enemiga! Los americanos tuvieron que retroceder para seguir el ataque en otra forma : más lenta mente; horadando las casas y procurándose también improvisadas trincheras desde donde contestaban, á su vez, á nuestros fuegos, entablándose un terrible duelo á fuego graneado y á cañonazo seco!

Ocho compañías americanas entraron hasta la plaza de la Capilla, en cuyos ángulos colocaron piezas de artillería apoyadas por secciones de infantería; avanzando luego hacia la Plazuela de la Carne donde había una fuerte trinchera y en cuyas cercanías se trabó una refriega desesperada. El resto de la artillería de Worth se instaló en el Camposanto desde donde se

empezó á batir la ciudad, habiéndose instalado otra batería en una colina al Sur de la plaza.

Un mortero de grueso calibre se montó ante la Capilla, con el objeto de empezar el bombardeo.

Mientras estas operaciones se ejecutaban y el fuego de la pelea ensangrentaba cuartos, patios, calles y plazuelas en el rumbo occidental de Monterrey, las columnas que el general Quittman había lanzado sobre el Oriente se retiraban por orden del general Taylor sin haber logrado su objeto, rechazadas con grandes pérdidas, abandonando manzanas enteras que habían ocupado á fuerza de valor y energía, replegándose las tropas americanas á sus posiciones del Rincón del Diablo, la Tenería, y á las otras adyacentes que habían pertenecido á nuestra primera línea de defensa.

Al caer la tarde cesó el combate por todas partes; y en la noche el adversario empezó á arrojar bombas sobre el centro de la plaza, cuya guarnición se había batido con tanto brío, sufriendo en extremo, pero capaz aún de soportar y resistir nuevos ataques, enardecida con las luchas de la jornada, velando sobre las armas, en espera del triunfo.

Mas por desgracia, malos jefes, malos mexicanos, ricos propietarios que temían por sus intereses y por sus vidas, impusieron sus medrosos egoísmos, disfrazados de conveniencias generales, ante la vacilante y débil actitud del general Ampudia, á quien se le aconsejó que solicitara del enemigo el que aceptase la capitulación de la plaza bajo honrosas condiciones.

¡Con qué rubor, con qué amargura tenemos que escribir estas líneas, al trazar el relato de estos episodios que quisiéramos fuesen todos luminosa y ampliamente gloriosos para la vida militar del ejército de

nuestra querida patria! Pero es preciso acatar el deber de referir todo diciendo la verdad entera y única!...

¡Sí que hay gloria, y mucha, en aquel ejército mexicano de entonces que combatió tras los muros de Monterrey... los mismos invasores lo afirman! pero esa gloria pertenece sólo á la tropa y á la oficialidad subalterna, no corrompida aún por el oro de las ambiciones de aquel feudalismo extraño, de la aristocracia del sable y de la cruz, que más tarde habría de seguir ensangrentando la patria....

Porque, justo es decirlo, los oficiales pelearon en Monterrey como simples soldados, guarneciéndose la fornitura y empuñando el fusil, dando ejemplo de gallarda intrepidez y de ímpetu valeroso en lo más recio de la contienda.

Aquella misma noche el general Ampudia, resuelto á capitular, después de una *junta de guerra* á la que asistieron los generales jefes de brigadas y de cuerpos, envió al campo enemigo del general Taylor un oficial parlamentario proponiendo conferenciar para un arreglo entre ambos beligerantes.

Á muy buena hora llegaba semejante emisario, pues el jefe americano, en vista de la obstinada resistencia de la plaza, previendo que si insistía en sus ataques éstos tendrían que ser rechazados, ó al menos muy ligeras ventajas y avances podría obtener, y que por otra parte pronto se le agotarían los víveres y municiones, si trataba de continuar el asedio en toda forma, sin fuerzas de reserva, y separado cuarenta leguas de su base de operaciones, había preparado ya la retirada de su ejército hacia Camargo, donde pensaba esperar refuerzos de hombres, víveres, artillería gruesa y material de sitio.

Mas he aquí que la Fortuna le brindaba con un triunfo tan inesperado como fácil y para él aparentemente brillante. Cuando, según algunas versiones, trataba Taylor de tener cualquier acomodo con el jefe de la guarnición mexicana, recibió un parlamentario con proposiciones que hicieron cambiar de súbito su plan.

Entonces contestó á Ampudia que no admitiría más condiciones de su parte, que la rendición absoluta de la plaza que habría de entregarse á discreción, permitiendo sólo, por mera caballerosidad, que los oficiales conservaran sus espadas, debiendo jurar no esgrimir ellos nunca sus armas contra el ejército de los Estados Unidos.

Semejante proposición de parte del enemigo era un sangriento ultraje al ejército sitiado, y Ampudia, al fin, protestó con toda energía, prorrumpiendo, con noble cólera surgida del fondo de su conciencia que tuvo un relámpago de lucidez, recordando las viejas tradiciones que hablan de la gloria, del patriotismo y del honor, en esta frase :

— Antes que aceptar esas condiciones me haré sepultar con todas mis tropas y con toda la población bajo los escombros de la Ciudad!

El general Worth propuso entonces que hubiese una conferencia entre individuos escogidos de uno y otro bando, para que discutieran los preliminares de la capitulación, nombrándose para ello, por nuestra parte á los generales Ortega y Requena y al Gobernador de Nuevo León : Llano; y por parte del enemigo al mismo general Worth, al coronel Davis y al Gobernador de Texas : Henderson.

Nuestros representantes discutieron con acaloramiento las bases del tratado, exigiendo en un principio

que la guarnición saliera de la plaza con toda su artillería, sus armas, sus trenes de víveres y municiones, á tambor batiente y con banderas desplegadas, saludadas por el ejército enemigo, con todos los honores de Ordenanza.

Estas proposiciones fueron rechazadas por los representantes del Beligerante y las negociaciones estuvieron á punto de romperse, hasta que por fin hubo de transigirse por ambas partes, firmándose definitivamente la triste Capitulación de Monterrey.

He aquí las bases en que se convino para la entrega de esa importante plaza:

Art. 1° — Como legítimo resultado de las operaciones sobre este lugar y la posición presente de los ejércitos beligerantes, se ha convenido que la ciudad, las fortificaciones, las fuerzas de artillería, las municiones de guerra y toda cualquiera propiedad pública, con las excepciones abajo estipuladas, serán entregadas al general en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos, que se halla al presente en Monterrey.

2° — Á las fuerzas mexicanas les será permitido retener las armas siguientes: los oficiales sus espadas, la Infantería sus armas y equipo, la Caballería sus armas y equipo, la Artillería una batería de campaña que no exceda de 6 piezas con 21 tiros.

3° — Las fuerzas mexicanas se retirarán dentro de 7 días contados desde esta fecha, más allá de la línea formada por Paso de la Rinconada, la ciudad de Linares y San Fernando de Presas.

4° — La Catedral nueva, nombrada Ciudadela de Monterrey, será evacuada por los mexicanos y ocupada por las fuerzas americanas mañana á las 10 de ella.

5° — Con objeto de evitar encuentros desagradables

y por conveniencia mutua, las tropas americanas no ocuparán la ciudad hasta la evacuación de ella de las fuerzas mexicanas, exceptuándose para ello las casas necesarias para hospital y almacenes.

6º — Las fuerzas de los Estados Unidos no avanzarán más allá de la línea especificada en el 2º artículo, antes de ocho semanas ó el tiempo que se juzgue necesario para recibir las órdenes é instrucciones de los gobiernos respectivos.

7º — La propiedad del gobierno general será entregada y recibida por oficiales nombrados por los generales en jefe de ambos ejércitos.

8º — Cualquiera duda que ocurra sobre la inteligencia de los precedentes artículos se resolverá de la manera más equitativa, y sobre principios de liberalidad para el ejército que se retira.

9º y último. — Se hará un saludo por la misma batería de la Catedral nueva nombrada Ciudadela al tiempo de bajar la bandera mexicana.

*
* *

Todavía mientras se practicaban los arreglos y negociaciones conducentes á la entrega de la plaza, el enemigo ejecutaba actos de hostilidad manifiesta; no obstante las protestas de nuestros generales, entre las que hay que hacer constar la de Uraga que defendía el puesto aislado de la Ciudadela donde había una guarnición de cerca de 500 hombres. En un principio trató de resistir, pero comprendiendo que carecía de agua y víveres se sujetó á las estipulaciones de la Capitulación.

El día 25 de septiembre de 1846, evacuaron la plaza de Monterrey las tropas mexicanas que la guarnecían, después de haberse arriado nuestra bandera, saludada por los disparos de una batería americana, enarbolando el enemigo la suya, á la cual nuestros cañones tuvieron que rendir homenaje con sus fuegos de salva!

El día 26 principió el movimiento de retirada de la guarnición de Monterrey rumbo al Saltillo, llevando á su frente al general en jefe, la primera brigada y dos regimientos de caballería. En los días subsecuentes fueron saliendo el resto de las tropas.

¡ La sultana del *Septentrión*, la Ciudad Sagrada de la Frontera cayó así en poder del enemigo, viendo tristemente alejarse las valientes tropas que la defendieron y que hubieran podido seguir la lucha con esperanzas de salvarla de las garras del Águila del Norte, si hubiera habido más energía y menos corrupción en los próceres que entonces dominaban con todo egoísmo, y sin vergüenza íntima, al entonces desdichado pueblo mexicano!



VI

HACIA LA ANGOSTURA

El ejército que capituló en Monterrey se dirigió primero hacia el Saltillo, por brigadas escalonadas, emprendiendo luego la marcha á San Luis Potosí, á donde llegó el 17 de Octubre. En esta ciudad se estaban reuniendo desde principios del mes las fuerzas de la República, á las órdenes del general Santa-Ana, quien había obtenido permiso del Congreso Nacional para separarse del mando político y ponerse al frente de las tropas.

Á mediados de Noviembre se incorporaron 2000 hombres de Guadalajara, compuestos de tropa permanente y un cuerpo de Guardia Nacional. Después, llegó el general Valencia con las fuerzas Auxiliares de Guanajuato, habiendo desplegado gran actividad para levantar el espíritu de patriotismo en las poblaciones del Bajío.

Santa Ana se dedicó á la reorganización del Ejército, intentando convertir en verdaderos batallones y regimientos aquellos grupos de hombres semidesnudos. Era preciso ante todo dar instrucción militar y disciplina, á cuyo objeto tendieron los esfuerzos del General en jefe. Se ordenaron diarios ejercicios por brigadas y

se emprendieron trabajos de fortificación en los pueblecillos de Santiago y Tlaxcala, sabiéndose que Taylor se había movido hacia el Saltillo y que con nuevas fuerzas intentaba avanzar al Interior de la República.

Una de las necesidades más urgentes era la de procurar armamento y artillería al ejército, y aunque se hicieron algunas remisiones, éstas fueron insuficientes.

La desnudez en que venían los reemplazos y fuerzas Auxiliares de los Estados urgía también que se procurase su equipo, avanzando el invierno que sería más crudo mientras más al Norte se dirigieran las tropas. Con tal objeto se establecieron algunos talleres para proveerlas de vestuario y equipo.

Esta dedicación de Santa-Ana á la reorganización del Ejército, dice un cronista de la época, habría sido su página más gloriosa si no se hubiera dejado arrastrar á ninguna ligereza. Cuando la posición de Taylor y las operaciones de su ejército debían haber fijado su atención, dejando á los demás jefes el cuidado de dar puntual cumplimiento á sus órdenes, él, no queriendo elevarse á la altura á que lo colocaba su empleo de General en jefe, descendía y se ocupaba casi exclusivamente en nimiedades y atenciones meramente subalternas. Noche por noche reunía junta de jefes en su habitación; y cuando se aguardaba que tuviesen por objeto la discusión de algún plan de campaña, en vista de las operaciones del enemigo, no se trataba en ellas sino del estado económico de cada cuerpo, como si para esto se necesitase todo el aparato de la reunión de jefes. Las marcadas preferencias, además, que Santa Ana tenía con ciertos cuerpos, atendiéndolos con perjuicio á veces de las demás fuerzas, y poniéndolo en un brillante pie de lujo, cuando á muchos les

faltaba aun lo más necesario é indispensable, contribuyó también á que los subalternos comenzasen á murmurar, y á que decayese el prestigio que debía rodear al General en jefe.

El regimiento de Húsares, por ejemplo, con su alta paga y numerosa oficialidad, consumía mucho más que los otros regimientos. Para ponerlo en alta fuerza refundieron en él varios piquetes de los que se levantaron en Guadalajara, cuando el último pronunciamiento. De esto resultó que aquel cuerpo que se distinguía por su oficialidad escogida, perdiese esta ventaja, recibiendo en su seno oficiales muy inferiores bajo todos conceptos.

Una de las faltas más graves que cometió el general Santa Ana originada por su orgullo y ofuscación, fué mandar una división á Tula de Tamaulipas para que permaneciese en la Sierra en observación del enemigo, al mando del general Gabriel Valencia, que como hemos dicho, acababa de llegar con las fuerzas del Estado de Guanajuato. Las que marcharon á Tula ascendían á 2000 hombres, con tres cañones de á ocho.

Después de haberse situado esta fuerza en la sierra, se supo que iba á pasar una división americana al mando del general Quittman, procedente de Monterrey, rumbo á Tampico, donde debía embarcarse para unirse al ejército del general Scott, quien debía atacar Veracruz.

Ninguna oportunidad mejor que aquella para acometer entre las abruptuosidades y vertientes de la sierra á los americanos, cuya marcha, según los habitantes de aquellas montañas, era desordenada y penosa. Además, los vecinos de Victoria y otros puntos ofrecieron ayudar á nuestras tropas, cayendo sobre los flancos y retaguardia del enemigo en el momento en que se le

atacara, ó rodándole rocas desde las alturas, cuando estuviese en el fondo de los barrancos.

El general Valencia aceptó aquellos ofrecimientos, disponiéndose para el combate, pero he aquí que recibe una orden absoluta y terminante del General en jefe, prohibiéndole bajo su más estrecha responsabilidad, que emprendiese lance de armas de ninguna especie.

Esto produjo profundo disgusto, indignación y amargura en oficiales y tropa, quienes veían escapárseles el enemigo, cuando lo tenían tan á la mano para destruirle ó siquiera para darle un buen golpe, con cuyo triunfo se habría levantado altamente la moral de todo el ejército.

Pero no; los americanos pasaron tranquilamente, atravesando la abrupta Sierra — donde podrían haber quedado todos — sin ser molestados en lo más mínimo!

En los pueblos hubo tristeza y desaliento, quedando acaso en la creencia de que no se había atacado á los invasores por puro miedo!

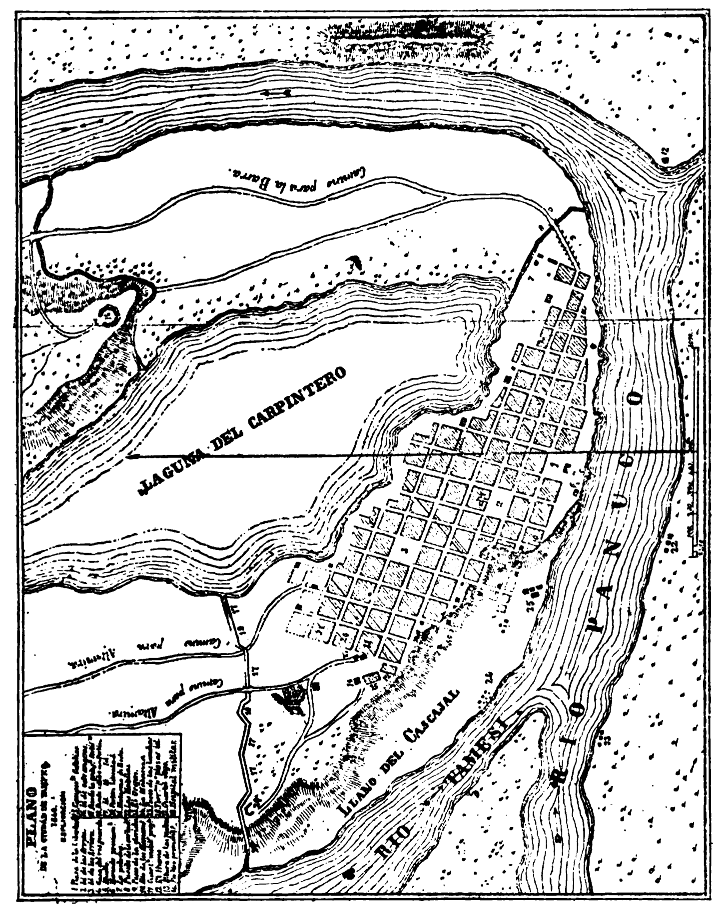
Y, en efecto, este hecho causa pena y cólera sólo referirlo; es inconcebible. ¿Qué objeto tuvo entonces el general Santa Ana; qué se propuso al mandar una División hasta la sierra, si no había de hostilizar al enemigo? ¿Por qué en ningún caso se le había de atacar, cuando tantas ocasiones tenían que presentarse, y se presentaron, sin duda, para hacerlo con ventaja de nuestra parte?

¡Hay que creer que el general Santa Ana no quería dejar á otro jefe la gloria de adquirir un triunfo! exclama un historiador.

¡Consignemos ahora otro hecho escandaloso : el abandono de Tampico!

Desde el principio de la guerra se atendió á for-

tificar y municionar convenientemente un puerto de



Plano de Tampico, 1846.

tanta importancia, y á principios de Octubre de 1846

ciencias! ¿Para qué luchar, para qué resistir si los directores de la Nación y los jefes del Ejército habían vendido á la patria, y ellos mismos rompían la espada que se les entregara para defenderla?...

¡Así fué cómo las fuerzas americanas tomaron pacífica posesión de un puerto que creían obtener sólo á costa de tiempo, dinero y sangre en abundancia!

Abandonado Tampico, Taylor envió, por órdenes del general Scott, la división Quittman que, como ya dijimos, debía embarcarse en este puerto para cooperar á las maniobras del ejército americano que habría de entrar por Veracruz.

Entonces fué cuando Santa Ana, creyendo que su adversario le iba á amenazar por el flanco derecho, envió á Tula de Tamaulipas la división que puso á las órdenes del general Valencia, quien se contentó, por menguada orden del mismo general en jefe, con ver pasar las columnas norteamericanas sin haberlas saludado con un solo tiro!

Mientras acaecían estos sucesos, el Ejército se reorganizaba lentamente en San Luis, preparando su marcha hacia el Norte, para ir á batir al general Taylor que seguía en el Saltillo.

Entretanto en México reinaba la mayor efervescencia, culpando la inacción de nuestras tropas (si es que todavía podían llamarse así) y la prensa, sobre todo, procaz, murmuradora, ignorante, sin estudiar la marcha de los sucesos ni atender al estado del ejército, sin prever las consecuencias de sus improperios, pintaba á San Luis como una nueva Capua, donde los militares se entregaban á sus delicias, dilapidando los tesoros del p[illegible]ás se necesitaba de alentar nuestros

pobres soldados que, si no habían obtenido la victoria, no era ciertamente por su culpa y que se preparaban á combatir con tantas desventajas, se les desmoralizaba con aquellos escritos que ponían en su contra la opinión pública, — como observa muy bien un oficial de artillería que se encontraba en aquel maltratado ejército.

«Llegó por fin á tal grado la exaltación, que ya nadie pensaba sino en marchar. « *No se hacía caso de que se careciera de objetos importantes, ni de que faltaran los víveres y el dinero! Se quería abordar al enemigo, y que, vencidos ó vencedores, se manifestaran á la Nación, derramando abundantemente la sangre; que los soldados mexicanos no merecían los ultrajes que se les prodigaban!* »

Así se expresa en su indignación el digno militar de que hablábamos, concentrando en esa frase el sentimiento general de aquel Ejército.

Sin embargo, nosotros creemos que el general Santa Ana no debió haberse precipitado á una marcha larga y penosísima, á través de comarcas desiertas, en pleno invierno, con tropas sin abrigos ni víveres, faltas de instrucción, levantadas en su mayor parte á última hora, compuestas de reclutas que no habían disparado nunca un fusil, yendo á provocar una batalla en tan funestas condiciones. Debió haber esperado que sus fuerzas adquiriesen solidez con mayor suma de instrucción y disciplina, acopiando mientras tanto los víveres necesarios para que no llegara el ejército moribundo de hambre y fatiga al combate, como llegó.

Nada pudo contener al general en jefe y éste dispuso al fin la marcha que se empezó á ejecutar el día 28 de Enero de 1847, por brigadas de Infantería, pues la caballería se encontraba fuera de San Luis, escalonada

ciencias! ¿Para qué luchar, para qué resistir si los directores de la Nación y los jefes del Ejército habían vendido á la patria, y ellos mismos rompían la espada que se les entregara para defenderla?...

¡Así fué cómo las fuerzas americanas tomaron pacífica posesión de un puerto que creían obtener sólo á costa de tiempo, dinero y sangre en abundancia!

Abandonado Tampico, Taylor envió, por órdenes del general Scott, la división Quittman que, como ya dijimos, debía embarcarse en este puerto para cooperar á las maniobras del ejército americano que habría de entrar por Veracruz.

Entonces fué cuando Santa Ana, creyendo que su adversario le iba á amenazar por el flanco derecho, envió á Tula de Tamaulipas la división que puso á las órdenes del general Valencia, quien se contentó, por menguada orden del mismo general en jefe, con ver pasar las columnas norteamericanas sin haberlas saludado con un solo tiro!

Mientras acaecían estos sucesos, el Ejército se reorganizaba lentamente en San Luis, preparando su marcha hacia el Norte, para ir á batir al general Taylor que seguía en el Saltillo.

Entretanto en México reinaba la mayor efervescencia, culpando la inacción de nuestras tropas (si es que todavía podían llamarse así) y la prensa, sobre todo, procaz, murmuradora, ignorante, sin estudiar la marcha de los sucesos ni atender al estado del ejército, sin prever las consecuencias de sus improperios, pintaba á San Luis como una nueva Capua, donde los militares se entregaban á sus delicias, dilapidando los tesoros del país. Cuando más se necesitaba de alentar nuestros

pobres soldados que, si no habían obtenido la victoria, no era ciertamente por su culpa y que se preparaban á combatir con tantas desventajas, se les desmoralizaba con aquellos escritos que ponían en su contra la opinión pública, — como observa muy bien un oficial de artillería que se encontraba en aquel maltratado ejército.

«Llegó por fin á tal grado la exaltación, que ya nadie pensaba sino en marchar. « *No se hacía caso de que se careciera de objetos importantes, ni de que faltaran los víveres y el dinero! Se quería abordar al enemigo, y que, vencidos ó vencedores, se manifestaran á la Nación, derramando abundantemente la sangre; que los soldados mexicanos no merecían los ultrajes que se les prodigaban!* »

Así se expresa en su indignación el digno militar de que hablábamos, concentrando en esa frase el sentimiento general de aquel Ejército.

Sin embargo, nosotros creemos que el general Santa Ana no debió haberse precipitado á una marcha larga y penosísima, á través de comarcas desiertas, en pleno invierno, con tropas sin abrigos ni víveres, faltas de instrucción, levantadas en su mayor parte á última hora, compuestas de reclutas que no habían disparado nunca un fusil, yendo á provocar una batalla en tan funestas condiciones. Debió haber esperado que sus fuerzas adquiriesen solidez con mayor suma de instrucción y disciplina, acopiando mientras tanto los víveres necesarios para que no llegara el ejército moribundo de hambre y fatiga al combate, como llegó.

Nada pudo contener al general en jefe y éste dispuso al fin la marcha que se empezó á ejecutar el día 28 de Enero de 1847, por brigadas de Infantería, pues la caballería se encontraba fuera de San Luis, escalonada

en cuatro brigadas, á lo largo del camino del Saltillo.

La Infantería hizo jornadas al Peñasco, Bocas, la Hedionda, el Venado, Charcas, Laguna Seca, Solís y la Presa, encontrándose en Bocas y el Venado con las secciones de caballería en que venían los norteamericanos capturados por el general Miñón, al sorprender un destacamento. En Matehuala se reunió al ejército la división de Parrodi, procedente de Tampico y Tula, compuesta de 1000 hombres, entrando á formar parte de la 3ª Brigada de infantería á las órdenes del general Ortega. Se siguió caminando á la hacienda de Vanegas, las Ánimas y el Salado; la caballería permaneció en Matehuala, habiéndose de antemano reunido al ejército las brigadas de Torrejón y Juvera que dejaron pasar por delante á la infantería, marchando desde entonces á retarguadia de ella. El frío, la lluvia, el norte y un sol terrible alternaban, causando enfermedades y muertes en comarcas en que no había habitaciones, árboles, víveres ni agua, y en que dormían á campo raso los soldados. Llegaron á la Encarnación las divisiones de infantería 1ª, 2ª y 3ª en los días 17, 18 y 19 de Febrero, y las brigadas de caballería de Torrejón y Juvera el 20 y 21. En esta ya se encontraba el general Andrade con una brigada de caballería y una fuerza de presidiales.

Ya por entonces nuestras avanzadas se habían encontrado con el enemigo, verificándose algunos tiroteos. El ejército se concentró en la Encarnación con un efectivo de 14 000 hombres, habiendo dejado en el largo trayecto 4 000, de los que 1 000 habían muerto de frío ó de fatiga. ¡Era como si se hubiese dado ya terrible batalla!

Sin embargo, nuestras valientes tropas estaban dis-

puestas al combate : lo deseaban con vehemencia y manifestaron su entusiasmo aclamando con ardientes ¡ vivas ! á su general en jefe, cuando se presentó á caballo, pasándoles revista.

El día 21 á las doce del día salió todo el ejército de la Encarnación adelantándose Santa Ana con su Estado Mayor y toda la vanguardia compuesta de los cuerpos ligeros, escoltado el general por el Regimiento de Húsares, hasta el puerto del Carnero, después de haber pasado por el desfiladero de Piñones, acampando en ese punto aquellas tropas. Cerca de Piñones vivaqueron las demás del ejército.

El plan del general Santa Ana consistía en cortar del Saltillo al ejército de Taylor, al que creía en la Hacienda de Aguanueva, considerando que habría de defenderse en los puertos ó desfiladeros de aquellas comarcas. Le obligaría entonces Santa Ana á un combate ventajoso para éste, sitiándolo en sus atrincheramientos, — pues parte de la caballería, 1 200 hombres al mando de Miñón, se había desprendido de la columna mexicana para ir á situarse cerca de la retaguardia del ejército enemigo. — Pensaba el general sorprender de súbito sus posiciones atravesándolas á paso de carga, y pasado el último desfiladero oblicuar con toda la masa del ejército en una gran conversión á la izquierda, hacia la Hacienda de la Encantada, donde habría agua, abrigos y víveres. Contábase para todo esto con que Taylor ignorase el avance de todas las fuerzas mexicanas, pretendiendo haber enmascarado su marcha con la cortina que formaban ante las posiciones enemigas las partidas avanzadas del cuerpo de caballería que desde hacía tiempo permanecía en observación, al mando del general Urrea.

Frío y triste amaneció el día 22, en que comenzó el movimiento del ejército, preparado para entrar en combate, creyéndose que habrían de forzarse las posiciones enemigas en Aguanueva. Mas cuando la vanguardia llegó ante aquel punto se supo que el adversario se había movido de allí desde el día 21, en dirección del Saltillo, entregando la hacienda y su caserío á las llamas, destruyendo sus efectos, matando todos los animales y acabando con cuanto pudiera ser útil á su contrario.

Convencido al fin de su error el general Santa Ana, pero creyendo que el enemigo se retiraba con toda precipitación y en desorden, — acaso hasta con pánico, engañado sin duda nuestro General en jefe por los objetos de atalaje, artillería y trenes que aquél abandonaba en el camino, — hizo avanzar á toda brida la caballería para reunirse á la vanguardia que formaban los Cuerpos Ligeros.

Todas estas fuerzas tan fatigadas y maltraídas, sedientas después de tan penosas jornadas, tuvieron que pasar ante al aguaje ¡ sin beber una gota de agua, impulsadas á paso veloz hacia el enemigo!

Por fin llegó nuestra Brigada Ligera ante las primeras abruptuosidades del terreno, que, formando una serie de lomas, que encajonadas entre dos brazos paralelos de las vertientes de la sierra cortan casi perpendicularmente el camino de San Luis al Saltillo, forman el llamado « Puerto de la Angostura ».

Formidablemente acampado y fortificado, aprovechándose de lomas que constituían reductos naturales ante fosos que improvisaban pantanos profundos, en el fondo de ásperos barrancos, en batería sus numerosos y ligeros cañones cuyos fuegos cruzados debían batir

terriblemente el camino y sus flancos, — por los cuales tendría que llevarse indefectiblemente el asalto de nuestras columnas, — apoyada su retaguardia en la hacienda de Buenavista, encontrábase el Ejército norte-americano, dispuesto á la batalla.

¡Hé aquí que cuando el general Santa Ana, ofuscado como siempre por su abominable orgullo, creyéndose inspirado táctico, hé aquí que cuando daba por seguro su triunfo, embistiendo al enemigo que suponía en retirada y desorganizado, lo encuentra, por el contrario, tras sólidas posiciones y capaz, no sólo de resistir sino de volver furiosamente sobre la división aislada que, separándose del resto del ejército mexicano, osaba ir á provocar el combate!





General Taylor,
Jefe norteamericano del Ejército de Operaciones del Norte de la República Mexicana.

VII

BATALLA DE LA ANGOSTURA

Crítica era en verdad la situación del general Santa-Ana ante las posiciones enemigas que, como hemos dicho, formaban una serie de lomas tendidas paralelamente de una y otra rama de la cordillera que en la Angostura se estrecha, constituyendo en conjunto todo un sistema de trincheras y baluartes naturales tras de los que se habían instalado las baterías americanas. Ante aquel ejército descansado y fuertemente defendido por el terreno se presentaba una división aislada, jadeante y fatigadísima, que acababa de hacer veinte leguas en menos de un día. ¡Si el general Taylor hubiese tenido conocimiento de estas circunstancias hubiera hecho bajar inmediatamente á todas sus reservas y habría barrido con aquella división aislada que, en su derrota, iría á chocar en desorden contra la gran columna de viaje, cuyos cuerpos marchaban á grandes distancias unos de otros, los que hubieran sido arrollados, produciéndose un gran desastre!

Acaso comprendió esto el General-presidente porque se aprestó á mandar un parlamentario al general

Taylor, intimando rendición, anunciándole que estaba cercado por 20 000 hombres y no podría evitar una derrota.

Mientras se enviaba la respuesta de tan ridícula intimación, el general mexicano reconocía el campo enemigo, fuera del alcance de sus baterías. Los cuerpos del grueso del Ejército se formaban en línea de batalla á medida que iban llegando. Se estableció una batería sostenida por el Batallón de Ingenieros sobre nuestro flanco izquierdo, al que amagaba en la derecha del adversario otra batería enemiga. En nuestro centro y derecha situáronse otras dos baterías de á doce y de á ocho. La infantería se tendió en dos líneas paralelas y en la retaguardia, á derecha é izquierda, quedó la caballería del general Juvera y el cuerpo de Húsares; en el centro el Parque General, escoltado por la brigada de los Cuerpos presidiales del Norte.

El enemigo había elegido como punto principal de su defensa la loma más alta de las que atraviesan perpendicularmente la carretera del Saltillo, construyendo en la noche del 21 dos parapetos con sus fosos, y además había cavado otras varias cortaduras sobre el camino y sobre su derecha — alta é inexpugnable.

En la mañana del 22 supo el general Wool, — quien mandaba las tropas americanas, que de Aguanueva se habían retirado á Buenavista, — el avance del ejército mexicano. Entonces aquél hizo mover sus fuerzas á la Angostura para allí detener las nuestras, enviando aviso de esto al general Taylor que se encontraba en el Saltillo, ordenando el jefe americano la defensa de esta plaza amagada por la caballería del general Miñón, quien, como ya explicamos, se había separado de la columna mexicana para ir á colocarse á reta-

guardia del adversario, sobre la que debía obrar en el momento oportuno.

Éste había colocado una gran batería sobre la más alta de las lomas, á su derecha, enfilando el camino. Los Regimientos 1° y 2° de Illinois, de á ocho compañías; el segundo Regimiento de Kentucky y una compañía de Voluntarios Texanos se situaron en las crestas de las lomas del centro y la izquierda. Los Regimientos de caballería de Arkansas y Kentucky formaron la extrema izquierda americana; la Brigada de Indiana compuesta de los Regimientos 2° y 3°, los Rifleros del Mississipi y los escuadrones 1° y 2° con las baterías ligeras del 3° de artillería, integraron su reserva, tras las eminencias de la derecha que eran las más altas y estaban defendidas por barrancos en los que el agua de los torrentes filtrándose en el suelo había producido un terreno intransitable constituyendo magnífica defensa. Asi pues el americano tenía la derecha inexpugnable, colocando en los altos relieves lo mejor de su artillería, y todo el resto de su ejército sobre las lomas de la izquierda que era el flanco más débil. Entre ella y Buenavista el Cuartel General de Taylor. Buen orden de batalla.

Santa Ana tendió su ejército sobre la derecha del camino, frente á la izquierda enemiga. El plan del general mexicano consistía en apoderarse de un alto cerro en el extremo izquierdo americano, y desde su cima poder batir sus posiciones para descender luego sobre la retaguardia de aquella ala.

Desde luego comprendió Santa Ana que su contrario había descuidado ocupar la mencionada altura, por la cual podía ser batido y volteado, y la que además

podía servirle para ejecutar esto mismo con las líneas mexicanas, cortándoles la retirada.

Al efecto, antes de que el enemigo comprendiese su error y ocupara el cerro, se mandó á la Brigada Ligera, al mando del general Ampudia, que lo ejecutase; pero en ese mismo momento nuestro adversario mandaba á sus cuerpos de Rifleros con igual objeto. Por ambas partes los beligerantes comprendieron que la posición sería del que primero llegase á la cima: así pues se dieron prisa para lograrlo, y á paso veloz ascendieron por uno y otro lado á la codiciada altura.

Hubo que disputársela con un fuego vivísimo que se entabló á la vista de ambos ejércitos. El combate estuvo indeciso por mucho tiempo; pero no obstante los refuerzos que llegaron á los asaltantes americanos, éstos tuvieron que abandonar la posición, batiéndose en retirada hacia sus líneas, tras de las altas lomas.

.... Moría la tarde en las tinieblas, cuando una inmensa aclamación de júbilo estalló unánime en el ejército mexicano, saludando la alegre diana con que anunció un clarín el triunfo de la Brigada Ligera que se había apoderado del cerro!...

En ese combate se distinguieron por su bravura los capitanes Márquez (Leonardo) y Osollo, de infausta memoria.

Durante la noche, con un frío espantoso, los dos contendientes sin luces ni fogatas guardaron un silencio augusto, precursor del formidable estruendo de la próxima batalla.

El general Taylor volvió al Saltillo para organizar la defensa de la ciudad, y llevar los últimos refuerzos á

Vista del Saltillo.

sus líneas en la Angostura. Santa Ana por su parte, se ocupó en reforzar y extender su derecha, amagando la izquierda del Invasor.

Nuestro ejército constaba al entrar en acción la víspera, de poco más de 9,000 hombres de infantería y 3,000 caballos, apoyado apenas por cinco cañones de á ocho, cinco de á doce y un obús corto de cinco pulgadas. Diecisiete cañones de gran calibre había también, pero eran de sitio y plaza, y no podían ser utilizados sino en muy determinados puntos del campo de batalla.

El ejército del Norte era inferior en número, pues alcanzaba unos 7,000 hombres; pero superior en artillería, en cantidad y calidad de piezas, contando con 26 de diversos calibres, perfectamente servidas por artilleros ejercitados en el fuego y oficiales inteligentes y prácticos. Agréguese á esto que sus soldados se hallaban descansados, y que su posición sobre las lomas dominantes, ante terrenos escabrosos, triplicaba su número; y se comprenderá la inmensa ventaja que tenía sobre los nuestros.

*
* *

Poco antes de romper el alba, principió furiosamente la batalla en el extremo derecho de la línea mexicana. Las columnas de este flanco al mando del general Ampudia, trataron de desalojar á los americanos de sus posiciones en su extrema izquierda, sobre falda del cerro (véase el croquis), cuya cima habían ido nuestras tropas el día anterior.

Comprendiendo Taylor la importancia de sostener fuertemente su izquierda, mandó reforzarla con nuevas tropas, haciendo avanzar diversas líneas en un orden escalonado, rebasando su derecha, la cual como sabemos era inexpugnable.

Mientras se encarnizaba el combate en el extremo oriental, y las tropas mexicanas iban ganando terreno, sostenidas por una batería de cinco piezas de á ocho, (en el punto G) al mando del general Micheltorena, Santa Ana organizó un ataque sobre el centro de Taylor con dos divisiones, formando dos columnas que avanzaron denodadamente, con el arma al brazo, por la derecha del camino, recibiendo terrible fuego de artillería del frente enemigo. Pero no obstante los estragos que ella causaba en nuestras filas, las columnas siguieron adelante, forzando el paso de las barrancas (E. E.) donde arrollaron los destacamentos que los defendían. En seguida ascendieron á la loma que se hallaba ante otra mayor que ocupaban los americanos, y, desplegando en batalla, rompieron su fuego sobre las posiciones contrarias, al que éstas contestaron con su potente artillería.

Al efectuarse este ataque en el centro, avanzaba por el camino otra columna de nuestra izquierda (H.), batida horrorosamente por los cañones contrarios que barrían filas enteras; sin embargo, también pudo coronar una loma á la derecha, generalizando de este modo el fuego en todo el frente de batalla.

Esta permanecía indecisa en el plan occidental y centro, donde las columnas oscilaban, ganando ó perdiendo terreno; pero en la derecha, la división de Ampudia había obtenido serias ventajas, haciendo retroceder los cuerpos de Rifleros que se oponían á

aquélla. Entonces el general Taylor, comprendiendo el inminente peligro que corría su ejército si se arrollaba su izquierda, y tratando á su vez de envolver nuestra derecha, organizó otra fuerte columna (F.), que lanzó hacia la derecha de Santa Ana; pero en estos momentos la Brigada Ligera bajó del cerro (A.), desplegando en la falda (J.) sobre el flanco de la columna enemiga contra la cual avanzaban también fuerzas frescas enviadas por el jefe mexicano para sostener la lucha. Las tropas del adversario se encontraron batidas á su frente y flanco izquierdo, y no pudiendo extenderse, hicieron alto para resistir los impetuosos asaltos de nuestros infantes.

No duró mucho tiempo la resistencia de las norteamericanas columnas, pues los soldados mexicanos cargaron sobre ellas á la bayoneta con un brío digno de la causa que defendían!... El furor de los nuestros no tuvo límites : herían sin misericordia, atravesando vientres y pechos de enemigos invasores, algunos de los cuales en vano mostraban sus rosarios, después de arrojar las armas, gritando que eran católicos, ó cayendo de rodillas ante nuestros oficiales : ¡ pedían gracia de vida! ¡ Fué un momento de desquite y venganza! ¡ Un hermoso instante!

Entonces vaciló toda la línea contraria atacada en su frente y rebasada en su ala izquierda, teniendo que replegarse á retaguardia, tras de las lomas que primero ocupaba (L. L.).

La Brigada Ligera, cuya misión debía haber sido batir el flanco oriental de Taylor, cooperando al ataque de frente, arrastrada por el entusiasmo de su triunfo, después de haber puesto en fuga á las tropas la columna norteamericana, avanzó rápidamente

á su vanguardia, rebasando las líneas de su contrario, y fué á caer á su extrema retaguardia sobre la hacienda de Buenavista (M.), donde se le hizo terrible resistencia que no se pudo vencer por falta de artillería. Y, viéndose amenazada por las tropas de reserva del jefe americano, tuvo que volver, con grandes dificultades y bajas numerosas, á sus posiciones, después de tan gloriosa tentativa. Tras esta brigada había seguido parte de nuestra caballería de la derecha, la que tuvo un terrible choque con toda la americana de reserva, en combinación con una brigada de su infantería, derrotando la nuestra á la primera, á la cual rechazó con grandes pérdidas, siguiendo luego su marcha contra la hacienda de Buenavista.

Si en esta empresa hubiesen ayudado los escuadrones del general Miñón que debían estar en algún punto cercano, se habría tomado la Hacienda y caído luego sobre la espalda del enemigo, precipitando su derrota. Pero aquella caballería de refresco, aquella caballería salvadora que era el triunfo seguro y completo de las armas mexicanas, no estaba próxima, como era su deber; no sabemos aún si por ineptitud, envidia ó cobardía de su jefe, el general Miñón.

Pero en el terrible combate que sostuvo la Sección del general Juvera con los jinetes americanos que la recibieron á veinte pasos con una descarga de fuego de pistola, tras dura refriega al arma blanca, una parte del regimiento de Coraceros cargó con tal brío al frente de su comandante Francisco Güitian, que se confundió con el enemigo, en cuya masa se abrió paso bravíamente, yendo á aparecer al otro extremo del campo, separada del resto de sus escuadrones, y siendo perse-

guida por fuerzas superiores, tomó el rumbo del Saltillo, y en mucho tiempo no pudo volver al campo sino después de orientarse en la Sierra.

En esa lid de caballería en que se desplegó gran valor por ambas partes, murieron varios oficiales y jefes beligerantes.

La caballería que por nuestra izquierda avanzó por el camino del Saltillo, después de haber sufrido los fuegos de la batería (Y.), situada en la derecha americana, también se adelanta con denuedo hasta Buenavista; pero allí las reservas americanas en número superior, hacen inútil este otro esfuerzo aislado, teniendo que regresar aquellos dragones, rodeando el cerro de la izquierda mexicana, por no poder atravesar de nuevo las líneas del Invasor cuyos fuegos han diezmado tan valientes tropas.

En tanto que se verificaban estas acciones, nuestras fuerzas que atacaban al frente habían seguido avanzando con ímpetu, tomando loma tras loma y haciendo cejar al adversario que iba abandonando sus primeras posiciones y que llegó á presentir su completa derrota cuando vió rechazada su izquierda y batido con tanta bizarría su frente.

Al ganar terreno nuestras columnas, Santa Ana hizo cambiar la batería del general Micheltorena hasta el centro de ataque (N.) dejando sin artillería la derecha donde aquélla había sido utilísima.

Observa con razón un jefe de artillería, que pudo haberse llevado la batería de á doce que jugaba en el centro, á retaguardia, al lugar que ahora ocupaba la de á ocho, situando ésta en la derecha de la línea de avance, para cruzar sus fuegos con la primera, tanto más cuanto que la batería de á doce apenas pudo

haber hecho algunos disparos durante la jornada, porque en su mal escogido emplazamiento la ofuscaban las elevaciones y asperezas del terreno.

Dos horas después de mediodía, los combates habían sido múltiples, se habían dado cargas tras cargas, y nuestras dos líneas de columnas del frente y la izquierda, habían conquistado loma tras loma, bajo el fuego de las baterías enemigas y de las compañías de infantería que las apoyaban, habiéndose desarrollado escenas épicas entre nuestras tropas y las contrarias, ya subiendo, ya bajando por las colinas, ó corriéndose los mexicanos asaltantes por el fondo de las torrenteras, para disputarse en la contienda que se multiplicaba en la sinuosa línea de la batalla, cañones y banderas!

Al regresar la caballería de nuestra derecha, después de sufrir trágicas aventuras en su regreso del ataque de Buenavista á través del campo enemigo, y luego que hubo llegado también nuestra infantería ligera rehaciéndose tras la línea de combate, hubo un momento de gran tregua entre los ejércitos beligerantes á causa de fuerte chubasco que se abatió sobre el campo de batalla.

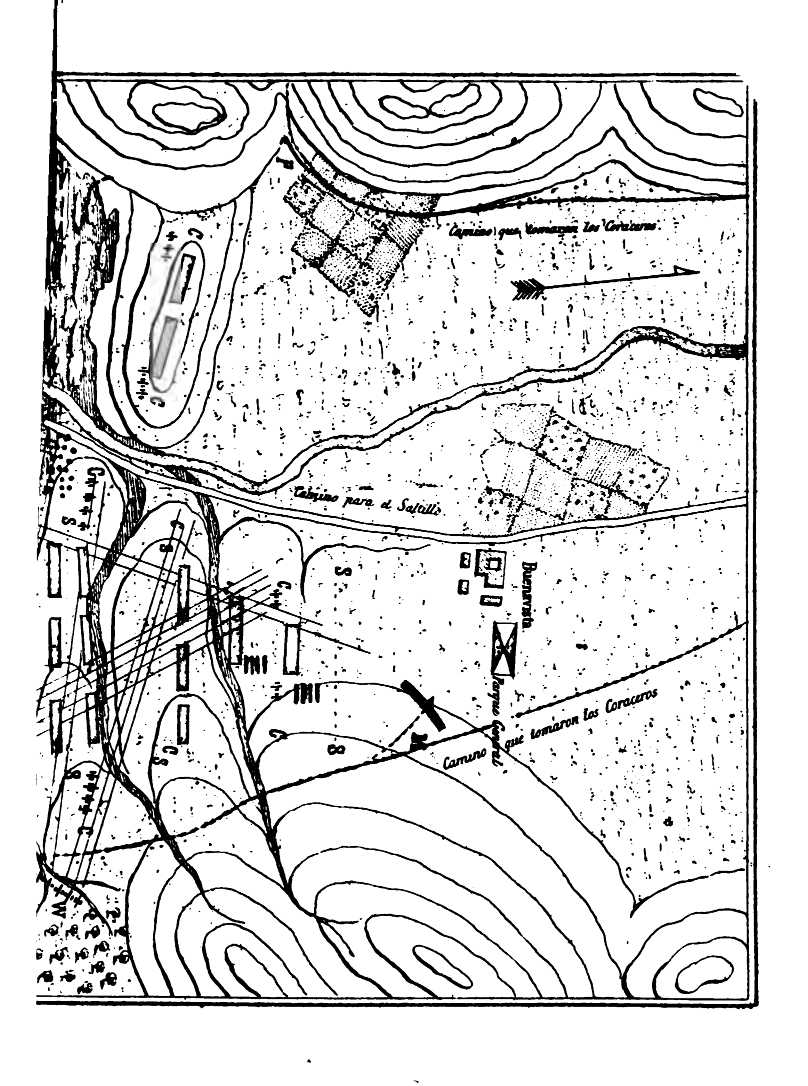
Ante esta tregua, después de tanto derroche de valor y energías, el enemigo se rehizo; pero con el ánimo evidente de emprender la retirada con orden, dando sus disposiciones para que sus trenes de carros principiaran á moverse hacia el Norte, en tanto que el resto de las fuerzas que se habían empeñado en la lucha iríanse retirando escalonadamente, relevadas en parte por los cuerpos de Reserva.

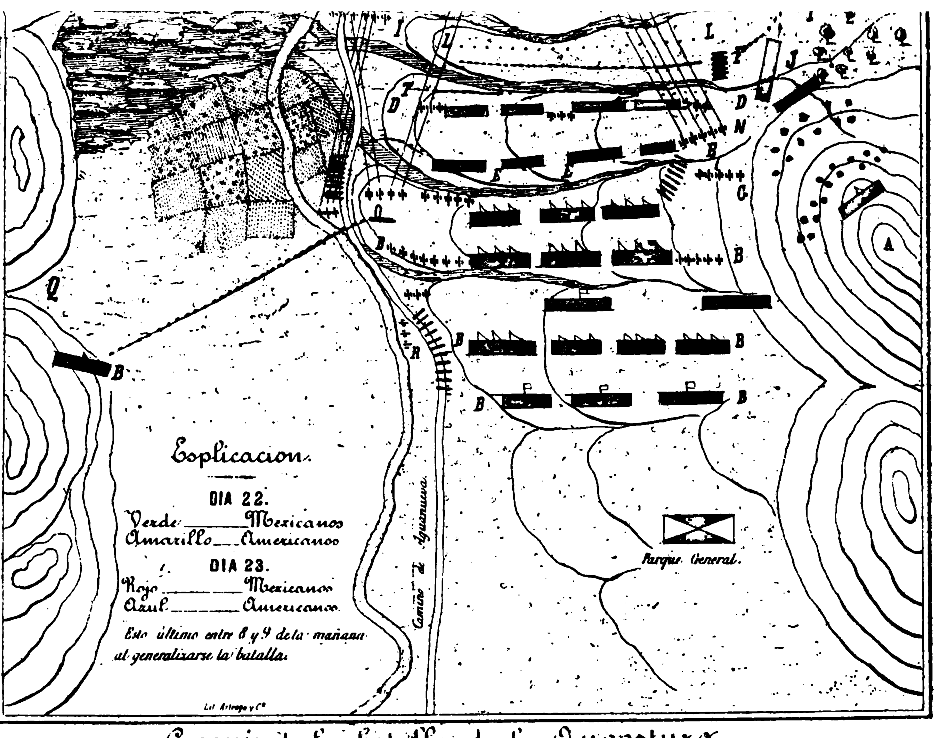
Cuando terminó la lluvia, aclarándose bellamente la tarde, los beligerantes se aprestaron después de su actitud expectante y silenciosa, turbada sólo por alguno

que otro cañonazo de las baterías combatientes (la O. contra la Y.) á emprender de nuevo la lucha.

Entonces Santa Ana, viendo que el día terminaba y la batalla permanecía indecisa, falto de conocimientos acerca de la actitud del adversario, intentó darle una embestida clásica, atacándole de frente con todas las fuerzas que trajo á su centro de derecha é izquierda, conduciéndolas él mismo, exponiéndose á caballo á la lluvia de balas, animando las tropas con gritos enérgicos y vibrantes á los que contestaban los batallones mexicanos con aclamaciones en que lanzaban ¡*vivas*! á su general y á la patria. Los americanos, al ver la aglomeración de fuerzas que sin duda debían caer sobre su centro, organizan á su vez rápidamente nuevas columnas que salen al encuentro de las nuestras, llevando aquéllas más de 3,000 hombres. Y entonces se traba una lucha encarnizadísima en las cimas y faldas de las lomas y en el fondo de los barrancos, sucediéndose al fuego de fusiles, pistolas y rifles el choque seco de las bayonetas y los sables, acompañado por el griterío estentóreo de los combatientes. ¡Nada más espantoso que esas luchas al arma blanca, cuerpo á cuerpo, á sangre y odio al final de una batalla!

Poco antes, un incidente estuvo á punto de introducir gran pánico en las reservas mexicanas. Nuestra retaguardia tenía á su izquierda la boca de una estrecha cañada (Q.) que rodeaba los cerros occidentales hasta desembocar á retaguardia de éstos en otra boca semejante (P.) Precisamente por esa curva y estrecha garganta que faldeaba aquellas eminencias encontró al fin paso la caballería mexicana que se había visto separada del resto de sus fuerzas después del ataque contra la hacienda de Buenavista.


Camino que tomaron los Coraceros
Camino para el Saltillo
Buenavista
Parque General
Camino que tomaron los Coraceros



Croquis de la batalla de la Angostura.

Los exploradores mexicanos dieron aviso de la aproximación de una fuerte columna que debía desembocar á la entrada de la garganta (Q.). Nuestra izquierda se creyó perdida juzgándose asaltada de improviso sobre aquel flanco por fuerzas considerablemente superiores. Sin embargo, algunas piezas de la batería (O.) de la izquierda, se abocaron sobre la entrada del desfiladero, en tanto que el batallón que apoyaba aquella batería formó en orden de combate ante tan peligroso punto.

Nuestros coraceros fueron recibidos al pronto por los disparos de nuestra propia batería, lo que hizo detenerlos hasta que momentos después un oficial que destacaron, hizo comprender la verdad á los jefes, siendo saludados con muestras de alegría aquellos valientes jinetes cuyas lanzas de ennegrecidas puntas daban buena idea de lo que acababan de hacer allá en la retaguardia enemiga. El frente mexicano continuaba su avance á pesar del cansancio que abrumaba á las tropas que no habían probado un bocado y muchas de ellas no habían bebido ni un trago de agua desde la noche anterior; mas seguían combatiendo bizarramente hasta lograr éxitos magníficos en diversos puntos del campo de batalla.

Los varios cañones, carros y banderas que habian caído en poder de nuestras columnas y los prisioneros que los soldados respetaban, conducidos en grupos á retaguardia nuestra, y más que todo, el haber ocupado sucesivamente la primera y segunda línea de las lomas en que se parapetaba el americano, hicieron comprender á nuestro ejército que por fin había vencido.

Y en efecto, rechazado Taylor, envuelta y destrozada su izquierda, maltrechos su centro y reservas, habiendo

tenido éstas que sufrir el choque de nuestra caballería, hizo activar sus disposiciones de retirada para no hacer definitivo el triunfo de las armas nacionales.

Mas sucedió que, habiendo tenido noticia el jefe de la escolta de los trenes americanos que la caballería del general Miñón amenazaba cortarle la retirada, tuvo que retroceder; y con sus mismos carros formaron entre Buenavista y la entrada norte de la garganta de la Angostura un reducto defendido por todas las reservas de Taylor, que á la sazón efectuaba un gran movimiento de retroceso tras de las últimas lomas....

¡ Ya era el crepúsculo! Un crepúsculo frío y rápido, cuyas tintas violáceas manchaban negras nubes de pólvora, rayadas á trechos por los rojizos relámpagos de nuestra única batería ó por las chispas amarillentas de nuestros fusiles cuyo tronante fuego iba menguando á medida que las tinieblas avanzaban, en un *decrescendo* siniestramente trágico.... Los últimos gritos del combate, de triunfo ó rabia, de angustia en los heridos, de cólera y audacia en los que aun desafiaban á los ya invisibles adversarios, fuéronse extinguiendo también, hasta que, por fin, uno y otro beligerante quedó inmóvil y silencioso bajo la inmensa obscuridad helada que envolvió el campo de batalla!...



VIII

DESPUÉS DE LA BATALLA

LA RETIRADA Á SAN LUIS

Después de tan terrible jornada, nuestras tropas permanecieron sobre el campo conquistado al enemigo, con la satisfacción y el orgullo de haber obtenido un gran triunfo, tanto más digno de gloria para las banderas mexicanas, cuanto más sangre había costado adquirirlo.

Aunque todos comprendían que tendría que darse otra batalla para destruír por completo al adversario, arrojándole hacia el Norte, después de escarmentarle enérgicamente, y aunque se esperaba que hiciera tenaz resistencia, había en nuestras filas el suficiente ánimo y la más completa resolución para batirse con el mismo denuedo con que habían peleado todo el día 23.

¡Mas cuál sería la sorpresa, la cólera, la indignación, la amargura de todo el Ejército al saber la estupenda orden de emprender violenta retirada en plena noche, después de los horrores y los triunfos del día!

Nadie pudo comprender la causa de tan singular disposición.

¿A qué la abnegación y el valor prodigado durante la batalla, de qué había servido la victoria, si no se aprovechaba persiguiendo al enemigo, si por el contrario, se le abandonaba el campo? ¿Por qué se retrocedía?

Un sordo murmullo preñado de angustiosas é indignadas protestas recorrió las filas, en las tinieblas.

Entonces, como en la Resaca de Guerrero, como en Monterrey y Tampico, la fatídica palabra, la vergonzosa frase que hace tantos siglos azota como una maldición á todos los pueblos en las catástrofes de su historia, entonces la abominable voz *¡traición!* fué cuchicheada, murmurada, gritada, escupida en las sombras, vibrando á veces como un grito de cólera sagrada ó estremeciendo el ambiente glacial como un largo suspiro de melancólico desfallecimiento...

¡Traición! ¡Traición! ¡Traición!

. . . .

Antes de seguir al Ejército mexicano, desangrado, hecho pedazos, estremecido de frío y desesperación, hambriento de pan y victoria en su triste retirada á través de la noche, emprenderemos á galope un lúgubre paseo por el campo del combate.

Ved allá lejos, en el fondo de la ennegrecida garganta, manchas luminosas y sangrientas que rasgan á trechos la obscuridad de la noche, como estrellas de púrpura: son las fogatas del ejército americano tendiéndose sobre la ondulante línea de las últimas lomas. Nuestros terribles enemigos, después de las tragedias de la lucha, siquiera descansan y se confortan, calentándose cerca de un buen fuego á cuya grata claridad devoran cena copiosa y nutritiva. En efecto, sus convoyes están próximos, y vienen bien provistos de ali-

mentos... más allá, en las tiendas de campaña, oficiales y jefes cenan también tranquilamente, bebiendo Ginebra y cerveza, en tanto que por las negruras lejanas de su campamento, circulan los servidores de sus ambulancias recogiendo sus heridos que al instante serán curados.

¡Qué doloroso contraste entre el campamento enemigo y el nuestro! Allí el descanso, el fuego, la cena; acá la fatiga, los confusos preparativos para una larga marcha, cuando aun no se seca el sudor de todo un día de combate; aquí la obscuridad, el frío, el hambre y la sed, los heridos abandonados en el campo, retorciéndose lúgubremente, desangrándose, lanzando en las frías tinieblas dolorosos gemidos!

¡Y este pobre ejército que así se sacrifica, ha triunfado!... Sus cadáveres yacen tendidos por entre las lomas, á lo largo del camino, hasta más allá de la retaguardia del campo enemigo, aun más allá de la hacienda de Buenavista. Pero donde se amontonan en mayor número, es en la falda del cerro de la derecha y en el fondo de las torrenteras del centro.

Dura y porfiada fué la refriega. El ejército mexicano había tenido 694 muertos entre ellos 5 jefes y 21 oficiales, 1,039 heridos inclusive 13 jefes y 92 oficiales, más 294 prisioneros en poder del enemigo. Éste tuvo 267 muertos, 456 heridos, contándose entre los primeros 28 jefes y oficiales.

Como trofeos arrancados al ejército americano se contaron tres piezas de artillería con sus municiones correspondientes en sus cajuelas, cuatro carros y tres banderas. Bien fácil es imaginar lo terrible que debió haber sido el combate que se librara para lograr obtener de un adversario parapetado tras excelentes

posiciones, poderosamente fuerte, con sus baterías que barrían las columnas mexicanas que avanzaban al asalto en masa, á pecho descubierto y con el arma al brazo!

Los episodios de aquella lucha tan prolongada son innumerables y gloriosísimos para nuestras águilas.

Ya hemos referido la magnanimidad con que algunos oficiales mexicanos salvaron la vida de los soldados americanos acosados por los nuestros á la bayoneta, cuando en su furor no perdonaban á sus enemigos.

En uno de los combates que sostuvo la caballería mexicana á retaguardia de las posiciones contrarias con las reservas de Taylor, el comandante de escuadrón del regimiento de Húsares, Juan Luyando, iba á pasar con su lanza á un riflero; pero éste cayó de rodillas y pidió gracia en un tono patético. El jinete compadecido lo dejó atrás pasando él adelante; mas al momento el agraciado se levantó y, apuntando al que le debía la vida le hizo fuego con su rifle. ¡El compasivo Luyando cayó muerto! Esta infamia exacerbó el furor de nuestros soldados que vengaron debidamente á su comandante.

Después del aguacero que cayó en la tarde y dió tregua algún tiempo á la lucha, rehaciéndose ambos beligerantes, para proseguirla después con más encarnizamiento, cuando aun no volvían los mexicanos á la carga y sólo se escuchaban de cuando en cuando los cañonazos que se enviaban recíprocamente la batería de la derecha americana y la de nuestra izquierda, se vió salir de una de las barrancas, hacia el camino, un hombre á caballo, en traje de paisano, que á todo galope se dirigía hacia las posiciones enemigas mar-

cando su dirección rumbo á la batería que hacía fuego á la nuestra.

Se creyó de pronto que sería algún explorador del enemigo que volvía á incorporarse á su campo. Viósele llegar ante sus cañones y allí, rápido, lanzar al aire su reata que revoleó, tendiendo el lazo hacia el centro de la batería; mas no habiendo prendido, volvió grupas y regresó á toda brida hacia la línea mexicana, bajo una lluvia de balas que le enviaron los tiradores enemigos, quienes habían permanecido estupefactos ante semejante audacia.

Con profunda admiración presenciaron los nuestros aquel acto. ¿Quién era aquel hombre?

Pronto se supo, cuando volvió á las líneas. Era un antiguo insurgente llamado Villarreal, que á la sazón prestaba sus servicios en artillería, dice un testigo de su heroísmo, en calidad de conductor de parques, con carácter de sargento segundo.

El viejo Villarreal, buen charro y que en la guerra de Independencia había lazado españoles, contó que había querido ir á traerse á un *yankee* prendido en la punta de su reata, para no quedar sin hacer algo en aquel gran día.

Y ya que evocamos algunos de los incidentes de la batalla, al tender una mirada sobre el amontonamiento de desastres sobre el campo, recordemos el hecho curioso de que después de los últimos combates en la retaguardia enemiga, se presenta á nuestro general en jefe un parlamentario intimando rendición. Santa Ana, asombrado, orgulloso con las ventajas adquiridas por su ejército, creyendo ya, acaso, en el exterminio del contrario, la niega rotundamente.

Como es fácil de comprender, esto hubo de ocasionar grande extrañeza, tanto más cuanto que el enemigo á su vez, según explicación de los oficiales americanos, se jactaba de haber recibido poco antes un parlamentario mexicano en nombre de su general. Lo que pasó fué que un oficial de Estado Mayor que iba en las primeras filas de nuestras columnas que atacaron con gran ímpetu á los americanos, quedó confundido entre ellos. Viéndose solo, no queriendo ser muerto ni hecho prisionero, se fingió parlamentario, y como iba bien uniformado y tuvo audacia y serenidad, pudo llegar hasta los principales jefes americanos, engañándoles con su fingida misión de parlamento.

Ufanos aquéllos con tal demanda, enviaron dos de sus oficiales acompañando al nuestro, y haciendo saber un principio de armisticio al general Parrodi, jefe de las líneas mexicanas que sostenían á la sazón lid encarnizada con las contrarias por donde hubieron de atravesar los seudo parlamentarios, suspendiéronse por un momento los fuegos de las fracciones beligerantes.

Tal es la explicación del surgimiento, á la hora más crítica de la batalla, de aquellos parlamentarios que se presentan en uno y otro campo, dando lugar á que los respectivos jefes de ambos ejércitos, consignaran cada uno por orgullo tal incidente.

La batalla terminó, como lo hemos dicho, con el último y decisivo ataque de todas las columnas mexicanas que habían entrado en acción, más todas las reservas de Santa Ana, contra el centro enemigo, y no obstante el excesivo cansancio y la extenuación de nuestras tropas que no habían probado alimento desde la noche anterior, éstas realizaron maravillosos triunfos parciales, batiéndose en contienda desigual con las fuer-

zas enemigas, protegidas por su numerosa artillería. En esos ataques, los jefes mexicanos se pusieron á la cabeza de sus batallones á los que animaban con gritos bélicos, señalándoles con sus espadas ó con sus látigos, las posiciones contrarias sobre las que se habría de cargar. Jefes hubo que tomaron la bandera de su batallón, levantándola con su brazo derecho, y al frente de su tropa, á caballo, se precipitaron sobre el enemigo como guiones soberbios marcando gloriosamente el camino del honor y del deber!.... Otros oficiales heridos gravemente, se hicieron transportar por los soldados más robustos, bravos y fieles, para poder conducir sus secciones al combate....

En fin, no terminaríamos si quisiéramos narrar todas las peripecias de la sangrienta batalla de la Angostura con sus épicos detalles que hemos evocado rápidamente al lanzar una triste mirada sobre la escena de la enorme tragedia roja....

¡Qué angustiosos pensamientos y qué amargas reflexiones asaltan nuestro espíritu al contemplar el siniestro panorama que ofrece, en la noche, en la penumbra lívida que preside allá en el cielo brumoso, el miserable gajo amarillo y corvo de la luna nueva, — nuestro campamento henchido de heridos y cadáveres, moviéndose las tropas en desorden para emprender la retirada, — una retirada en sigilo, vergonzosa, que más parece una fuga de gavillas de cobardes...

¡Ah! y no lo eran ¡vive Dios! aquellos buenos mexicanos!... bien lo habían demostrado durante la batalla cuyo triunfo habían creído obtener; pero que en virtud de aquella retirada, convertíase la victoria en derrota.

Es muy amargo tener que considerar, que si en toda la gran serie de combates que unos tras otros fueron ganando nuestras tropas, hubiese habido más armonía y cohesión, acudiendo las reservas inmediatamente al lugar del triunfo, si en vez de obrar, desperdiciando sangre y valor, aisladamente sobre Buenavista, hubieran cargado las caballerías y tropas ligeras de infantería ayudadas en el propio instante por los dragones de Miñón, cuya fuerza debía haber permanecido á la expectativa, pero cerca del campo, á retaguardia del enemigo, en actitud de embestir en el minuto preciso; que si todo esto se ejecuta como bien pudo hacerse, el adversario, desbordada su izquierda, atacado reciamente por este flanco, separado de sus reservas, perdida su extrema retaguardia, hubiera tenido que retirarse á través de nuestras caballerías, desesperadamente, en desorden, y dejando en nuestro poder muy buena parte de sus codiciables trenes de provisiones!

¡No! y no es una utopía y un simple buen deseo de ingenuo patriotismo el apuntar esta reflexión sugerida ante el cuadro general de la batalla; ella se deduce de este mismo, informada por actores y testigos de la catástrofe, y más aún — y esto es irrefutable — por el dicho de nuestros mismos enemigos.

Y aquí tiene que surgir en medio de la dantesca escena de la retirada, entre el lodo, humo y sangre, el gran culpable, uno de los que deben soportar en la Historia, como un anatema, el peso de sus terribles responsabilidades.... ¡El general Santa Ana!

Él había lanzado su ejército sin elementos de combate, sin provisiones, á través del desierto, arrojándole ᵣpemente después de inauditas fatigas contra un

desfiladero atravesado por series de escarpadas trincheras naturales, con anchos fosos, buenos para sepultar batallones enteros.... él había conducido sus columnas, sin darles fuerzas ni descanso, contra los recios baluartes de cerros y lomas, sin proteger con artillería suficiente la muchedumbre bisoña con que abrumó el ejército, sin que para nada sirviera aquélla... y él, por último, no obstante haber conseguido el triunfo á costa de inmensos sacrificios, lo desaprovecha, y ofuscado y pusilánime, en lugar de proseguir lo empezado con tanto brío, retrocede en desorden, lamentablemente, abandonando las posiciones conquistadas al enemigo, al que deja dueño del campo!

Para más acentuar estas consideraciones que son capitales y para que se vea con cuánta justicia las anotamos, subrayando el valor de nuestras pobres tropas, tan heroicas en las marchas como en la pelea, trasladamos aquí las frases que acerca de ello tiene un historiador norteamericano :

« La celeridad y el sigilo de la marcha desde San Luis, casi no son sobrepujables. El movimiento de la Encarnación á Agua-Nueva y la marcha continuada hasta la Angostura, haciendo cerca de cincuenta millas en veinticuatro horas; y el comienzo inmediato de la batalla, cuando se recordará que en treinta y seis de las expresadas millas faltaba el agua, y que la gente sólo había tomado alimento escasísimo, prueban cuán terrible podría ser un ejército mexicano, con sólo que las tropas que lo componen tuvieran la moral necesaria para conservar y utilizar las ventajas que su capacidad de sobrellevar fatigas y privaciones las pone en aptitud de obtener.

« En esta batalla, sin embargo, aunque el general

Santa Ana inmediatamente distinguió el punto que le ofrecía ventaja, y ganó la posición que primero quiso; como después se ha asegurado por uno de sus mismos generales (Miñón) hubo falta de combinación y se abandonó la prosecución de las ventajas obtenidas, fijando el general en jefe su atención en los movimientos de un solo cuerpo, más bien que en el conjunto de la batalla ».

La retirada empezó á las 7 de la noche, partiendo primero los trenes y la artillería, y en seguida la efectuaron los diversos batallones del ejército, descendiendo lentamente de las lomas que con tantos esfuerzos y al precio de tanta sangre se habían conquistado. Al principio se ejecutó ordenadamente; pero el cansancio de la terrible jornada de combate, la ira noble que experimentaba la tropa al retirarse sin gloria cuando tanta merecían, el hambre — ¡ aquellos infelices llevaban 24 horas sin probar bocado y se habían batido como leones! — el frío, hicieron perder toda moral, toda cohesión en las filas, y pronto los grupos constituídos se desintegraron, confundiéndose y mezclándose unos con otros hasta convertirse la columna en un rebaño fantástico galopando en las tinieblas.

La claridad esfumada y lívida de la luna nueva daba un tinte siniestro á aquellas sombras que se amontonaban en el camino, como un río fragoroso, por el chocar de las armas y el rumor de sus pisadas, de hombres espectros, río de humana miseria, corriendo hacia desconocidos destinos, azotadas sus ondas por un viento de catástrofe....

¡ Quién sabe qué pensamientos cruzarían en aquel

instante de suprema ruina, por la mente del hombre que había dirigido la acción de 12,000 hombres; quién sabe qué peso oprimiría su corazón al contemplar allá en el fondo indeciso de la llanura, aquella corriente encauzada por él á un término muy distinto del que pedía la salvación de la Patria!

Al ocultarse la luna, aumentó la confusión de la marcha, guiada sólo por los lejanos fulgores rojizos del incendio de la hacienda de Agua Nueva.

Por fortuna, el general Taylor estaba muy lejos de creer que nuestro ejército abandonara sus posiciones y las ventajas adquiridas; lejos de ello, esperaba un nuevo y más vigoroso ataque, y para resistirlo se preparaba el general americano, estudiando ya el modo de retirarse, abriéndose paso hacia Monterrey.

En efecto, ninguno de los jefes americanos se percibió de la retirada del ejército mexicano, y en ello, debemos advertirlo, cometió una grave falta militar por no haber tenido exploradores, ni partidas destacadas en observación de nuestro campo para no perder el contacto con el enemigo, dejando de estar al tanto de sus menores movimientos.

Imagínese el efecto que hubiera producido sobre aquella fatigosa y desmoralizada columna, una descarga de fuerte batería que barriera en su profundidad con toda aquella masa de hombres, lanzando en seguida sobre ellos unos cuantos escuadrones de caballería, para completar el pánico!

¿Qué resistencia se podía haber ofrecido en esas condiciones? ¿Qué cuerpos organizados pudieran haber sostenido la retirada del resto del ejército?

Si Taylor hubiese sido un perfecto general táctico, habría estado alerta de nuestros movimientos para su

propia seguridad ó para aprovecharse de la profunda desmoralización, abatimiento y desorden que introduce en toda tropa una retirada.

Santa Ana á su vez debió haber comprendido á lo que se exponía retirándose, al azar, aventurando la destrucción de su ejército. Por otra parte, debió notar que el enemigo no se movía para nada, intentando perseguirlo, lo que demostraba plenamente ó un profundo quebranto, ó un culpable descuido, y tanto en uno como en otro caso, debió acometer á su adversario en estas condiciones, con la seguridad de derrotarlo.

¡He aquí cómo ambos jefes beligerantes comprometieron cada uno por su parte la suerte de sus valientes ejércitos por su respectiva ineptitud!

La batalla de la Angostura tenía que haber sido decisiva, de terrible efecto, de fatal exterminio para uno de los combatientes, y de victoria completa para el otro.

Santa Ana alegó como causa principal para su retirada el que el ejército carecía de rancho, y tras las fatigas de la batalla no podía comprometer otra al día siguiente. También tomó en consideración que la Patria no contaba, por entonces, sino con aquel ejército que quería conservar para continuar la defensa en el interior del país.

Pero estas razones se desvanecen al punto si se considera que la retirada tendría que ser, como fué, mucho más desastrosa que una batalla, aunque ésta hubiese tenido por resultado una derrota.

No, nada disculpa al jefe mexicano su actitud fatal para las armas de la Nación Mexicana en la noche del 23 de Febrero de 1847.

Toda aquella masa de hombres acampó en desorden, y según iban llegando en torno de la casa de la hacienda de Agua Nueva, cuyo incendio aun no se extinguía.

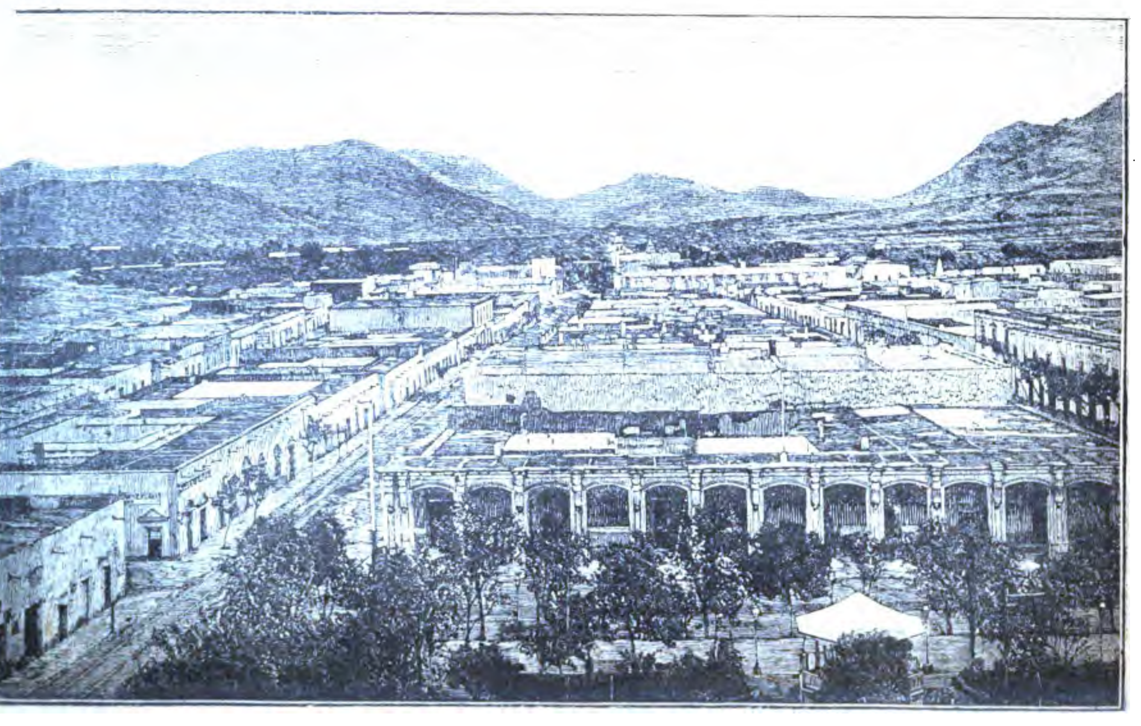
Esa misma noche reunió el general Santa Ana un consejo de guerra en el que se acordó, por sugestión suya, que la retirada era indispensable. ¡Ningún militar de los que integraron aquel consejo tuvo la conciencia y la energía suficiente para protestar contra aquella resolución que se consignó por escrito, para mayor mengua de los que la firmaron!

Al día siguiente, se reorganizaron los batallones, procurando dar algún orden al campamento, en el que al fin se repartió un escaso y mal rancho.

Las tropas continuaron acampadas hasta el día 26, en que se empezó á levantar el campo, principiando la triste y lamentable contramarcha, á través del desierto, rumbo á San Luis.

Después de quince jornadas en que el ejército fué regando el camino de enfermos, heridos, cansados, desertores y muertos, después de angustiosos días de fatiga, tristeza y desaliento, se llegó al fin á aquella ciudad.





Vista de Chihuahua.

IX

EL DESASTRE DE SACRAMENTO

Vamos á dirigir ahora la mirada que ha estremecido tanto — al transmitir al cerebro el panorama de la última batalla — nuestro corazón de mexicanos, hacia un lejano teatro de combate... Vamos á trasladarnos hacia el Norte de las regiones de Chihuahua... Allí hubo también heroísmos infortunados!

¡Oh el valiente y heroico Estado! Hacía mucho tiempo que centenares de tribus salvajes que pululaban entre los bosques abruptos de la Sierra Madre ó por las vastas llanuras que se tienden á la falda de sus montañas, hacía mucho tiempo que llevaban el terror á todas las poblaciones, desde las más humildes rancherías, hasta la misma capital del propio Estado.

Éste, siempre se encontró defendido sólo por sus fuerzas locales, sin que jamás hubiese tenido ayuda alguna eficaz por parte del gobierno federal que tenía que atender á la seguridad del resto de la República, enviando tropas respetables que fuesen á contener los ímpetus feroces de las hordas bárbaras que en to-

rrentes de destrucción estupenda se desbordaban sobre todo lo que significara vida y riqueza.

Chihuahua estaba, pues, en aquella época completamente abandonada á sus propios recursos. Apenas si había grupos de soldados que formaban las llamadas « Milicias *presidiales* », pretendiendo constituir cierta defensa en los desiertos campos, y una escasa y mal organizada tropa de Guardia Nacional, en la ciudad.

Cuando en ella se supo la explosión de la guerra entre nuestra república y la norteamericana, estalló el patriotismo de los buenos y bravos chihuahuenses. No importaba que se vieran sin apoyo alguno y sin la más débil comunicación con el centro del país, y más en épocas en que los caminos, á través de comarcas desiertas, son intransitables; no importaba tampoco á los fronterizos su absoluta carencia de armas y conocimientos militares, que orgullosamente despreciaban con lamentable altivez. No les importó entonces porque creyeron suficiente preparación para la victoria su patriotismo, su valor y la confianza en el triunfo!...

Más se exaltaron cuando supieron que el ejército americano enviaba una de sus divisiones contra él Estado de Chihuahua.

Así fué. En el plan de campaña ideado por la Secretaría de Guerra de los Estados Unidos, hubo la disposición de que además del cuerpo de Ejército del Bravo con que el general Taylor maniobró, se dispusieran otros dos : uno llamado del Oeste y otro denominado del Centro.

Éste se formó en Texas, integrándose en gran parte con voluntarios y miles de aventureros y aun hábiles comerciantes que levantaron sendas compañías de rifleros que debían proteger largos convoyes de carros

cargados con efectos, de cuya venta pensaron obtener (como lo obtuvieron) pingües ganancias.

El general Trías, que se hallada al frente del Gobierno del Estado de Chihuahua, intentó hacer un esfuerzo potente, ayudado por los hijos de aquellas regiones, para resistir y aun arrollar á los invasores.

Sin artillería, sin armamento, sin gente disciplinada, y sobre todo, sin recursos en aquella crisis en que se unía al nuevo peligro el de la guerra con los bárbaros, como enumera puntualmente un periodista de la época, faltaban todos los elementos indispensables para la lucha. Sin embargo, hubieron de efectuarse verdaderos milagros. El patriotismo fronterizo produjo increíbles agrupaciones de mexicanos, dispuestos á morir por la patria, confiados ingenuamente en los destinos gloriosos de las causas nobles!...

Á medida que el norteamericano avanzaba sobre el Bravo, y aun después de tenerse las tristes noticias de nuestras derrotas de *Palo Alto*, *la Resaca*, *Monterrey* y *la Angostura*, se fueron activando las ejecuciones de diversos planes para la campaña. Se reglamentó un préstamo entre todos los habitantes del Estado; se estableció fundición de cañones, se recogieron cuantos restos de armas inútiles se encontraron, se proveyó de vestuario y equipo á la Guardia Nacional y á otras fuerzas que pudieron reunirse, montándose con cierto relativo lujo algunas de ellas. Hiciéronse ejercicios, aunque mal dirigidos, como es fácil de comprenderlo, dada la falta de jefes veteranos que pudieran instruir tropas bisoñas é impresionables, en tan corto tiempo.

Una sección de 500 hombres de caballería é infantería, se destacó hacia el Norte, en vista del rápido avance del enemigo sobre el río Bravo, incorporándose

á aquella fuerza en Paso del Norte varios piquetes de compañías *presidiales*, más algunos grupos de valientes y patriotas hijos del Chihuahua, que no vacilaron un instante en alistarse en las primeras filas que en aquel rumbo iban á recibir el choque del Invasor.

Los mismos vecinos, aun los más humildes, vibrantes de ardiente patriotismo, ayudaron á las fuerzas que iban á combatir por la Patria, suministrándoles toda clase de recursos, aliviando grandemente sus penalidades.

Apuntamos estos detalles en el esbozo de esta triste campaña porque dan al militar mexicano, lo mismo que al joven hijo del pueblo, una nota que no debe olvidarse jamás : ¡Allá en la Frontera, allá en los límites septentrionales de la extensión patria, lejos del país, vibraron entusiasmos heroicos y hubo anhelos bélicos por la pelea libertadora; pero en el mismo centro del territorio, donde latían focos de inteligencia y saber, hubo apatías vergonzosas, envidias, odiosas rivalidades y fratricidios colectivos... ¡Y eso cuando más unidad se necesitaba en toda la Nación, cuando el Centro que podía hacer luz y dirección no integraba un verdadero ejército, animando, ilustrando y conduciendo á los hijos de las regiones fronterizas, todo entusiasmos y energías!

El 21 de Diciembre, partió una sección mexicana hacia el río Bravo, donde el enemigo con una fuerza de 700 hombres sin artillería, había acampado, aprovechando la margen sinuosa de apacible remanso, defendiendo su campamento con sus carros de bagajes, en forma de reducto.

Es el 24 de Diciembre, y la sección destacada va á la posición americana; el jefe de los nuestros,

Ponce, hace formar en línea desplegada su tropa con la infantería en el centro, los dragones en los flancos, y á retaguardía un obús.

¡La victoria iba á ser nuestra; la sección mexicana llena de entusiasmo avanza decidida al ataque del improvisado reducto que acaba de formar el enemigo con sus mismos trenes.

Pero avisado por sus exploradores y centinelas, forma en cuadro presentando al frente tres filas, cuyos rifles apuntan á nuestra línea asaltante, esperando abatirla á quemarropa, en tanto que aquélla rompe el fuego avanzando terreno y dispersándose en tiradores por entre los cuales hace sus descargas el obús... ¡He aquí cómo completa el trazo de tal cuadro un historiador testigo :

El ala izquierda avanza también en formación de batalla conducida por el mismo Ponce, y el flanco derecho se adelanta por hileras. El enemigo hace su fuego primero por secciones en descargas cerradas y en seguida graneado; pero bien pronto la primera fila de su frente se desordena y huye hacia el bosque donde los oficiales se esfuerzan por volverla á hacer entrar en acción. Ponce, frenético, manda entonces tocar *á degüello* y aquel toque ¡circunstancia inaudita! es la señal de la retirada... ¿Hubo maldad ó equívoco en el trompeta que hizo vibrar aquel toque?...

¡Quién sabe! El caso se resolvió en una derrota completa para las armas nacionales.

Una parte de las secciones fronterizas se retiraron en buen orden, protegiendo la otra la retirada, no sin que el enemigo se apoderase del obús.

Esta pequeña victoria hizo dueños á los invasores de la Villa de Paso del Norte, donde se enarboló su

pabellón norteamericano el 26 de Diciembre de 1846.

No obstante, los chihuahuenses no se desanimaron, deseando más que nunca ir á detener ó á arrollar al enemigo.

Sus tropas, al mando del coronel Doniphan, se aprestaban desde el Paso á emprender una marcha decisiva sobre Chihuahua y los principales puntos poblados que le circundaban entonces.

El jefe americano principió sus operaciones el 8 de febrero de 1847, con tal confianza que sólo con una pequeña descubierta de dragones é infantes ligeros apoyó su columna de 1000 hombres, con una escolta de voluntarios que protegían trescientos dieciséis carros conduciendo provisiones para el Ejército, y mercancías que, como hemos dicho, iban vendiendo aventureros comerciantes.

Habiendo conocido los jefes mexicanos el rumbo exacto hacia donde dirigía sus fuerzas el Invasor, se resolvió resistirle en el punto llamado el Sacramento, á siete leguas de Chihuahua.

El general Heredia, en combinación con el general Trías y con García Conde, hizo levantar algunas fortificaciones en aquel paraje que sobre el camino de Chihuahua á Nuevo México, debía presentar terrible barrera al avance arrollador y ya temible de las fuerzas norteamericanas.

Acampó el 27 de Febrero la división chihuahuense compuesta de 2000 hombres, todos bisoños, apenas malamente iniciados en algo que no era sino una sombra pálida de instrucción y disciplina militar.

Era una división corta en verdad, dice un testigo de los tristes sucesos que vamos narrando, pero perfectamente armada, provista de toda clase de víveres para

una campaña de algunos meses por el desierto, pagado hasta el último soldado, y con fondos en caja para lo sucesivo, vestida toda la tropa de una manera cómoda y decente, y surtida de abundante parque y toda clase de municiones de guerra. Los buenos chihuahuenses veían con orgullo aquel resultado de sus trabajos, y reconocían en cada pieza de artillería, en cada fusil, en cada objeto del equipo, el fruto de sus afanes personales. Nada existía tres meses antes : todo era creado por ellos; todo era nuevo; todo lucía flamante. Y se llenaban de satisfacción al notar el entusiasmo virgen de aquellas tropas, cuya fe, cuyo abandono en el porvenir, se manifestaba en la alegría de sus semblantes, en el júbilo que reinaba en sus reuniones, y en la ciega adhesión que mostraban á los superiores. No era el solo prestigio del mando el que tenían los jefes y oficiales; era su popularidad, su franqueza y ese influjo de familia, por decirlo así, que ejercen los personajes queridos en pequeñas sociedades aisladas.

Una serie de reductos unía los dos extremos de nuestro frente, limitado á Este y Poniente por dos pequeñas serranías, abarcando una extensión de poco menos de dos leguas, destacándose de la cordillera occidental algunos cerros, cerca de cuya base se levantaba entonces el rancho del Sacramento. Eminentes colinas terminan la opuesta serie de lomas más al Norte, aproximándose al camino de Chihuahua.

Á partir de ambos flancos, en un ángulo que determinaba en nuestra línea un martillo ofensivo, ligáronse pequeñas obras de fortificación pasajera, con amplios claros practicables para la caballería, la cual por orden

del general Heredia fué á situarse en observación del enemigo, destacándose de ella diversas secciones á vanguardia.

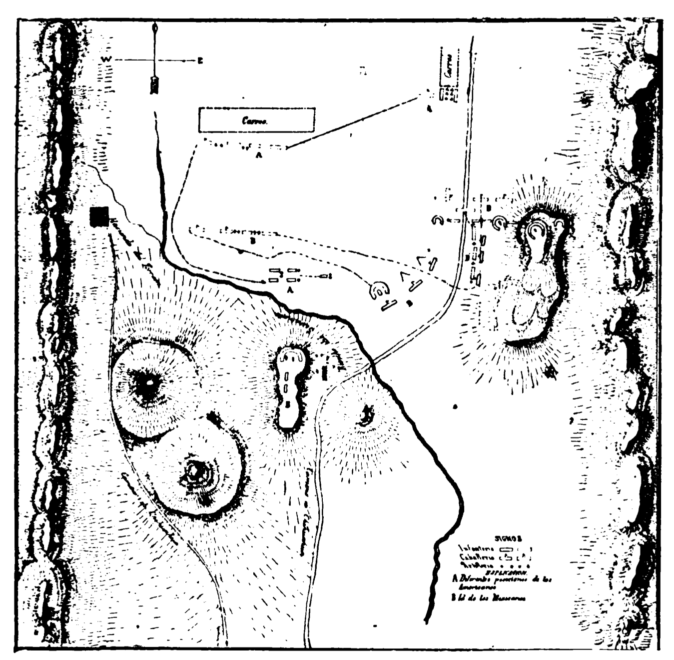
En la tarde del día 28, se presentó éste en actitud decisiva para embestir nuestra línea de batalla. Su frente lo integraba la caballería, el centro la infantería y artillería, y la retaguardia sus trenes, (más de 300 carros) custodiados por dragones á sus flancos y espaldas.

Bajo el escalón de donde principia á elevarse en suave pendiente una loma que domina la carretera, se organizaron los jinetes fronterizos en tres columnas, en tanto que la infantería, formada también en tres secciones, hallábase sobre la línea de reductos.

En cuanto el enemigo se vió á tiro de cañón de nuestras posiciones, hizo alto, principiando rápidas maniobras para dar el ataque. En este momento el general Heredia ordenó que su caballería fuese á situarse sobre el camino, á retaguardia de la infantería, creyendo ingenuamente que los americanos atacarían de frente sobre la parte central de nuestras trincheras, es decir, hacia el punto más fuerte de la línea de batalla, — error infantil, pues en la guerra se pega siempre sobre el punto más débil.

Las columnas asaltantes se dirigieron velozmente oblicuando á su derecha, rumbo á la hacienda de Torreón, con el intento de flanquearnos. Heredia dispuso que nuestra caballería fuera á impedir semejante maniobra, marchando paralelamente al contrario. La infantería mexicana salió de sus defensas, pasando á situarse á la derecha de la cabellería, frente al enemigo que ya había formado en batalla, cubriendo éste sus baterías con una cortina de dragones, que pare-

cían esperar el choque de los nuestros, quienes avanzaron á todo galope, en medio del más frenético entusiasmo, lanzando gritos de anticipado triunfo, á lo alto los sables, en ristre las lanzas de los unos, amar-



Croquis de la batalla de Sacramento.
Formado por el Sr. general D. Pedro G. Conde.

tilladas las pistolas de los otros; ¡todos dispuestos al formidable asalto!...

Y sucedió que al encontrarse los jinetes fronterizos á un cuarto de tiro de cañón del enemigo, éste descubrió, hábil y rápidamente, sus baterías, arrojando una

tempestad de fuego y plomo sobre nuestra masa de tumultuosos *charros*. Integrados éstos por gente de llanuras y montañas, gente que no había escuchado nunca un disparo de artillería, al oír aquel estruendo que no esperaban, y ver de súbito la sangre y la muerte en sus filas, produjose un pánico terrible, y la columna vaciló. Sin embargo, gracias á los esfuerzos de bravos oficiales, se logró llevar adelante la embestida; pero las enemigas líneas redoblaron sus descargas, y los escuadrones chihuahuenses, no ejercitados en las maniobras necesarias, no pudiendo rehacerse, perdieron su formación y al fin se dispersaron en desorden, yendo á caer sobre al infantería, á la que atropellaron, comunicando el pánico. En vano nuestra artillería rompió también sus fuegos; ¡era imposible reanimar la moral perdida!

El general Heredia hizo abrigar entonces á la infantería tras los parapetos, á cuya retaguardia se situaron los dragones que al fin se pudieron reunir.

El americano, animado por un triunfo que nunca hubiera juzgado tan fácil, empezó á moverse en espesas columnas que llevaban á su frente tiradores á caballo, y cañones ligeros, entre ellos, rumbo hacia nuestros reductos, en tanto que de éstos se retiraban los cañones en virtud de una orden mal entendida que diera el general Heredia, consistente en trasladar dos piezas del más grueso calibre á la cima del cerro del Sacramento, cuyos fuegos debían cruzarse con los del otro reducto en el valle, sobre el enemigo. No se comprendió tal orden, en medio de la confusión que reinaba en toda nuestra línea: así fué que se desguarneció de pronto y cuando más se necesitaba de artillería, la ...a de atrincheramientos, y fué en este preciso ins-

tante cuando las columnas americanas cargaron sobre las obras de la derecha, la que falta de cañones, y viéndose abrumada por superior número de tropas, tuvo que ceder, no obstante los desesperados esfuerzos de los oficiales y jefes que trataron de contener la ya inevitable confusión en esta segunda fase de tan triste choque.

¡Lamentable golpe fué aquél, dado terriblemente contra el delirio de entusiasmo y excesivo ofuscamiento de nuestro orgullo nacional, que en plena efervescencia, y momentos antes palpitando con la seguridad del triunfo, hubo de sentirse derrotado ante un enemigo cuyo empuje y potencia en todos sentidos desconocía nuestro ejército!

Aquellos que el día anterior celebraron con pompa su victoria futura, en animada fiesta, creyéndose invencibles, soñando aún con lanzarse, después de arrollar fácilmente á sus adversarios, hasta los inmensos campos de Nuevo México, viéronse en un momento víctimas del más completo desastre!

Las baterías americanas llegan hasta nuestros flancos desde donde enfilan á las tropas fugitivas, siendo inútil todo el heroísmo de algunos oficiales, que resisten, rodeados de pequeños cuadros de valientes, al victorioso impulso del adversario. Allá, dentro del principal reducto, quedan unos cuantos chihuahuenses que sostienen el honor de sus banderas con un brío digno de ellas; y allí se deciden á morir heroicamente! ¡Muerte digna de briosos fronterizos!...

Por acometerles, el coronel norteamericano, Oinz, muere al frente de sus dragones, que se detienen y retroceden, haciendo contener el avance de las piezas

ligeras de artillería que venían tras ellos. Entonces los artilleros americanos intentan abrirse paso á metralla; pero antes, los nuestros, á la vista de aquel pequeño éxito, saltando de los parapetos, toman la ofensiva y cargan sobre la columna asaltante, cuya derrota iba á consumarse, pues casi toda se había retirado ante aquel supremo esfuerzo. Pero el valor admirable de un solo artillero norteamericano la salva : él ha permanecido sereno tras de su pieza, oculto, para que con toda confianza los dragones mexicanos se acercaran en masa á la conquista del cañón que debía suponerse abandonado; mas al llegar á distancia de unos cuantos pasos escupe sobre nuestra caballería un huracanazo de metralla. Y, entonces los nuestros, consternados, vuelven grupas, en tanto que el enemigo se rehace y vuelve á cargar de nuevo, impunemente.

¡De nada sirvieron las piezas de artillería de grueso calibre, que con tantas fatigas se izaron hasta la cima del cerro de Sacramento, porque desde allí no pudieron jugar con éxito, ni tampoco fueron fructuosas las tentativas de los generales García Conde y Heredia para rehacer por tercera vez la caballería, mientras también fracasaban los esfuerzos del general Trías para reunir los desbandados infantes!...

La derrota se consumó, amarga, funestísima y desoladora, abandonándose las fortificaciones de que tan ufanos estaban nuestros jefes, dejando en el campo muertos, heridos, prisioneros, diez cañones y multitud de carros con abundantes víveres, bagajes y dinero.

Heredia se trasladó á Rosales donde quedó establecida la capital del Estado de Chihuahua, en tanto que Trías y García Conde emprendían la retirada por el camino de aquélla.

El 1º de Marzo el coronel Doniphan entró en la ciudad de Chihuahua, horas antes engalanada para recibir á sus triunfadores, y entonces tristísima y desierta, penosamente abrumada bajo el peso de tan funesta catástrofe, llorando la muerte de sus más jóvenes, gallardos y queridos hijos....

. . . .

*
* *

¡Heroica y bella Chihuahua!... Gloria única es para ti en aquellos amargos días el haber resistido, como lo hiciste, — sola y alta, siempre altiva, — armándote espontáneamente á un vibrante grito de patriotismo, sin recibir, ni esperar ayuda.... Cediendo tus riquezas y la sangre de tu valiente juventud indómita, educada ante el espectáculo soberbio de tus enormes sierras.... ¡Gloria á tus bravos que vencidos fueron admirables en su entusiasmo viril!...



X

DEFENSA DE VERACRUZ

Mientras que en el Norte se sacrificaba inútilmente el ejército mexicano en una desastrosa campaña, cuando más necesaria era la unión absoluta de todos los hijos del país para defender la patria, amenazada de muerte y ya sangrando sus numerosas heridas, en la capital de la República, cerebro y corazón de aquélla, estallan las pasiones políticas más desenfrenadas, en un caos de odios atroces que hacían dividir la sociedad en grupos que se desgarraban unos á otros.

¡Cuando el enemigo de todos los mexicanos, aprovechando el debilitamiento de la nación por las guerras civiles que destrozaban sus entrañas y empobrecían su sangre, cuando el Invasor avanzaba, ya victorioso, á dar el golpe de remate, algunos mexicanos en vez de olvidar, siquiera un instante, sus discordias, para salir al encuentro del extranjero enemigo, se herian entre sí, haciendo encenderse una revolución inicua y vergonzosa!

El Clero, eterno enemigo de las instituciones democráticas y de la misma independencia de México, atizaba los rencores y excitaba la contienda civil, y en vez

de aprovechar la triste influencia que tiene en lo íntimo de la familia, para que la juventud empuñase las armas contra el adversario común, deslizaba semillas de encono, dejando caer un velo ante los ojos del patriotismo nacional, para que no se viera en el horizonte el brillo siniestro que como un relámpago de tempestad lanzaba el sable del Norte.

Teniendo que concretarnos á la parte puramente militar de aquella sombría etapa de la vida de nuestra patria, sólo apuntamos vagamente esta nota política, para que se comprendan las causas de tantos desastres y se tenga una idea del desarrollo de los principales acontecimientos.

Tres partidos políticos se disputaban en México la preponderancia de sus ideales, encarnados en ciertos personajes, que los representaban. Eran estos partidos : el republicano radical, el moderado y el reaccionario clerical, siendo el segundo de ellos el término medio entre los otros dos.

El partido exaltado estaba en el Poder, pues era Presidente de la República (Santa Ana se hallaba al frente del Ejército) Don Valentín Gómez Farías, quien ordenó el envió á Veracruz de los cuerpos de Guardia nacional del Distrito, formados por artesanos, empleados particulares y jóvenes de la clase acomodada de la sociedad, gente toda manejada por el Clero, y por ende, contraria á la Administración.

El cuerpo de Guardia Nacional « Independencia, » debía partir el primero, seguiéndole después los de « Bravos » « Victoria », « Mina » é « Hidalgo », pero instigados por el Clero, los milicianos resolvieron desobedecer la orden y pronunciarse contra el Gobierno, ocupando al efecto una extensa línea desde San Cosme

hasta la Profesa, en número de 3,250, sin artillería, á las órdenes del general Peña y Barragán.

El gobierno por su parte, contaba con 3,300 hombres y veintidós piezas de artillería, extendidos en la Sección Oriente de la Capital.

¡Causa vergüenza y cólera relatar estos hechos! Por espacio de muchos días se halló ocupada la ciudad de México por tropas de las que una mitad hostilizaba á la otra, tiroteándose inútilmente desde lo alto de las torres y las esquinas de las calles, dando un *magnífico* espectáculo á la población.

¡Ah! y todas aquellas tropas eran mexicanas, y cuando más necesaria era su actividad en los campos de batalla, se entretenían en fogearse, sin resultado práctico alguno, desperdiciando tiempo, dinero y parque!

La presencia de Santa Ana en México que llegó el 20 de Marzo, procedente de San Luis Potosí, donde había dejado rehaciéndose al ejército del Norte, hizo cesar las hostilidades, ocupando de nuevo la presidencia de la República.

En tanto que en México se verificaban tan vergonzosas escenas, una lúgubre Epopeya de incendio, muerte, destrucción, bravura, heroísmo y catástrofe, se desarrollaba en Veracruz, rimada por el rumor trágico de las olas del Golfo....

En efecto, en aquellos tristes días de Marzo de 1847, la escuadra norteamericana que escoltaba el ejército de Scott, bombardeaba el puerto de Veracruz.

En vista del nuevo plan de operaciones de campaña contra México, apoyado por el Gobierno de los Estados Unidos, debiendo emprender éstas sobre nuestra costa

ligeras de artillería que venían tras ellos. Entonces los artilleros americanos intentan abrirse paso á metralla; pero antes, los nuestros, á la vista de aquel pequeño éxito, saltando de los parapetos, toman la ofensiva y cargan sobre la columna asaltante, cuya derrota iba á consumarse, pues casi toda se había retirado ante aquel supremo esfuerzo. Pero el valor admirable de un solo artillero norteamericano la salva : él ha permanecido sereno tras de su pieza, oculto, para que con toda confianza los dragones mexicanos se acercaran en masa á la conquista del cañón que debía suponerse abandonado; mas al llegar á distancia de unos cuantos pasos escupe sobre nuestra caballería un huracanazo de metralla. Y, entonces los nuestros, consternados, vuelven grupas, en tanto que el enemigo se rehace y vuelve á cargar de nuevo, impunemente.

¡De nada sirvieron las piezas de artillería de grueso calibre, que con tantas fatigas se izaron hasta la cima del cerro de Sacramento, porque desde allí no pudieron jugar con éxito, ni tampoco fueron fructuosas las tentativas de los generales García Conde y Heredia para rehacer por tercera vez la caballería, mientras también fracasaban los esfuerzos del general Trías para reunir los desbandados infantes!...

La derrota se consumó, amarga, funestísima y desoladora, abandonándose las fortificaciones de que tan ufanos estaban nuestros jefes, dejando en el campo muertos, heridos, prisioneros, diez cañones y multitud de carros con abundantes víveres, bagajes y dinero.

Heredia se trasladó á Rosales donde quedó establecida la capital del Estado de Chihuahua, en tanto que Trías y García Conde emprendían la retirada por el camino de aquélla.

El 1° de Marzo el coronel Doniphan entró en la ciudad de Chihuahua, horas antes engalanada para recibir á sus triunfadores, y entonces tristísima y desierta, penosamente abrumada bajo el peso de tan funesta catástrofe, llorando la muerte de sus más jóvenes, gallardos y queridos hijos....

. . . .

*
* *

¡Heroica y bella Chihuahua!... Gloria única es para ti en aquellos amargos días el haber resistido, como lo hiciste, — sola y alta, siempre altiva, — armándote espontáneamente á un vibrante grito de patriotismo, sin recibir, ni esperar ayuda.... Cediendo tus riquezas y la sangre de tu valiente juventud indómita, educada ante el espectáculo soberbio de tus enormes sierras.... ¡Gloria á tus bravos que vencidos fueron admirables en su entusiasmo viril!...



X

DEFENSA DE VERACRUZ

Mientras que en el Norte se sacrificaba inútilmente el ejército mexicano en una desastrosa campaña, cuando más necesaria era la unión absoluta de todos los hijos del país para defender la patria, amenazada de muerte y ya sangrando sus numerosas heridas, en la capital de la República, cerebro y corazón de aquélla, estallan las pasiones políticas más desenfrenadas, en un caos de odios atroces que hacían dividir la sociedad en grupos que se desgarraban unos á otros.

¡Cuando el enemigo de todos los mexicanos, aprovechando el debilitamiento de la nación por las guerras civiles que destrozaban sus entrañas y empobrecían su sangre, cuando el Invasor avanzaba, ya victorioso, á dar el golpe de remate, algunos mexicanos en vez de olvidar, siquiera un instante, sus discordias, para salir al encuentro del extranjero enemigo, se herían entre sí, haciendo encenderse una revolución inicua y vergonzosa!

El Clero, eterno enemigo de las instituciones democráticas y de la misma independencia de México, atizaba los rencores y excitaba la contienda civil, y en vez

de aprovechar la triste influencia que tiene en lo íntimo de la familia, para que la juventud empuñase las armas contra el adversario común, deslizaba semillas de encono, dejando caer un velo ante los ojos del patriotismo nacional, para que no se viera en el horizonte el brillo siniestro que como un relámpago de tempestad lanzaba el sable del Norte.

Teniendo que concretarnos á la parte puramente militar de aquella sombría etapa de la vida de nuestra patria, sólo apuntamos vagamente esta nota política, para que se comprendan las causas de tantos desastres y se tenga una idea del desarrollo de los principales acontecimientos.

Tres partidos políticos se disputaban en México la preponderancia de sus ideales, encarnados en ciertos personajes, que los representaban. Eran estos partidos : el republicano radical, el moderado y el reaccionario clerical, siendo el segundo de ellos el término medio entre los otros dos.

El partido exaltado estaba en el Poder, pues era Presidente de la República (Santa Ana se hallaba al frente del Ejército) Don Valentín Gómez Farías, quien ordenó el envió á Veracruz de los cuerpos de Guardia nacional del Distrito, formados por artesanos, empleados particulares y jóvenes de la clase acomodada de la sociedad, gente toda manejada por el Clero, y por ende, contraria á la Administración.

El cuerpo de Guardia Nacional « Independencia, » debía partir el primero, seguiéndole después los de « Bravos » « Victoria », « Mina » é « Hidalgo », pero instigados por el Clero, los milicianos resolvieron desobedecer la orden y pronunciarse contra el Gobierno, ocupando al efecto una extensa línea desde San Cosme

hasta la Profesa, en número de 3,250, sin artillería, á las órdenes del general Peña y Barragán.

El gobierno por su parte, contaba con 3,300 hombres y veintidós piezas de artillería, extendidos en la Sección Oriente de la Capital.

¡ Causa vergüenza y cólera relatar estos hechos! Por espacio de muchos días se halló ocupada la ciudad de México por tropas de las que una mitad hostilizaba á la otra, tiroteándose inútilmente desde lo alto de las torres y las esquinas de las calles, dando un *magnífico* espectáculo á la población.

¡ Ah ! y todas aquellas tropas eran mexicanas, y cuando más necesaria era su actividad en los campos de batalla, se entretenían en fogearse, sin resultado práctico alguno, desperdiciando tiempo, dinero y parque!

La presencia de Santa Aná en México que llegó el 20 de Marzo, procedente de San Luis Potosí, donde había dejado rehaciéndose al ejército del Norte, hizo cesar las hostilidades, ocupando de nuevo la presidencia de la República.

En tanto que en México se verificaban tan vergonzosas escenas, una lúgubre Epopeya de incendio, muerte, destrucción, bravura, heroísmo y catástrofe, se desarrollaba en Veracruz, rimada por el rumor trágico de las olas del Golfo....

En efecto, en aquellos tristes días de Marzo de 1847, la escuadra norteamericana que escoltaba el ejército de Scott, bombardeaba el puerto de Veracruz.

En vista del nuevo plan de operaciones de campaña contra México, apoyado por el Gobierno de los Estados Unidos, debiendo emprender éstas sobre nuestra costa

oriental, apoderándose de aquel punto, el general Winfield Scott desde principios de Enero había empezado sus preparativos para la nueva campaña.

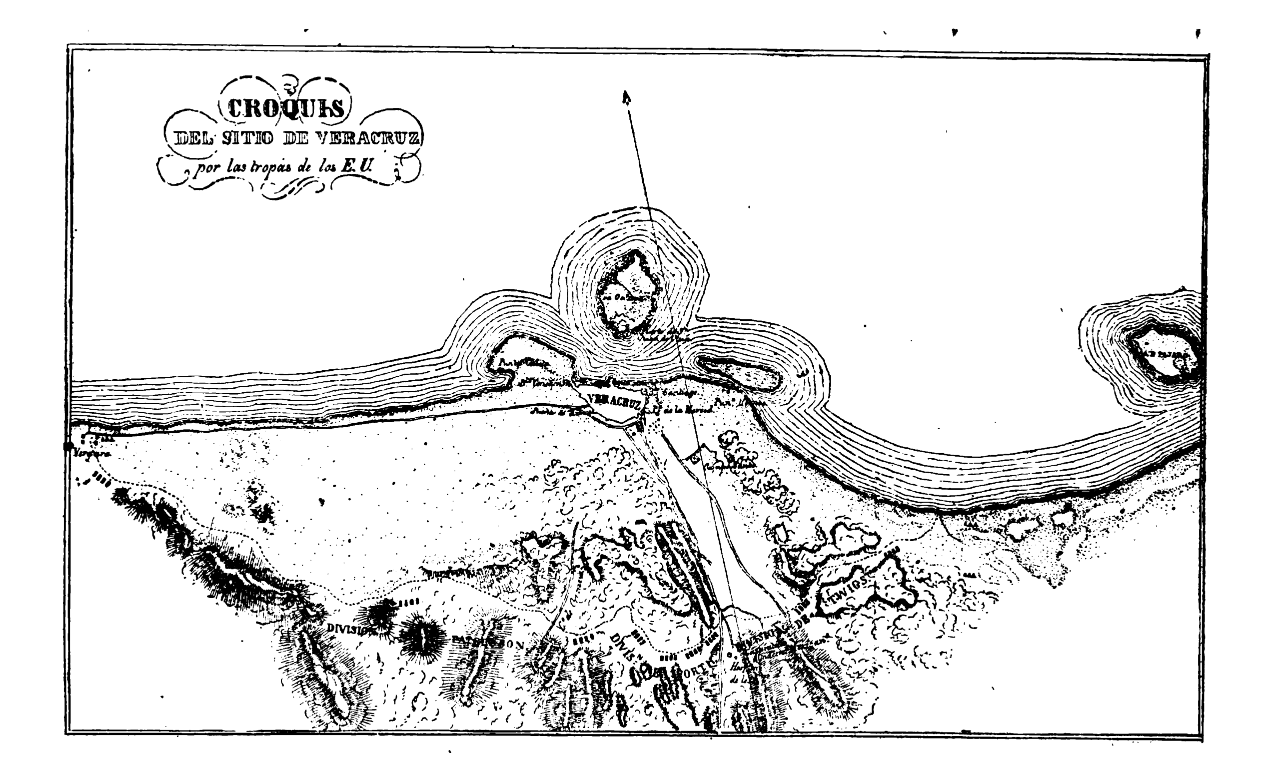
Además de un gran tren de sitio de bomberos de á 24 y de obuses de 8 pulgadas, había pedido de 40 á 50 morteros, de 80 á 100,000 bombas y 144 lanchas ó botes de desembarque. El punto general de reunión fué la isla de Lobos, á unas 60 millas al Sur de Tampico, y llegó á ella Scott el 21 de Febrero. El 25 salió Worth de Brazos de Santiago, donde sólo quedaban por embarcar dos cuerpos. Las divisiones de Twiggs y Patterson se embarcaron en Tampico el 28.

Scott organizó en la isla de Lobos su ejército con una división de Regulares, formada por las brigadas de Worth y de Twiggs; y con una división de Volunta rios, al mando de Patterson, con las tres brigadas de Pillow, Quittman y Schields.

La 1ª brigada de Regulares se componía de la batería de Duncan, los regimientos 2° y 3° de Artillería, 4°,5°, 6° y 8° de Infantería, y dos compañías de voluntarios, agregadas. La 2ª brigada se componía de la batería de Taylor, los regimientos 1° y 4° de Artillería, 1°, 2°, 3°, y 7°. de Infantería, y el de Rifleros á caballo.

De las brigadas de Voluntarios, la de Pillow constaba de la batería de Steptoe y los regimientos 1° y 2° del Tennessee y 1° y 2° de Pensylvania; la de Quittman de los regimientos de Carolina del Sur, Georgia y Alabama; y la de Shields de un regimiento de Nueva York y dos de Illinois.

Habiá, además, la Caballería, compuesta de destacamentos del 1° y 2° de Dragones, y un regimiento del Tennessee.


CROQUIS
DEL SITIO DE VERACRUZ
por las tropas de los E.U.
VERACRUZ
Santiago
DIVISION
DIVISn
DE WORTH
TWIGS

La fuerza numérica total excedía de 12,000 hombres con poderosísima artillería y numerosos trenes y material de sitio y plaza.

El enemigo empezó á practicar sus reconocimientos á principios de Marzo, efectuando sus primeras operaciones de desembarque sobre nuestras playas cerca de Collado, protegido por tres vapores y cinco goletas, sin que la plaza de Veracruz pudiese impedir, ni siquiera dificultar, hostilizar, ni entorpecer aquello, careciendo totalmente de tropas ligeras, pues apenas se contaba, á extramuros, de muy escasa caballería de guardia nacional, que era batida y hecha retirar en cuanto intentaba algún movimiento en contra del Invasor.

Éste fué desembarcando lentamente su ejército y su material de guerra, y sobre todo su artillería de sitio y su inmensa cantidad de municiones, no sin muy serias dificultades, pues el temporal, unido á la reducida tropa de caballería mexicana, que en guerrillas dispersas solía presentarse, inquietándolo, le hizo retardar mucho sus preliminares operaciones de asedio.

El general Scott, llamó « campo de Washington » al sitio en que hubo de establecer su campamento y su cuartel general á la vista de Veracruz. Dividió por fin su ejército, después de haber acampado, en esta forma : gran escolta de dragones con 325 hombres, primera división ó tropas regulares, integrada por las brigadas de Worth con una batería de artillería ligera de Duncan, otra batería de obuses de montaña, 2° y 3° regimientos de artillería; 4°, 5°, 6° y 8° de infantería, más las dos compañías de voluntarios de Luisiana y Kentuky que formaban un total de 3,364 hombres; más la brigada Twiggs con otra batería, los Rifleros á

caballo y cuatro regimientos de infantería y dos de artillería con un total de 2700 hombres. La división de Petterson (de voluntarios) compuesta de diez regimientos con los nombres de diversos Estados del Norte, constaba de 7,000 hombres. Tal era el efectivo de las tropas americanas cuando su general les pasó revista en las costas del Golfo.

Scott tenía el plan de asaltar primero á la ciudad fuertemente, para apoderarse de ella, después de un bombardeo, ú obligarla á capitular; en seguida atacaría Ulúa, desde tierra en combinación sus baterías con los fuegos que hiciera la escuadra, para lo cual convino con el Comodoro Perry en que sus barcos más pequeños cooperarían al bombardeo, primero de la plaza, y luego del Castillo.

Mientras el ejército enemigo levantaba sus trincheras y baterías, cavando caminos cubiertos, construyendo espaldones y trincheras, practicando paralelas y toda serie de obras de aproximación ofensiva en torno de la plaza, fuera de ella, á retaguardia del adversario, continuaron durante algunos días la hostilidades, las fuerzas mexicanas llamadas de la « Orilla », en unión de los escuadrones activos de Cuernavaca, Jalapa, Orizaba y Veracruz. Pero, en verdad muy pocas ventajas obtuvieron, por encontrarse faltas de todo apoyo y completamente imposibilitadas para efectuar un ataque serio contra un enemigo tan poderoso y tan bien fortificado.

Dirijamos ahora una mirada hacia el interior de la plaza, preparándonos á contemplar el triste cuadro que nos debe sugerir tanta amenaza y tanta fuerza enemiga, cercando en formidable anillo su recinto, desmantelado casi y desguarnecido, abandonado á sus

propios recursos después de un largo bloqueo que la dejara en plena miseria.

Cualquiera creería que Veracruz, en tan tristes circunstancias, se encontraría incapaz, no sólo de resistir, sino de aparentar siquiera un esfuerzo digno de sus viejas glorias....

Mas no; muy al contrario, sus habitantes noblemente indignados contra aquella injusta agresión, palpitando el entusiasmo latino que aviva en su caliente sangre el espectáculo de su Golfo amado, se deciden á morir por la patria, levantando muy alto su bandera, antes de que se cumpliesen los fatales destinos!

Y así fué. Todos los veracruzanos, desde el más humilde *cargador* del puerto, hasta el opulento comerciante; desde el ínfimo pescador ó el albañil, hasta el hijo de familia notable... ¡ qué! aun los mismos presidiarios fraternizaron y se unieron ante el peligro común, ante la amenaza del Invasor que pretendía apoderarse tranquilamente de aquel hermoso jirón de patria que, desgraciado y batido por todos los huracanes, era para ellos tan adorado y hermoso!

Todas las clases sociales aprontaron sus elementos para cooperar con la escasa guarnición y la Guardia Nacional y otras fuerzas venidas de diferentes puntos del Estado, á la defensa de la plaza cuyo Comandante militar, general Morales, había decidido sostenerla á todo trance, apoyada por la fortaleza de San Juan de Ulúa, donde mandaba el general Durán.

El Ayuntamiento á cuyo frente estaba Manuel Gutiérrez Zamora, hizo portentos de heroísmo, ayudando prodigiosamente á la guarnición que hubiera carecido de toda clase de alimentos y provisiones, si no es por la decidida protección de la pléyade de heroicos ciuda-

danos que eran dignos representantes de aquella noble sociedad costeña.

La guarnición de la plaza constaba de 3,300 hombres y la de Ulúa de mil y tantos, teniendo ambas sus fortificaciones en el mayor estado de abandono, y aunque se emplearon faginas para reponerlas y aun apoyarlas, extendiéndolas según las que el enemigo ejecutaba en las noches, nunca pudieron llevarse á cabo ni los más necesarios trabajos de reparación.

Para lograr la instalación de Hospital de Sangre, fué preciso iniciar una serie de subscripciones particulares, al mismo tiempo que notables damas y bellas señoritas se entregaban asiduamente á la incesante labor de preparar hilas para los heridos; cortar vendas en lienzos que ellas suministraban, mientras heroicas familias fabricaban saquillos para la pólvora de los cañones.

Hubo también familias y comerciantes veracruzanos que aprontaron toda clase de recursos para la magna resistencia; y ante las posiciones enemigas que iban cercando la ciudad, aproximábanse de vez en cuando audaces jóvenes, jinetes en ligeros caballos, yendo á lazar reses cerca de los Médanos, con el objeto de introducirlas al recinto de la población.

Ésta quedó rodeada por tres líneas de fortificaciones, en cuyos baluartes y trincheras se repartieron económicamente nuestras fuerzas, contando los puntos principales con lo mejor de la artillería, la que constaba en Veracruz de 89 piezas y en Ulúa de 135. Mas, hay que advertir que sus cureñas eran viejas, defectuosas, muchas de ellas inservibles, y sobre todo, que escaseaban proyectiles y pólvora. De ésta no había en la plaza y en Ulúa sino para seis horas de fuego, y

sólo gracias al arribo de una embarcación francesa con dos mil quintales de pólvora (burlando el bloqueo de la escuadra americana) se logró obtener la suficiente para abastecer nuestra artillería.

Respecto de víveres, inútil es decir que no existían en la plaza, habiéndose agotado desde un principio las reses, teniendo el Ayuntamiento que hacer requisición de granos para dar rancho á la Guardia Nacional, donde se alistó la flor y nata de la sociedad veracruzana.

En vano el Gobernador Morales pedía auxilios urgentes á la capital de la República; pero en ésta sólo ardía la envenenada discordia civil : no se pensaba en la patria !

¡ Con cuánta razón escribía aquel digno ciudadano el 5 de Marzo al Ministerio de la Guerra :

« Un puñado de valientes, descalzos, mal vestidos, pero sin más afecciones que las que inspira el verdadero patriotismo, son todos mis recursos : los elementos que pudieran cooperar á un absoluto triunfo se me han escaseado, mientras más afanosamente los he pedido : y entretanto en esa Capital la discordia civil hace derramar la sangre de los que podrían verterla honoríficamente en defensa de la patria. *¡ Veracruz ha quedado reducida á sus propias fuerzas, como si realmente no perteneciera á la Unión nacional* ! »

El gobierno general contestó categóricamente « *que no podía auxiliar á Veracruz, ni con un hombre ni con un peso.* » Así, pues, la heroica ciudad quedó abandonada á sí misma, cercada por un enemigo poderosísimo que, tarde ó temprano, por hambre ó por fuego, la haría sucumbir. Bien lo comprendían así sus defensores; pero juraron defenderse con honra hasta el último extremo, como exige la Ordenanza.

Desde el 9 de Marzo en que principió el desembarco de las tropas americanas, empezaron los combates de la sección llamada de « Extramuros » que principió á hostilizar con sus guerrillas, en tanto que las trincheras de Veracruz y los cañones de Ulúa rompían su fuego sobre las tropas americanas que en sus reconocimientos se acercaban á tiro de cañón.

Los días 10, 11, 12, y 13, trascurrieron entre combates y escaramuzas de escasa importancia, y en los siguientes hasta el día 22, el enemigo se ocupó en sus obras de contravalación disponiendo sus plataformas y trincheras para principiar el bombardeo de la ciudad. En la tarte de ese día, el general Scott envió un parlamentario al Comandante Militar, intimando rendición á la plaza. Naturalmente el general Morales contestó enérgica y categóricamente, negándose á rendirse.





General Scott,
Jefe de las operaciones del Ejército norteamericano en el Oriente de la República.

XI

BOMBARDEO Y CAPITULACIÓN DE VERACRUZ

Los habitantes de la Heroica Veracruz, adivinando los estragos de las baterías norteamericanas, se decidieron con entereza y energía á soportarlos, con tal de que hubiese honor en la defensa!...

Á las cuatro de la tarde se inció el terrible bombardeo, empezando á estallar las granadas dentro de la ciudad. Una de las primeras cayó en la plaza principal, y otra en el Correo.

Los fuegos se dirigen especialmente hacia el convento de San Agustín que es el depósito de pólvora de la plaza, sobre los cuarteles, hospitales de sangre y caridad, las panaderías, á las que delataban sus chimeneas, y aun sobre edificios particulares.

Contestan al fuego del enemigo Ulúa y los baluartes de Santiago, San José, San Fernando y Santa Bárbara, que miran hacia las baterías americanas. Por su parte la escuadra enemiga, desde el día siguiente empieza á disparar sobre la plaza, acercándose á Collado; pero

el baluarte de Santiago responde enérgicamente y logra desalojar sus buques, uno de los cuales sufre considerablemente, quedando fuera de servicio.

Innumerables son las escenas de horror que se desarrollan por todas partes en la ciudad : los incendios se multiplican y el enemigo con más empeño redobla su fuego á medida que es más y más devastador. Las mujeres y niños se refugian en las iglesias, pero sobre ellas también llueven las granadas y bombas. En el convento de Santo Domingo, donde está situado el Hospital de Sangre, estalla una que atraviesa la bóveda, matando é hiriendo á muchos infelices allí aglomerados.

Durante todo el día 23, las baterías enemigas no descansan un instante, manteniendo de cuatro á seis bombas en el aire. Habiéndose incendiado el convento de Santo Domingo, se traslada el hospital de sangre al de San Francisco; pero apenas se ha instalado en éste, cuando el Invasor lo empieza á abrumar con sus fuegos.

Con sencilla elocuencia y completa fidelidad, describe así la jornada del día siguiente, una relación contemporánea :

« El día 24 rompe el fuego la batería establecida en una altura distante de 600 á 700 varas, al Sur del baluarte de Santa Bárbara : esta altura forma una cresta paralela á la muralla de la plaza, elevada 15 varas sobre su nivel. La batería se compone de cuatro *bomberos* « de á 68 » y cuatro « de á 36 », sacados del vapor Missisippi. Seis piezas están asestadas contra el baluarte de Santa Gertrudis. El fuego ha [illegible]o á desmantelar á Santa Bárbara y ha [illegible] en la muralla unida á la semigola

derecha del mismo baluarte; las granadas y balas en sus rebotes perforan los edificios, arruinando la manzana; pero los ingenieros acuden á cubrir la brecha con *barengas* de zapote y *sacos á tierra*, y la artillería se retira á retaguardia de la plaza del baluarte, que amenaza desplomarse.

Este punto está á las órdenes del primer teniente de Marina Sebastián Holzinger, quien logra muchas veces apagar los fuegos del enemigo. Caía entonces una lluvia de granadas y de balas, que esparcían la muerte y la desesperación. En medio de esta lluvia los proyectiles americanos habían arrancado varias veces nuestra bandera nacional. Holzinger la clava en el asta, ayudado por un joven de diez y seis años, subteniente de la Guardia de Orizaba, despreciando los dos una muerte casi cierta. En estos momentos en que daban un bello y tierno ejemplo de valor y de entusiasmo, una bala arranca el merlón, y Holzinger y el joven Guardia ruedan entre una nube de polvo, de humo y de balas....

Los fuegos de Santa Bárbara han hecho desplomar un lienzo de la batería enemiga, y algunos de los suyos pagaron con su sangre un tributo á la justicia de nuestra causa! Por nuestra parte también las pérdidas aumentan : el primer ayudante Don Félix Valdés, mayor de órdenes de la primera línea, al tomar la orden, ha sido muerto por un casco de bomba, y algunos soldados del escuadrón de Veracruz han sufrido la misma suerte. — El enemigo y la plaza se dirigen cohetes á la Congreve.

Á las once de la mañana de este día tres columnas enemigas con sus banderas se mueven con dirección al *Matadero*. Han suspendido el fuego : la plaza toca

alarma : ha llegado la hora del asalto : nuevos guerreros se presentan buscando la muerte ó el triunfo : el entusiasmo crece : la línea se cubre de defensores : el trémulo anciano quiere también su parte en el peligro y en la gloria de los valientes; la juventud se enardece y, gozosa y alegre, se dispone á morir. ¡Bellos momentos del más puro entusiasmo!.... Pero el destino ha sido cruel para nosotros : la muerte debía ensañarse en los bravos de Veracruz, sin que tuviesen defensa ni venganza. Las columnas enemigas se ocultan en los médanos, y sus fuegos vuelven á comenzar. En la noche trabajan los contrarios en nuevas baterías desde el Cementerio para los Hornos.

Llegó entonces por la mar, vía de la Antigua, el ciudadano José María Mata, con libranzas que remitía el gobernador del Estado, que desde las orillas de la playa buscaba el modo de auxiliarla.

En la noche el fuego continúa sin descanso, y el número de desgraciados crece por momentos. Una bomba cae en el laboratorio de pólvora que hay en el baluarte de Santiago, en donde trabajaban varios artilleros : el edificio vuela, por el incendio de tres quintales de pólvora, y más de veinte bombas, que estaban cargadas, hacen explosión, despedazando á los trabajadores, de entre los cuales sólo escapa un sargento. Diez y nueve personas mueren en el Hospicio con la explosión de otra bomba, y en el hospital de mujeres otras diecisiete perecen por la misma causa ».

El día 25 el enemigo puso en batería más cañones, obuses y morteros, activando el bombardeo de la plaza, haciendo cerca de 200 disparos por hora, en tanto que dos vapores y siete cañoneras acoderados tras de los Hornos, disparaban también con terrible efecto

hasta que los fuegos de Ulúa hicieron retirarse á la escuadra.

La ciudad presentaba un aspecto desolador; la destrucción, el incendio y la muerte reinaban por todas partes; llovían las bombas sobre las plazuelas de la Caleta y la Pastora; sobre los baluartes de San Juan y Sta Bárbara, sobre los cuarteles cuyas bóvedas y paredes se desplomaban con estruendo. Morían heroicamente los soldados tras de sus trincheras, en el muelle y hasta en Ulúa. Los rasgos de valor se multiplicaban; las escenas de más admirable grandeza y heroísmo se sucedían ante las llamas y los escombros, los hundimientos y las explosiones.

El hambre ponía también su tinta lúgubre en el horror de aquel cuadro, y mujeres, ancianos y niños, vagaban aterrados en busca de un asilo y de un pan, pues no era suficiente para alcanzar á todos el rancho que el ayuntamiento daba á la guarnición, para compartirlo con el vecindario pobre. Hubo soldados que dividieron su escasa pitanza con infelices familias, cuyos hogares habían derrumbado las bombas enemigas.

Hasta el campo del general Scott llegaba el doloroso gemido que lanzaba la población inerme, confundiéndose con el grito de brava cólera de la viril guarnición, defendiéndose heroicamente hasta la muerte, á la sombra de sus banderas! Y bien debió comprender el jefe americano los destrozos y las ruinas de la ciudad batida, porque para ese día esperaba su rendición. Ya desde el 24, había recibido una nota de los cónsules inglés, francés, español y prusiano, solicitando una tregua para que pudiesen salir de la plaza los neutrales en unión de mujeres y niños; pero á ello contestó

primero, que la tregua sólo podía ser otorgada á solicitud del gobernador Morales y con el objeto de que se rindan; segundo, que al enviar sus resguardos á los cónsules desde el día 13, les advirtió los peligros á que iban á quedar expuestos los moradores de la ciudad; tercero, que aunque en aquella fecha había rehusado permitir que persona alguna saliera por su línea de ataque, el bloqueo había sido rebajado para los cónsules y demás neutrales á fin de que pudieran trasladarse á los buques de guerra de sus naciones respectivas, hasta el día 22; y cuarto, que en su intimación al gobernador, de cuyo documento les incluyó copia, había previsto las desgracias y calamidades de la ciudad, inclusive lo relativo á mujeres y niños, antes de disparar sobre ella un solo cañonazo.

El día 26, después de una noche tormentosa en que el enemigo cesó sus fuegos, fué tan angustioso para la ciudad como el día anterior, y lo peor fué que el parque empezó á agotarse y hubo que pedirle á Ulúa, donde también escaseaba; infinidad de cureñas estaban rotas, ni había modo de reponerse, inutilizando los cañones, de suerte que la plaza no contesta á la lluvia de proyectiles que le envía su potente adversario, sino con un fuego débil que contrasta desconsoladoramente, con el fragoroso coro de truenos de las baterías americanas.

En la tarde, los cónsules extranjeros teniendo por segura la total destrucción de Veracruz, en cuyos escombros no quieren sepultarse, ya que la guarnición mexicana se obstina en resistir aún, solicitan permiso para salir á pedir protección á los buques de guerra de sus naciones. Acordado este permiso por el jefe de la guarnición, tocóse « alto el fuego »; nuestros cañones

callaron, y bajo bandera francesa salió rumbo al mar la comisión de los cónsules. Entonces callaron también las baterías de aquéllas, y de súbito un siléncio hondamente trágico oprimió con angustia la ciudad.

El general Scott envió, momentos después, su respuesta á la nota de los cónsules en los términos que ya apuntamos, lo que aumentó la tristeza de la situación, produciendo en los ánimos amargura, vergüenza y cólera, según el temple de cada quien.

El Jefe de la plaza consulta con los comandantes de los cuerpos, acerca del proyecto de romper la línea enemiga á bayoneta calada, para abrir paso á la guarnición de Veracruz y á las tropas que defendían Ulúa. Todos estaban dispuestos á intentar la temeraria empresa, aunque sabían que iban á una muerte segura, pues las poderosas baterías del enemigo y su sólida caballería, tendrían que hacer feroz carnicería en nuestros hambrientos y fatigados batallones, antes de que pudieran traspasar las columnas americanas. Pero se desató un furioso Norte, y fué imposible que desembarcaran en la plaza las fuerzas de Ulúa. No obstante, la guardia de Orizaba, el Cuerpo de Granaderos de Oaxaca y otros jefes y oficiales de Veracruz, optaron por intentar á todo riesgo una salida para escapar á la vergüenza de caer prisioneros en poder del Invasor, al que anhelaban seguir batiendo en los campos con mejor éxito; pero el Comandante general impide esta locura con toda energía, declarando que unidos los veracruzanos deben correr la misma suerte!

Á media noche, se reunió una Junta de Guerra con el objeto de resolver las medidas más conducentes á salvar los horrores que amagaban en mayor escala aún á la ciudad y á las tropas.

Y se volvió á hablar, en la desesperación y la cólera en que estallaba el patriotismo de la bravura veracruzana, del loco, pero gloriosísimo intento de romper la línea enemiga para salvar el Honor Nacional. Prevaleció la razón, y hubieron de decidirse los jefes por celebrar con el enemigo un tratado digno en que, á salvo de todo menoscabo, las tropas mexicanas pudiesen entregar la plaza de Veracruz.

El Comandante militar, Morales, renunció á su cargo, quedando en su lugar el general José Juan Landero, transladándose aquél á la fortaleza de Ulúa, en la misma noche.

El bombardeo continúa suspenso, y — fenómeno singular, — el gran silencio que se abate sobre las playas, el mar, los campos, los médanos, el islote de Ulúa y la sombría Veracruz, es más pavoroso, está más preñado de horrores y amenazas que el fragorosísimo estruendo que produjeran, hora tras hora, durante los días anteriores, las bombas, granadas, cohetes y bala rasa de los cañones norteamericanos!...

¡Noche de silencio lúgubre fué en verdad aquella que precedió á la madrugada del 27 de Marzo! Hasta entonces había ya cerca de 1 500 hombres muertos ó heridos en la plaza, habiéndose perdido más de cinco millones de pesos, sólo por el incendio y la destrucción de las propiedades particulares, á causa de los 7 000 proyectiles que nos enviaran las baterías enemigas.

Habían continuado los preliminares de la capitulación y en la misma madrugada del día 27 salieron de la plaza los cónsules de Inglaterra, Francia, España, Prusia y el Alcalde del nuevo Ayuntamiento, á solicitar ltima vez el permiso del sitiador para que

pudieran retirarse de la ciudad los neutrales, los ancianos, las mujeres y los niños, todo el vecindario inerme y miserable; pero inútil fué la suprema tentativa honrosa de los cónsules, pues tuvieron que regresar con la triste noticia de que el general Scott ni siquiera les otorgó audiencia, mandándoles comunicar por conducto de uno de sus ayudantes que no permitiría la salida de ser alguno de la ciudad, y que, por inermes y neutrales que fuesen los que saliendo de aquella aparecieran ante sus líneas, habrían de ser barridos hacia la plaza á cañonazos, advirtiendo que si ésta no se rendía á las seis de la mañana del mismo día 27, el bombardeo romperíase de nuevo con más vigor que antes.

Las pláticas que los comisionados mexicanos sostuvieron con los del ejército beligerante desde el día anterior, no habían dado aún resultado alguno, y en aquella triste madrugada la población parecía dispuesta al más desesperado arranque, con tal de dar un fin cualquiera á sus miserias.

Mas no hubo más recurso que aceptar por fin el tratado de capitulación, que entregaba la ciudad al enemigo..... ¡ Oh ! no podía ser de otro modo, y la guarnición veracruzana había cumplido con su deber, poderosamente alentada por el ánimo de patriotismo de todo el puerto !.... Ya no había parque sino para unas cuantas horas de fuego; faltaban víveres; los baluartes estaban desmantelados; escombros eran manzanas enteras; no había hospitales ni asilos seguros; había amplias brechas abiertas en las obras de fortificación; encontrábanse rotas las cureñas de nuestros mejores cañones..... Y aun así ¡ resistir ! ¿ á qué la triste gloria de sepultar en escombros un montón de niños y pobres mujeres?

La capitulación se imponía... Héla aquí :

1º Toda la guarnición ó guarniciones se rendirán al ejército de los Estados Unidos en calidad de prisioneros de guerra, el 29 del corriente á las diez de la mañana : se les concederá salir con los honores de la guerra, y entregarán las armas á los oficiales que designe el general en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos y en el lugar que los comisionados señalen.

2º Los oficiales mexicanos conservarán sus armas y equipajes, inclusive caballos y útiles de montar : y se les concederán, así á los del ejército como á los voluntarios, y también á la tropa, cinco días para retirarse á sus casas, bajo palabra de lo que adelante se expresa.

3º Al mismo tiempo de la entrega de las armas estipulada en el artículo 1º se arriarán las banderas mexicanas de los baluartes y demás puntos al saludo de sus baterías respectivas; é inmediatamente después, los baluartes de Santiago y Concepción y el Castillo de Ulúa serán ocupados por las fuerzas de los Estados Unidos.

4º El destino de los prisioneros veteranos después de la entrega de armas y de empeñada la palabra, queda al arbitrio de su general en jefe, y á los voluntarios se les permitirá volverse á sus casas; dando los oficiales de todas armas y de toda clase de fuerzas la palabra acostumbrada de que ni la tropa ni ellos mismos volverán al servicio, mientras no sean debidamente canjeados.

5º Todo el material de guerra y todo género de propiedades públicas en la ciudad, castillo de Ulúa y dependencias pertenecen al gobierno de los Estados Unidos; pero el armamento que no se destruya ó demerite en ia prosecución de la actual guerra, puede ser

devuelto á México al celebrarse un tratado de paz definitivo.

6º Se permitirá á los enfermos y heridos mexicanos permanecer en la ciudad con los médicos militares y asistentes necesarios.

7º Se garantiza protección absoluta á las personas y propiedades en la ciudad : y claramente se sobreentiende que ningún edificio ni propiedad particular puede ser tomado ni usado por las fuerzas de los Estados Unidos sin previo arreglo con el propietario, y por su justo precio.

8º Se garantiza solemnemente libertad absoluta respecto del culto y ceremonias religiosas.

Después de esta Capitulación, tomado Veracruz, Scott asentaba vigorosamente el pie en la gran puerta de la República, ante el vestíbulo triunfal de México...

¡ Aun podía contenerse á sus victoriosas legiones á través de las montañas, hostilizándolas en larga guerra defensivo-ofensiva, de pequeños y múltiples golpes!....



XII

PRELIMINARES DE CERRO GORDO

La capitulación de Veracruz se supo en México el 30 de Marzo, produciendo una crisis de desesperación y cólera en el ánimo del general Santa Ana que había tomado el mando político de la República después de su llegada de San Luis Potosí. Y hasta entonces en la sociedad de México principió á experimentarse el sentimiento amargo y desconsolador de la funesta realidad. ¡ El enemigo estaba á las puertas de la orgullosa Capital !

Cierto que las nuevas de los primeros desastres habían producido en ella un gran estupor, convenciéndola de que el invasor del Norte, antes tan despreciado por la supuesta insignificancia de su ejército, era demasiado potente y resuelto, unido y sólido; mas aun después de las últimas derrotas que trajeron tan amargos desengaños, flotaba en el espíritu público la creencia de que el americano jamás podría llegar á internarse vencedor hasta el corazón del país.

Pero Veracruz había caído; su plaza había capitulado y el enemigo triunfante se preparaba gravemente,

tomando todas las precauciones estratégicas y administrativas que dictaba á su engreído y orgulloso ejército la pericia y energía del general Scott, á invadir el territorio nacional.

Fuerza es indicar que cuando más necesario era el estímulo para nuestras tropas, cuando más preciso era que el jefe de la Nación y del ejército encomiara dignamente el patriotismo de la heroica resistencia de Veracruz, poniendo como épico ejemplo el valor de sus defensores, lejos de ello, les inculpó la capitulación como un acto vergonzoso, insultando á los que la firmaron.

Numerosas peripecias desagradables y fatales ocasionó la conducta de Santa Ana, desanimando al ejército y enconando aún más los partidos políticos.

Los errores y la falta de dirección del Jefe supremo prosiguieron precisamente en vísperas de un nuevo choque!

Nuestro General en jefe debió haber levantado la moral del Ejército mexicano, á todo trance, en vez de inculparle públicamente, cuando como en Monterrey, y en especial en Veracruz, había vertido en abundancia su sangre, batiéndose en lid desigual, sin mengua del honor de sus banderas!

¡Qué contraste ofrece esta conducta antipatriótica y antipolítica, contraria también á los preceptos militares, con la amplia declaración del mismo general Scott, quien afirma, refiriéndose á la actitud de nuestras tropas ante los estragos del bombardeo, la convicción del valor del ejército mexicano, en estas frases recogidas ya por la Historia:

« Somos testigos, y como parte afectada no se nos tachará de parciales, cuando hemos lamentado con

admiración que el heroico comportamiento de la guarnición de Veracruz en la valiente defensa que hizo, fué infamado por el general que acaba de ser derrotado y puesto en vergonzosa fuga por un número muy inferior al de las fuerzas que mandaba en Buenavista; *que este general premió á los pronunciados en México, siendo promovedores de la guerra civil, y ultrajó á los que singularmente acababan de distinguirse, resistiendo más allá de lo que podía esperarse, con una decisión admirable!* »

Las primeras disposiciones militares de Santa Ana después de la ocupación de aquel puerto, habiendo vuelto la tranquilidad pública en México, tendieron á enviar tropas por el camino de Veracruz, y al efecto, partieron algunas, á las que siguieron los restos del maltrecho ejército que había combatido en la Angostura, y que regresó de San Luis, tras penosísimas jornadas.

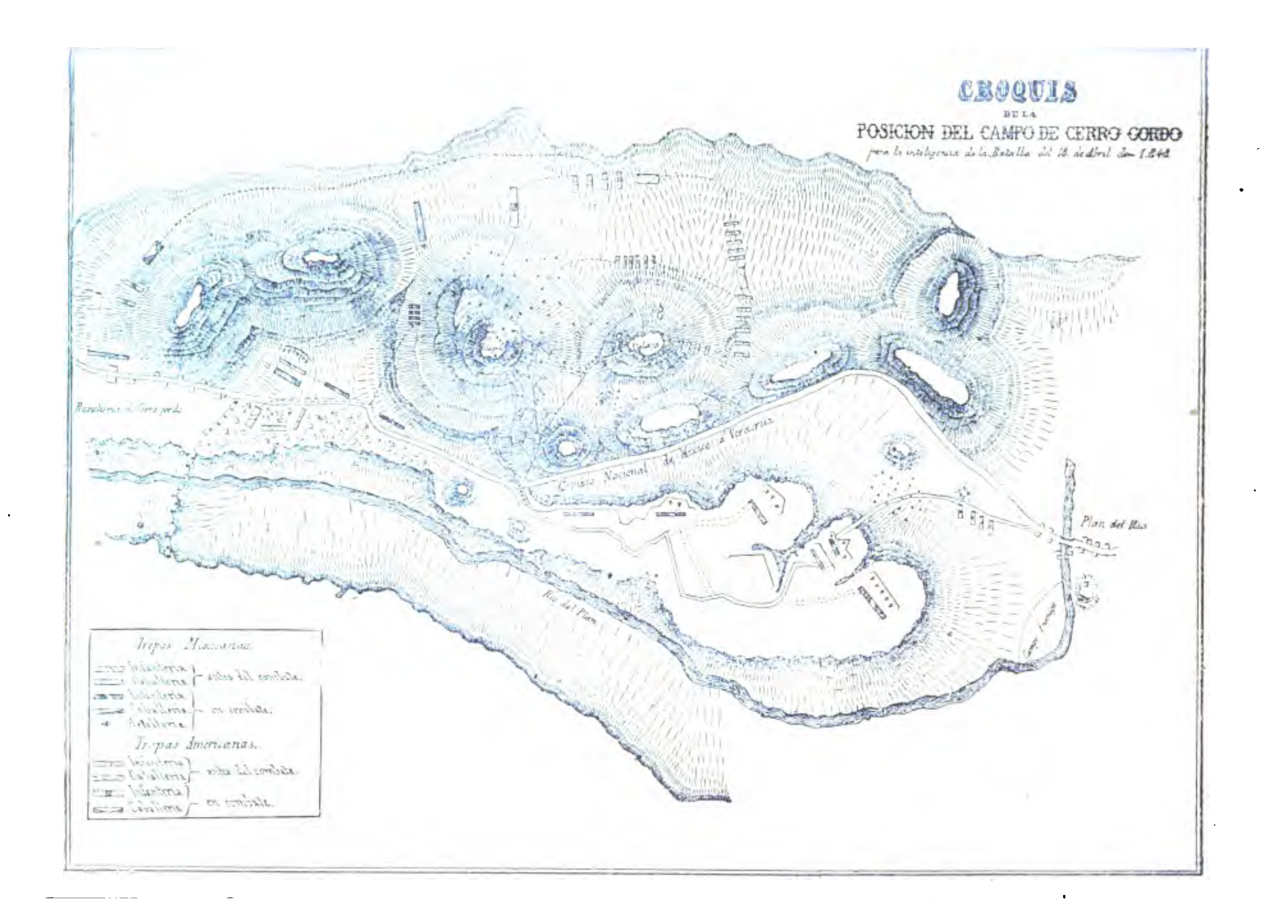
El punto de defensa juzgado más á propósito para contener el avance de las columnas americanas, fué en concepto del general presidente, Cerro Gordo, paraje célebre en nuestra historia de la Independencia, por haberse hecho fuertes allí, con éxito, los bravos *insurgentes* mexicanos.

Cerro Gordo ó del « Telégrafo », está situado á siete leguas de Jalapa, al borde de una de las mesas de la Sierra, formando un escalón que asciende de las tierras bajas de la Costa, teniendo á su base Plan del Río, y elevándose hacia el Poniente el terreno, entre lomeríos que, á uno y otro lado del camino nacional, forman una cañada. Á la derecha de los cerros que por este mismo flanco dominan el camino, corre enca-

jonado profundamente, por vertientes á pico, inaccesibles, el río del Plan, en tanto que hacia el otro flanco del camino, al pie del cerro del Telégrafo, se levanta otra altura, llamada de la Atalaya. Hállanse á la izquierda de ambos otros barrancos poblados de bosques y enmarañados breñales, en regiones ásperas y duras, aun cuando de relativamente posible acceso.

Desde un principio, el general Santa Ana hizo que el teniente coronel de ingenieros Manuel Robles, quien se había distinguido por su pericia y valor en la defensa de Veracruz, reconociera el punto, lo que después de efectuado, manifestó que la posición podía ser útil para hostilizar rudamente á las columnas invasoras en su tránsito rumbo á Jalapa, pero impropia para librar batalla formal, en que entrase en acción todo nuestro ejército.

Esta opinión, dice un historiador, con mucha justicia, se fundaba principalmente en estas razones : que el camino podría ser cortado por el adversario á retaguardia de la posición, y en que el mejor resultado que debía esperarse, si atacaba por el frente, era rechazarlo, sin poder evitar, que retirándose, se rehiciese en las alturas de Palo Gacho; la falta de agua por lo quebrado del suelo entre el río y la carretera; la suma extensión de la posición y la consiguiente dificultad de auxiliar con la necesaria presteza los puntos atacados; la imposibilidad de que maniobrara la caballería, en cuya arma éramos numéricamente superiores al Invasor; el poco efecto de nuestros fuegos por lo accidentado y boscoso de los terrenos circundantes que facilitaban la carga de las columnas de Scott, á muy corta distancia de nuestras posiciones; la probabilidad de que el frente de batalla fuera flan-


CROQUIS
DE LA
POSICION DEL CAMPO DE CERRO GORDO
Camino Nacional de Mexico a Veracruz
Plan del Rio
Rio del Plan
Tropas Mexicanas.
Infanteria
Caballeria
antes del combate.
Infanteria
Caballeria
Artilleria
en combate.
Tropas Americanas.
Infanteria
Caballeria
antes del combate.
Infanteria
Caballeria
en combate.

queado y envuelto; y, por último, en el caso de derrota, la imposibilidad de salvar la artillería y de efectuar una retirada en orden. Opinaba Robles que se fortificara ligeramente á Cerro Gordo, á fin de quebrantar allí un tanto á la fuerza contraria con hostilidades poco formales, y que la batalla le fuera presentada más hacia el interior, en las lomas de Corral Falso, donde tenía vasto campo para obrar nuestra caballería, donde Taylor se vería en necesidad de formar sus columnas de ataque á la vista y sufriendo desde gran distancia el fuego de nuestra artillería; y donde, en último resultado, quedarían aseguradas la retirada de nuestro ejército y la salvación del material de guerra.

Mucho insistió Robles sobre la inconveniencia de sostener una batalla defensiva en Cerro Gordo, á cuya justa actitud se adhirió el general Canalizo; pero Santa Ana, en su fatal orgullo, no queriendo nunca desistir de sus primeras disposiciones, hizo prevalecer la suya, ordenando que al punto se ejecutaran las obras de defensa en la línea que forman las alturas de la derecha del camino de Veracruz y las del Telégrafo y el Atalaya. Y lo peor fué que, el vanidoso general, habiendo llegado el 9 de abril á la posición, se fijó muy especialmente en la fortificación de las eminencias de la derecha, que eran las que menos necesitaban ser atrincheradas.

Mientras tanto, las tropas iban llegando, hasta el día 12 en que el ejército quedó acampado en forma, tras de su línea de fortificaciones, que se extendía en más de un cuarto de legua.

Robles esbozó un parapeto que bordeaba los extremos de los tres ramales que hay al costado derecho del camino, marcando la línea en que pudieran ser de

efecto nuestros fuegos; sobre aquel mismo se instaló una fuerte batería á la falda del cerro del Telégrafo, uniendo las posiciones de ambos flancos por medio de un camino cubierto. Sobre la cima de aquel cerro, habiéndose talado los árboles que la coronaban, se situó otra batería de cuatro piezas de á 4, sostenida por escasas fuerzas de infantería.

Cerca de 9 000 hombres, con cuarenta piezas de artillería y muy pocos trenes improvisados, constituyeron el ejército que iba á resistir al del general Scott, disponiéndose aquéllos, por orden de Santa Ana, en esta forma, según sus mismos partes : en la última posición de la derecha, el *batallón de Atlixco* y *5° de Infantería*, que componían una fuerza de quinientos y tantos hombres con siete piezas de artillería; en el centro de la misma derecha el batallón de la « Libertad » con 400 hombres; y el batallón de Zacapoaxtla con 300, y 8 piezas, habiendo también en la primera de las mismas posiciones 250 nacionales de Jalapa, Coatepec y Teziutlán, con 9 piezas de artillería. El campo llamado de Matamoros, situado en los dos últimos puntos de la derecha y el primero de la misma, fué guarnecido por el batallón de Matamoros y Tepeaca con 450 hombres y una pieza de á 8 con su dotación correspondiente. Apoyando la batería del camino, hallábase el 6° de infantería con 900, sirviéndole también de reserva el batallón de Granaderos con 460. Sobre la izquierda, en la cima del Telégrafo, sosteniendo su batería, sólo hubo 100 hombres del 3er batallón.

El resto del ejército, con excepción de la caballería que permaneció en Corral Falso hasta el 15, se situó como reserva general, á uno y otro lado del camino,

en la ranchería de Cerro Gordo, á retaguardia de la izquierdia de la línea de batalla. El Cuartel General acampó á ambos lados de la vía, quedando á su retaguardia parte de la caballería y los Cuerpos Ligeros.

Á tres cuartos de legua de distancia de la derecha de nuestro frente, acampó el enemigo, principiando sus reconocimientos, á tiro de cañón.

El general Santa Ana recorría á caballo todos los días la línea de batalla, ocupándose minuciosamente de los más nimios detalles, en la construcción de las fortificaciones, las barracas para la tropa y las talas de bosques. Siempre lo caracterizó el defecto de ocuparse él por sí mismo de particularidades militares que absorbían toda su atención, descendiendo á estudios y observaciones que debían estar encomendados á jefes inferiores y no á su alto puesto de general director de la campaña, cuyo plan descuidaba.

Regresaba de aquellas tareas al caer la noche, acompañado de brillante y numeroso Estado Mayor y de selecta comitiva de jefes y amigos particulares que formaban su corte y le adulaban.

Se vanagloriaba ante éstos, dice un testigo de aquellos acontecimientos, de haber detenido la marcha triunfal del enemigo; y, halagado por su fortuna, que abandonándolo un instante el año de 1844, le había vuelto á sonreír desde su llegada á la República en 1846, se entregaba á ilusiones fatales, que originaron quizá sus faltas de previsión. Enteramente fascinado, despreciaba aún la voz de la ciencia, exigía la humillación de los que lo rodeaban, y era inaccesible á la razón. Faltos de entereza, también, algunos de nuestros jefes, se limitaban á censurar su conducta en corrillos,

sin tener toda la energía necesaria para disuadirlo de sus errores. Nosotros oímos á alguno envanecerse, — agrega el citado testigo — después de que había recorrido nuestra línea por la primera vez, de haber observado defectos importantes en la combinación general de la defensa, que sólo exponía entre sus amigos, presagiando una desgracia inevitable.

El enemigo permanecía acampado frente á nuestras posiciones, sin emprender el ataque tan deseado por nuestro ejército, que se cansaba delante de aquella perspectiva de victoria ó de muerte. Sus sufrimientos hacían más violenta su situación, y aumentaban más y más su ansiedad por el combate.

Habiéndose incorporado el día 15 la caballería, compuesta de los regimientos 5°, 9°, Morelia y Coraceros, y los escuadrones de Jalapa, Húsares, Chalchicomula y Orizaba, el general en jefe hizo que toda ella al mando del general Canalizo, emprendiera un formal reconocimiento sobre la izquierda del enemigo, — pues había una ignorancia punible respecto de la situación y número de sus fuerzas, — debiendo para ello dar un gran rodeo por la espalda de los cerros de nuestra derecha, bajando por la escabrosa y profunda barranca del cerro del Plan; ascendiendo luego á la cumbre de otro cerro, desde donde podría bajar dicha caballería sobre las posiciones de la izquierda, ó de la retaguardia americana.

Esta tentativa fué descabellada é infructuosa : más aún, pudo haber sido peligrosísima, pues á nadie se hubiera ocurrido lanzar una tan respetable masa de caballería por abruptos peñascales, por entre veredas que serpentean casi á pico sobre el abismo, sin haber primero explorado el camino que habría de recorrer.

Así fué que al entrar la noche regresó quebrantada y fatigadísima la caballería y habiendo perdido algunos dragones que con todo y caballo se despeñaron en los precipicios sin haber logrado llegar á las inmediaciones del campamento de Taylor.

El 17, á medio día, notó el jefe de la fuerza establecida en la cima del cerro del Telégrafo, que una considerable columna americana se aproximaba al de la Atalaya. Inmediatamente bajaron algunas secciones nuestras á batirla, en tanto que un batallón se aprestaba á sostener aquel movimiento. Se trabó un combate á fuego nutrido, llegando refuerzos á cada uno de los combatientes, por su parte, generalizándose la acción ante la falda del cerro del Telégrafo. El enemigo concentró sus mayores fuerzas sobre la extrema izquierda mexicana, la que hubiera rebasado si no acude inmediatamente á impedirlo el 4° de línea, encarnizándose la lucha en aquel flanco. Momentos después, otra columna americana avanzó á paso de carga sobre la derecha del cerro, con la intención de envolverlo; pero oportunamente acudió en defensa el 6° de infantería, que tendiéndose en línea desplegada, flanqueó con sus fuegos la columna asaltante que hizo alto y contestó con las descargas de sus bravos rifleros.

Santa Ana presenciaba desde lo alto del cerro del Telégrafo aquel combate de fusilería animando á sus tropas, mientras la batería de la cumbre, bien dirigida, causaba estragos en las lejanas columnas enemigas.

La refriega duró cerca de cuatro horas, con éxito vario, habiendo logrado avanzar los americanos bastante hacia nuestra izquierda; pero teniendo que retroceder luego, lo mismo que las demás columnas, á sus primeras posiciones, aunque habiendo logrado la gran

ventaja de instalar una batería en el Atalaya que flanqueaba al Telégrafo. Recuérdese que Santa Ana se obstinó tercamente en no fortificar aquel, desguarneciendo así su izquierda — que era por donde debía ser y fué envuelto, contra las indicaciones y protestas del jefe de ingenieros.

Inmenso entusiasmo, alegría patriótica causó en todo nuestro ejército aquel triunfo que celebraron jubilosamente las dianas. ¡Y todavía esa noche soñaron todos en una victoria espléndida para el día siguiente!

El plan del general Scott para forzar nuestras posiciones y destruirnos, está concentrado en estas líneas de su parte oficial al Gobierno americano :

« Habiendo yo resuelto, si era posible, flanquear la izquierda del enemigo y atacarle por la retaguardia, mientras amenazaba ó atacaba su frente, mandé que se hicieran diariamente reconocimientos, con la mira de hallar sendero ó paso para que una fuerza nuestra desembocara sobre el camino de Jalapa y cortara la retirada.

« El reconocimiento, comenzado por el teniente Beauregard, fué continuado por el capitán Lee, ambos del cuerpo de ingenieros; y se abrió un camino á través de escarpas y oquedades, fuera de la vista del enemigo, aunque al alcance de sus fuegos luego que nos descubriera; hasta que, llegando á las líneas mexicanas, no fué ya posible avanzar en el reconocimiento sin combatir. El deseado punto de desembocadura, ó sea el camino de Jalapa, no pudo, de consiguiente, ser alcanzado, aunque se creyó que ya quedaría á corta y fácil distancia; y para ganar dicho punto vino á ser necesario tomar la altura de Cerro Gordo. »

Véase cómo, mientras Santa Ana se inmovilizaba torpemente en una defensiva pasiva absoluta, exasperando sus tropas con la inquietud y angustia del futuro combate contra un enemigo que ha vencido siempre; el general Scott, por el contrario, obra con actividad, no pierde tiempo, observa y tantea á su adversario para saber dónde está más débil, y allí pegarle. Sus exploradores y sus ingenieros le dicen que rodeando las posiciones mexicanas de la izquierda, — lo que es factible, — se le puede sorprender por la espalda, tanto más cuanto que el cerro del Telégrafo que domina dicha izquierda, apenas está ocupado por un batallón y una batería, y que el cerro de Altalaya que se liga con éste, está abondonado, convidando á los americanos á ocuparlo para apoyar su fácil movimiento envolvente. ¡Hé aquí que, de antemano estaba ya perdido el ejército de nuestra patria, entregado al Invasor por la fatal impericia del general Santa Ana!



XIII

BATALLA DE CERRO GORDO

Durante la noche del 17, víspera de la batalla, el general Santa Ana ordenó que se reforzara el cerro del Telégrafo, haciendo subir á la cima dos piezas de á 12 y una de 16; pero esta última no llegó sino hasta media falda, mandando á los jefes de ingenieros que concluyeran á toda prisa las fortificaciones más urgentes y más propias para la defensa de la posición.

¡Muy tarde abría los ojos á la realidad el ofuscado y orgulloso jefe! Si desde un principio hubiese atendido las justas observaciones que le hizo el teniente coronel Robles, acerca de la conveniencia de fortificar poderosamente la izquierda, por donde podría ser envuelto el ejército, no hubiera sido tan fácil la Victoria al enemigo. La llave de la posición era indudablemente el cerro del Telégrafo. Tomado éste, las columnas americanas dominarían todo nuestro centro, el camino y las reservas, facilitando la marcha de la fuerza envolvente que iría á caer, sin dificultad, á nuestra retaguardia, cortando el camino de Jalapa, cerrando al ejército la retirada y sitiando las altas posiciones de la derecha

donde tanto lujo de atrincheramientos y tropas se había desplegado, sin necesidad. En el croquis adjunto se advierte claramente el plan sencillo del general Scott, quien aunque tenía por seguro el triunfo, nunca lo juzgó tan fácil. ¡Cómo creer que su adversario le había de entregar con tan escasa resistencia el cerro del Telégrafo, centro decisivo de la batalla!

Insistimos en estas consideraciones para que se comprenda por qué se perdió tan pronto esta memorable jornada, destruyéndose, casi por completo, todo un ejército, sin que hubiese combatido sino una muy pequeña parte, desbandándose el resto que fué despedazado á sable, bayoneta y fuego, sin haber resistido con denuedo, como en la Angostura, Monterrey y Veracruz.

Mientras el general Santa Ana acudía aquella noche á fortalecer su izquierda con un irrisorio trozo de batería, el enemigo se dedicaba activamente á concentrar sus columnas de su derecha y á establecer en el cerro del Atalaya las plataformas necesarias para sus piezas de grueso calibre, bomberos y obuses, aparte de los cañones de montaña, instalados desde en la tarde. Otras piezas de artillería situáronse audazmente en puntos avanzados hacia la batería de nuestra derecha.

Poco antes del amanecer nuestro general en jefe, acaso con el tardío presentimiento de ser aniquilado por aquella fatal izquierda que él creyó *impracticable aun para conejos*, hizo colocar por sí mismo una batería de 5 pequeños cañones sobre un montículo, á la orilla del camino, á retaguardia y paralelamente al cerro del Telégrafo, enviando para sostenerla al 11° batallón.

Á lo largo del camino permaneció tendida la caballería, al mando del general Canalizo, quedando también en reserva los batallones 3° y 4° Ligeros. Hizo subir al Telégrafo el 4° de Línea y 1° y 2° Ligeros. El resto de las tropas continuaría, como antes, en las posiciones de la derecha.

Al romper la alborada, la fuerte batería americana del Atalaya saludó con sus fuegos el cerro del Telégrafo que contestó al instante, dando principio la batalla. Entonces la columna de la izquierda enemiga al mando del general Pillow, fraccionándose en dos secciones paralelas, empezó á moverse cerca del camino de Plan del Río á Cerro Gordo, sobre nuestra extrema derecha, apoyada por suficiente reserva y los fuegos de la batería americana instalada la noche anterior.

El adversario, después de algunos instantes de nutrido fuego de bombas, granadas, bala rasa y cohetes á la Congreve con que estuvo batiendo el Telégrafo, lanzó sus primeras columnas de ataque sobre este punto, en tanto que otras columnas, al mando del general Shilds, compuestas de la 3ª brigada de Voluntarios, fué á rodear tras del Atalaya y tras las vertientes de la izquierda del mismo cerro del Telégrafo, atravesando bosques y escabrosos barrancos, con el objeto de ir á caer á nuestra retaguardia por el camino de Jalapa, para envolver las posiciones y cortar la retirada del ejército mexicano.

El empuje principal del americano, fué el de su centro, dirigido por el mismo Scott, desde la base del Atalaya contra su gran objetivo, — el cerro del Telégrafo, — completando el éxito de este golpe á fondo, el movimiento envolvente de las columnas de la derecha, habiendo engañado y distraído la atención

de nuestras fuerzas con el ataque de las de su izquierda contra las posiciones de la derecha mexicana.

Al principiar los fuegos de artillería en el Telégrafo, Santa Ana que se hallaba en el centro, cerca del camino, permaneció unos instantes á la expectativa, y habiendo oído poco después el estampido del cañón á su derecha, volvió á su primitiva creencia de ser atacado principalmente por aquel extremo, así es que se dirigió á él para apoyar el combate, y como escuchara más y más vivo el cañoneo en el cerro del Telégrafo, mandó decir al general Vázquez que no desperdiciara el parque y abrigase á la tropa del fuego enemigo. Pronto hubo de convencerse de que todo el esfuerzo de su adversario se concentraba contra el Telégrafo, sobre cuya falda avanzaban á la carga las columnas americanas, sustituyéndose al estruendo de la artillería el graneado de la fusilería, lo que anunciaba la proximidad de los combatientes. Entonces Santa Ana volvió, á galope, á la izquierda, mandando subir al cerro á sostener la lucha, los batallones 3º y 4º Ligeros que habían quedado como reserva.

Encarnizada y terrible estallaba la refriega por la falda anterior del cerro. Los americanos avanzaban protegidos por la misma espesura del monte, entre cuyas asperezas y zarzales se ocultaban perfectamente. La nube de tiradores que sus columnas destacaban al frente, hacía un fuego seguro cuando llegaba á los grandes claros, á través de los cuales enviaba la muerte á nuestros soldados que contestaban con sus descargas de fusilería, lanzando gritos de guerra y ¡ vivas! á la patria. Apenas los enemigos aparecían á pecho descubierto para avanzar en el ataque, cuando rodaban, cadáveres, sobre el campo; más nunca se aclaraban sus

filas, pues los que caían eran reemplazados al punto por otros, y otros, que parecía vomitar la selva y los peñascales, entre el humo espeso de la pólvora y del incendio de la arboleda y del zarzal, humo fatídico cuyo olor acre excitaba con una embriaguez de cólera, odio y muerte, rasgado á intervalos por los súbitos relámpagos de los rifles y fusiles....

Acribillado de balas cayó el coronel Palacios, comandante de la artillería, y poco después, entre una ráfaga de fuego expiraba el general Vázquez al lado de otros valientes soldados y oficiales que ensangrentaban el campo. ¡Todos morían victoreando á México!...

Scott á su vez veía rodar á sus bravos Rifleros heridos por nuestra metralla; pero el grueso de sus columnas empujaba la destrozada vanguardia, que pronto llegó hasta los parapetos, donde los oficiales beligerantes se lanzaron pistoletazos á quema ropa, y los soldados cruzaron sus bayonetas, entre un espantoso griterío....

¡Y fué imposible resistir al poderoso empuje del asaltante! Los nuestros cedieron, arrollados, ocupando el enemigo la cima, de donde, como un torrente, como una cascada humana se despeñaban por la vertiente opuesta del cerro los soldados mexicanos, ametrallados por sus mismos cañones, que el adversario había vuelto contra ellos!

Momentos antes el general Santa Ana, frenético y desesperado, enviaba cuantas fuerzas había á su alcance para sostener la resistencia, comprendiendo cuando ya no había remedio, que la pérdida del cerro era el aniquilamiento del ejército y el triunfo del enemigo. En vano él y sus oficiales intentaron hacer volver á la lucha á los que principiaron á cejar; en vano el 3er ligero que había permanecido de reserva

tras la cima, fué llevado al combate : ya el enemigo era dueño de aquélla, y volteando nuestras piezas barría el resto de los primeros batallones que tan bravíamente habían combatido!

Una de las columnas de la izquierda enemiga en el cerro había ido á impedir que nuevos cuerpos mexicanos reanudaran la pelea, disputándose otra vez la posición, mas cuando se vió flotar en lo alto del monte la bandera norteamericana, aquellos cuerpos dieron media vuelta.

Otra columna contraria, en su extrema derecha fué á rodear la falda del Telégrafo, subiendo por la vertiente occidental, casi á espaldas de los parapetos, y después de batirse con algunas compañías nuestras que la habían hecho detener algún tiempo, fué á desembocar en lo alto, en el instante en que el cerro era tomado por el frente, y cuando unos sargentos americanos arrancaban del asta nuestra bandera, reemplazándola por la suya.

Ocupada la cima, los asaltantes con sus cañones y los nuestros, colocados en puntos que dominaban el camino, batieron á la masa de tropas que se aglomeraba en él y sus costados, enviando granadas y cohetes, en tanto que la infantería de su reserva hacía fuego con sus rifles. ¡Desde aquel momento la batalla estaba perdida!

De muy diverso aspecto fué el combate en nuestra extrema derecha : en esa parte de la línea puede decirse que triunfamos. La fuerza enemiga que marchó al asalto de nuestras baterías fué rechazada con grandes pérdidas, cuantas veces cargó, teniendo al fin que retirarse lejos de los fuegos de la artillería mexi-

cana; mas como había orden del general Scott de no empeñar un ataque á fondo, sino simples demostraciones para engañar á los nuestros y distraer sus fuerzas, mientras se les abrumaba en el Telégrafo, se mantuvo el jefe de las columnas rechazadas á la expectativa, frente á nuestras baterías.

Parte de las fuerzas vencedoras en el Telégrafo descendieron por la derecha con el objeto de apoderarse de la batería de 5 cañones que Santa Ana mismo había instalado en una altura, á espalda de aquél. El jefe de dicha batería que había hecho fuego algún tiempo, ni siquiera intentó resistir, bien es que se lo impedía el mismo espeso oleaje de fugitivos que llevaba el pánico al resto de las tropas de reserva.

Una inmensa desmoralización se produjo en el ejército mexicano : era que todos, jefes, oficiales y tropa, comprendían súbitamente, con esa intuición de verdad que proporcionan las grandes catástrofes, que todo se había perdido; que el enemigo desde la cima del Telégrafo era dueño y rey del campo; que aquel punto debió haberse fortificado poderosamente, y que las tropas amontonadas en el camino y encaramadas en las alturas de la derecha, antes de ser tomadas por la espalda impunemente, debían retirarse por la vía de Jalapa.

Mas he aquí que la columna americana que había hecho un gran rodeo desde el centro de sus posiciones, atravesando los barrancos y desfiladeros, en torno de las vertientes occidentales del Telégrafo, por donde se había practicado camino desde los días anteriores, por el esfuerzo y ciencia de sus ingenieros, como ya lo hemos apuntado, desembocó sobre nuestro flanco izquierdo, amagando toda nuestra retaguardia y yendo

una de sus fracciones á cooperar á la toma de la batería de reserva. La presencia de esa columna que repentinamente aparece á la espalda del ejército, remacha por fin, de un solo golpe, la derrota, cortando nuestra retirada.

Ya ni siquiera hubo el recurso de salvar los cuerpos de reserva y los de la derecha, los que, tomada la batería del camino, tuvieron que capitular, en tanto que la caballería de la extrema retaguardia, imposibilitada para efectuar en aquellos escabrosísimos terrenos cualquier maniobra salvadora, se retiró á escape por el camino de Jalapa.

Para colmo del desastre, acababa de llegar á nuestro campo una brigada compuesta de los batallones Activos y de Guardia Nacional de Puebla, que á marchas forzadas se habían hecho venir por orden de Santa Ana. Esta fuerza entró al espacio de nuestras reservas cuando todo era pánico y desmoralización en las filas mexicanas.

La columna envolvente enemiga, después de apoderarse de la batería del camino, rompió sus fuegos á derecha é izquierda de nuestra retaguardia, tratando de impedir el escape del general Santa Ana, quien, cortado por completo, viendo desde lejos despedazado á balazos su coche y contemplando en poder del enemigo trenes, y bagajes, y carros con dinero que la víspera recibiera para socorro de las tropas ($ 16,000,00) tuvo que encumbrar las cuestas de la derecha, seguido de multitud de jefes y oficiales que en gran confusión y desorden buscaban en la fuga la salvación de sus vidas....

El norteamericano victorioso, excitado por un triunfo relativamente fácil, cañoneaba nuestras masas de fugitivos y los acuchillaba á su sabor, habiendo cerrado

el camino de Jalapa por donde sólo pudo escapar, como ya dijimos, la caballería, sin haber realizado ningún esfuerzo.

Y ya no fué batalla aquello, sino feroz y estupenda carnicería, en que las balas, sables y bayonetas del enemigo hicieron derramar sangre mexicana á torrentes.

Principió la persecución, activa, atroz, implacable. Nuestro general en jefe, naturalmente, fué quien más pronto logró desaparecer del campo, hundiéndose en la profunda barranca de Plan del Río, hasta que remontando los cerros de la margen opuesta, pudo alejarse de toda persecución.

¡Cuán pronto y qué tristemente había terminado la batalla de Cerro Gordo!

¡Y qué lúgubres debieron resonar en el alma del general presidente los últimos lejanos y melancólicos estampidos del cañón enemigo, acabando la matanza fácil é impune de las tropas mexicanas, repercutiendo como los postreros golpes de hacha que tajaban al ejército de la bandera tricolor, al ejército al que había enardecido aquel jefe supremo con la proclama en que le decía pomposamente: « *Vamos á lavar la deshonra de Veracruz!* »

El infeliz y menguado Santa Ana, si alguna vergüenza tuvo, no debió haber olvidado nunca los últimos cañonazos de Cerro Gordo!

Innumerables partidas de caballería hicieron una feroz y activa persecución á los fugitivos por diversos rumbos, especialmente por el de Jalapa, por donde destacaron en pos de nuestra caballería secciones de rifleros á caballo y baterías ligeras.

Después de vagar prófugo y vergonzante por entre las selvas y quiebras que bajan á la costa oriental, á punto, varias veces, de ser cazado por las avanzadas del Invasor que en verdaderas jaurías lo perseguían, Santa Ana llegó á Orizaba milagrosamente, salvo y libre.

Y allí, reuniendo los innumerables dispersos de Cerro Gordo, — sobre quienes, de paso, descargó su injusta cólera, á duras palabras y aun á latigazos — estableció su Cuartel General, disponiéndose á proseguir la lucha con las fuerzas que aun quedaran después del desastre, unidas á las de Oaxaca y otros puntos, combinando el plan de una nueva campaña.



XIV

ANTE LA CAPITAL

> « *Nada ofrecía ya seguridades de luchar de un modo apropiado, con el enemigo. El Gobierno y el Congreso contemplaron en toda su desnudez la ineptitud de aquel general de arranques momentáneos, con los que fascinó siempre á la gente impresionable; y en medio de la falta de fe y de esperanza de todos, nadie, no obstante, se atrevía á hablar de negociaciones de Paz.* »
>
> General Bernardo Reyes.

Ante el desastre de Cerro Gordo, la capital de la República, enardecida como siempre por la efervescencia de los odios políticos que la dividían, sintió por fin que la estocada del fuerte enemigo norteamericano le atravesaba el flanco con ímpetu de muerte. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer cuando lo mejor del ejército que Santa Ana había llevado á la batalla estaba aniquilado, salvándose apenas la división de caballería y tales cuales trozos de batallones mal reunidos en torno de Orizaba, Chalchicomula y Puebla?

El Presidente interino, Anaya, hizo esfuerzos prodi-

giosos por verificar la unión de todos los partidos políticos para lograr una resistencia patriótica, defendiendo heroicamente la ciudad de México, pues Santa Ana había tenido que abandonar Puebla, la invicta Puebla que sugestionada por el Clero, abatida por el pánico que le produjo el derrotado ejército mexicano, abrió sus puertas al Invasor.

Sin embargo, tenemos que consignar que, ante la inminencia del peligro, la capital olvidó de repente sus enconos y lides fratricidas, y por fin hubo unión en todos los ciudadanos, comprendiendo, aunque muy tarde, que sólo una absoluta liga de todas las voluntades y energías podía hacer fructífera y gloriosa, digna y épica, la resistencia de la hermosa ciudad ante el poderoso enemigo. Reuniéronse entonces los cuerpos de la Guardia Nacional, en tanto que los principales jefes comenzaban las más esenciales obras de fortificación en torno de la ciudad.

En el interior del Gobierno se multiplicaban los planes de defensa nacional, por la diplomacia y la astucia, ya concertando un golpe de mano sobre la guarnición americana de Puebla, sorprendiéndola instantáneamente en combinación con 3 000 irlandeses que habrían de desertar de las filas del Invasor, pasándose á nuestro campo, volviendo sus armas contra nuestros enemigos; ya optando por la mediación del Cónsul inglés que podía, en la vía diplomática, hacer dar tregua á las hostilidades de los beligerantes, ganándose tiempo para la prosecución de la campaña.

Pero todo fracasó.... Un huracán de catástrofe abatía heroísmos y resistencias, y los pocos esfuerzos que se atrevían á erguirse eran desmoronados por aquel

Después de Cerro Gordo, el patriotismo de los hijos de la costa oriental hizo brotar innumerables guerrillas de bravos mexicanos que dispersándose por entre los montes, las barrancas, encrucijadas y desfiladeros y en caminos, principiaron á hostilizar los convoyes del enemigo, sorprendiendo sus exploradores y avanzadas, cayendo de súbito sobre sus grandes guardias, atacando en terribles *albazos* sus columnas, incendiando los pastos y los bosques por donde habrían de pasar, y rodándoles enormes rocas y pedruscos por las vertientes á pico; hasta el fondo de las hondonadas por donde trendrían precisamente que desfilar....

Gravísimos fueron los perjuicios que sufrieron los americanos con aquellos golpes que les asestaban las susodichas guerrillas, y más de una vez tuvieron la pérdida de centenares de carros con bagajes arrebatados de pronto por magníficos golpes de mano en que los nuestros, á lanza y machete, dispersaban las escoltas de los ricos trenes, capturando espléndido botín.

Muchas de esas guerrillas de la costa, dispersas en una gran extensión por las regiones de Tamaulipas, Veracruz y Tabasco, pusieron en alarma al ejército de Scott, amenazando seriamente sus comunicaciones y dando lugar á infinidad de combates vivísimos y á trágicas escaramuzas, bien teñidas de roja sangre en los campos y pueblos, donde no escasearon las odiosas represalias!

En la capital de la República, después de la llegada del general Santa Ana con los restos del ejército destrozado en Cerro Gordo, se formó una guarnición de fuerzas heterogéneas con cuerpos veteranos de Línea, Ligeros y Activos y la Guardia Nacional, cuyos sol-

dados manifestaron completa decisión y ánimo robusto para lanzarse al combate, dispuestos á la muerte!

No obstante los inconvenientes, las imposibilidades casi de efectuar algunas obras de fortificación, siquiera las más elementales y ante los puntos más expuestos, principiaron diversos trabajos de defensa, entre las que sobresalió la del Peñón, por donde se creía que el enemigo había de aparecer y comenzar sus ataques.

Mientras se ejecutaban esas obras, se había hecho venir el ejército del Norte que había permanecido en San Luis; dándosele el mando al general Gabriel Valencia, quien había estado separado del servicio activo por orden de Santa Ana, después de las diferencias surgidas entre ambos generales á causa de la protesta del último contra la orden de no hostilizar á los americanos á su paso por Tula de Tamaulipas, en donde, como ya hemos dicho, pudieron haber sido destrozados. ¡Iba á continuar la Odisea magnífica y dolorosa de estos valientes soldados del Norte, encanecidos en las fatigas y en la sangre y el humo de tantos combates!

Los que desde 1836 habían peleado contra los rebeldes texanos y los mismos hijos del entonces agresivo Norte, y después contra las hordas bárbaras de los desiertos fronterizos, los bélicos resistentes que sobrevivían á las catástrofes de Palo Alto, La Resaca, Monterrey y La Angostura, llegarían desde el alto septentrión hasta el Centro y Sur de la República, dejando un reguero de muerte á lo largo de los interminables caminos, para ir á batirse en las últimas batallas por la patria!

El plan del general Santa Ana para la defensa de la

ciudad de México, consistía en dejar aproximarse las columnas enemigas hasta cualquier punto del recinto donde habría de resistírseles al frente, en tanto que la división del Norte, al mando del general Valencia, cargaría de flanco sobre el asaltante, cayendo sobre la retaguardia de éste la caballería mexicana, al mando del general Álvarez.

Al grado en que había llegado la situación de nuestra Plaza Capital, se imponía en efecto aquel plan sencillo y lógico, y que de haber sido dirigido con firmeza y talento, contando con la unidad de todas las tropas, pudo haber dado excelentes resultados, siempre que la línea de fortificaciones en torno de la plaza, se hubiera terminado, aunque fuera provisionalmente.

Las obras del Peñón Viejo, cerca del aislado cerro, pretendían atravesar el camino de Puebla á México, habiéndose desplegado en ellas ingenuamente gran lujo de fortificaciones, en la creencia pueril de que el enemigo habría de atacar precisamente la posición nuestra más fuerte y más reforzada, cuando no había necesidad de pasar ante ella para la toma de la orgullosa capital de la República.

Hacia el Sur se levantaron atrincheramientos por Mexicaltzingo, San Antonio y Convento y puente de Churubusco; al Suroeste los parapetos y cortaduras que cercaban Chapultepec, cuya artillería dominaba también el camino que iba por el Oeste á la garita de San Cosme, la cual se había fortificado, lo mismo que la de Santo Tomás. Hacia el Norte no había ningunas obras de defensa, y apenas se practicaron ligeros atrincheramientos en las garitas de Nonoalco, Vallejo y Peralvillo.

El ejército del Norte, como ya dijimos, encontrábase

en la Villa de Guadalupe, á las órdenes del general Valencia, en espera de moverse, como lo efectuó, hacia Texcoco de donde debía lanzarse sobre el flanco de la columna americana que intentase atacar el Peñón, en tanto que la caballería del general Álvarez cargaba sobre la retaguardia del Ejército enemigo.

Éste, mientras tanto, cada vez más orgulloso con sus triunfos, después de haber permanecido en Puebla algunos días, se puso en marcha contra la capital, y el día 14 aparecen sus avanzadas muy cerca de Texcoco, donde chocan con las de la caballería del general Álvarez, creyéndose que va á ser atacado el Peñón. Muévese entonces el general Valencia, y en un instante su aguerrida división del Norte queda lista para lanzarse al combate. Y sus valientes soldados emprendieron la marcha al paso veloz, cantando, dichosos por ir al triunfo, y á la venganza, y á la gloria de nuestras armas y banderas!...

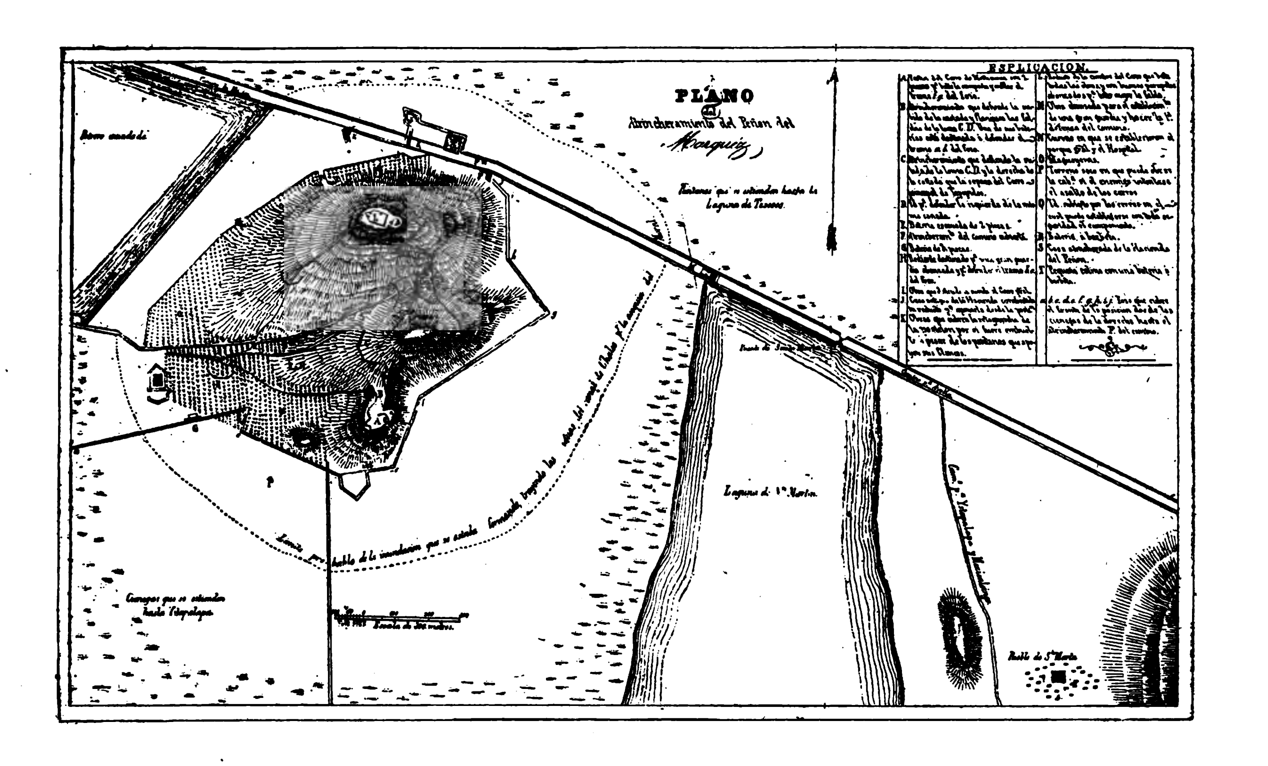
— ¡ Viva México!

— ¡ Viva la República Mexicana!

— ¡ Viva el ejército del Norte!

— ¡ Viva el general Valencia! ¡ Viva México!

. . . . Así gritaban entusiasmados y frenéticos, deseosos por ir á la lucha los heroicos veteranos que habían combatido tantas veces sin más aliciente que el recuerdo de sus viejos combates... Pero al siguiente día se supo que el general Scott, evadiendo el Peñón, burlando como era natural, todos los aprestos de defensa y todo el acumulamiento de fuerzas mexicanas allí aglomeradas con una infanti ignorancia del arte de la guerra, se había dirigido á su izquierda, rumbo á Chalco, para amagar la ciudad por el Sur y Poniente, haciendo quedar inútiles, contra-


PLANO
del
Atrincheramiento del Peñon del
Marquez
ESPLICACION
Laguna de Sn Martin
Pueblo de Sn Martin

producentes, las obras emprendidas en tan opuestos rumbos.

En vista de estas maniobras, nuestro ejército del Norte cambió de posición, pasando de Texcoco á Guadalupe Hidalgo, de donde sin tomar descanso, siguió á México, atravesó la ciudad sin detenerse, y habiéndose reunido con la caballería que acababa de hostilizar á los americanos cerca del pueblo de Ayotla, llegó á las once de la mañana del día 17, al pintoresco San Ángel.

Innumerables habían sido las fatigas que abrumaran á la digna división del Norte que muchas veces tuvo que dejar abandonado su rancho, sin ver los oficiales y soldados á los seres queridos que estaban por visitarles, para ir del Oriente al Norte, del Norte al Centro y de aquí al Oeste, al bello San Ángel, desde donde creyó Santa Ana destrozar el flanco izquierdo del ejército enemigo cuando cambió la dirección de su ataque contra la Capital.

El ejército del general Scott había marchado desde Puebla rumbo á México el día 7 de Agosto, integrado por cuatro divisiones, en su mayor parte de infantería, con sus baterías respectivas, una brigada de caballería, un batallón de marinos agregado á la 4ª división y de un numeroso y selecto cuerpo de ingenieros. Las tres primeras divisiones eran de tropa regular ó veterana, la última de voluntarios, sumando todo cerca de 12000 hombres, 30 piezas de artillería, y 600 carros con fuertes caballos y mulas de tiro, amén de innumerable personal de aventureros y comerciantes norteamericanos cosmopolitas que alargaba desmesuradamente su retaguardia, bien escoltada por cierto, por algunos escuadrones de caballería, secciones de infantes voluntarios y piezas ligeras.

El general Scott pulsó muy bien el estado de defensa en que se encontraba la ciudad de México; comprendió que se destacaba al Oriente de ella el aislado cerro del Peñón, poderosamente fortificado en su cima y cuyos alrededores podrían ser fácilmente anegados, levantando las compuertas de lagos y canales próximos: en vista de lo cual cambió su plan de operaciones, rodeando las defensas orientales de la plaza, pasando al Sur de los lagos de Chalco y Xochimilco hasta llegar á Tlalpam, desde cuyo punto intentó lanzar sus columnas sobre San Antonio y San Ángel.

Ya hemos visto que todos estos movimientos se ejecutaron con precisión, hostilizados de cuando en cuando por partidas de nuestra caballería, haciendo cambiar á su vez el plan de resistencia al general Santa Ana.

Los reconocimientos del adversario principiaron activamente, partiendo sus secciones de ingenieros de Tlalpam sobre los puntos avanzados de San Antonio, teniéndose conocimiento entonces de que se desprendía del camino carretero de Tlalpam, otro de herradura que atraviesa por el Pedregal, desembocando en la hacienda de Peña Pobre, cerca de Padierna, en el camino carretero de San Ángel al pueblo de Contreras.

La división del general Valencia que como dijimos, había llegado violentamente á San Ángel, con orden del General Santa Ana de estar á la expectativa de la actitud del enemigo, amagando su flanco izquierdo, se movió decididamente hacia el rancho de Padierna, cuyo punto fué reconocido por el mismo Valencia.

Á partir del día 17, se desarrolló un vergonzoso altercado entre el general presidente y Valencia, en virtud

de órdenes sucesivamente contradictorias del primero al segundo, cosa muy en carácter de aquel cuya personalidad era todo vacilación y atrabancamiento, deshaciendo en un instante lo que se había ejecutado á gran costo. Primero, ordenó Santa Ana que Valencia permaneciera en Padierna, resistiendo al ataque del enemigo : Valencia contestó que estaba convencido de que no había campo donde poder maniobrar, no teniendo tiempo, por otra parte, de fortificar diversos puntos en los que desembocaban algunas veredas por donde el enemigo podía atacar, opinando por cambiar de posición al amanecer del 18, replegándose hacia Panzacola si estaba fortificado, ó á otro punto donde pudiera maniobrar, si es que no se le enviaba un refuerzo de 2 000 hombres para cubrir las puertas de las veredas.

Santa Ana contestó estas indicaciones, ordenando que, no obstante, permaneciera en su posición, previniéndole al general Valencia de que cuando avanzara el enemigo se retirase á Tacubaya. Pero al día siguiente le envía otra orden mandándole que avance con todas sus fuezas hasta Coyoacán, adelantando la artillería á Churubusco, en la creencia de que los americanos avanzarían sobre San Antonio.

Sin embargo, Valencia juzgó con cierta perspicacia que era peligroso abandonar el punto que ocupaba y por donde el enemigo podría dirigirse hacia San Ángel y por eso el general mexicano rehusó abandonar aquella posición que el día anterior había declarado insostenible. Santa Ana no insiste ya; halaga su rencor de rivalidad contra el general Valencia, convencido de que será envuelto y hecho pedazos, prometiéndose el envidioso jefe gozar con la derrota de

su compañero de armas á quien no había de auxiliar en el más apurado trance, aunque con tal auxilio se lograse inflingir sería derrota al ejército invasor y dar un triunfo espléndido y decisivo á la patria, que tanto lo necesitaba.

Así pues, el general Valencia obstinado en defender á todo trance su posición de Padierna, continuó sus reconocimientos, mandando ejecutar las fortificaciones pasajeras más indispensables y más urgentes.

Para mayor inteligencia de la batalla que iba á desarrollarse en los campos de Padierna, y teniendo en cuenta que el creciente progreso del Distrito Federal ha trasformado en gran parte el aspecto y disposición topográfica de aquel paraje, tomamos este croquis literario á una obra de la época, que lo delinea clara y fielmente, refiriéndose á tan terrible tragedia militar :

« Por el S. O. del fértil pueblo de San Ángel, distante de México cosa de tres leguas, hay un camino carretero, amplio y cómodo, que conduce á la fábrica de tejidos de la Magdalena y pueblo de Contreras. Al nacer el camino, y á su izquierda, parte la senda que va al pueblecillo de Tizapán, cubierto de árboles, y á sus orillas Mal-País : á la derecha, en varias direcciones, hay veredas que llevan á algunas posesiones de campo, entre las que se halla el molino del Olivar de los carmelitas; y más el Oeste, esto es, frente al rancho de Anzaldo, se ve por entre un pequeño bosque, blanquear la torre del pueblecito de indios llamado San Gerónimo, rodeado de lomeríos y barrancos desiguales y caprichosos que, dejando á trechos hoyos y planos reducidos, van á tocar la falda de los montes del S. O. del camino, que guía, por

entre malezas y veredas incómodas, á la carrera de Cuernavaca.

Á poco menos de una legua de San Ángel, está Anzaldo, edificio cuadrado, no muy alto ni extenso, cuya huerta toca la derecha del camino. Ascendiendo éste, se desvía al S. E. una pequeña y empinada loma que los naturales llaman Pelón Cuauhtitla, y forma un punto eminente entre el camino, que subiendo, lleva á la Magdalena, y la vereda que abatiéndose al pie de las lomas, hundiéndose en el pedregal, tuerce su giro rumbo al Este y conduce á la Peña Pobre, hacienda de las orillas de Tlalpam. Esta nueva senda está practicada en la lava volcánica del pedregal, la que esparcida en trozos desiguales, hace penoso el tránsito. El Sur de ella lo limitan varios cerros que se encadenan hasta el camino de Cuernavaca, descollando al principio de ellos el de Zacatepec; y al Norte se extiende el pedregal escabrosísimo, que descubre de trecho en trecho, entre ruines arbustos y yerba salvaje, más bien grietas que veredas, por donde más que transitan, trepan y suelen escurrirse los nativos de aquellos lugares. Sobre ese pedregal, después de una hondonada que forman las aguas de la Magdalena, al pie de las lomas de Pelón Cuauhtitla, se levanta el rancho de Padierna, con cuartos humildes, de adobe, y los más de los techos, de tejamanil. Á los alrededores de este cuadro hay sembrados, y de distancia en distancia se descubren las haciendas, las fábricas, mansiones de la industria y del trabajo, embellecidas por una vegetación risueña y nuestro cielo espléndido y magnífico.

Sobre aquellos campos el general Valencia extendió su veterano y bravo ejército del Norte con la intención estratégico-táctica de atacar el flanco izquierdo del

enemigo, si caía éste desprendiéndose de Tlalpam sobre San Antonio, donde deberían encontrarse las tropas de Santa Ana, ó de sostener un choque de frente contra las columnas americanas, sobre cuya retaguardia ó derecha podía el general en jefe mexicano destruir las filas enemigas, rechazando al ejército del general Scott.



General Valencia.

XV

BATALLA DE PADIERNA

Resuelto el general Valencia á librar batalla á los americanos, cortándoles el camino que va de Tlalpam á San Ángel, tomó posiciones en Padierna, colocando en la loma de Pelón Cuauhtitla sus baterías, apoyadas por la división del general Mejía, situada en el mismo rancho de Padierna, colocándose otra de infantería hacia la izquierda con el cuerpo de San Luis Potosí; y á la derecha los Auxiliares y Activos de Celaya, Guanajuato y Querétaro, formando una brigada al mando del teniente coronel Cabrera. En segunda línea, se tendieron los batallones 10°, 12°, Fijo de México y Guarda Costa de Tampico. En Anzaldo se situó la reserva compuesta de los cuerpos de Zapadores, Mixto de Santa Ana, y Aguascalientes, parte de la caballería con el 2° 3° y 8° de Línea, y el Activo de Guanajuato. En la extrema derecha quedaron los regimientos 7° y San Luis.

Según un crítico militar, testigo presencial y actor en la contienda de Padierna, la posición escogida por Valencia, tal vez hubiese sido buena teniendo los

flancos bien apoyados, el frente despejado y la línea de retirada perpendicular al centro, ó al menos á una de las alas de la batalla que allí se estableciera. Pero ninguna de estas ventajas tenía. Colocado en un rincón al S. O. del Valle, sus flancos quedaban descubiertos y el frente obstruído por los sembrados de maíz y por árboles, arbustos, y rocas de lava en la parte que llaman el Pedregal, todo lo cual podía ocultar las operaciones del enemigo y favorecer sus ataques, como sucedió por fin, desgraciadamente.

La espalda quedaba cerrada por elevados montes, y la línea única de retirada, hacia la izquierda, en la prolongación del frente de batalla, estaba sobre un terreno accidentado : de suerte que si esta línea era cortada por el enemigo, como lo procuraría indudablemente, no había salvación posible, en caso de derrota.

Pero además de los defectos de la posición, se incurrió en otros, en el modo de ocuparla; — sigue diciendo el crítico citado; — en vez de extender la línea hasta Anzaldo, apoyando fuertemente el centro en el bosque de San Gerónimo donde podían ocultarse parte de las fuerzas, el general Valencia formó en escuadra su artillería, y colocó las tropas en varias líneas sobre las lomas de Padierna; de manera que á nuestro adversario le era muy fácil ver, desde alguna altura, su disposición, valuar sus elementos y aun contar las tropas.

El emplazamiento de la artillería era por demás defectuoso, pues en lugar de cruzar sus fuegos sobre el frente de la batalla, para defenderla, hacía divergentes sus líneas de tiro, y dispersaba sus proyectiles.

Acaso, la fuerza de que disponía aquel jefe no era bastante para ocupar una línea tan extensa como la propuesta; pero, en tal circunstancia, parecía más con-

veniente abandonar Padierna, concretándose á defender las lomas de Anzaldo y el bosque de San Gerónimo, que presentaban mejores elementos, con varios edificios que podían prolongar la resistencia, hasta la llegada de refuerzos que vendrían necesariamente por retaguardia; y en caso de desgracia, las tropas hallarían modo de retirarse.

Mas al ocupar solamente las lomas rasas de Padierna, quedó libre el enemigo para cortar nuestra línea de retirada, ocupando el Bosque de San Gerónimo, camino indicado para rodear nuestra posición y atacarla por retaguardia.

Para comprender perfectamente lo que va escrito, bastará contemplar un momento el croquis.

Ahora examinaremos los detalles del orden de batalla.

Su línea, como puede verse, era quebrada, aproximándose al ángulo recto. Á la derecha se situaron las dos piezas ligeras, B, que ganó el ejército en la Angostura, sostenidas por dos escuadrones.

Seguía la batería B, compuesta de cañones de á 12 y de á 16, la cual se quiso cubrir con un espaldón que sólo llegó á ser rodillera, y fué *la única obra de fortificación que se intentó levantar en Padierna.*

Á la izquierda desplegaba un batallón en batalla, y después una batería con tres obuses de á 68.

Al pie de la loma, en el camino hondo que por allí pasa rumbo á Contreras, se establecieron dos batallones D, que quedaban cubiertos por una magueyera sembrada sobre un borde que les podía servir de parapeto.

El ranchito de Padierna, que está situado á pocas varas al pie de la loma, no fué ocupado seriamente.

Detrás de las baterías, en segunda línea, formaron en línea desplegada tres batallones; y otro, á retaguardia del flanco izquierdo como en reserva.

El resto de la artillería, E. E. se colocó como se ha dicho, formando martillo, con el frente al Norte, mirando hacia el Bosque de San Gerónimo, como si ya se hubiese consentido en que lo ocupase el enemigo.

Á las dos de la tarde, se avistaron sus tropas que en dos columnas paralelas ascendieron á las altas lomas de Zacatepec, desde donde nuestro campo era perfectamente dominado y sobre el que empezó á hacer sus fuegos una batería ligera americana, á la que respondió con tiros inciertos, por lo escabroso del terreno, la artillería de Pelón Cuauhtitla. Las columnas enemigas avanzaron á la carga sobre el rancho de Padierna, cuyas avanzadas rompieron sobre aquéllas un vivísimo fuego de fusilería.

El general Valencia hizo llevar las reservas situadas en Anzaldo al centro de la línea de batalla, abandonando, torpemente, aquel punto que pudo haber sido defendido con energía y éxito, por ser un edificio sólido y rodeado por defensas naturales del terreno, punto tanto más importante cuanto que cerraba la izquierda de nuestra línea.

El general Scott, con el intento de envolverla cortando la retirada y cayendo á retaguardia de nuestras posiciones, hizo adelantar tropas de infantería por el Pedregal, donde quedaron ocultas, yendo luego á apoderarse de Anzaldo, para continuar en orden disperso su movimiento envolvente á nuestra izquierda, hasta ocupar el bosque de San Gerónimo, en el que, parece increíble no haya fijado su atención el general Valen-

cia. Los americanos fueron llegando á él lentamente, haciéndose fuertes para amagar la retaguardia mexicana.

Entretanto las columnas americanas asaltantes de Padierna, después de un reñido combate en que cayó herido el general Parrodi, hicieron retirarse en buen orden á la brigada mexicana que defendía el rancho, cayendo éste que no había sido fortificado, ni siquiera ocupado radicalmente, en poder del enemigo, quien lo aspilleró al instante, rompiendo un fuego terrible tras de sus muros sobre las lomas donde jugaba nuestra artillería.

En estos momentos, Valencia comprende el peligro que hay de que su adversario siga ocupando el bosque de San Gerónimo; y manda al regimiento de Ganajuato á que se apodere de él, desalojando á los americanos. Efectúase la carga. Pero un solo cuerpo es impotente contra una posición tan difícil de ser tomada por pequeña fuerza de caballería, y tras inútil refriega, el regimiento tiene que volver grupas, diezmado por un fuego espantoso. Entonces Valencia, tras este fracaso y notando que los americanos del bosque, orgullosos con su triunfo y aumentándose su número cada vez más, intentan una salida para dar un contragolpe, ordena al general Torrejón que cargue con toda la caballería y tome el bosque á toda costa.

De nuevo envía también repetidos avisos al general Santa Ana que se encuentra muy cerca con su fuerte división, comunicándole ataque al enemigo por la retaguardia con lo que el triunfo sería completo para las armas mexicanas, evitando, por otra parte, el peligro inminente de una terrible derrota.

La segunda carga de nuestra caballería se realiza

con vigoroso ímpetu, recibiéndola la infantería americana, tras el bosque, con los nutridos fuegos de sus rifles. En el lindero se traba un encarnizado combate, cayendo en las primeras filas, al frente de sus jinetes, el general Frontera, lo mismo que otros valientes oficiales que pagaron con su vida aquella desesperada tentativa heroica!

Nuestra caballería tuvo que retroceder imposibilitada en absoluto de obrar en terreno quebrado y obstruído, sobre infantería que, bien oculta en la espesura de un bosque, pudo aniquilar impunemente á su adversario.

El obstinado Valencia, con anticipación al ataque de la caballería sobre San Gerónimo, había destacado una batería apoyada por dos batallones en el camino de San Ángel, para batir el citado bosque, intentando impedir la llegada de nuevos refuerzos.

Cuando la batalla se había generalizado, en el preciso instante crítico en que las baterías de las lomas batían, sostenidas por cuerpos de infantería, el rancho de Padierna, preparándose á recobrarlo por un esfuerzo supremo; cuando de nuevo se rechazaba á tropas americanas ante los magueyales del camino y se reformaba á nuestra retaguardia la caballería, apareció como nuncio de salvación y victoria para el ejército mexicano, la división del general Pérez enviada por Santa Ana, desplegando en batalla sobre elevado y extenso lomerío (H. H.) (Véase el Croquis), apoyando su extrema izquierda con una batería ligera, que envió sobre San Gerónimo algunos proyectiles.

La presencia de aquellas fuerzas, frescas y numerosas, en las lomas del Toro, por donde apareció el general Santa Ana amenazando San Gerónimo é intentando



ı Valencia, dividiendo así al ejército americano, ınodo fácil y decisivo para la derrota del ene- produjo un júbilo indescriptible en nuestros y el mismo general Valencia que momentos se aprestaba á enviar refuerzos á los puntos os cuales creía que se acercaban otras columnas gas, viendo las tropas de Santa Ana, hizo resonar alegres de victoria en toda su línea de batalla, pañadas con el unánime grito de ¡Viva México! n tono de triunfo lanzaron á la hora del crepús- — ¡siniestro crepúsculo de muerte y derrota! — gimientos mexicanos.

ı que Valencia creía que el general presidente lole en aquel conflicto que al punto podía resol- e en victoria, caería sobre el americano, cortándole, o hemos dicho, sin que pudiese ni siquiera escapar. fectivamente, tan crítica se hizo la situación del cito invasor al aparecer la división intacta y de esco de Santa Ana, á su retaguardia, que el general tt, quien desde el cerro de Zacatepec observaba las las peripecias de la batalla, tuvo un ademán de sesperación, y principió á ordenar su retirada, com- endiendo la magnitud del peligro en que súbitamente ponía la presencia hostil de la nueva división.)

Iba á consumarse de pronto la derrota del adversario espués de haber estado indeciso y aun adverso para osotros el giro de la batalla, y, cuando en el instante el crepúsculo todos los nuestros esperan el ataque errible de sus hermanos contra el enemigo común, vese inmóvil, ¡criminalmente inmóvil, frío espectador del tremendo drama! al general presidente, delante de sus tropas, ¡oh! de aquellas tropas que pudieron ser la salvación y la gloria de la Patria!....

unirse á Valencia, dividiendo así al ejército americano, de un modo fácil y decisivo para la derrota del enemigo, produjo un júbilo indescriptible en nuestros jefes, y el mismo general Valencia que momentos antes se aprestaba á enviar refuerzos á los puntos sobre los cuales creía que se acercaban otras columnas enemigas, viendo las tropas de Santa Ana, hizo resonar dianas alegres de victoria en toda su línea de batalla, acompañadas con el unánime grito de ¡Viva México! que en tono de triunfo lanzaron á la hora del crepúsculo — ¡siniestro crepúsculo de muerte y derrota! — los regimientos mexicanos.

Era que Valencia creía que el general presidente viéndole en aquel conflicto que al punto podía resolverse en victoria, caería sobre el americano, cortándole, como hemos dicho, sin que pudiese ni siquiera escapar. (Y efectivamente, tan crítica se hizo la situación del ejército invasor al aparecer la división intacta y de refresco de Santa Ana, á su retaguardia, que el general Scott, quien desde el cerro de Zacatepec observaba todas las peripecias de la batalla, tuvo un ademán de desesperación, y principió á ordenar su retirada, comprendiendo la magnitud del peligro en que súbitamente lo ponía la presencia hostil de la nueva división.)

Iba á consumarse de pronto la derrota del adversario después de haber estado indeciso y aun adverso para nosotros el giro de la batalla, y, cuando en el instante del crepúsculo todos los nuestros esperan el ataque terrible de sus hermanos contra el enemigo común, vese inmóvil, ¡criminalmente inmóvil, frío espectador del tremendo drama! al general presidente, delante de sus tropas, ¡oh! de aquellas tropas que pudieron ser la salvación y la gloria de la Patria!....

Obscurecía ya.... El cielo encapotado fúnebremente presagiaba recia tempestad, iluminando con relámpagos súbitos y rojos el campo de batalla.... hay confianza aún en las tropas mexicanas en las que la voz de su bravo general Valencia hace vibrar los viejos heroísmos de su raza.... y entonces, á los toques de ataque y diana, que se confunden en un solo himno de bravura magnífica, se precipitan los batallones de las lomas, sostenidos por el fuego de sus baterías, contra el rancho de Padierna, y tras los horrores de sangrienta pelea, penetran entre los escombros del Caserón, recobrándolo á costa de inauditos esfuerzos, á bayoneta calada.

Al efectuarse este asalto, desaparecieron de las lomas del Toro las fuerzas de la división de Santa Ana, y habiendo llegado la noche, las tropas mexicanas quedaron en sus primitivas posiciones en la firme y consoladora creencia de que al día siguiente aquella reserva virgen completaría la derrota del enemigo.

Mas no fué así : apenas verificado el último glorioso episodio de la batalla, la división que tanto pudo hacer por decidir victoriosamente la jornada para orgullo de nuestras banderas, se retiró rumbo á San Antonio, después de haber disparado unos cuantos cañonazos sobre el bosque de San Gerónimo, como una despedida que en el campo mexicano se tomó como rotunda y sonora promesa de triunfo!

Durante la noche, tras las fatigas del combate, hubo en las tropas acampadas la dicha y la satisfacción de haber contenido los ataques del invasor con la fe magnífica de aniquilarle á la mañana siguiente; y si en los soldados había tal satisfacción, en el general Valencia y gran parte de su Estado Mayor, el regocijo no tuvo límites. Así fué que el general en jefe redactó pompo-

samente un parte al Gobierno general, relatando su victoria y proponiendo empleos, ascensos y condecoraciones á granel á quienes más se habían distinguido en la jornada.

Á las nueve de la noche, hora en que descendía copiosa lluvia sobre el campamento, llegaron á la barraca que servía de tienda al general Valencia, algunos ayudantes y amigos de Santa Ana (quien se albergaba en San Ángel) comunicándole de orden de éste, que se retirase á todo trance, aun abandonando su artillería y trenes.

Valencia tuvo entonces la certeza de su abandono, vióse por completo aislado, cercado por fuerzas enemigas que le aplastarían del todo, si no se abría paso vigorosa y denodadamente á través de ellas!

Pero lo peor fué cuando la terrible noticia del abandono de la heroica División cundió entre sus filas, en la noche lluviosa y fatídica, llevando á los espíritus de tantos valientes un hálito envenenado de abatimiento y desconfianza.... ¡y la eterna palabra sombría pasó con soplo de cólera y vergüenza por sobre todo el ejército diseminado en las ásperas lomas de Padierna, agobiado por el hambre y la fatiga de la lucha, transido por la fría lluvía.... ¡oh! sí, pasó de nuevo como en tantas otras catástrofes la maldita frase: ¡traición! ¡traición!

. . . .

Júzguese de la rabia que produciría en el impetuoso Valencia la noticia de su abandono complicado con la orden de retirarse del campo. Á esta no obedeció el bravo jefe, y reuniendo en la madrugada á sus principales subalternos en un rápido Consejo de Guerra, resolvieron todos resistir con brío y decoro los ataques

del enemigo por entre cuyas filas deberían abrirse paso furiosamente, en el instante más oportuno.

Amaneció. Y el adversario que había hecho avanzar sus fuerzas en gran número por nuestra izquierda, robusteciendo San Gerónimo, envolviendo completamente todas las posiciones de Valencia, lanzó tres columnas sobre ellas : una contra el rancho de Padierna, otra sobre la retaguardia nuestra, y la última sobre la derecha desbordando el camino de San Ángel.

Los jefes mexicanos que aun alentaban, al amanecer del día 20, ligera esperanza de que por aquel rumbo les llegara algún auxilio, prepararon vigorosa resistencia, y cuando por fin tuvieron el atroz convencimiento de su abandono, indignados y rabiosos, atacaron las líneas americanas cuyas columnas se iban estrechando en torno de nuestros batallones. Cuando á retaguardia de ellos tronaron las descargas enemigas, la confusión fué espantosa; sin embargo, gracias á la energía de heroicos capitanes, se hizo frente á la avalancha que iba arrollando todo.... Y el parque general cayó en su poder, sin que pudiera impedirlo nuestra caballería, incapaz de cargar en terrenos escabrosos, falta de dirección y de unidad, con los jinetes y caballada exhaustos. No se utilizaron ni algunos cuerpos de infantería por tener inútiles sus municiones á causa del chubasco de la noche. En vano el general Valencia trató de formar con lo más veterano de las tropas una columna; todo fué inútil : el pánico desmembró los restos de su división y sólo algunas secciones aisladas, á fuerza de temeridad y astucia, lograron escapar á la persecución de la caballería americana cuyos recios sables se enrojecieron hasta la empuñadura en sangre mexicana!...

El derrotado jefe tomó el camino de Toluca, por habérsele advertido que Santa Ana furioso por su desobediencia, pensaba fusilarle!

. . . .

¡Quién sabe cuál de los dos caudillos merezca más el anatema de la Historia!



XVI

DEFENSA DE CHURUBUSCO

Siniestras fueron las consecuencias de la derrota de Padierna : era el aniquilamiento de la veterana División del Norte y la pérdida de las fortificaciones de San Antonio que ya no tenían objeto, por poderlas envolver el enemigo, con el camino de San Ángel abierto á éste.

Santa Ana desde la noche previó tales desastres — que pudo haber evitado — ordenando desde luego que su División evacuara San Ángel al amanecer, rumbo á Panzacola, disponiendo que se abandonase San Antonio, destruyendo sus atrincheramientos para concentrarse en la segunda línea de defensa. La brigada Ligera, á las órdenes del general Pérez, se retiró por Coyoacán al puente de Churubusco, para seguir luego á la Candelaria, lo mismo que la brigada de Reserva del general Rangel, quien contramarchó rumbo á la Ciudadela, entrando por la garita del Niño Perdido. El jefe mexicano quedó á retaguardia con su Estado Mayor. Los regimientos de *Húsares*, *Ligero de Veracruz* y los restos de caballería de la *División del Norte*,

en las primeras horas de la mañana se habían incorporado á las tropas que salían de San Ángel.

Los americanos emprendieron una furiosa persecución contra éstas, por el camino de Coyoacán, molestando con sus descargas la retaguardia y los últimos rezagados que eran muertos ó hechos prisioneros. En este último punto hizo alto el general presidente para organizar sus diversas tropas, y cuando todas estuvieron reunidas, prosiguió la retirada hacia Churubusco en cuyo convento estaban de guarnición los cuerpos de Guardia Nacional, « Independencia » y « Bravos », al mando de los generales Rincón y Anaya.

Al mismo tiempo que llegaban de Coyoacán las fuerzas de Santa Ana, al puente de Churubusco con las tropas que se retiraban de San Ángel, desembocaban también, en confusa retirada, las que defendían las fortificaciones de San Antonio, perseguidas por la columna americana del general Worth.

Este jefe tuvo orden del general Scott para que saliera de Tlalpam con una fuerte división sobre el frente de San Antonio, en tanto que las divisiones Pillow y Twiggs, desprendidas del campo de Padierna, se aproximaban por la retaguardia para envolver la posición. Bien sabía Scott que tomado San Antonio tenía un camino hacia la capital, corto y practicable para sus trenes.

El general Don Nicolás Bravo era jefe del punto donde había, antes de la llegada de los cuerpos de Guardia Nacional, « Hidalgo » y « Victoria », algunas fuerzas veteranas ó activas procedentes del Sur, unas y otras en número de más de 2 000 hombres. Los cuerpos de Guardia Nacional constaban de 1,200 plazas y se trasladaron con los demás de la brigada Anaya, al

mando del general Rincón, del Peñón á Churubusco, el 18 de Agosto, de donde avanzaron á San Antonio el 19.

Á las siete y media de la mañana del funesto 20 de Agosto, recibió el general Bravo la orden de retirarse, abandonando la posición y destruyendo sus fortificaciones. Dos horas después emprendió dificultosamente la marcha, cubriendo la retirada el mismo jefe con su Estado Mayor y las fuerzas del Sur. Momentos después apareció por el Pedregal una de las brigadas de Worth, cuyas avanzadas rompieron el fuego sobre la columna en marcha, que se fué batiendo con brío y orden hasta el puente de Churubusco, donde como hemos dicho, se encontró con la columna que se retiraba de San Ángel, originándose entonces una gran confusión.

Santa Ana, que organizaba la defensa del puente, hizo que las tropas que venían de San Antonio continuaran su marcha hasta las garitas de la capital, no obstante las instancias que sus jefes hicieron por quedarse á defender el puente ó el Convento de Churubusco.

En Xotepingo y las inmediaciones de San Antonio, quedaron algunas tropas conteniendo el avance de los americanos, y resistieron con denuedo hasta quedar cortadas por el enemigo en cuyo poder tuvieron que dejar algunos carros con municiones y piezas de artillería, que iban obstruyendo la calzada y que fueron muy útiles á la columna de Worth, pues tras ellos se parapetaron al avanzar sobre el puente de Churubusco.

El general Santa Ana ordenó verbalmente á los generales Rincón y Anaya que defendían el Convento que á toda costa y hasta el último trance sostuvieran

la posición, para cubrir la retirada de sus tropas y de las de San Antonio, las que como ya se indicó, siguieron por la calzada de Tlaĭpam á México.

Sin embargo, poco después, viendo que la división Worth se disponía á embestir el puente y sus inmediaciones con las brigadas de su división, fraccionando varias columnas de ataque, hizo volver el jefe mexicano á los cuerpos Ligeros del general Pérez, para que violentamente reforzaran el puente de Churubusco en cuya cabeza había colocado poco antes una batería de cinco cañones, apoyada por las campañías de « San Patricio y el batallón de Tlapa.

Mientras tanto, otras columnas americanas desprendidas de Coyoacán, avanzaban resueltamente sobre el Convento de Churubusco que dominaba el camino, apenas fortificada la posición con defensas en cuadro en torno del sólido edificio del Convento, construídas aquéllas, con trincheras de tierra floja revestidas de adobes, y defendido todo, como ya dijimos, apenas por dos cuerpos de « Guardia Nacional » : « Independencia » y « Bravos ».

Era que el general Scott, convencido de que la columna de Worth iba á arrollar San Antonio, prosiguiendo su empuje por el Sur de la Capital, observando sus movimientos desde lo alto de la torre de Coyoacán, lanzaba por el camino de este hacia Churubusco, la división de Twiggs para que atacase el Convento.

Instantes después, el general en jefe norteamericano, bien informado por sus hábiles ingenieros de la dirección de nuestras tropas en retirada, sostenida ésta, brava, pero difícilmente, por la épica resistencia del puente y Convento de Churubusco, ante cuyas defensas se trellaba el ímpetu de las diversas columnas de Worth

y Twiggs, las que reforzadas á tiempo podían pasar adelante, tarde ó temprano, mandó que otra división compuesta de cuerpos voluntarios, al mando del general Shilds, vadease el río y fuera á cortar la retirada de las tropas mexicanas, apoderándose de las importantes posiciones La Troj y Portales, un poco á la derecha y á espalda del convento de Churubusco.

Formada ya una idea general del plan del enemigo para perseguir nuestras tropas y envolverlas, prosiguiendo por otra parte su avance hacia la capital, contemplemos un instante el magnífico espectáculo de la defensa del puente de Churubusco, mientras á retaguardia de este punto el convento asaltado á su vez, inmortalizaba su digna guarnición, á costa de prodigios heroicos!

El puente de Churubusco tendíase sólidamente, á caballo sobre el álveo profundo de escarpados ribazos del río que corta perpendicularmente la calzada. En la cabeza del puente se construyó una obra en herradura, apoyada en los mismos relieves del terreno y circundada por un foso con agua, teniendo en sus extremos baluartes que á última hora se artillaron, debiendo advertirse, que ni dicho puente ni el convento formaban parte de línea de defensa, siendo puntos aislados que de súbito se improvisaron en obras defensivas para detener unas horas al enemigo.

La división Worth, parapetándose tras de los carros que habían abandonado nuestras mismas tropas y destacando á su frente derecha é izquierda extensas líneas de tiradores, ocultándose entre las espesas milpas, principió su ataque sobre las trincheras del puente y los ribazos de la margen opuesta, desde cuyas asperezas brotó el fuego graneado de los fusiles mexicanos, en

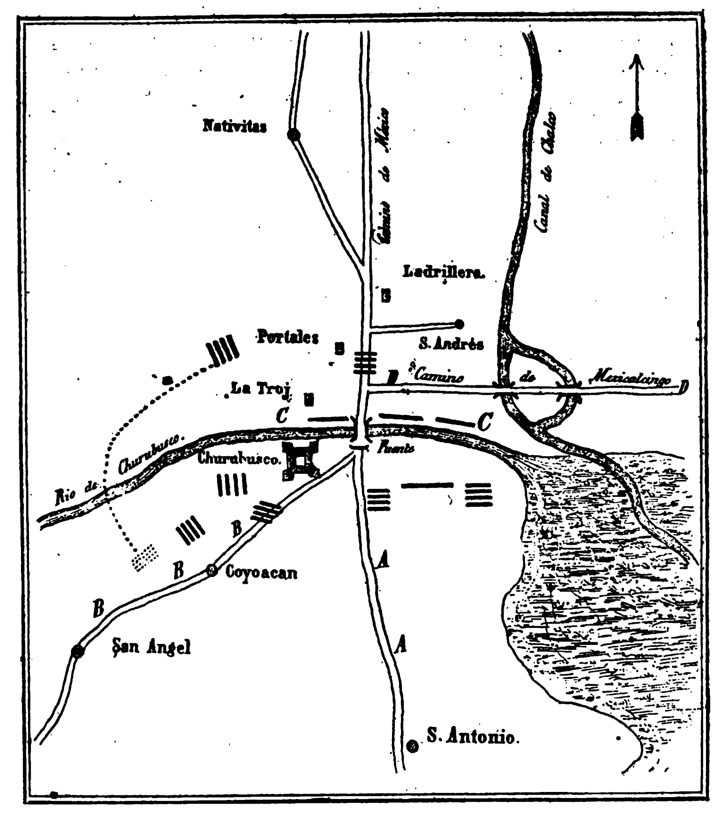
tanto que de la cabeza del puente nuestra gruesa artillería lanzaba tremendas descargas barriendo la calzada de Tlalpam y sus dos flancos.

Por desgracia, el enemigo había aprovechado sagazmente los carros abandonados en la calzada, y tras ellos contestaban el tiroteo, sufriendo menos de lo que hubiera tenido que experimentar si se hubiera acercado sin tan gratuita ventaja. No obstante, los proyectiles mexicanos de cañón y fusil, siembran la muerte en las filas americanas. Ordénase en éstas una carga decidida contra nuestros parapetos, y una columna avanza por el centro del camino, en tanto que otra á su derecha va contra las escarpas de la margen del río, intentando flanquear la posición; pero los cañonazos de ella, detienen un instante el ímpetu del adversario; va á reanudar la acometida, cuando estallan ante nuestras baterías, con formidable estruendo, dos carros de municiones que habían quedado abandonados en la calzada, produciendo estragos terribles... Vuelven á rehacerse los americanos, bajo una nube de tiradores suyos, que intentan quebrantar la resistencia de los defensores del puente, y uno de los cuerpos de su derecha, animado por los fuegos nutridos que envuelven á lo lejos el convento que á su turno resiste desesperadamente, se echa sobre las trincheras mexicanas, calando la bayoneta....

Para resistir la nueva embestida, el coronel Gayosso anima á los cuerpos Ligeros, gritando vivas á México y mandando tocar diana á las bandas, en cuyo instante cae atravesado por una bala.

Precisamente cuando más angustiosa era la situación de los defensores del puente, Santa Ana, á la retaguardia, atento á las peripecias de este combate y el

que aun sostenía el convento y al que había mandado parque que se le pidió con urgencia, Santa Ana, deci-



Croquis del combate de Churubusco.

mos, se lanzó entonces á contener la amenazadora maniobra que el enemigo intentaba, cortando nuestra retirada. Al efecto, el general mexicano dirigió por sí

mismo el 4° Ligero y parte del 11° de línea hacia la hacienda de Portales, un cuarto de legua á retaguardia, para contener la división de los voluntarios de Shilds, trabándose un recio combate de fusilería en las inmediaciones de aquel punto, hasta que habiéndose sabido que los defensores del puente de Churubusco, rechazados por fin á la bayoneta después del último asalto, se retiraban por la calzada que sigue á México, tuvieron que abandonar también Portales, dejando cortadas á todas las tropas, con gran pánico de ellas, al que se unió el profundo abatimiento que produjo, poco después, la caída heroica del convento de Churubusco.

Contemplemos ahora el sublime panorama que presenta entre tan lúgubres acontecimientos el edificio conventual de Churubusco, rechazando, — aislado entre apacibles huertas, sementeras, bosques y arroyuelos, defendido por un puñado de valientes no acostumbrados al fuego de las batallas, con escaso parque y poca artillería, — el triple empuje de un invasor robusto y engreído con triunfos anteriores y emulando obtener otros iguales á los que simultáneamente verificábanse en el Sur del Valle de México.

El amplio y fuerte edificio del convento, á 400 metros del puente, presentaba á las columnas invasoras su barda de mampostería aspillerada en gran parte, rodeándole atrincheramientos ligeros, ante los que corría un foso, dominando la improvisada fortificación una chaparra torre.

Desde el instante en que el general Rincón se hizo cargo del mando del punto el día 18, había activado la conclusión de las fortificaciones, formando al Poniente y al Sur, que estaban descubiertos, atrincheramientos, de frente á los caminos de Coyoacán y Tlalpam, sin que

pudieran terminarse las obras de la derecha ni de la azotea del convento, circunstancia que en gran parte aceleró su pérdida.

En un principio no había en el fuerte sino un cañón, pero en la madrugada del día 20 se recibió una pieza de á cuatro con su correspondiente dotación, llegando después otros seis cañones de diversos calibres que fueron colocados, enfilando respectivamente los caminos de Coyoacán y Tlalpam.

Los generales Rincón y Anaya que tenían orden de resistir en el puesto á toda costa, distribuyeron en defensa los cuerpos « Independencia » y « Bravos » en los puntos por donde se suponía el ataque del enemigo, hacia el camino de Coyoacán. Previamente se había mandado hasta esta villa un destacamento de exploración á las órdenes del teniente coronel Peñúñuri, en observación de aquel paraje; mas los acontecimientos que completaron la derrota de Padierna hicieron que aquel cuerpo se replegara al convento de Churubusco, donde se esperó al americano, después de haber visto pasar la división en retirada, de Santa Ana, que volvía de San Ángel, y allá, más á lo lejos, la fuerza que abandonaba San Antonio, perseguidas estas y aquellas tropas, por las columnas enemigas á las que debían resistir heroicamente el Puente y el Convento de Churubusco.

El general Scott había encomendado el ataque del *Convento* á la división de Twiggs, compuesta de dos brigadas al mando de los generales Smith y Riler, más una batería de campaña. La primera brigada formó en columna para tomar el lado izquierdo ó Sur del convento, el que estaba también amenazado por los fuegos de las columnas de Pillow y Worth, que en aquellos

instantes atacaban el puente. Frente al convento se estableció la batería que rompió sus descargas contra las nuestras, en tanto que la brigada de Riler amagaba por la derecha. Á retaguardia, desde la calzada misma de Tlalpam la batería de Duncán que no pudo ser aprovechada contra el puente, cooperó al ataque, cerrando el círculo de fuego de rifle y cañón que envolvió al convento antes de que las columnas de infantería dieran sus definitivos asaltos.

La columna de Smith, á la izquierda, intentó acercarse después de nutridas descargas que el fuerte no contestó; mas cuando estuvo á muy corta distancia, una salva de fusilería, bala rasa de cañón y metralla detuvo á los asaltantes. Reanimáronse; pero otros tiradores de reserva hicieron fuego entonces, volviendo á contener la columna que respondió al fuego con el de sus rifles, en tanto que la batería americana apoyaba el ataque. Por fin, el batallón « Bravos » y las compañías de San Patricio, que ocupaban los redientes y cortinas del frente y de la izquierda, pudieron hacer retroceder la columna de Smith, al mismo tiempo que por la derecha, la brigada Riler emprendía el asalto, esparciendo su gente con el objeto de poder cargar por las incompletas obras de la extrema derecha; pero allí también esta columna fué detenida por el batallón de « Independencia » que cubría las alturas y algunas obras avanzadas. Poco tiempo después de empezado el ataque general al convento, Santa Ana enviaba de refuerzo los piquetes de « Tlapa », « Chilpancingo » y « Galeana » que ocuparon la parte de la derecha, que carecía de parapetos.

Durante una hora el convento vomitó fuego por sus cuatro costados, conteniendo las sucesivas cargas que

el enemigo encarnizado intentó varias veces; y en torno de aquel centro de heroísmo, fuego y muerte, fuése estrechando un círculo de hierro, estruendoso y terrible, en tantò que allá, no muy lejos, á la izquierda y retaguardia, tronaban los últimos disparos del puente contra las columnas de Worth y Pillow, detenidas á su vez por la bravura de los cuerpos Ligeros de la Brigada Pérez.

Mas cuando allí fué imposible la defensa, y la bandera de las estrellas ondeó sobre la posición mexicana, lo más fresco de las victoriosas tropas asaltantes contra el puente, cargaron sobre la retaguardia del Convento, volviendo contra él los mismos cañones nuestros. Ante este terrible refuerzo que duplicaba las tropas enemigas, lejos de menguarse la resistencia del reducto, creció en proporción.... Nuestros valientes que tenían las manos negras y quemadas por la pólvora, lanzaron ¡vivas! á la patria, y, olvidando la fatiga, siguieron sembrando la muerte sobre el enemigo agigantado. Por desgracia, las municiones escaseaban y el general Rincón que había mandado infinidad de ayudantes á Santa Ana, pidiendo parque, sólo recibió un carro, que con la precipitación que fué remitido, no se observó su calibre, resultando ser mayor del que se necesitaba. ¡Qué desesperación para aquellos valientes que pedían, con ansia noble, parque para seguir batiéndose, y que al tenerlo, resultaba inútil, por una vergonzosa torpeza de quien pudo haber hecho aquella resistencia de Churubusco mucho más terrible y tremenda al adversario y aún más gloriosa para la Patria!

Sólo los soldados de « San Patricio », bravos irlandeses que espontáneamente defendieron nuestro Estandarte, pasando á las filas mexicanas por simpatía de

ideales y Religión, pudieron servirse de aquellas municiones, continuando con mayor brío sus descargas, hasta que las del enemigo, en apretada lluvia, daban muerte á tan bizarros tiradores.

Los oficiales y jefes corrían á todos los puestos de mayor peligro, animando á la tropa con sus gritos vibrantes de entusiasmo, dando ejemplo de abnegación y virilidad en lo más desesperado y recio del combate! El general Anaya, en un instante de cólera, al ver que dentro de poco tendrá que agotarse la defensa por falta de parque, se lanza á caballo sobre la explanada; manda cargar una pieza á metralla; y apuntando personalmente sobre la cabeza de una columna que va á desprenderse sobre el parapeto, da fuego. Mas por desgracia, una de las chispas de la mecha incendia el parque próximo, poniendo fuera de combate al capitán Oleary y cuatro ó cinco artilleros que servían la pieza, sufriendo el mismo general varias quemaduras. No por eso se desanimó, y firme y denodado, continuó dando sus órdenes, lo mismo que el general Rincón, hablando paternalmente á los defensores, comunicando á todos su mismo temple de Bronce Heleno.

Y es que el valor que suele salvar las batallas, que es la gloria de un ejército, aun en derrota, lo mismo que el miedo y el pánico que las pierde siempre y es la mengua de una Milicia, se comunica de un modo asombroso á las colectividades por medio del ejemplo.

Así fué cómo en aquella magnífica jornada, los episodios de heroísmo se multiplicaron, y puede decirse que fueron comunes á todos los que se encontraban en aquel recinto, cercado por casi todo el ejército norteamericano, sin que hubiera un solo defensor, jefe, oficial, soldado ó paisano, que no hubiese tenido un

rasgo de bizarría marcial! Hubo allí ciudadanos, que no habiendo jamás usado un cortaplumas, ni disparado una escopeta de caza, y existiendo cañones que no se usaban por falta de artilleros, se aprestaron á cargar y disparar las piezas como pudieron, con gravísimo peligro de sus vidas. Otros, sirvieron de ayudantes de los jefes, y hubo padres que hacían fuego en el parapeto al lado de sus hijos!...

Tres horas y media, sin un instante de mengua, duró el combate de fuego, terminando al fin por la falta de parque; y sin embargo, antes de rendirse, los jefes resolvieron, con entusiasmo, cargar á la bayoneta. Pero comprendiéndose lo inútil y temerario de semejante tentativa, ordenaron el abandono de las defensas exteriores, replegándose las fuerzas al interior del Convento, no sin que algunos valientes, como Peñúñuri, hubieran avanzado con el intento de seguir el combate al arma blanca: ¡al dar los primeros pasos, á pecho descubierto, cayó herido de muerte aquel gran mexicano!

Espantoso silencio siguió al estruendo de la lucha, permaneciendo los nuestros á la expectativa, tristes y sombríos por no poder seguir batallando! El enemigo comprende entonces que ha llegado el asalto decisivo y envía sus columnas á la bayoneta sobre los parapetos en los que nota con alegre sorpresa que no se le recibe á metralla como en las anteriores cargas. El capitán Smith, uno de los primeros que, espada en mano, coronan las obras, viendo que no se le hace resistencia, enarbola por sí mismo la bandera blanca, impidiendo que los suyos se entreguen á bárbara carnicería en venganza de los estragos que en sus filas

causaran los valientes defensores del Convento de Churubusco.

Á las tres y media de la tarde había terminado todo en el sombrío Monasterio, habiendo tenido nuestras fuerzas una pérdida de 139 muertos y 99 heridos, la mayor parte artilleros, quedando en poder del enemigo tres generales, 104 oficiales y 1,155 soldados prisioneros; habiendo perdido aquél, entre muertos y heridos, 21 oficiales y 245 soldados.

Poco después de que cayó Churubusco, la División de voluntarios Shilds que se había dirigido sobre Portales, tomaba este punto, después de un desesperado combate, retirándose sus escasos defensores rumbo á la garita de San Antonio Abad, donde, horas antes, habían llegado parte de las tropas de Santa Ana y los restos que defendían el puente.

Las tropas americanas perseguidoras continuaron su avance victorioso por la calzada, hasta aproximarse á la garita, donde las contuvo el fuego de nuestros infantes, retrocediendo la columna á incorporarse con el grueso del ejército norteamericano.



XVII

MOLINO DEL REY



El capitán Lucas Balderas.

XVII

MOLINO DEL REY

Después de los combates del 20 de Agosto, ambas fuerzas beligerantes se sintieron con tal quebranto y fatiga, que, tanto por parte del general Santa Ana como por la del general Scott, se revolvió solicitar una suspensión de hostilidades, con el pretexto de deliberar acerca de las condiciones de un Tratado de paz. Por fortuna para el honor de nuestras armas, el jefe americano se adelantó, enviando al Ministro de la Guerra, general Alcorta, una nota en la que, lamentando profundamente los horrores de la guerra inhumana que se hacían dos Repúblicas hermanas, creía que era tiempo de que sus diferencias se arreglasen políticamente, á cuyo efecto pedía un corto armisticio durante el cual podríase tratar amigablemente.

Y después de algunas discusiones entre los comisionados de los beligerantes, quienes se reunieron en Tacubaya el día 22, se firmó un convenio, en el que se estipulaba la cesación absoluta de las hostilidades en 30 leguas á la redonda de México, continuándose el armisticio por todo el tiempo que durasen las negocia-

ciones de paz ó hasta que el jefe de alguno de los dos ejércitos avisase formalmente al otro de la cesación de aquél, y con cuarenta y ocho horas de anticipación al rompimiento de las hostilidades; la prohibición absoluta de levantar obras de fortificación ofensivas ó defensivas entre los límites convenidos, la de que los ejércitos se reforzasen, debiéndose detener todo refuerzo, excepto los de víveres á 28 leguas de distancia del Cuartel General; la de avanzar los respectivos ejércitos sus destacamentos é individuos de la línea que entonces ocupaban, á no ser que condujesen ó se presentasen con bandera de parlamento, yendo á asuntos para que estuviesen autorizados por el mismo armisticio.

El artículo 7º fué para nosotros una ignominia, pues en él se le permitía al Ejército Invasor proveerse de víveres y recursos en la misma ciudad de México. Esto causó trastornos posteriores que aceleraron la ruptura del tratado pacífico.

En efecto, apoyándose en dicho artículo, penetraron hasta las calles principales de la ciudad más de cien carros del ejército enemigo para sacar dinero de algunas casas comerciales y proveerse de víveres frescos en el Mercado. El pueblo se indignó, muy justamente, de que el inicuo Invasor, causa de tantas desgracias para la patria que había derramado la sangre de sus hijos, entrara tranquilamente á abastecerse para regalarse, á la misma Capital de la República á la que había ultrajado y á la que amagaba con un golpe de muerte. Tomóse á traición de Santa Ana aquel acto y se revolvió furioso el indignado pueblo contra los carreros del enemigo, apedreándolos. El Gobernador del Distrito intentó reprimir el tumulto con la fuerza

pública ¡ y he aquí que los *lanceros* mexicanos vuelven sus armas contra el pueblo defendiendo al Invasor!

Á duras penas y sólo por la pacífica persuasión del general Herrera que arengó al pueblo, manifestándole que el valor no se muestra con *gritos* y *mueras* ante inermes, — sino en el campo de batalla, frente á los adversarios armados, — se logró calmar la indignación pública.

Las negociaciones de paz no daban resultado alguno, pues los comisionados norteamericanos tenían pretensiones exorbitantes en abierta pugna con nuestro decoro nacional.

El día 6 de septiembre, recibió el Presidente Santa Ana un oficio del general Scott en el que éste manifestaba orgullosamente que consideraba violado el armisticio por parte de México y declaraba rotas las hostilidades, si no recibía al instante satisfacción y reparación. ¡ Era de nuevo la guerra ! Las bandas militares tocaron Generala, y las campanas á *rebato*, continuándose los aprestos de resistencia, reforzándose las guarniciones de las garitas, en tanto que el ejército americano que ocupaba Tlalpam, Coyoacán y Tacubaya, era movilizado para avanzar sobre la Capital.

El objetivo del plan del enemigo, consistía desde un principio, en abrirse paso por el Poniente, después de nulificar las posiciones de Molino del Rey, Casa Mata y Chapultepec. El general Scott creía que en la primera de aquellas posiciones tenía el ejército mexicano un gran acopio de elementos de guerra y sobre todo abundante existencia de sacos de pólvora.

Además, teniendo en cuenta que el ataque sobre la Capital era decisivo si se dominaba el Oeste, — relativamente más fácil de ocuparse, desprendiéndose las

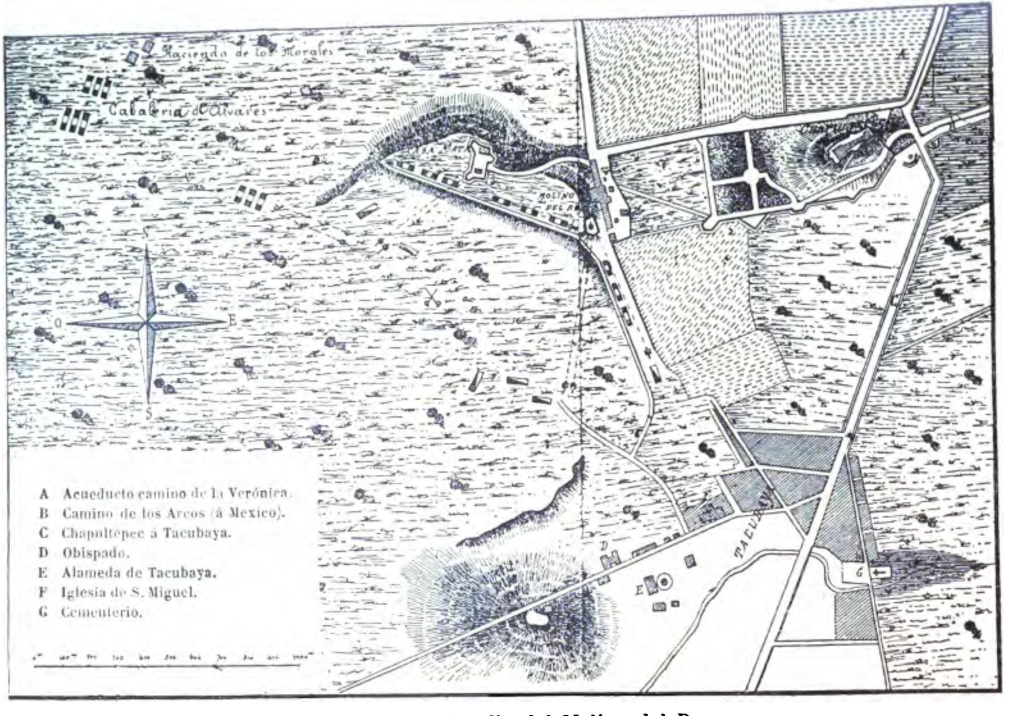
columnas americanas de Tacubaya, — que las que se lanzaran contra San Antonio Abad, en el Sur, Scott hizo dirigir todo su impulso sobre el rumbo indicado, tanto más cuanto que á su vez el general Santa Ana, rotas las hostilidades, dirigió su vista hacia la región amagada tan especialmente por su adversario.

Éste avanzó desde el día 7 sobre la línea de batalla que con gran pompa militar fué estableciendo Santa Ana en los campos de Molino del Rey, Casa Mata, Los Morales y Anzures.

Nuestras tropas ocuparon tras del bosque de Chapultepec el edificio de Molino del Rey, dividido en dos secciones por un acueducto que ofrecía un buen abrigo atrincherado á los defensores. Parte de la finca constituíala el fuerte molino del Salvador, ligado por la línea del acueducto, con un antiguo molino de pólvora, dentro de cuyo edificio se construían cañones. Al Norte de esta línea, cuyos extremos eran dos construcciones de tezontle y cantería, estaba la calzada de *Anzures*, que quiebra al Oriente, en tanto que al Sur limitábase el frente dicho, con los muros y cercas lejanas que veían á los campos y lomas de Tacubaya.

Al N. O. de los molinos había otro edificio aislado, Depósito de pólvora (la Casa Mata) — rodeábale un foso pequeño y varias líneas de chaparros parapetos. Sobre la extensión que abarcaba estas posiciones, en torno de algunas millas, alzábase la cresta más alta del castillo de Chapultepec, cubriendo defensivamente la región occidental con los agresivos fuegos de sus cañones.

Y he aquí cómo Santa Ana cubrió su línea de batalla para impedir el avance de las columnas americanas, que sabía iban á apoderarse de la fortificación mexicana avanzada de *Casa Mata* y *Molino del Rey* :



Croquis de la batalla del Molino del Rey.

En la izquierda, sobre los molinos, hizo colocar la brigada del general León, compuesta de los batallones de *Guardia Nacional* : *Libertad*, *Unión*, *Querétaro* y *Mina*.

Á la mañana siguiente se reforzó esta guarnición con otra Brigada. El *4° Ligero* y *el 11° de Línea* ocuparon la *Casa Mata* en el flanco derecho, en tanto que en el centro, entre ambos molinos, tras de zanjas y magueyales compactos, se situaba la Brigada del general Ramírez, con cuatro batallones, apoyando fuertemente una batería de seis piezas.

La *División de caballería* compuesta de 4000 caballos se situó á tiro de cañón de *Casa Mata*, con orden de estar á la expectativa de la batalla, para caer en el momento oportuno sobre el flanco izquierdo del enemigo, en el acto de empeñarse la refriega con nuestra infantería.

La reserva formada por el *3° Ligero y el 4° de Línea*, quedó en el bosque de Chapultepec, pernoctando parte de estas fuerzas en la cima del cerro, al mando del coronel Echagaray.

Pero la batalla que esperaba Santa Aña para el día 7, en la parte occidental de México, no se verifica; y creyendo que Scott ha escogido el Sur, — arrojando sus columnas de Tlalpam, Coyoacán y Churubusco, sobre la garita de San Antonio Abad, — desguarnece en la noche del mismo día 7 la línea de batalla que defiende el Poniente de la Metrópoli, desmembrando el robusto brazo, — bien armado antes y presto á la pugna, — para fortalecer el Sur. ¡ Esto fué el penúltimo desastre !

¿ Á qué retirar de la potente línea de batalla del *Molino del Rey* y *Casa Mata*, apoyada por los fuegos de *Chapultepec*, fuerzas que deberían ser el alma de una resistencia heroica, alentando con su sola presencia

las filas mexicanas, y á qué, sobre todo, dejar sin sostén la batería central, bajo el pretexto de que iba á ser atacada, allá..... hacia San Antonio Abad, la puerta que cerraba ante México la calzada meridional, y por qué tantas vacilaciones y contraórdenes delante de un enemigo que ostensiblemente embestía cierto rumbo de nuestra plaza? ¿por qué semejante cúmulo de disposiciones militares?.....

Nadie lo pudo comprender entonces. ¡De nuevo resurgió la frase siniestra, el eterno anatema que para colmo de catástrofes se desplomaba flamígeramente sobre el Director de los destinos de la Nación mexicana.... brotó de nuevo dantesca y trágica la palabra ¡traición! ¡traición! Y no hubo tal traición: fué que se acumularon terribles causas precedentes, atroces, sociales, para determinar en el ejército mexicano, siempre valiente y siempre abnegado, el punto final de la última derrota que fuera al mismo tiempo claro de luz de gloria, cerrando la triste Epopeya de la Invasión Norteamericana en México!....

La brigada del general Worth destacó sus oficiales de ingenieros por entre las lomas de Tacubaya, frente á nuestras posiciones, y ya en la madrugada quedaron instaladas sus baterías cuyos cañones habían de sostener el combinado ataque de cerca de 4000 americanos, bien armados y cubiertos por nubes de ligeros dragones; teniendo á su retaguardia aquella masa impulsiva, confiada en el triunfo, fuerte y rauda, considerables sostenes y reservas, flor y nata de las tropas veteranas enemigas.

Las fuerzas del Jefe Worth fueron sostenidas por tres compañías de dragones, amén de dos piezas de arti-

llería de sitio de á 24 y por otra brigada ligera americana, repartiéndose las columnas enemigas en un frente considerable en el que jugaban más de 3 500 rifles, ocho piezas de artillería y 400 caballos. Era que habían aumentado su fuerza de ataque en tanto que nosotros lo disminuíamos, como ya está indicado.

Á las primeras claridades del día 8, saludaron nuestro campamento, rompiendo fuegos sobre el Molino, la batería enemiga. Á derecha é izquierda fueron avanzando hábiles tiradores americanos hacia nuestras líneas, protegidos por aquella su potente artillería. Los cañones que coronaban las crestas de Chapultepec y la batería que ante los molinos, oculta tras el magueyal activaba sus descargas, respondieron ferozmente al estupendo fogonear de nuestro adversario.

Este batió con sus cañones de Duncán la Casa Mata, disponiendo otros para enfilar su izquierda, hacia donde podía aparecer la caballería nuestra del general Álvarez, quien, como sabemos, tenía orden de acometer el flanco izquierdo enemigo en el instante en que cargara sobre nuestro frente de batalla.

Después de largos despliegues de las secciones beligerantes que maniobraban en sus respectivos campos para formar sus columnas de asalto; después del intenso rebramar de las baterías americanas sobre los molinos del Salvador y la Casa Mata, destácase una columna de infantería enemiga, que lentamente y ladeando pequeñas lomas se aproxima á tomar nuestra batería del magueyal. Resistieron con sus fuegos los bravos batallones que cubrían las azoteas de Molino del Rey y Casa Mata y algunos de los tiradores que se defendían tras las ruinas de los edificios cercanos ó ante los muros del acueducto y los relieves ásperos y ondulantes del terreno.

Pero nuestra batería, que no tuvo próximo sostén, no pudo resistir el empuje de la columna enemiga, y pronto perdió sus cañones, no obstante la resistencia que hizo el 3o Ligero, tras el acueducto. El americano avanza sostenido por los fuegos de su batería ligera, cubriendo su frente con la poderosa y terrible línea volcánica de sus mejores rifleros, siguiendo á esta columna de asalto, dos batallones de reserva.

Detúvose toda esta masa ante nuestros fuegos de cañón y fusilería, en tanto que eran amagadas las posiciones extremas del molino del Salvador y Casa Mata, jugando sin cesar contra el centro enemigo la línea occidental de los cañones de Chapultepec.

El primer asalto de la columna americana fué tan impetuoso y tan hábilmente preparado, que después de haber roto su fuego último para llegar á bayoneta á la batería mexicana volteó nuestros cañones, entre hurras furiosos y delirantes, llevándoselos á toda carrera, ya que nuestra lejana infantería del acueducto y de los molinos era insuficiente para evitar aquel fracaso.

Al mismo tiempo, otra columna norteamericana cargaba fuertemente sobre el molino del Salvador, á la derecha, protegida por gruesos cañones, en tanto que otras fuerzas amenazaban nuestra izquierda, siempre asegurados los adversarios por la enérgica sugestión de su relativamente poderosa artillería.

Ahora volvamos á contemplar la terrible columna de asalto que arrancó nuestros cañones de la batería central, entre Casa Mata y Molino del Rey.... Se apodera de nuestras piezas, y ya las lleva en son de triunfo, cuando tras los victoriosos enemigos carga á paso veloz el batallón del general Echagaray que en Chapultepec permanecía de reserva..... Carga el valiente

Cuerpo, y el adversario acosado á retaguardia vuelve caras, tiende sus tiradores ante pequeñas columnas que se lanzan sobre las nuestras á bayoneta, mas retroceden..... y extendido otra vez en amplia faja el combate de fuego y arma blanca, logran nuestras banderas bellos triunfos... Las columnas de Echagaray y Balderas arrancan entre la refriega los cañones que nos habían tomado los americanos, y allá en la Casa Mata, al mismo tiempo se rechazan las otras columnas asaltantes, varias veces..... Las baterías enemigas prosiguen un nutridísimo fuego apenas contestado por los cañones de lo alto de Chapultepec..... ¡ Era la revancha!

Allá, tras de las lomas de Tacubaya, bien cubierto su frente por éstas, el general Scott dirige la batalla, y notando la debilidad de nuestro centro, que reforzara espontáneamente el 3° Ligero, hace cambiar el frente de ataque; llama á sus reservas, ordenando que vengan en su apoyo otras fuerzas de Tacubaya, y dirige entonces tres nuevas columnas de asalto hacia nuestras posiciones, lanzándose la primera, formada por la brigada del general Cadwallader sobre los molinos, la segunda sobre el frente de la Casa Mata (donde el general Scott creía encontrar gran acopio de material de guerra) y la tercera para envolver el Norte de la misma Casa Mata. Su caballería se agrupó en su flanco izquierdo dispuesta á resistir el empuje de nuestros escuadrones, apoyada por dos piezas ligeras.

Mientras así se rehacía el enemigo de su descalabro, nuestros cuerpos volvieron á sus posiciones, tras los molinos, en los acueductos y las azoteas, colocando los más diestros tiradores ante las lomas, zanjas, matorrales y asperezas..... ¡ Y carga otra vez el adversario; precipítanse de nuevo sus columnas ante una nube de

fuego, amparadas por el estruendo mortífero de sus baterías sobre nuestras líneas, á las que sostiene el redoblado estampido del cañón de Chapultepec..... El combate se desarrolla más intenso, más desesperado y sangriento!.... y otra vez los asaltantes se retiran, enviando hacia su extrema izquierda su batería « Duncán » dispuesta á contener á la caballería del General Álvarez que empezaba á evolucionar.

Los americanos habían sido rechazados también de Casa Mata, y nuestras tropas, en el delirio de su entusiasmo, saltaron los parapetos y á la bayoneta rechazaron á su vez al enemigo! Era de esperarse en esos instantes que la fuerte columna de caballería que á las órdenes del viejo insurgente suriano, general Álvarez, se encontraba sobre el flanco izquierdo americano, cargara, desfilando entre las quebraduras del terreno, para dar rotundo golpe al ejército rechazado; mas por una fatalidad que explica la impericia y la falta de unidad en el mando, como hemos visto en todas las acciones de guerra de esta lamentable etapa histórica, aquella columna de caballería — que si no pudo haber obtenido éxitos, hubiera logrado ejecutar lo bastante para dar al ejército mexicano, si no una victoria definitiva al menos un glorioso episodio de profunda trascendencia moral, — no cargó, y entonces, vueltos á rehacerse los americanos, tornaron al asalto!.... Truenan nuestros últimos cañonazos, intentando detener sus bandas, y al fin, unos tras otros van cayendo en su poder el Molino y la Casa Mata, tomando de nuevo la batería tan heroicamente disputada en el fragor de tanta contienda!

La batalla fué una de las más terribles; solamente en la Angostura se desarrolló ímpetu igual al que desple-

garon los cuerpos mexicanos que saliendo de sus posiciones fortificadas fueron á contener y rechazar las soberbias columnas adversarias!... Hubo refriegas en que jefes y oficiales dieron ejemplo de valor á sus tropas, cayendo épicamente al frente de ellas el bravo general León y los coroneles Balderas y Gelati!.... ¡Jamás el ejército americano había sufrido tanto como ante el valor de estos valientes, en el Valle de México!

Á última hora, como siempre, aparecieron las Reservas de Santa Ana, logrando apenas contener, en torno de Chapultepec, las excursiones de los *voluntarios* del enemigo, trabándose combates parciales en los campos que se extendían á uno y otro extremo del bosque y las calzadas. La artillería del Castillo hizo retroceder á las fuerzas americanas las cuales en la tarde tuvieron que evacuar las posiciones que nos conquistaran á tan alto y enorme precio de sangre!



XVIII

ASALTO DE CHAPULTEPEC



General León.

XVIII

ASALTO DE CHAPULTEPEC

La batalla de Molino del Rey demostró plenamente todo el poder de resistencia de que eran capaces las tropas mexicanas, dirigidas con acierto, entereza y valor.... Jornada fué aquella que costó al enemigo torrentes de sangre y varios elementos de guerra, sin lograr obtener las ventajas que merecían semejantes sacrificios.

El general Scott, como dijimos ya, dirigió sus fuerzas contra el Molino del Rey y sus posiciones adyacentes, creyendo adquirir trofeos inestimables y gran cantidad de pólvora, en cuyo concepto, y deseando avanzar por la vía occidental sobre México, amagándolo desde el mismo Chapultepec — golpe de terrible efecto moral sobre el Ejército y la población —, tuvo cruel y profundo desengaño al ver el tristísimo resultado de la batalla que le costó considerables pérdidas. Vió que en los depósitos de Molino del Rey y Casa Mata no había el rico material de guerra que creyó adquirir, ni mucho menos pudo tener con tan arriesgada y sangrienta conquista puntos estratégicos que compensaran la suma de ener-

gías vitales y pecuniarias vertidas en sus operaciones del 8 de Septiembre y las que le precedieron.

Bien sabido es que los generales Worth y Scott tuvieron agrio altercado porque aquél se oponía al proyecto de su general en jefe, juzgándolo inconducente y antiestratégico. Y efectivamente, poco avanzó el caudillo americano después de la sangrienta jornada del Molino del Rey, si se tiene en cuenta que bien pudo evitar aquel choque general, rehuyendo las posiciones sobre las que lanzó sus brigadas, concretándose á tomar Chapultepec, para seguir sin obstáculo hasta la garita occidental de Belem.

Sin embargo, para la causa mexicana la acción de armas que hemos referido fué uno de los últimos desastres, uno de los últimos eslabones trágicos de la lúgubre cadena que, tendiéndose de Oeste á Oriente, limitó las fronteras de nuestra patria, retrocediéndola centenares de millas al Sur.

Nuestras pérdidas en el Molino del Rey fueron terribles, pues cayeron en poder del enemigo, según sus mismos partes, más de 800 hombres, inclusive 51 oficiales, en su mayor parte de la brigada León; pero el adversario sufrió también hondamente, teniendo 58 oficiales y 729 soldados fuera de combate, amén de multitud de prisioneros y dispersos.

Mas si para el enemigo esta jornada fué costosa, para nosotros tuvo un efecto moral decisivo, produciendo el mayor desencanto en la población de la Capital, estremecida dolorosamente por esta catástrofe, no obstante que el general Santa Ana la hizo celebrar como un triunfo, con repiques y dianas!

¡Quería el general en jefe arrojar velos de apoteosis triunfales á sus postreros descalabros!

¡Y pensar que todavía el día 7, en la misma víspera, se convirtió en paseo y regocijamiento público la extensión que ocupaban el Oeste de Chapultepec, los Molinos, la Casa Mata y calzadas de Anzures y la Verónica!... ¡Pensar que de nuevo, después de tan inauditos desastres había sonreído la esperanza de victoria, tanto que la muchedumbre frenética de entusiasmo patriótico, saludó á Santa Ana con gloriosos vivas, redoblando con el griterio universal, las sonoras cajas de guerra, los repiques de las campanas y el rimar flamígero, vibrante y bélico de cien trompetas y clarines!... Triste apoteosis militar de aquel hombre siniestro que tanto había ido amontonando pesadumbres y atroces infortunios sobre la Patria!

. . . .

¡Traición! ¡Traición! ¡Traición!...

Resurgía la fatídica palabra, vibrando en todas las clases sociales con chasquidos de látigo vengador que azotara vergonzosamente encorvadas espaldas de esclavos!

¿Por qué, por qué no había cargado la caballería? — se preguntaban peritos y profanos en el arte de la guerra .... ¿por qué Santa Ana desguarnecía siempre las líneas que iban á ser atacadas, y cuando estallaba el conflicto no iba en auxilio de los angustiados combatientes, ó cuando lo hacía era para llegar tarde como en esta batalla á cuyo campo se dirigió á la cabeza del 1er Regimiento Ligero, acudiendo sólo á presenciar los estragos de la infausta rota del bosque de Chapultepec?...

Habiéndose retirado los americanos á Tacubaya dejando destacamentos en las posiciones conquistadas,

con artillería ligera y gruesa para batir el bosque y lo alto del cerro, siguióse un duelo de artillería entre la suya y la nuestra, que contestaba dignamente desde la almenada corona del Castillo. Pero al fin los enemigos tuvieron que abandonar el campo, hostigados por nuestros fuegos.

Del 8 al 11, el ejército americano se concretó á reorganizarse, haciendo aprestos desde su Cuartel General que estaba en Tacubaya, para dar un vigoroso asalto contra el Poniente de la ciudad de México. Las tropas enemigas de Tlalpam, Churubusco y Coyoacán, reforzaron en parte á las de San Ángel y Tacubaya, y las avanzadas de las lomas, mientras otras fracciones tenían orden de hacer una demostración de ataque sobre las garitas de San Antonio Abad y la Candelaria.

El general Scott después de haber hecho reconocimientos importantes por las regiones del Sur de la ciudad, se decidió á efectuar el ataque, principalmente por el Oeste, apoderándose de la altura de Chapultepec.

Con este objeto hizo instalar cuatro baterías para que bombardearan el Castillo hasta destrozarlo, produciendo terrible efecto moral entre sus defensores. La primera, compuesta de dos piezas de á dieciséis y un obús de á ocho pulgadas, se instaló en la hacienda de la Condesa para batir el Sur del Castillo, defendiendo sus fuegos al mismo tiempo la calzada de Tacubaya y Chapultepec. La segunda constituída de un cañón de á veinticuatro y un obús de á ocho pulgadas, se situó en la loma del Rey, frente al ángulo S. E. del fuerte; colocándose la tercera, con un cañón de á dieciséis y un obús de á ocho pulgadas, á doscientos cincuenta metros de los molinos; mientras la cuarta, con un grueso obús

de diez pulgadas quedó abrigada dentro del mismo edificio del Molino.

Á estos elementos esenciales que para efectuar el bombardeo acumuló el adversario al Poniente y Sur del Castillo, hay que agregar numerosa artillería de reserva, compuesta en su mayor parte de nuestros mismos cañones de sitio y plaza arrebatados en Cerro Gordo, Churubusco y Padierna, sostenido todo este apresto por densas líneas de infantería, cubiertas por baterías ligeras y Exploradores Ligeros á caballo.

Hábilmente engañó Scott á Santa Ana, haciéndole creer que intentaría el ataque por el Sur de México, enviando á la división Quitman de Coyoacán, á unirse con la de Pillow, *de día*, amenazando las garitas meridionales; pero con orden estos jefes de volver, *en la noche,* con el mayor sigilo y silencio á Tacubaya donde estaba de Cuartel General americano.

El general Twiggs con la brigada Rayler y dos baterías de campaña, quedaron ante dichas garitas en actitud amenazadora.

Nuestro general presidente cayó en el lazo, y al instante que supo lo de las maniobras enemigas contra el Sur de la población, retiró fuerzas de Chapultepec y otros puntos para engrosar sus reservas, dirigiéndose con ellas hacia San Antonio Abad, Niño Perdido y la Candelaria.

Al amanecer del día 12, las baterías americanas rompieron sus fuegos sobre el bosque y el castillo, produciendo espantosos estragos, y después de que aquéllas rectificaron sus punterías pudieron al fin enviar con el más terrible éxito, sus cohetes á la Congréve, sus granadas y sus bombas de hierro....

Chapultepec apenas estaba defendido por muy lige-

ras obras de fortificación : en el exterior un hornabeque en el camino que va á Tacubaya. En la puerta de la entrada oriental : un parapeto y en la cerca débil é impropia como defensa militar, que entonces rodeaba el bosque por la parte Sur, se construyó una flecha, abriéndose en torno un foso de 7 metros de profundidad. Este debía rodear todo el bosque; pero semejante obra, como otras muchas que se empezaron á ejecutar en una posición que debió haber llamado poderosamente la atención de Santa Ana ante un enemigo que tan bien demostraba su designio de atacar la capital por el Oeste, no quedó terminada, y apenas si se colocaron tablones y morillos cavándose al derredor algunas cortaduras entre zanja y zanja. Otras flechas tendiéronse al Poniente y al pie del cerro, colocando fogatas y trampas en combinación, por el trayecto que se suponía siguieran las columnas asaltantes.

El recinto del edificio pomposamente llamado *Castillo*, se rodeó en gran parte con parapetos de *sacos á tierra* y revestimientos de madera, ramajes y adobes, blindándose los techos que cubrian los dormitorios del Colegio Militar y los principales depósitos.

Apenas 7 piezas de artillería defendían esta posición tan descuidada, en suma, por Santa Ana : dos de á veinticuatro, una de á ocho, tres de campaña de á cuatro y un obús de á sesenta y ocho.

Era el jefe del punto el ilustre y benemérito general Don Nicolás Bravo, quien tenía como segundo al general Mariano Monterde, contando con una guarnición de tropas bisoñas y desmoralizadas, que á la hora del conflicto sumaban unos 800 hombres los que se distribuyeron en las obras del bosque y en la propia defensa del edificio, en lo alto del cerro.

En vano el general Bravo hizo ver á Santa Ana lo peligroso que era abandonar la posición al cuidado de tropas reducidas y de mala calidad, (contingente de reclutas indígenas de varios Estados) á los que no se supo ó no se pudo, ó tal vez no se quiso, ni se intentó, hacer penetrar en sus conciencias la fé patriótica, enderezando el viejo temple heroico de su raza hacia el denuedo provechosísimo de una gran resistencia ante el Invasor.

Al amanecer del día 12, las baterías americanas principiaron el bombardeo sobre el bosque y el llamado *Castillo*, contestando sus fuegos muy escasamente nuestra pobre artillería.

Al principio, fueron nulos los efectos de los primeros disparos dirigidos contra el fuerte; pero muy pronto los jefes ingenieros del enemigo rectificaron sus punterías, y durante todo el día cayó sobre Chapultepec una lluvia de granadas, bombas y cohetes á la Congreve, produciendo estragos espantosos en el material de las fortificaciones y en la escasa tropa que las guarnecía. Hubo necesidad de retirar gran parte de ella para que no sufriera impunemente tan mortíferos fuegos, colocando tras del cerro, hacia el Oriente, á todos los defensores que no pertenecían á la artillería y á los no empleados en las obras de defensa. El enemigo mantuvo en el aire una bomba, en toda la jornada del día 12, terminando la actividad de sus baterías a obscurecer.

En la noche, mientras el general Nicolás Bravo urgía con desesperación, como ya indicamos, por que se reforzaran las tropas de su mando con parte de las reservas intactas que Santa Ana llevaba de un

extremo á otro de la ciudad y sus contornos, sin que, por supuesto, el jefe del punto fuera atendido, el general Scott combinaba sus últimas evoluciones que debían preparar el asalto de Chapultepec.

Apenas se inició la terrible noche del 12 al 13, cuando se comprendió en un instante los desastres ocasionados por el bombardeo, el que según el plan del enemigo, había desmantelado cuanto pudiera servir para operar una resistencia, si no imposible de ser domada, al menos gloriosa para nuestras armas y costosísima para el asaltante.

Á última hora se efectuaron las reparaciones más urgentes, aprovechando las tinieblas, no sin que entre tanto desertaran reclutas, indígenas incapaces de comprender la trascendencia y la ignominia de su acción frente al enemigo, atribulados y desmoralizadísimos como estaban, y sobre todo sin que hubieran surgido voces inteligentes y patrióticas que les hiciesen luz en sus pobres cerebros ensombrecidos.

Algo reanimó el general abatimiento en aquella noche, la presencia, á lo lejos, de una fuerza del Estado de México que llegaba á reforzar las del Valle, al mando del mismo Gobernador Don Francisco M. Olaguíbel, perseguida por algunos escuadrones americanos que no se atrevían á atacarla.

Aquellas tropas, unidas á ciertas fracciones de la caballería del general Álvarez, que vagaba tristemente é inútil, por los campos occidentales, debía ser de un gran efecto táctico á retaguardia de las divisiones enemigas que, desprendiéndose de sus posiciones de Molino del Rey y adyacentes, irían á dar los fulminantes asaltos contra el quebrantado Chapultepec.

Mas, por desgracia, se repitieron las mismas, las

eternas faltas de esta lamentable campaña. Hubo órdenes y contraórdenes del general presidente; fatigóse á la tropa sin resultado práctico : tras mil evoluciones tuvo que entrar aquel auxilio del Estado de México, á la capital, lo mismo que las reservas y el pomposo Estado Mayor del general Santa Ana.

Para cooperar á la defensa del Castillo, se dispusieron en la falda del cerro, por la parte Oeste que era entonces la más accesible, unas fogatas de barrenos de pólvora, que no llegaron á encenderse por no bajar á tiempo el teniente de artillería encargado de hacerlas estallar.

Al amanecer del día 13, el enemigo principió más activo que el día anterior el bombardeo, desde las posiciones de Molino del Rey y la batería del Sur. Á las seis de la mañana, el general Bravo comunicó al Ministro de la Guerra la deserción de gran parte de sus tropas desmoralizadísimas por los estragos y sangre que causara la artillería enemiga, encareciendo la necesidad de que se cambiara su fuerza por cualquiera otra en diferentes circunstancias. Santa Ana insistió en no enviarle auxilio alguno hasta la hora del asalto.

Entonces Bravo, sabiendo que la brigada de reserva del general Rangel se hallaba al Oriente muy inmediata, solicitó de éste algún refuerzo, pero se le contestó que no era posible, sin orden del general presidente.

Á las nueve de la mañana, el enemigo lanzó sobre el bosque tres columnas de asalto, una por la parte occidental y las otras á derecha é izquierda, llevando á su frente secciones de Zapadores con palas, barretas, hachas y escalas.

Los americanos avanzaron con resolución, haciendo

á trechos certeras descargas de rifle sobre los parapetos del bosque, donde nuestros escasos soldados respondieron con su fusilería á los gritos de ¡ viva México! Al llegar á ellos trabóse desesperada refriega al arma blanca, mas los defensores fueron arrollados por el impulso de aquella masa superior erizada de bayonetas penetrando al bosque las columnas. En estos instantes el general Santa Ana, no obstante el último aviso apremiante de Bravo, se contentó con enviar por todo refuerzo al Castillo, al batallón de San Blas al mando del bizarro teniente coronel Santiago Xicotencatl.

Esta fuerza no tuvo tiempo de subir al Castillo; pero su jefe con admirable denuedo y energía, la tendió entre el bosque, oponiéndose al desemboque de las columnas asaltantes, rompiendo al punto sus fuegos sobre ellas. Entretanto, otra sección americana se dirigía hacia el Norte, amagando la calzada de Anzures, con el intento de llamar la atención de nuestro general en jefe que se encontraba con la brigada Lombardini y el batallón Hidalgo en la calzada de Belén. Otra demostración semejante efectuaba al mismo tiempo el enemigo sobre la calzada de la Condesa.

Y he ahí á Santa Ana dando órdenes y contraórdenes á sus fuerzas de reserva, mandándolas de un lado á otro, inútilmente, mientras el verdadero asalto sobre el Castillo desarrollaba en el bosque espantosa tragedia de sangre y fuego; mientras el batallón « San Blas » rodeado por enemigos superiores caía épicamente al pie del cerro, muriendo la mayor parte de sus oficiales y soldados lo mismo que su valiente jefe, cuyo nombre célebre Xicotencatl quedó otra vez inmortalizado!... Bajo la alta bóveda de los viejos ahuehuetes, en medio

de una aureola de fuego, nubes de pólvora, relámpagos de sables y bayonetas, cae el héroe envuelto en su bandera atravesado por veinte balas, gritando : ¡ Viva México!

El enemigo subió por la rampa y por las partes practicables, aprovechándose de las asperezas, rocas y arbustos del cerro, para hacer fuego tras ellos, en tanto que de las defensas que rodeaban el Castillo brotaban las descargas de sus defensores, deteniendo á los asaltantes. Reforzados éstos por nuevas tropas, llegaron bajo una granizada de plomo hasta el edificio que coronaba la altura, donde todavía encontraron heroica resistencia en los alumnos del Colegio Militar, quienes tuvieron la gloria espléndida de ser los últimos que hicieron morder el polvo al Invasor en aquella jornada!

Éstos, no obstante la orden de retirarse que les había dado el general Bravo, prefirieron morir con honra; y desde que aparecieron á su alcance los enemigos, estuvieron haciendo fuego desesperadamente, y cuando cayó la mayor parte del Colegio, se retiraron con algunos soldados, al jardín que quedaba sobre el velador donde fueron hechos prisioneros.

¡ Eterna es la gloria de aquellos niños héroes que admiraron al enemigo con su entereza de bronce, honrando la Bandera de su Patria y sellando con luz de sol, — luz roja de crepúsculo trágico, luz roja como su sangre — la Leyenda del augusto Chapultepec!

¡Qué noble orgullo para los jóvenes alumnos del Colegio Militar de México, iniciarse en la bizarra carrera de las armas, en una Academia cuya historia esplende con tan sublime página! ¡Qué aliento para seguir á

través de catástrofes y obstáculos, recordando el sacrificio de los valientes niños!

Murieron defendiendo el último reducto del Colegio Militar, los siguientes alumnos cuyos nombres no debemos olvidar nunca : Teniente Juan de la Barrera y los subtenientes Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca, Agustín Melgar, Vicente Suárez y Juan Escutia; y siendo heridos el subteniente Pablo Banuet y los alumnos de fila Andrés Mellado, Hilario Pérez de León y Agustín Romero. Quedaron prisioneros con el general Monterde, director del Colegio, los capitanes Francisco Jiménez y Domingo Alvarado; los tenientes Manuel Alemán, Agustín Díaz, Luis Díaz, Fernando Poucel, Joaquín Argaiz, José Espinosa y Agustín Peza, y los subtenientes Miguel Poucel, Ignacio Peza y Amado Camacho, con el sargento Teófilo Nores, el cabo José Cuellar, el tambor Simón Álvarez, el corneta Antonio Rodríguez, y 37 alumnos de fila.

Tomado el Castillo, hecho prisionero su jefe, el general Bravo, llegaron nuevas fuerzas americanas á la posición, que eran las que habían atacado vigorosamente á la derecha de la línea organizada por Santa Ana y que sostuvieron reñidos combates por entre el acueducto y la calzada. La brigada del general Rangel resistió el choque hasta que empujada por enemigo superior, tuvo que ceder abandonando su reducida artillería, retirándose á las Garitas de la Capital.

El enemigo quedó pues, nuevamente victorioso en estos últimos combates, no sin que su triunfo le costara sangrientos sacrificios, perdiendo la quinta parte de su fuerza, dejando bajo las hermosas enramadas de Chapultepec ensangrentada, muerta ó herida la flor magnífica, de su oficialidad!

¡Y también quedaron bajo el antiguo bosque de *Moctezuma* y *Netzahualcoyotl*, aquellos radiantes jóvenes mexicanos, — alumnos del *Colegio Militar*, eternamente glorioso en los Anales patrios, — sucumbiendo en la refriega heroica, de cara al Deber, mirando al Cielo!....



XIX

LOS ÚLTIMOS COMBATES

En dos columnas se retiraron las dispersas secciones que sobrevivieron á los combates del bosque y sus alrededores, uniéndose á las tropas de reserva de Santa Ana, tomando una por la calzada de Belén y la otra por la de la Verónica.

Santa Ana organizó esta retirada, dispuesto á resistir en las garitas occidentales de la ciudad, Belén, San Cosme y la Candelaria, apoyándose en la Ciudadela.

El general Scott había considerado que, dada la condición de nuestras tropas, después del asalto y toma de Chapultepec, debía proseguir sin pérdida de tiempo las operaciones agresivas de sus columnas contra las puertas occidentales de México, embistiéndolas con el mayor brío.

Al efecto, hizo avanzar la columna de Worth hacia el Norte, por las calzadas de la Verónica y San Cosme, en tanto que caía contra el Oriente la columna de Quittman, avanzando por la calzada de Belén. Entre estas garitas y las de Chapultepec había un reducto

sin foso en el puente de los Insurgentes; en la calzada de San Cosme una obra defensiva — el pequeño fortín de Santo Tomás — y en la calzada que conducía á San Fernando, un pobre parapeto con malas piezas de artillería, contando todos estos puntos con guarniciones escasas, faltas de parque y careciendo de jefes que obraran bajo un plan superior determinado.

No obstante, había tras aquellas fortificaciones, á donde llegaran vencidas las tropas que en la mañana lucharan en el Oeste, ciudadanos y gente del pueblo que se presentaban espontáneamente, dispuestos á defender su honor y su Patria hasta el último trance.

Por su parte, el enemigo siguió avanzando, y la brigada de Worth fué detenida un instante por nuestra caballería, frente á Santo Tomás, verificándose breve, pero encarnizada lucha.

El general Quittman, á su vez, atacó el acueducto de Belén, soltando sus columnas sobre aquella calzada, sostenidas por baterías ligeras.

En las posiciones de la Garita de Romita, mientras la Tlaxpana resistía gallardamente, hubo serios combates; mas por desgracia nuestros ingenieros habían construído trincheras precisamente bajo los arcos de dura mampostería del portalón de entrada, lo que observado por el enemigo, hizo dirigir los fuegos de sus gruesos cañones contra las claves de los tales arcos, produciendo, como era natural, desmoronamientos feroces sobre los mismos defensores, á los que llovían enormes pedruscos, cual copiosa metralla. Bravos jefes, oficiales y soldados cayeron víctimas de la torpeza de nuestros ingenieros, acrecentando la
s mexicanas fuerzas. La Garita tuvo que
a, replegándose sus tropas á la Ciuda-

dela, hacia donde el vencedor dirigió sus fuegos bombardeándola furiosamente.

En la garita de San Cosme el combate era también fatal, reinando atroz confusión entre las tropas que ocupaban en torno de la garita, cercas, casas, huertas, potreros y capillas, revolviéndose tras las zanjas, muros y trincheras, jefes, oficiales y soldados de cuerpos de línea y de Guardia Nacional, con paisanos patriotas anhelantes de lucha, deseosos de tener el orgullo de batirse; pero faltos de dirección, y sobre todo, ejecutando sus movimientos sin cohesión ni armonía. ¡Oh, inútil valor!...

La brigada del general Rangel que había estado de reserva desde la mañana, á la derecha de Chapultepec, sostuvo con brío hasta el último extremo, en la tarde, la garita de San Cosme.

El Invasor colocó frente al caserío y obras defensivas de aquella posición, á 200 metros, dos cañones de á veinticuatro y dos obuses de grueso calibre, apoyados por secciones de rifleros hábilmente ocultos, principiando á desmoronar las cercas y paredes. Y, cuando ya fué imposible la defensa, avanzaron impunemente los americanos, desalojando á la fuerza mexicana la cual tuvo que ir á reconcentrarse á su vez, á la Ciudadela.

Todo había sido inútil contra aquel enemigo victorioso, que jamás atacaba sin desorganizar nuestras fuerzas, previamente, y con superior artillería. Y en efecto, sus disparos hicieron infructuosa la carga que intentó la caballería del general Torrejón, antes de que cayera la garita de San Cosme.

El general Santa Ana había intentado dirigir la defensa de San Cosme, y pasaba de una á otra garita,

de uno á otro puesto, tratando de reorganizar la defensa, hasta que, tomadas de flanco las posiciones de San Cosme, perdido el parapeto central, tuvo que dar la orden de concentración general hacia la Ciudadela al expirar la tarde siniestra de aquel 13 de septiembre de 1847!

Momentos después, los enemigos siguieron su movimiento de avance hacia la plazuela de San Fernando, cuyo Convento ocuparon, estableciéndose sólidamente en él, enfilando las calles circunvecinas con baterías respetables que en la noche saludaron amenazadoramente á la ciudad, capital de la extensa República codiciada, con algunas bombas, balas rasas de cañón y salvas de cohetes á la Congreve.

Entretanto, el general Santa Ana, en uno de los salones de la Ciudadela, reunía una Junta de Guerra á la que asistieron generales y jefes de aquel menguado jirón de ejército mexicano, reducido tras de tantos desastres y por tantas miserias, á una impotencia absoluta, enconada siniestramente por todas nuestras rencorosas pasiones políticas que ofuscaron el poder de heroica resistencia de que hubiera sido capaz nuestra Milicia!

En aquella Junta de Guerra vibró el tema solemne de la evacuación de la plaza de México por el Ejército; en ella hablaron exaltadísimos, el general Santa Ana que optó por la salida definitiva y silenciosa de las tropas, y los generales Lombardini, Alcorta y Pérez, apoyando con gran cúmulo de razones esta determinación, y el Gobernador del Estado de México, Francisco Modesto de Olaguíbel, quien manifestó que se pensara muy seriamente en el terrible cargo que podría

resultar al jefe del ejército mexicano por el abandono de la Capital, y que por lo tanto, esta cuestión debía resolverse en Palacio con asistencia de Ministros y mayor número de jefes. Por fin triunfó la determinación de Santa Ana, y el Ejército salió aquella noche sigilosamente, compuesto de unos 5,000 infantes y cerca de 4,000 hombres de caballería, intacta ésta, por no haber combatido en toda la campaña.

Así fué cómo el vecindario de México que había dormido en la creencia de que el Ejército defendería la ciudad calle por calle, según la arrogante promesa del general presidente, se encontró en poder del Enemigo invasor, al amanecer del 14 de septiembre.

¡Entonces los mexicanos comprendieron que todo estaba perdido! ¡Era un lóbrego eclipse nacional, oh Patria!

. . . .

XX

EPISODIOS AISLADOS

LAS GUERRILLAS

Del grandioso cuadro de nuestra Guerra con la Nación norteamericana escapan algunos episodios relativamente aislados; pero espléndidos en heroísmo, bellos á fuerza de excelsitud marcial!

¡ Qué ejemplo el de las resistencias de algunas poblaciones abandonadas en la Frontera Norte de nuestro territorio! ¡qué ejemplo el de su patriotismo bélico, desafiando á las poderosas tropas invasoras!

¡ Cuántas ciudades, cuántas capitales que pudieron resistir y cooperar á la gran *Defensa Nacional*, se envolvieron en un supremo y abominable egoismo, — ¡incapaces de dar un céntimo de cobre ni una gota de sangre! — en tanto que allá en los desiertos había aldeas que se defendían hasta quedar hechas cenizas, — negras y ensangrentadas ruinas, tras refriegas atroces!....

Sin embargo — ....y, ya lo indicamos — no hay que culpar demasiado á las poblaciones mexicanas que, aisladas del teatro de la guerra, no supieron en todos

sus dolorosos estremecimientos lo que significaba la audaz Invasión norteamericana.... ¡Ni creyeron jamás que pudiesen nuestros enemigos de entonces llegar á aproximarse á la Capital de la República!....

El periodo de discordias y de funestas lides fratricidas, emponzoñadas por odios legendarios, no permitió en tan triste época la claridad necesaria para que los ciudadanos de *algunos* Estados comprendieran su deber.... ¡Plena ceguera!.... ¡Gran ignorancia!

Y hé aquí que vemos en el Norte organizarse rudas defensas....

Ya es en la heroica y altiva Chihuahua donde desde un principio, aunque con fatal éxito, se hacen prodigios bélicos.... ya en Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila.... ya en el Oriente, allá en las costas del Golfo, en Veracruz y en Tabasco.... ó en las playas de Occidente, en la tradicional y brava Mazatlán.... y aún, ascendiendo al Norte, hasta la Alta California se encuentran vibrantes heroísmos en las multitudes mexicanas, resistiendo como pueden el poderoso y bien combinado esfuerzo de nuestros adversarios!....

Algunos pueblos osan resistir, defendiéndose y atrincherándose valientemente en las torres de sus iglesias.... otros envían bravos jinetes armados de lanzas, machetes ó viejas escopetas, hoces y simples leños claveteados, en son de combate guerrilleresco...¡ Ó ya, en las rancherías y haciendas, se aprestan buenos *charros*, capaces de convertir sus recias y flexibles *reatas* en vivas sierpes aladas y terribles que revolotearán con silbidos de muerte, en torno de los *Rifleros yankees*, y aun sobre los más gruesos y pasmosos cañones de sus baterías....!

Oh ¡no! En esta Guerra funestamente inolvidable

para el mexicano.... faltó tiempo para hacer conducir el estremecimiento patriótico al Centro del País.

Si así hubiera sido.... ¡ qué de maravillas realizarían los jinetes del Bajío, y los tremendos hijos de Jalisco, — del Estado valiente y entusiasta por excelencia, — recordando sus viejas y radiantes glorias de la época de la Independencia Nacional y de la guerra por sus legítimas libertades!....

En el Estado de Veracruz las guerillas empezaron á tener una organización regular que prometía irse perfeccionando, si hubiesen seguido nuestros caudillos, con energía, la defensa patria!.... ¡ Pero la corrupción del futuro *Alteza Serenísima* todo lo gangrenaba en torno suyo.... — Era activo : no descansaba.... tenía impulsos de gran capitán genial.... pero para desvanecerse en humo la magia de *su genio*....

Sin embargo, bastante daño lograron hacer aquellas guerrillas veracruzanas á nuestros contrarios. Incursionaron al Estado de Puebla y á veces con tal éxito y audacia, que bajo los fuegos del fuerte de Loreto, ocupado por los americanos, entraron á la ciudad, sacando de los cuarteles enemigos gran cantidad de mulas, equipo, víveres y dinero.

Asaltaban cautelosamente los convoyes del enemigo.... lo hostilizaban en sus líneas de comunicación; le preparaban lazos ingeniosos y le abrumaban con sus *albazos* inexperados, haciéndose temibles....

¡ Las represalias tuvieron que ser atroces! Nuestros adversarios, rabiosos, impusieron multas exorbitantes y mortales castigos á nuestros pobres arrieros y campesinos para vengar sus desastres!.... Mas no por ello cejaron los patriotas.

Sería imposible trazar todas las magníficas escenas de heroísmo, desarrolladas por aquellos audaces guerrilleros veracruzanos. Los fronterizos rivalizaron en audacia. Como un ejemplo, — perfectamente semejante á otros muchos que reflejan los sucesos acaecidos en pueblos de la Frontera del Norte, — vamos á delinear con breves detalles la resistencia efectuada allá en un obscuro rincón de la Sierra.

Habían llegado á ella algunos Jefes mexicanos, dispersos tras nuestras primeras derrotas; pero alentando bríos dignos de sus almas excelsas.... Hablan á los selváticos habitantes... y recordando al eterno Hidalgo, alientan la población con el estandarte de la Virgen del Tepeyac....

¡Qué vibrante entusiasmo en el pueblo de San José!... Entonces un guerrillero — Suárez — muy querido en la localidad, organiza su defensa ante una columna americana expedicionaria que se aproxima amenazadora, tratando de entrar al pueblo impunemente.

— ¡Viva México, viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡María Santísima nos ampare! — exclamaron algunos rancheros.

— ¡Viva México! — tronó la voz estentórea de Suárez el guerrillero!

Y retumbó entonces inmenso griterío de hombres, mujeres y niños, todo el pueblo de San José ordenado en masa en el atrio de la iglesia.

En aquel mismo instante se oyó el estampido del cañón norteamericano.

Y la avalancha humana se precipitó furiosamente á través de la pequeña plaza, entre los árboles, desembocando luego por la callejuela Norte.

Iban por fin á romper el cerco que el Mayor Stephen-

son había aferrado al pueblo, batiendo la iglesia con el fuego acompasado y terrible de sus dos cañones ligeros; iban por fin á precipitarse sobre el bárbaro enemigo que intentaba destruir á San José desde lejos, sin peligro para los sitiadores, sin tener que derramar una sola gota de sangre sajona!

Marchaban á vanguardia dos pelotones de jinetes armados con lanzas, con un frente de cinco hombres á caballo y un fondo de seis. En seguida sobre mulas, viejos caballos y asnos, ó cargados por robustos ganaderos del pueblo, las mujeres, los ancianos y los niños arreando bueyes y carneros, arrastrando carretas, seguidos de los fieles perros, en un montón confuso de tribu arrojada de sus lares.

Al frente de aquel humano montón, lanzado á todo correr, iba sobre un potro aún no bien domado el joven sacristán de la iglesia, el cual llevaba atada á su cuerpo y al de su cabalgadura la lanza en cuya punta flotaba el lienzo tricolor con la imagen de la Virgen de Guadalupe.

Cincuenta guerrilleros de los mejores, armados con lanza, machete y reata, con el mismo Suárez á su frente, cerraban la columna.

Y todos, todos sin excepción, guerrilleros, y mujeres, viejos y niños gritaban terriblemente, animados en el vértigo huracanado de su carrera:

— ¡Viva México, viva la Virgen de Guadalupe! Relinchaban los caballos, ladraban los perros y los nobles toros mugían azorados, heridos por la garrocha de los ganaderos, también armados de viejos machetes....

Las mujeres levantaban al cielo sus brazos, en tanto que al viento flotaba la bandera nacional con la Virgen de los Mexicanos.

El enemigo no tuvo tiempo para enfilar aquella masa humana al atravesar la callejuela.

Tres minutos después de la partida del atrio de la iglesia desembocaba en el campo, ya al abrigo de una colina tras de la cual se hallaba el cañón y dos compañías americanas desplegadas á lo lejos.

Entonces fué cuando los pelotones de guerrilleros de la vanguardia aumentaron su parte dispersándose en un gran espacio, veinte jinetes de retaguardia avanzaron á proteger el flanco derecho de la masa de gente del pueblo, en tanto que diez cubrieron el flanco izquierdo, menos expuesto.

Sin duda el mayor Stephenson no esperaba tan temeraria salida en masa y debió permanecer estupefacto algunos instantes, pues no se movió.

Hasta que al fin el cañón, con diversa puntería, atronó el espacio, dominando la espantosa gritería, y su bala, pasando á tres centímetros de las cabezas de las jimetes, fué á estrellarse contra las tapias de una huerta lejana, en lo alto de una colina.

Después fueron las descargas de la fusilería enemiga. Una compañía cerraba el paso á los mexicanos.

El combate principió. Los primeros jinetes se lanzaron aullando sobre los infantes enemigos con la bayoneta calada.

Y entonces fué cuando las lanzas mexicanas no se dieron punto de descanso para atravesar pechos extranjeros, pasando de uno á otro, evolucionando prodigiosamente con sus pequeños caballos que parecían tener alas; y entonces los ganaderos del pueblo, que sólo tenían reatas, las lanzaban al aire serpenteando pavorosamente y cayendo sobre los grupos de soldados enemigos á los que derribaba y arrollaba luego.

¡Oh! las reatas mexicanas de aquellos rudos ganaderos coahuilenses! El estruendo era atroz, el humo envolvía el combate. Un pánico siniestro recorría las filas del extranjero al ver volar aquellas serpientes que los sujetaban sin saber cómo con nudos trágicos.

Y Suárez en su yegua retinta pequeña y agilísima, iba manejando su gran lanza delgada y aguda.

Su voz tronaba destacándose entre el traqueo de la fusilería.

— Á ver, *Culobrotas*, *Chato*. *Malgareño*, *Chucho* y *tú*, *Sapo*... á las reatas y á lazar el cañón! — gritó el caudillo.

Y cuando tras la colina que había á la entrada del Pueblo se rehicieron diez á doce jinetes, mientras se alejaban por la izquierda las gentes inútiles del pueblo, acometieron los lazadores presididos por un grupo de lanceros.

Tronó el cañón y quedaron algunos cadáveres de hombres y caballos en un montón rojo y negro, circundado de humo y polvo...

— ¡ Viva México! ¡ Viva la Virgen de Guadalupe!...

Y, ¡ ya están sobre el cañón!

Terribles en sus altos frisones negros los dragones americanos cargan contra los guerrilleros; pero éstos al recibirlos *quiebran* rápidamente sus caballos, esquivan los ágiles mexicanos á los fuertes yankees, les toman la retaguardia y los matan á machetazos por la espalda, por los hombros, sobre el cuello, por donde cae la pesada masa.

¡ Y al fin desenróllase en lo alto, sobre las cabezas de los combatientes una reata y cae sobre el cuello del cañón, haciéndolo girar en el momento en que iba á hacer fuego.... y dispara... pero ha disparado

sible que el Ejército Norteamericano osara aproximarse al Valle de México.

Cuando surge la verdad, los hombres del pueblo todo, y aun los de la inútil *seudo-aristocracia*, y mejor que nadie los de la valiente *clase media* (que es el verdadero pueblo nuestro, alma social de nuestro país), lanzáronse á la contienda, dispuestos á la muerte, sin *fanfarronerías*, austeros, tranquilos y heroicos!....

Háblase de Puebla — única población de alta importancia donde el enemigo entró sin resistencia alguna, más aún, bien recibido en gran parte por el alto Clero y algunos pomposos próceres de menguada *memoria*.... He aquí lo que dice Roa y Bárcena acerca de ello en una obra abundante en documentos *históricos* :

« La caída de Puebla, sin defensa, en poder de la división de Worth, causó escándalo y *profunda pena* en toda la República. Cierto es que aquel Estado no fué de los que se mostraron indiferentes y *egoístas* en la lucha, y que, antes de ser invadido, envió al de Veracruz su contigente de Sangre y de *dinero*. Mas ¿cómo, por escasos que fueran los elementos que le quedaban, á poco de allarse animado del *espíritu de* resistencia, no habría podido evitar la pérdida de su capital, cuando ésta por sí sola desafió y *detuvo* á sus puertas en fines de 1844 al ejército de Santa-Anna, doble en número respecto de Worth? La anarq[illegible] desorden y las contiendas fratricidas de ta[illegible] acaban por enervar el ánimo de los puebl[illegible] tidos en víctimas de los ambiciosos ».

El abatimiento y el desengaño, la m[illegible] guerras civiles dejaron á Puebla, [illegible] su conciencia, tras los desastres [illegible]

XXI

EPISODIOS AISLADOS

SEGUNDA PARTE

El General Urrea hizo milagros con sus guerrillas... De Victoria se lanza al Estado de Nuevo León, persiguiendo al enemigo en sus retaguardias y escapándole ágilmente, á tiempo, entre Matamoros y Monterrey, asaltando sus convoyes con éxito, propagando el sistema de guerra que es más adecuado para una nación pobre invadida por superiores ejércitos ! ¡ La Guerra de Guerrillas !...

En Huamantla brillan actos heroicos... ¡ bravías luchas ! — y más hacia el Sur, Tabasco resiste á la escuadrilla norteamericana haciéndola retroceder, tras encarnizadas escenas bélicas en que la sangre enrojeció el río y el mar !...

Igual energía terrible pudo haber en todas las ciudades mexicanas ante la Invasión...

Y ya vimos cómo la misma Capital de la República supo vindicarse de sus vergonzosos enredos políticos tan fatales á su decoro, cuando engreída creía impo-

sible que el Ejército Norteamericano osara aproximarse al Valle de México.

Cuando surge la verdad, los hombres del pueblo todo, y aun los de la inútil *seudo-aristocracia*, y mejor que nadie los de la valiente *clase media* (que es el verdadero pueblo nuestro, alma social de nuestro país), lanzáronse á la contienda, dispuestos á la muerte, sin fanfarronerías, austeros, tranquilos y heroicos!....

Háblase de Puebla — única población de alta importancia donde el enemigo entró sin resistencia alguna, más aún, bien recibido en gran parte por el alto Clero y algunos pomposos próceres de menguada memoria.... He aquí lo que dice Roa y Bárcena acerca de ello en una obra abundante en documentos históricos :

« La caída de Puebla, sin defensa, en poder de la división de Worth, causó escándalo y profunda pena en toda la República. Cierto es que aquel Estado no fué de los que se mostraron indiferentes y egoístas en la lucha, y que, antes de ser invadido, envió al de Veracruz su contigente de Sangre y de dinero. Mas ¿cómo, por escasos que fueran los elementos que le quedaban, á poco de allarse animado del espíritu de resistencia, no habría podido evitar la pérdida de su capital, cuando ésta por sí sola desafió y detuvo á sus puertas en fines de 1844 al ejército de Santa-Anna, doble en número respecto de Worth? La anarquía, el desorden y las contiendas fratricidas de tantos años acaban por enervar el ánimo de los pueblos, convertidos en víctimas de los ambiciosos ».

El abatimiento y el desengaño, la miseria en que las guerras civiles dejaron á Puebla, cegaron al pronto su conciencia, tras los desastres de la guerra.

« Por lo demás, — agrega Roa Bárcena — ese fué el momento de la crisis en la lucha entre los Estados Unidos y México. La vanguardia norteamericana, fiando su propia suerte á la audacia y á la fortuna, se había internado en país enemigo, cortando su línea militar, aislándose de la costa, sin elementos suficientes para llegar hasta la capital de la República, y exponiéndose en determinado punto á los ataques de todos sus contrarios. Si éstos, en vez de concentrarse á defender la ciudad de México, que ni peligro corría entonces de ser embestida, hubieran acudido á formar cuerpos considerables á retaguardia de Scott y de Worth, con el objeto de mantenerlos incomunicados con la costa y de impedir á todo trance la subida de nuevas tropas, lo demás se habría hecho por sí solo. El Estado de Veracruz y su Gobernador Soto lo comprendieron así, y hay que hacer á sus guerrillas la justicia de consignar aquí sus esfuerzos en tal sentido; esfuerzos que, aislados, tenían que resultar estériles. Si en aquellos días una cabeza inteligente y una mano poderosa y enérgica hubieran concentrado la dirección y el movimiento de los resortes todos del gobierno, reprimiendo bastardas y funestas soberanías y haciendo que cada fracción de la República contribuyera con una parte pequeñísima de sus hombres y recursos á la obra común, ¿cuál habría sido la suerte del insignificante ejército norteamericano encerrado en Puebla?

El atrevido jefe que había quemado sus naves, como Cortés, confiando, como éste, más que en sus propias fuerzas, en la debilidad, la ceguedad y la anarquía de sus adversarios, en vez de repetir aquí los hechos de la conquista española, habría tenido que ir á

comparecer á su país ante un Consejo de Guerra..... »

Respecto del levantamiento del pueblo mexicano en las calles de la Metrópoli al día siguiente de la fuga de Santa-Anna y los suyos... — ¡ heroico zarpazo de una multitud indignada contra la cobardía de aquel hombre que antes fuera el ídolo de los mexicanos desvanecidos por el fugaz relámpago de efímeras glorias!... Respecto de los sucesos del 15 de Septiembre de 1847, se expresa así magistralmente en línea de acero imborrable el General Bernardo Reyes en su obra « El Ejército Mexicano » :

« Algunos voluntarios americanos dieron principio al saqueo, — dice — y Quittman procuró contenerlos, lográndolo en parte, cuando otras fuerzas con el general Worth, al toque de tambores y cornetas, orgullosas penetraban en la capital. La gente del pueblo, con hosco semblante, contemplaba el alarde de los vencedores, que lanzaban hurras á su bandera que se erguía, y formaban grupos más y más compactos, que lo mismo podía parecer de curiosos que de enemigos. La indignación estalló al fin en aquellas almas ultrajadas, caldeadas por la vergüenza de las derrotas; un tiro sonó, sin saberse dónde, y á ese siguieron otros y otros, que se dirigían sobre los soldados victoriosos.

Algunos hombres de la guardia nacional, que se había disuelto por orden expresa, antes de retirarse el ejército; otros que tomaban de sus casas sus carabinas ó pistolas, todos se armaron con lo que hallaban á la mano, y los que menos arrojaban piedras contra la tropa americana. Se ocuparon azoteas y torres por aquellos grupos, que exaltados por el dolor, al ver la humillación de la patria, sin dirección alguna se

reunían, obedeciendo sólo á impulsos internos, que los congregaban contra el enémigo común. No se sabe que alguien encabezara aquel motín, y sin embargo la lucha llegó á revestir carácter alarmante.

Scott, que había llegado á Palacio, dispuso que columnas con artillería salieran por las calles é hicieran fuego sobre todos los hostiles, y el cañón por tres horas ensordeció los aires. En semejante situación llegó la noche, y las armas de fuego enmudecieron, para volver con las primeras luces del día 15 á oirse detonar por todos los ámbitos de la ciudad.

Muchos soldados americanos, con pretexto de perseguir en las casas á los que hacían fuego desde las azoteas, cometieron robos y otras violencias indecibles ».

Haciendo una justa crítica de la campaña, agrega:

« El sistema defensivo que se adoptó en la guerra contra los americanos, desde Veracruz hasta México, sin relacionar en esta ciudad los puntos de defensa, y dejándolos aislados, como para que parcialmente los batiera el enemigo, fué sin duda el principal motivo de nuestras constantes derrotas en esa campaña.

En los combates del Valle de México, nunca las reservas llegaron con oportunidad; y cuando éstas se avistaron en momentos en que podían haber obrado con buen éxito, como en el campo de Padierna, se retiraron en lugar de entrar en fuego. No se advirtió en lo absoluto iniciativa por nuestra parte; los golpes se recibieron uno tras otro, sin cambiar de sistema, hasta que nuestras fuerzas se fueron reduciendo. Sólo en el Norte, en la batalla de la Angostura, el ejército mexicano se lanzó sobre el contrario, y en aquella

batalla nuestras tropas hubieran triunfado con haber permanecido frente al enemigo. Por lo demás, no llegó á ser hostilizado el invazor por flancos y retaguardia, en sus marchas; se le dejó ocupar en toda su extensión el terreno sobre que iba avanzando, y solamente el General Urrea alguna vez le hizo daño á retaguardia, en las inmediaciones de Monterrey, cuando ya estaba sobre el Saltillo; y es que Santa Anna quería mandar la tropa que peleaba, y sólo la que con él estaba había de batirse, y Santa Anna, según se desprende de cuanto hemos dicho, combatía mal, no preveía nunca los desastres, nada tenía preparado para el segundo minuto de la acción, y no utilizó las poderosas reservas con que contaba. Jamás en nuestra historia vióse ni se ha vuelto á ver campaña tan mal dirigida, cuyo recuerdo ignominioso quema. ¡ De nada sirvió en esa guerra el valor de nuestros soldados!

Salidos de México los restos del ejército, tras haber mandado volver á sus hogares unos 2000 hombres de Guardia Nacional, Santa Anna consiguió se pusiera el General Don José Joaquín de Herrera al frente de una división de Infantería, desmoralizadísima, compuesta de 5000 soldados, para dirigirse al interior del país, como lo hizo, sufriendo deserciones y desbandamientos sobre la marcha. Él partió hacia Puebla con 2 000 caballos, á los que se unieron después otras tropas. Amagó con todas á la citada Puebla, donde sólo existían 1 000 americanos; hostilízó sin resultado un convoy procedente de Veracruz, y perdiendo más y más soldados en marchas fatigosas, recibió orden del Presidente de la Suprema Corte, D. Manuel de la Peña y Peña, que por ministerio de la ley se hizo cargo de la Presidencia de la República, para entregar el

mando de la fuerza que aun le restaba, á reserva de que después respondiera á cargos que se le hacían por su conducta militar. Obedeció tal orden, y fué de pronto á buscar abrigo á alguna población de Oxaca[1]. »

La fulminante pluma del General Reyes esboza así el crepúsculo de aquella Guerra inolvidable, anatematizando al funesto Santa Anna que se había creído Sol....

1. *El Ejército Mexicano.* Monografía. General Bernardo Reyes.



XXII

SÍNTESIS DE LA CAMPAÑA
OBSERVACIONES

Llegamos al punto final de la tristísima campaña.... ¡Flamea el pabellón de las estrellas septentrionales en el Palacio Nacional de la República Mexicana!

¿Después de semejante irisamiento de extranjeros soles en nuestro patrio cielo, dadas las atroces condiciones del país dividido y debilitado hasta lo increíble, podría continuarse la gran defensa nacional?

¡No! Era imposible toda resistencia enérgica, y sobre todo, continuar una campaña defensivo-ofensiva, en torno de los centros ya ocupados por el Invasor....

¡No había, ni pudo haber tras de tantos estragos y desfallecimientos, resultantes en nuestras revueltas políticas, el brío necesario para emprender guerra de muerte en pequeño, guerra de guerrillas en bosques y montañas, en el fondo de los barrancos, en la espesura de nuestras selvas ó tras los ribazos de ríos y torrentes!.... Sorda campaña nacional en la que, unidos todos los mexicanos agobiaran al enemigo, cortándole

sus comunicaciones, destrozándole sus aprovisionamientos, talando é incendiando los pastos y sementeras de que pudiera aprovecharse y sorprendiéndole con repentinos ataques nocturnos en las mejores encrucijadas.... ¡Oh, sí, terrible guerra nacional en la que se desangrara al adversario y se le quitasen sus elementos de subsistencia abatiendo su moral!

Sin embargo, hay que considerar que no obstante tan desastrosas circunstancias, no obstante que apenas podía llamarse ejército á nuestras secciones de hombres dirigidas por jefes mexicanos llenos de patriotismo, pero sin instrucción ni precisa dirección superior, la resistencia de las tropas de la República fué en lo general firme, digna y heroica...

¡Lástima que los altos jefes, y al frente de ellos el general presidente Santa Ana, no atendieran á nuestro pobre ejército, abandonado á sus miserias y vicios, á sus hambres y desnudeces, hasta que, á última hora, tarde, muy tarde, hubieron de exigirle el sacrificio de su sangre!

Valiente fué en verdad aquel ejército, y desde luego se puede comprender de lo que hubiera sido capaz en otras circunstancias, si la Nación estuviese unida y si de ella recibiera en el atroz conflicto, un poco de pan para soportar las fatigas del cuerpo y un poco de talento militar y buen ejemplo de unión y energía, por parte de sus caudillos.

*
* *

Miremos en conjunto la memorable campaña, gloriosa y triste, la pugna desigual, con sus ejemplos magníficos :

Nuestros desastres se inician en las primeras batallas de Palo Alto y la Resaca, notándose desde luego la abominable discordia que existía entre unos y otros generales, henchidos todos de fatuidad, creyéndose cada uno de ellos superior á los demás, surgiendo por lo tanto, envidias y egoísmos feroces....

Y llegaron las derrotas, y todo el orgullo nacional contagiado enfermizamente de una arrogancia incalificable, sufrió gran desencanto, y ante la retirada, — la fuga, mejor dicho — de las tropas que pelearon allende el Bravo, la Nación quedó estupefacta, y la desmoralización del Ejército fué inmensa.

El enemigo, que nunca soñara tan fáciles triunfos, avanza, pasa el gran río, ocupa tranquilamente Matamoros, y reforzado, victorioso y enhiesto, va á apoderarse de la bella Monterrey.

Allí se ha concentrado nuestro batido ejército del Norte, reforzándose con tropas llegadas del Centro del país; pero minadas ya por la desconfianza que origina en ellas los constantes y súbitos cambios de jefes superiores. Monterrey se defiende al fin, heroicamente, durante cuatro días, resistiendo en los primeros, con gloria, furiosísimos ataques, hasta que, comprendiendo el jefe mexicano, general Ampudia, la inutilidad de seguir por más tiempo la resistencia, capitula con su guarnición, retirándose con banderas desplegadas y á tambor batiente, hacia el Interior de la República.

Entonces, mientras nuestras tropas contramarchaban penosamente, batidas de nuevo, faltas de víveres y más y más desmoralizadas, dejando en los caminos, en arenales y malezas, su ánimo y su sangre, entonces el Invasor, por el contrario, aseguraba formidable línea de operaciones en el Norte, ya de espaldas al

Bravo, entre Monterrey y el Saltillo, á las órdenes del general Taylor, en tanto que la escuadra norteamericana se disponía á amenazar Tampico, habiendo declarado, desde antes, bloqueados todos nuestros puertos.

De la capital de la República, tras vergonzosas conmociones políticas que amenguan el poder de resistencia de la Nación, exaltado por ambiciosos partidos que el *Retrógrado* alentara, sale Santa Ana conduciendo el ejército que se había reunido en el interior de México, hacia San Luis, para efectuar allí una gran reconcentración y reorganización general, con la mira de dirigirse ofensivamente contra el ejército de Taylor.

Van llegando las tropas á San Luis, con piquetes de diversos cuerpos y escoltas que conducen el contingente de sangre de algunos Estados, reuniéndose en la digna ciudad innumerables jefes militares, altos personajes civiles, y ricos contratistas y comerciantes....

El general Santa Ana intenta constituir un disciplinado é instruído ejército, mas por desgracia, y en honor de la verdad, ni Napoleón hubiera podido en aquellas circunstancias verificar semejante prodigio. Baste decir que en resumen faltó : tiempo y dinero.

Ni armas, ni equipo, ni víveres suficientes se pudieron reunir, y como, por otra parte, el tiempo apremiaba y la prensa de México, rabiosamente frenética, hacía llover sobre el ejército entonces, como siempre hacía, insultos y anatemas, hubo de lanzarse á través del desierto, después de largas y penosísimas jornadas, hasta chocar sangrientamente contra el adversario en las ásperas lomas de la Angostura.

Allí la victoria casi fué de nuestras armas; pero Santa Ana que es todo instabilidad, teme verse

aplastado si continúa la batalla al siguiente día, y retrocede ignominiosamente, sufriendo, en su retirada, mayores pérdidas que las que hubiera tenido perdiendo la jornada que no quiso arriesgar.

Así pues, el Jefe del Ejército y de la República tuvo que presenciar la catástrofe que barrió sus fuerzas en la Angostura y después de la batalla; y si á esto se agrega el haber ordenado el abandono de Tampico, puerto que se había fortificado regularmente, se comprenderá todo el avance estratégico de los americanos.

Éstos, desde antes de la Angostura, en virtud de órdenes de su centro director, cambiaron su teatro de operaciones, trasladándolo del Norte al Oriente, tomando como base para el desembarque en Veracruz, el mismo Tampico, que regalamos, por decirlo así, á nuestros enemigos.

Y principiaron los terribles acontecimientos de Veracruz: se abandonó á su heroica población, que no tuvo más recurso que el de su propio y alto civismo; y ya vimos con cuánto denuedo resistió en la ciudad el diluvio de bronce y fuego con que fué bombardeada...

Y días antes, la capital de la República contaba con un ejército de cuerpos veteranos y Guardias Nacionales que debieron haber salvado el Pórtico del País!

Después, mientras Scott se disponía á avanzar sobre México, Santa Ana, arrogante como siempre, anatematiza, indignado, la capitulación de Veracruz, como hizo con la de Monterrey, y en una proclama dice que irá con los restos del Ejército á vengar la deshonra de la caída del hermoso puerto!...

Escógese el punto llamado de Cerro Gordo, — memorable de antaño, — para resistir al ejército de Scott. El jefe de ingenieros mexicano, hace comprender al

general presidente las inconveniencias tácticas de aquella posición, fácilmente envolvible contra nuestras tropas, y más aún, cuando se acumulan todos los elementos de combate sobre la derecha del punto, debiendo, por el contrario, protegerse el flanco izquierdo de nuestras líneas. Mas, irguiéndose el imbécil orgullo de Santa Ana, le vemos tender sus fuerzas á uno y otro lado del camino de Veracruz, y tras breve combate, herida de muerte nuestra ala izquierda, llave de la batalla con su dominante cima del cerro del Telégrafo, envueltas las posiciones mexicanas y cortado á su ejército la retirada, cae destruído; retumbando en México y en toda la República la catástrofe que la heló de pavor.

¡ Pleno aniquilamiento!.... Santa Ana huye prófugo, cual un foragido, y va á refugiarse entre una nube de dispersos, á Orizaba, en tanto que la caballería que no había combatido se abrigaba en Chalchicomula, abandonando ésta el fuerte de Perote.... Luego, á Puebla, y perseguido el resto del ejército, tras dolorosas peripecias, tiene que evacuar la bella ciudad hasta reconcentrarse todos los elementos de defensa nacional en México, en el corazón del país gangrenado por los odios políticos, incapaz al parecer en su crisis morbosa, de cualquier energía....

El ejército invasor continúa, lenta y triunfalmente, sus etapas; deja pasar días y días no obstante que sabe que en México se hacen los más desesperados aprestos de defensa, aglomerándose éstos hacia el Oriente, rumbo por donde creíase que debía desembocar el Enemigo.

Sencillo es el plan de Santa Ana : sostener el ataque contrario por donde lo ejecutara, en tanto que la reserva, compuesta del resto del ejército del Norte,

recién llegado de San Luis Potosí, embestiría las columnas asaltantes por un flanco, hasta que llegado el instante preciso, acometiera la caballería, — aquella intacta caballería que debía estar á la expectativa de los combates en el Valle, colocándose siempre á retaguardia del enemigo....

Y, ya vimos cómo Scott rehuye hábilmente el Peñón, con gran pompa fortificado, y guarnecido por la flor y nata de la población de México, para correrse hacia el Sur, entre la Cordillera y las lagunas del Valle, llegando á Tlalpam, desde donde pudo lanzar directamente sus columnas contra la Capital.

Ante tales movimientos, nuestro ejército del Norte pasa de Oriente á Poniente, ocupando San Ángel, con orden de vigilar el flanco izquierdo del adversario, á las órdenes del general Valencia, quien de observación en las lomas de Padierna, primero no acepta resistir tras ellas, y al fin, cuando se le ordena abandonarlas, insiste en defenderlas.... Y despréndense las columnas americanas sobre San Ángel, y verifícase la batalla de Padierna, que estuvo á punto de ser ganada por nuestras armas si las tropas de Santa Ana hubieran caído, como pudieron hacerlo fácilmente, sobre la retaguardia de las fuerzas enemigas que envolvían á la División del Norte.

¡En la punta de la espada de Santa Ana estuvo el triunfo de nuestras banderas!... Un relámpago de mando hacia el bosque de San Gerónimo y la batalla se hubiera ganado!

Esta vez, como en la Angostura, la victoria tendió sus alas sobre nuestro ejército.... iba á abrigarlo ya con ellas cuando el criminal egoísmo de ese hombre hizo volver aquella espada que hubiera sido el

triunfo, á la vaina, determinando la funesta derrota!

Y aniquilada la División del Norte, abierto el camino de San Ángel y Coyoacán, flanqueadas las primeras líneas de defensa de San Antonio y Mexicaltzingo, no quedó más recurso que reconcentrarse dentro del mismo casco de la ciudad, tras las pobres obras defensivas de las garitas. Para proteger la retirada de las fuerzas de San Antonio, San Ángel, Padierna y Coyoacán, tuvieron que resistir épicamentes los batallones Ligeros y las Guardias Nacionales en el puente y en el convento de Churubusco.

Extenuados ambos beligerantes, aunque triunfante el americano, solicita éste un armisticio so pretexto de facilitar las negociaciones de paz. Rotas éstas, torna la guerra, y Scott después de reconocer el Sur de la capital, cubierto de zanjas, potreros inundados y calzadas obstruídas, impracticables para la artillería, ataca el Poniente, intentando apoderarse, primero del material de guerra, que creía aquel jefe enemigo existente en los establecimientos llamados de Molino del Rey y la Casa Mata, al Oeste del bosque de Chapultepec. Engaña á nuestro general presidente con hábiles maniobras, haciéndole creer en un ataque por el Sur, contra las garitas de San Antonio y la Candelaria.... Entáblase la contienda de Molino del Rey, feroz, suprema, y gloriosísima para nuestras armas; desastrosa, lamentable para las del adversario... ¡Inútil efusión de sangre en campos que bien puede asegurarse fueron glorificados por las bayonetas mexicanas! ¡Lástima que los sables y las lanzas de los cuatro mil jinetes que á lo lejos contemplaban la batalla, maniobrando ostentosamente, no hubieran determinado la victoria, dirigidos, si no por un genio, al menos por un mediano militar enérgico.

La batalla de Molino del Rey, como la de Padierna, como la de la Angostura, significan verdaderos triunfos para el Ejército Mexicano. En cada una de ellas, incidentes triviales, y sobre todo, faltas constantes y egoísmos atroces en los altos jefes, cambiaron la faz de esos combates.

Bien mereció el general Scott la crítica adversa de los suyos, por su inútil y costosa embestida contra el Molino del Rey, que militarmente hablando, lejos de aprovecharle en sus operaciones sobre la capital, le hizo sufrir, en realidad, un gravísimo descalabro, si se tiene en cuenta que sus pérdidas, de cerca de 800 hombres, no compensaran con las posiciones conquistadas y el insignificante material de guerra encontrado.

Después de esta sangrienta jornada, desde su Cuartel General de Tacubaya, Scott finge de nuevo amenazar el Sur, y, por fin, efectúa el bombardeo del Castillo de Chapultepec, desmoronándolo con potente artillería, para apoderarse de él al día siguiente, no sin que una resistencia inmortal le arrancara sus mejores jefes, oficiales y soldados dando un relámpago de gloria á nuestro Colegio Militar!.

Y tras de Chapultepec cayeron en la misma jornada, las garitas de Belén y San Cosme.

Aquellos pobres cuerpos mexicanos, sin sueldo, hambrientos, jadeantes, moribundos y ensangrentados, no pudieron resistir más tiempo, y después de las últimas granizadas de plomo, desesperados y locos, ya sin cohesión, tuvieron que desbandarse en la ciudad en aquella noche del 13 de Septiembre!

. . . .

. . . .

¿Que más decir sino que algunos valientes del pue-

blo se revolvieron contra los enemigos que ocupaban la ciudad amada, haciendo fuego contra ellos desde esquinas, azoteas y ventanas, en tanto que algunos grupos de soldados de caballería mexicana, galopaban, lanza en ristre, por las calles, clamando vivas y mueras, ayudando en lo posible la insurrección popular....

Fuerza es repetirlo, Santa Ana, que con el ejército que evacuaba México pudo haberse apoderado de Puebla, fácilmente, inquietando á Scott en México, incapaz entonces el jefe americano de cualquier seria operación; Santa Ana que pudo extender y desarrollar la defensa nacional con el sistema de guerrillas, se amilana como nunca; divide sus fuerzas desmoralizadas y disminuidas por la miseria, la deserción y la falta de moral, hasta que después de insignificantes operaciones é inútiles tentativas contra la guarnición de Puebla y las columnas y convoyes de refuerzos para el enemigo, se vió obligado á renunciar el mando del ejército, poco después de ser lanzado por los acontecimientos y el clamor público, de la suprema dirección política de la República.

Y ya lo dijimos, otros Episodios de resistencia ante el Invasor esplendieron en la Alta California, en Sinaloa, en Tabasco y en la Huasteca, no sin que otra vez en Chihuahua vibraran los patriotismos fronterizos.

Imposible referir todos ellos.... ¡Apenas si pudimos abordar en breves pinceladas rápidas los principales cuadros en que aquel valiente ejército, mal organizado y mal conducido, tuvo, no obstante, la gloria de haber resistido con heroísmo á un enemigo veinte veces superior!

Ahora, para terminar esta vaga síntesis, apoyaremos la verdad de nuestras tintas con las claras y precisas

observaciones críticas que apunta en sus memorias diarias, el escritor militar — General Balbontín — que en su juventud fué testigo y actor en la sombría guerra México-norteamericana completando las críticas del General Bernardo Reyes.

« Se nota desde luego en la mayor parte de las batallas, poco tino para escoger y ocupar las posiciones, ningún cuidado para preparar la retirada en caso necesario y gran negligencia para asegurar y defender los flancos y evitar que el enemigo los envolviese con facilidad, como varias veces sucedió.

Estas eran las causas de que algunas derrotas fuesen tan desastrosas.

Es digno de notarse que en la única parte en donde se tomó la ofensiva, que fué en la batalla de la Angostura, los resultados fueron favorables.

Exceptuando este único caso, en toda la campaña estuvo el ejército á la defensiva absoluta, sistema reputado como el peor que se puede seguir.

En cuanto á la estrategia, se le olvidó completamente, pues no se observó más regla que presentarse al enemigo de frente interceptándole el paso.

También se descuidó el organizar la guerra en el terreno que quedaba á la espalda del enemigo y á los lados de sus líneas de operaciones; cosa de mayor importancia en las guerras defensivas, y que tan buenos resultados produjo en Rusia, en España y en Portugal, cuando estos países fueron invadidos por los ejércitos de Napoleón.

Es verdad que entretenidos nosotros con las frecuentes revoluciones que se sucedían periódicamente, poco ó nada nos ocupábamos en estudiar y preparar un sistema de defensa; y que la invasión nos sorpren-

dió por completo, porque la mayor parte de los mexicanos no creían que tal guerra pudiese venir.

Un orgullo nacional mal entendido, y un desprecio inconsiderado de nuestros vecinos, contribuyeron también á asegurarnos en nuestra indolencia.

Por otra parte, el estado militar de la República era deplorable : el Ejército no llegaba al comenzar la guerra, á doce mil hombres, esparcidos en una vastísima extensión : el armamento, la artillería, y en general todo lo concerniente al ejército, se hallaba envejecido y deteriorado por el uso, sin que en muchos años hubiese sido relevado, y en cuanto á nuevos sistemas adoptados en otros países, solamente teníamos noticias.

No existían arsenales ni depósitos de ninguna clase, de manera que las pérdidas sufridas en la guerra era imposible repararlas.

Los doce mil hombres del Ejército, reemplazados constantemente y ayudados por batallones de auxiliares y de Guardia Nacional, que en escaso número se levantaron, fueron los únicos elementos con que la Nación sostuvo una lucha en extremo desigual, para la que no estaba preparada.

Hay que añadir que la Hacienda pública se hallaba completamente exhausta. »

*
* *

Doscientos millones de pesos importó á la nación norteamericana el gasto de su guerra contra nuestra Patria. Envió un total de noventa y nueve mil hombres, de los cuales quedaron muertos en nuestros mares,

playas, campos y ciudades, veinticinco mil invasores!...

¡Muy cerca de diez mil de sus valientes, mordieron en los campos de batalla, en calles, plazas y calzadas, al son de los clarines y al estruendo de las baterías, el polvo mexicano!

. . . .

. . . .

¡Gloria á todos los bravos que murieron dignamente por ir hacia la Victoria, siguiendo las águilas de sus banderas!

FIN DE LA SEGUNDA SERIE.

ÍNDICE

París. — Imprenta de la V[da] de C. Bouret.

